

# LAS HIJAS DE OTROS HOMBRES

Richard Stern

Siruela Nuevos Tiempos



# **LAS HIJAS DE OTROS HOMBRES**

**RICHARD STERN**



Richard Stern

**Las hijas de otros hombres**

Traducción del inglés  
de Laura Salas

 **Siruela**  
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: marzo de 2019

Título original: *Other Men's Daughters*

En cubierta: fotografía de © Clarissa Leahy / Digital Vision / Getty Images

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Northwestern University Press edition published 2004.

© 1973 by Richard Stern. First published in 1973 by E. P. Dutton.

All rights reserved

© De la traducción, Laura Salas

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-17624-83-5

Conversión a formato digital: María Belloso

# **PRIMERA PARTE**

# UNO

La casa de los Merriwether —como siempre la había conocido el vecindario durante sus más de noventa años de antigüedad— queda a tres minutos a pie de Harvard Square. Es la segunda entrando por la esquina sudoeste de Acorn Street —a casi cien metros de la intersección entre Ash y Hawthorne Street—; una casa de madera, con tejado a dos aguas y ventanas en voladizo. «Color otoño», decía uno de los niños Merriwether. Cuenta con tres plantas semiocultas tras una enorme acacia plantada en un minúsculo óvalo de césped; en su escaso metro cuadrado de tierra renovable se daban gran cantidad de diálogos cotidianos entre los Merriwether: «El árbol se está quedando sin hojas». «Toca cortar de nuevo el césped». (Cortarlo llevaba sesenta segundos). «Tienes la bicicleta en el césped».

Un habitante de Manhattan podría pensar que Cambridge es el «campo», pero su esencia es urbana, lo cual significa que todo lo que allí crece lleva la marca de la tolerancia o la ostentación humanas.

Hasta el día en que el señor Merriwether se marchó de casa —un mes después de su divorcio—, los Merriwether parecían una familia serena e ideal. Padres e hijos se reunían con frecuencia en el salón para leer en sus rincones preferidos: Priscilla, junto al resplandor del fuego, y los otros a la luz de viejas lámparas de bombillas protegidas por pantallas de cristal rosa y ámbar. Con el paso de los años, el calor del fuego había abombado el papel pintado a rayas de la pared, y, junto con otras presiones, había formado bultos en los sillones y sofás de velludillo.

Merriwether llevaba años quejándose de que su esposa Sarah no hubiera remozado la casa de la tía Aggie. Según su opinión, aquello se debía a una forma de indolencia cantabrigense disfrazada de desdén ascético por las comodidades materiales. Aquel platonismo cantabrigense llevaba años

uniendo las posaderas de los Merriwether con los muelles de los asientos que deberían servir para su comodidad.

—Diablos, Sarah, ojalá hubiese sillas en condiciones para sentarse.

—Por supuesto, Bobbie.

—Supongo que tendré que salir a comprar yo mismo unas cuantas.

—Pues sería muy práctico.

—Todo lo práctico que tú quieras, pero ¿dónde se compra eso?

—Ya preguntaré.

Una pequeña farsa: Sarah, «la sincera anticuaria de ojos brillantes, agradablemente inútil», y Merriwether, «el incorregible hombre de pensamiento». Dos décadas atrás habían fornicado en un lado de la cama doble mientras la compañera de piso de Sarah fingía dormir en la otra. Incluso entonces, tenían gran parte del mundo en sus mentes más que en comunicación con el otro.

En aquel cálido salón, plateado y lleno de rincones, padres e hijos habían formado una media luna irregular alrededor del fuego. Albie, el mayor, que ha vuelto a casa desde Williams, está estirado en un sofá leyendo los *Discursos* de Maquiavelo. Es corpulento y desgarbado; su rostro es anguloso, con ojos suaves, miopes y de un marrón profundo. En política es conservador —se opone con serenidad a todas las tendencias apreciables—, y sus modales destacan por una oblicua ironía. Priscilla le dice que parece moderno pero apesta a medieval. Priscilla se halla a menos de un metro del enrejado de la chimenea. Lleva un chaleco de ante verde y unos pantalones que forman anchas campanas alrededor de sus pies desnudos. Las llamas levantan virutas doradas en su largo cabello castaño y chispas doradas en sus ojos verdes. Está leyendo unos folletos sobre fatiga de materiales que le ha enviado la NASA. Ha pasado años manteniendo correspondencia con ellos porque pensaba hacerse astronauta, ha estudiado los ejercicios, las matemáticas y la ingeniería que le indicaban sus especialistas en educación, y, aunque últimamente es la poesía lo que ocupa la mayor parte de su tiempo, tiene la cabeza todavía en órbita.

Junto al retrato del abuelo Tipton está sentada Esmé. A punto de alcanzar una belleza mayor que la de Priscilla, es una tabla alta que termina en botas de presentador de circo. Por los botones desabrochados del escote de una basta camisa azul se distingue un pequeño sujetador. Es más rubia que



Priscilla y tiene los rasgos más definidos que ella; también es más soñadora, y está leyendo la revista *Glamour*.

El pequeño, George, tiene un flequillo que le llega hasta las cejas, los ojos azules de su padre y la complexión robusta de su madre. Lápiz en mano, está corrigiendo el manuscrito de un libro infantil escrito por un vecino de los Merriwether que ya ha dedicado un libro «a mi meticuloso crítico, G. M.».

El doctor Merriwether siente allí una seguridad ancestral. Se está bebiendo un chablis del estado de Nueva York mientras lee *Cimbelino*, obra esta que no había vuelto a abrir desde una asignatura de la carrera sobre Shakespeare, unos veinticinco años atrás. El lenguaje complicado y mágico, junto con el vino suave, enriquece la calma. El salón, los chisporroteos del fuego, los minúsculos tintineos y repiqueteos que llegan de la cocina al preparar la cena, y la belleza y seriedad momentánea de sus hijos diluyen la ansiedad que lleva meses atenazándolo. La obra es una tremenda mezcla de extrañeza, precisión, contundencia y circunspección. Trata de la piedra angular de la ética: «La realización de uno mismo pasa por la abnegación». «Quien falta a la costumbre falta a todo<sup>1</sup>», lee. «Pero ¿es cierto?», se pregunta Merriwether. Aquel salón, más lleno de costumbre que de vida, contiene, como un espécimen de microscopio, su propia falta.

«El salón es para el anochecer», decía la tía Aggie Tipton. También la tía Aggie faltó a la costumbre. Vivió treinta años sin casarse con el señor Louden Stonesifer. Aún hay restos de cables, altavoces, timbres y luces de colores adornando la casa; Aggie y él los instalaron para poder comunicarse sin palabras. (Nunca se sabía cuándo te podía dar un infarto y dejarte sin habla).

«Los Merriwether nunca sintieron la necesidad de participar en el producto interior bruto. Ni de dorarle la píldora a la moralidad provinciana», decía la tía Aggie. Con esas ostentosas máximas apoyaba su falta a la vida burguesa de Cambridge; aunque a su sobrino le daba la impresión de que hasta cierto punto tanteaba los límites de la excentricidad permitida.

«Confiad en mí. Dejadme. Solamente me robaré a mí mismo», lee en *Cimbelino*. Si consiguiese que sus hijos lo comprendiesen. Aun mientras piensa: «Estoy en paz, feliz, este es un bonito momento», es consciente de que dentro de cuatro o cinco horas estará en algún lugar de la planta baja donde no puedan oírlo, llamando a la causa de su falta, Cynthia Ryder, una

joven por la que está casi dispuesto a abandonar las miles de fórmulas que componen este hermoso momento humano.

«Amor», piensa el doctor Merriwether. Cuántos millares de sentimientos escondía aquella palabra famosa y petrificada, el origen de tanta historia y desorden.

Cuando imparte la asignatura de Introducción a la Fisiología, comienza la clase del siguiente modo:

—Hoy, señoras y señores, vamos a hablar de amor. Es decir, de la distensión de los senos venosos como respuesta a las señales enviadas a través del tercer y cuarto segmento sacro de la médula espinal y del nervio pudendo interno hasta el isquiocavernoso y, además, de las olas propulsivas de contracción en las capas suaves de músculos del conducto deferente, en la vesícula seminal, la próstata y los músculos estriados del perineo que se encargan de la expulsión del semen.

Su seriedad no suscita risas indulgentes con el ingenio pedagógico. Si quiere risas, dirá: «Eso, caballeros, y tal vez damas, es lo que los agita en sus camas. Solos o acompañados».

Sin embargo, normalmente explora problemas entre la mente y el cuerpo, filtros sensoriales periféricos, lesiones de columna, la hinchazón y compresión de las membranas de mielina, así como la fragmentación y desaparición de los cilindros axiales. Pero, en tanto que docente meticuloso, no olvida el amor. (Para los que no tienen la especialidad, es importante aliviar la complejidad técnica con consideraciones más manejables). Cita una definición de John Locke:

—«Cualquiera que reflexione sobre la idea de deleite que un elemento ausente o presente puede provocar en él concibe la idea del amor». Si hay algún filósofo entre ustedes, quizá advierta la distinción entre «deleite», «idea de deleite» y «reflexión sobre la idea de deleite». Creo que después los analistas simplificaron dicho esquema. Freud, por ejemplo, considera el amor una psicosis moderada.

O, si no, el doctor Merriwether varía sus alusiones ornamentales y habla de «los fisiólogos aficionados del amor, como Balzac, Maine de Biran, Rémy de Gourmont y Stendhal. Sospecho que la capacidad de análisis francesa se revela más en su literatura que en su ciencia». En la misma clase magistral

saca a relucir la tesis de Sarah sobre el amor cortés. Aquellos mapas aproximados del sentimiento presentaban escasísima correspondencia con los fisiológicos; sin embargo, sin el nervio pudendo interno, la invención del amor no habría suavizado la ferocidad de la vida occidental en el medievo. Sarah argumentaba que el renacimiento de la mujer arrancaba en aquella desviación de la guerra hacia el amor. (Ahora ella realizaba el trayecto inverso).

En aquellos días lo había cautivado el trabajo de Sarah. Cuando ella terminó los capítulos de su tesis, se los leyó a él. ¿Cómo había aprendido tanto aquella personita enérgica y robusta con cabeza de camafeo? Provenzal, francés antiguo, español. Su ronca vocecilla dejaba escapar aquellos hermosos sonidos de pájaro. Era una voz de Dietrich sin la sexualidad parodiada, que en aquel tocón de muchacha resultaba encantadora.

Él le explicó a su vez sus trabajos. Los ojos de perla negra se iluminaron de entusiasmo: ojalá hubiese estudiado ciencia para poder seguirlo de verdad. ¿Cuánto tardaron en darse cuenta ambos de que no solo no lo seguía sino de que se aburría como una ostra? Sarah abrió una puerta en su interior de la que salió una señoritinga muy dura. La señoritinga dijo: «Hasta aquí hemos llegado. No soy un felpudo. Y tú no eres Einstein». Venus con armadura. Una nueva Sarah que corregía a todo el mundo, que le daba la charla a todo el mundo. Cuando a Priscilla le dio por la poesía francesa, Sarah cogió su tesis y empezó a difundir la palabra de Radcliffe.

—*The Spirit of Romance* no es un libro serio, cariño. Pound era entusiasta y tenía talento, pero no sabía NADA. Se compró una crestomatía y ya pensaba que era culto.

En provenzal, Sarah siempre daba en el blanco; al menos no había nadie alrededor para calificarla. Luego pasaba a la política: nada de «papillas liberales» para ella, por favor; Cambridge era un hervidero de viciosos cabezas huecas, ¿qué sabrían ellos de cómo llevar el mundo? Ella estaba con Bill Buckley (que había salido con su prima cuando estaba en Yale), que prefería que dirigiesen el país las primeras treinta personas de la guía telefónica de Boston que la Facultad de Harvard. Albie sacó la guía.

—Limpiezas Triple A, Emisiones Aamco, Felicia R. Aabse. Suena genial, mamá. ¿A quién ves tú para el Ministerio de Defensa, a Felicia o a los de las limpiezas?

Sarah llevaba meses especializándose en los movimientos de su marido. Clasificaba sus gestos, comprobaba sus facturas, tomaba nota del traje nuevo, de las corbatas más brillantes, de las nuevas capas del peinado. Hacía quince años que Merriwether no pasaba tanto rato «en el laboratorio». Había una nueva fluidez en su forma de hablar y de vestir, y sin embargo hacía tiempo que él había dejado de pedirle lo que hace aún más tiempo ella empezó a negarle.

Sarah usaba a Albie como arma y fortaleza. Albie, indolente y encantador, aceptaba el flirteo de su madre junto con sus cheques. En sus momentos más crudos, su padre es una táctica conversacional, un telón de fondo para la vaguería. «Papá lo pasa todo por el tubo de ensayo. Hay más cosas en la vida». Lo que hay en su mayor parte es sueño, *touch rugby*, libros de Burke y la *National Review*. Sarah le tomaba el pulso al disgusto silencioso de Merriwether.

—No es para nada aconsejable atosigar a Albie.

—¿Atosigar?

—Se da cuenta de la cara que pones cuando se acuesta tarde.

—Si está acostado no puede verla.

—¿Quieres un debate o que te digan la verdad?

—Sois vosotros los que estáis en posesión de la verdad, Sarah. Pero lo cierto es que Albie es más feliz en horizontal que en vertical.

—Pues tú estarás bien en vertical, pero a él no lo engañas.

—Estoy en vertical porque tú no me quieres de ninguna otra manera.

Sus ojos negros arden en el rostro pálido. Enfadada se la ve menos regordeta, casi como el camafeo blanco que le había parecido tan hermoso.

—No soy una puta legal.

Cuando volvió de pasar el verano en Francia, se lo contó.

—Pues claro que hay otra persona, Sarah. No soy un cactus. No aguantaba más sin relaciones íntimas. No me quedaba otra.

Evitó decir: «No me has dejado otra». Parte de su miedo y su culpa se habían convertido en lástima. Aun a sus propios ojos, Sarah a menudo parecía la víctima. A pesar de lo dura que era la vida juntos, la piedad le permitía preocuparse por ella. Había sido tan decente. Era básicamente — significase los que significase aquella palabra (con el tiempo aprendería que

había infinitas «cosas básicas» de Sarah y de sí mismo)— decente. Pero aquella mujer que casi nunca había mentado ni engañado y que casi lo más grave que había hecho en su vida había sido no decir toda la verdad ahora se metía en sus archivos, leía su correo y escuchaba sus conversaciones telefónicas.

—¿Te crees que no lo sé? —dijo.

A sus ojos, los vecinos de Cambridge estaban tan sedientos de cotilleo como los iowanos. (Más aún; la fluidez pasiva era un acicate). La propia Sarah cotilleaba poco. Pero desde hacía años llevaba un registro interno de las debilidades de su marido; cada año la ampliaba, cada libro que leía le proporcionaba material nuevo. *La doble hélice*, libro del encantador Jim Watson sobre genética y turismo, fue un hallazgo para ella.

—Nunca tuviste el espíritu libre de Jim. Eres un muermo; vas al laboratorio como un contable a sus cuentas. Sin vitalidad, sin chispa creativa. —Y además carecía de la tenacidad de Jim—. No te veo apeándote de un tren a toda prisa para ir a una librería para empaparte de algo, como hizo él con el *Chemical Bonds* de Pauling en Heffer's.

—Blackwell's.

—Sí, un muermo pedante. Tú te acordarías de que habías quedado para jugar al tenis o para almorzar o llevar a alguna de tus amiguitas al cine.

En aquel entonces no tenía ninguna amiguita. ¿Eso era lo que hacían los muermos? Lo describía como Jim se describía a sí mismo. Y sin embargo conseguía minar su confianza en sí mismo, como podría conseguir cualquier cosa cuando lo veía todo negro. El último descubrimiento de Sarah era Lévi-Strauss.

—Eres un *bricoleur* —continuó, acusándolo por encima de los copos de maíz que insistía en comprar a pesar de las charlas que le daba él sobre los desayunos proteínicos—. Un coleccionista de basura mental. Tu vida está hecha a base de restos. No planeas, no tienes perspectiva por ti mismo. Posees la mente de un hombre primitivo. —Merriwether pensó vagamente que Lévi-Strauss había desarmado la idea del humano primitivo, pero como conocía las alegrías de dar una perorata, esperó a que terminase—. Está clarísimo por qué no eres un científico importante.

Las mujeres, pensó el doctor Merriwether, habían pasado por momentos difíciles, sobre todo las mujeres que crecieron entre los años veinte y los años

sesenta; olían una libertad nueva en el aire, veían que las mujeres jóvenes la disfrutaban, y sin embargo sentían que ellas no estaban preparadas. Aun en el plano académico, a las chicas de Nueva Inglaterra como Sarah se las había educado para ser atractivas y soñadoras. Si estaban casi satisfechas, sentían que no deberían estarlo. Como los nuevos negros de los sesenta —aunque la experiencia de Merriwether al respecto era casi toda de segunda mano—, achacaban todos los dolores a la misma herida conspicua, eran de una u otra manera porque eran mujeres, ser mujer era una desgracia, una desgracia infligida, y quién la infligía sino los hombres, y qué hombre en particular sino el marido, o, al menos, el marido al que una ya no quería, es decir, el hombre que ya no las quería. Esa era la progresión, y las mujeres con inteligencia y educación se dedicaban sobre todo a sufrir, a quejarse, a ser activistas, a cotillear, a odiar y corromper o a liberar a las demás. Merriwether temía por sus hijas. Sarah no se daba cuenta del odio que destilaba su voz, pero la hostilidad se colaba gota a gota en las cabezas de los niños. Pobre Sarah, sí, pero también, sí, maldita Sarah, maldito su egoísmo ciego, maldita su santurronería y maldito su odio.

Fue un verano extraño y liberador para el doctor Merriwether. Pasaba solo la mayor parte del día. Sarah se había llevado a los niños a la casa de verano de sus padres en Duck Isle, en Maine. Él se quedó en Cambridge, vagando por el laboratorio. No estaba casi ninguno de sus amigos. Tres tardes a la semana desempolvaba su licencia médica y realizaba sus quehaceres de doctor para los alumnos del curso de verano en el centro de salud de Holyoke.

Se pasó un mes comiendo casi siempre solo, desayunando en un taburete del Zum-Zum —rollos de beicon a la plancha con mermelada de fresa y zumo de naranja, desayuno que resultaba de lo más tonificante tras el invierno de cilindros congelados de Minute Maid, las dos tazas de café y el *New York Times*—, almorzando en la cafetería de la universidad, a veces con algún compañero, y cenando en el Wirthaus, donde le daban todas las noches la misma mesa, justo detrás de un coreano menudo y glotón que engullía cenas de nueve platos. («¿Dónde meterá todo eso?», se preguntaba). La primera semana dio con un excelente Graves dorado. Se bebía cada noche casi una botella entera. La camarera le indicaba las especialidades. No era

desagradable. Alentado por los millares de comidas en familia y con amigos, no sentía la vergüenza propia de los solteros por comer en solitario, y no le importaba comer en silencio.

Tras la cena, caminaba por las abarrotadas y asombrosas calles de verano en dirección a la casa silenciosa, donde veía alguna película en la televisión o leía libros que no había vuelto a tocar desde su juventud literaria: Dante, Montaigne, Shakespeare.

Merriwether, un escéptico sempiterno que vivía en un océano de escepticismo, necesitaba algo más aquel verano. El calor de Cambridge, pantanoso, íntimo, casi visible, absorbía la energía que casi todos los veranos lo llevaba al cobertizo buscando el bote de remos, o lo empujaba a correr en chándal junto al río. De vez en cuando jugaba al tenis con su compañero Davison, pero aquella energía que durante años había empleado, al menos parcialmente, en gran número de deportes de competición (incluso remar en solitario era una competición para él: remaba contra las arterias obstruidas, contra el reloj) se volvió hacia el interior. «Ya era hora», pensó él. «Pero ¿dónde emplearla?».

Aquel verano, día tras día, las noticias de las muertes que aparecían en las páginas necrológicas del *Times* le oprimían el corazón. Pocas veces se trataba de muertes de gente a quien conociese en persona; no obstante, lo conmovían profundamente. Personas que eran estrellas fijas en su cosmos de expectativas dejaban de repente de existir. Uno tras otro, día tras día: Walter Gropius (a quien durante años se había encontrado por el Harvard Yard); Red Rolfe, jugador de béisbol que había sido el héroe de su infancia; el senador Dirksen; Ho Chi Minh; otro grande de la Bauhaus, Mies van der Rohe. Había muchas muertes de Harvard: Woody Woodworth (que le había dado una asignatura sobre sonatas), Lem Cleveland, Bob McCloskey. Casi todas las necrológicas contenían una pérdida para él. Era como si estuviese recibiendo fragmento a fragmento un mensaje desgarrador.

En contraste con tan pavorosa merma, surgía el torrente de la calle, los — ¿cómo llamarlos?— muchachos, los jóvenes, chicas, chicos, los *hippies*, los raros, los drogatas, las bellezas y fealdades transfiguradas de todo el mundo en cualquier grado de vestimenta y desnudez. Había budistas tonsurados con saris color azafrán, que repiqueteaban campanillas y cantaban *Hare Krishna* en paseos de un cuarto de hora atravesando multitudes; cheroquis rubios con

flecos, plumas y pinturas aporreando tambores y tocando la flauta en Forbes Plaza; había menonitas púberes, cuáqueros de la rama *shakers* con gorras inglesas, indigentes, estibadores angélicos, mises de Georgia con pamelas, Ángeles del Infierno con chupas de cuero. La Juventud Internacional, con más especímenes que bichos en un granero, a pecho descubierto, a pierna descubierta, descalzos, paseando, renqueando, bailando, corriendo, apoyada contra las columnas de los almacenes Coop, sentada en los bancos de las isletas de los medios de transporte mientras Lenins de cabeza rizada vendían a gritos periódicos «subversivos». Un museo viviente de los desposeídos poseídos de sí mismos.

«¿De qué va todo esto?», se asombraba el doctor Merriwether mientras caminaba absorto hacia la clase, el laboratorio, su casa o el centro de salud de Holyoke. ¿Por qué esta desesperada necesidad de parecer especial? ¿Es tan difícil ya ser uno más? ¿Por qué tanto ruido? ¿Por qué exigíamos tantísimo de los demás? ¿Era porque había tanta expresión en el mundo que uno se veía obligado a ir más allá, y aún más allá, para poder pensar siquiera en sí mismo como persona? Cuánto lo deseaba, cuánto lo deseaba.

El pobre Merriwether no era capaz ni de mencionar una necesidad tan simple, tan fisiológica; se limitaba a apretar los labios mientras contemplaba las piernas desnudas de las muchachas en las librerías, los pechos bamboleantes, las barrigas al aire, y luego se iba a casa a desentrañar el significado de todo aquello.

«La verdad cae como un rayo». Leyó ese fragmento aforístico en medio del río Charles, con sus brazos suaves apoyados en la caña del remo, sujetando una antología de bolsillo de poesía griega. Era la única mañana que pasó en el río aquel verano. Se había detenido a recuperar el resuello y hurgar entre los antiguos. Pero, aunque estaba listo, la Verdad con «v» mayúscula no cayó.

Cuatro o incluso cinco mañanas a la semana trabajaba en el laboratorio. Sobre todo, a causa de la vieja disciplina, que había empezado a considerar otro pilar de costumbre. («Las costumbres te conducen a lo largo de la vida, no a su núcleo»). Llevaba dos años sin publicar ningún artículo, y al menos cuatro o cinco sin emprender ningún proyecto que lo fascinase. Y sin embargo la investigación había sido casi el centro de su vida.

Había comenzado estudiando la sed: era dipsologista. «Un nombre



gracioso para un objetivo serio», les dijo a sus estudiantes licenciados. Como todos los impulsos llamados instintivos, la sed era un complejo aglomerado de química y mentalidad. El doctor Merriwether había investigado su relación con la lactancia, las hemorragias, las drogas (atropina, epinefrina, óxidos metálicos, opio), las radiaciones de rayos X, la congestión de la vena cava inferior, las mordeduras de serpiente, la salinidad, el miedo, varios tipos de esfuerzos (incluida la cópula), la capacidad de sugestión y los sueños. En veintiún años posdoctorales había publicado casi cien artículos. Había creído en lo que Wolf llamó «la tríada dipsológica»: que la sed, el beber y la saciedad era un patrón vital primigenio, que la vida, suma de tropismos organizados por el «instinto» básico de supervivencia, podía considerarse como una sed gigante en sí misma. Incluso había especulado con que los cánceres, a los que él se refería en clase como «golpes de Estado citológicos», podían estudiarse usando modelos dipsológicos.

Sin embargo, no tenía los cinco sentidos puestos en su investigación. Sus ratones se debilitaban alrededor de los electrodos, anotaba la salinidad de las células carcinógenas, avistaba algunas recurrencias interesantes, pero, en esencia, se había dejado llevar.

Por supuesto, estaba haciendo otras cosas. La «manipulación» —su cláusula de protección para el pluriempleo— le ocupaba nueve horas a la semana.

Aun como médico a tiempo parcial, había visto casi de todo en el ámbito de la carne y sus desórdenes comunes, pero disfrutaba del trabajo como una forma de teatro, de sus encuentros con los estudiantes, de la habilidad o torpeza con las que estos describían las enfermedades, de los pretextos emocionales que se fingían durante el reconocimiento, y, ocasionalmente, de la sorpresa de un cuerpo.

Incluso cuando la investigación lo había tenido más absorto, al doctor Merriwether le gustaba al menos la idea de ejercer como médico. Por supuesto, estaba el placer real de aliviar el dolor, pero también algo más: había vislumbrado desde hacía mucho una relación importante entre la práctica de la medicina y la de los poetas y comadronas a quienes incluso los Merriwether de mente más comercial respetaban. Muchos poetas habían sido médicos o hijos de médicos. El doctor Merriwether suponía que dicha conexión estaba relacionada con la importancia de la crisis humana en ambos

oficios. Los médicos y los poetas tenían que tratar con esencias; conocían la confusión y el misterio del sufrimiento, la desproporción entre el ser humano en tanto que complejo químico y el ser humano deshecho por la muerte.

La semana antes de que los astronautas despegasen rumbo al primer paso del hombre en la Luna, una chica turbadora pasó por la consulta de Merriwether para que la reconociese. En la evocación mágica de ciertas épocas tenía un nombre lunar, Cynthia. Y se apellidaba Ryder.

El doctor Merriwether se levantaba cada vez que entraba alguien, una antigua cortesía que aprendió pronto, pero que a muchos pacientes les impresionaba, incluso a los que, como él, habían crecido en medio de rituales y formalidades. La señorita Ryder tenía el pelo dorado pero una piel oscura casi de india; era esbelta pero llena, alta, con ojos marrones y un leve prognatismo. El pelo le caía como una cascada hasta la vértebra torácica superior y su carne morena emergía de una corola de un amarillo desvaído. Un girasol humano.

—¿Cómo está? Es usted la señorita Ryder, ¿no es así? —preguntó el doctor Merriwether.

—Sí, señor.

—¿Se encuentra mal?

—No, señor.

Tercer cajón, pensó. La píldora.

—Pero ¿quiere hablar con un médico?

—Necesito una receta, señor.

Un acento despegado de vocales suaves, sureño, un discurso contenido por la timidez y la cortesía; un placer para Merriwether, cuyo discurso poseía unas «aes» casi bostonianas y otros toques de Nueva Inglaterra, derivados quizá de la boca rígida y su reserva escéptica, residuo de generaciones de meticulosidades legales y teológicas. O, quizá, del estreñimiento endémico de Nueva Inglaterra, del retenerse lo más posible antes de salir a la letrina helada.

—Por favor, siéntese. —La falda amarilla subió, ocultando a duras penas la parte de su anatomía que requería receta—. Como bien sabrá, un médico no puede recetar nada sin reconocer primero.

—Sí, señor. Necesito una receta para la píldora anticonceptiva.

—¿Se la han recetado antes?

—En la universidad, pero no la renové la última vez. Pensé que me la darían aquí, en el Departamento de Salud para estudiantes.

—¿Se ha hecho alguna citología últimamente?

—En abril.

—Normalmente intentamos informar un poco sobre los anticonceptivos químicos.

—Lo sé, señor. Me han informado alguna vez.

—Perfecto. ¿Ha notado algo raro desde que los toma?

—Me parece que me ha crecido el pecho.

Una sonrisa maravillosa, lenta, y un rostro con unos finos paréntesis grabados junto a los labios: una sonrisa inteligente y con humor.

—Si echas a la naturaleza por la puerta, se meterá por la ventana — comentó el doctor Merriwether. La sonrisa de la señorita Ryder se convirtió en risa y su rostro exhibió unas hermosas arrugas. Tenía una cara inteligente —. Para muchas chicas es como ponerse a dieta y ayunar a la vez. Se dicen una cantidad terrible de absurdos acerca de los efectos secundarios de la píldora. Algunos son graves, pero los investigadores tienden a meterles a los ratones dosis que constituyen una décima parte de su cuerpo, a registrar las desgracias subsiguientes, y luego a ondear banderas rojas. Para el *Reader's Digest*. Se puede matar a una persona con agua haciendo esos experimentos. Mi opinión personal es que los efectos secundarios principales tienen que ver con la nueva organización que introduce. Según las píldoras van dejando el pastillero, la gente planea sus cambios psicológicos mensuales.

Dirigió la charla a los tubos de piedra trasquilados del Memorial Hall. Volvió la vista a la señorita Ryder. O al menos al vestido amarillo que se levantaba sobre aquel bonito cuerpo mesomorfo y los pechos sin sujetador, de pezones llenos y marcados, aislados en blanco gracias a las sesiones de bronceado en biquini. Había visto muchos cuerpos de muchacha y estaba habituado incluso a sus sorpresas. La belleza podía brotar de lo que había aparentado ser pura adiposidad; una esbelta virgen podía bullir de veneno dérmico; otra, al desvestirse, podía descubrir un monumento venéreo, tan generoso y cálido que se viera obligado a llenar de contención sus manos al plantarlas en el pecho y la espalda.

—Veo que no tiene tiempo que perder, señorita Ryder. Creo que no me

tomaré hoy la molestia de reconocerla. Ni siquiera le preguntaré por su estado emocional. No se chive de mí.

Y se apartó del posible ofrecimiento, posible exhibición, para escribir la receta.

El vestido estaba en un brazo. Volvió a ocupar su lugar, el pelo dorado desapareció, y, al reaparecer, fue echado a un lado. La cabeza alargada de aspecto indio se alzó, se arqueó y se irguió, con gestos atléticos.

—Gracias, doctor. Es usted muy amable.

—Espero que todo le vaya bien, señorita Ryder.

—Así será. Gracias. Por todo.

El libro de Wolf sobre la sed tenía un epígrafe de los Salmos: «Como un tiesto se secó mi vigor; y mi lengua se pegó al paladar; y me has puesto en el polvo de la muerte<sup>2</sup>».

Tras la partida de la señorita Ryder, el doctor Merriwether sintió algo de agitación en su propio cuerpo. «Idiota de mí», pensó. Sus ojos se encontraron consigo mismo en el pequeño espejo que había sobre el lavabo. Para un hombre de cuarenta, su cara apenas tenía arrugas. ¿Sería aquella suavidad un signo de trivialidad emocional? ¿No deberían cuarenta años de nieve y sol de Nueva Inglaterra haber curtido la piel contra los huesos? ¿Qué había evitado? También su pelo era el de un hombre más joven, de un dorado oscuro, con vetas plateadas. Los ojos, azules verdosos, eran más bien pequeños.

Un rostro alargado, corriente, de ojos azules. Que le hacía parecer más joven. ¿Había quedado en reserva para comprometerse con una cosecha posterior de rostros? ¿Como si se le concediera una segunda prueba humana?

La vida del doctor Merriwether estaba rodeada, si no llena, de mujeres. Era un marido distante y formal, un padre cariñoso y distante con sus dos hijas. En cuanto a las ayudantes de laboratorio y las estudiantes posgraduadas, apenas era consciente de ellas si no era por la amable ayuda que le prestaban. Muchas mujeres sentían que su posición dependía de adoptar un estilo masculino, el cual implicaba brusquedad, pelo corto, calcetines blancos, zapatos bajos y poco o ningún maquillaje. Sin problema. A ninguna mujer se le despreciaba tanto allí como a la ocasional estudiante que exhibía sus características sexuales secundarias. (El axioma oculto era «No ensucies tu nido profesional»). A pesar de que el movimiento feminista había empezado a llegar a los laboratorios biológicos, iba despacio, quizá

porque allí se daba una mayor conciencia del complejo espectro de la sexualidad, del centenar de componentes de las diferencias sexuales.

En cuanto a las mujeres que conocía en su profesión, quedaban claramente fuera del campo emocional. Hasta los médicos a tiempo parcial conocen el peligro que entrañan las invitaciones sexuales de las pacientes. El acto de desvestirse convierte a muchas mujeres en vampiresas. La rapidez al desvestirse de la señorita Ryder había sido una variación familiar. Y, sin embargo, había ido acompañada de un resplandor que se marchó con ella. El doctor Merriwether deseó que el día hubiese acabado entonces.

Quedaba otra hora, una costilla fracturada, un caso de ictericia —que se apresuró a internar en el hospital— y otro tercer cajón, una muchacha gorda e hipomaniaca de Davenport (Iowa), que había descubierto su potencial sexual en el nefasto Seminario de Relaciones Interpersonales que se impartía en el William James Hall. El doctor Merriwether creyó comprender que la rutina incluía LSD los días de diario y masajes de pene los fines de semana.

—¿Está dispuesta a afrontar las consecuencias emocionales de este grave paso, señorita Wongerman?

—Por supuesto.

—Pues buena suerte.

Y que Dios tuviese piedad del ambicioso que probase aquellas cañadas dignas de los Alpes.

Vio dos veces más a la señorita Ryder antes de darse cuenta de que aquello ocurría porque ella quería que la viese. Estaba de pie con un gran sombrero de paja adornado con flores azules y doradas delante del viejo Wadsworth House, enfrente del Forbes Plaza. Llevaba vaqueros azules y una blusa floreada, y se estaba comiendo un cucurucho de helado. A lo mejor estaba esperando el autobús.

La tercera vez que la vio, ella lo saludó. Si lo había saludado las primeras veces, él no se había dado cuenta. (Aunque quién sabe. Stu Benson había descubierto que la actividad de cortejo continuaba en el gato decorticado sin que se observase alteración alguna). En cualquier caso, en aquella ocasión la vio y, en lugar de girar a la izquierda y cruzar la calle en la esquina de Billings y Stover Street, cruzó hacia ella.

—Hola.

—Hola, doctor. ¿Cómo está?

Con aquel ligero acento del sur, el menos cincelado de los acentos americanos, aunque en boca de la señorita Ryder sonaba excepcionalmente claro. Él se llevó la mano izquierda a la muñeca derecha como tomándose el pulso.

—Parece que bien.

—¿Quiere un lengüetazo?

Seco como el polvo, Merriwether dio un lengüetazo.

—Gracias.

—¿Va a operar?

—Voy a ducharme y a jugar al tenis.

—¿Puedo ir caminando con usted?

—Encantado de que me acompañe, señorita Ryder. Estoy solo este verano.

Aquel pequeño exceso quedó suspendido entre ellos un momento.

A pesar de que su casa se hallaba cerca de la plaza, quedaba solo a la vista de los iniciados de Cambridge. Una vez pasado el Loeb Theater, Cynthia Ryder se halló en territorio desconocido. La quietud rural de Ash Street y el romántico musgo viejo de Cambridge los rodeaban.

El tío del doctor Merriwether, Griswold Tipton, había sido profesor de Geología, alumno y sucesor de Alexander Agassiz, hijo del gran Louis. Murió en la casa de Acorn Street que había construido. Cuando el hijo de la tía Aggie, Griswold III, murió en la isla de Guadalcanal durante la Segunda Guerra Mundial, Merriwether, que para entonces no había terminado la universidad, se marchó de Eliot House para mudarse con su tía viuda, en parte como cuidador, en parte como compañía. La instalación que realizó el señor Stonesifer en el tercer piso lo alivió de ambas tareas. Para entonces ya se había graduado y se pasaba la mayor parte del tiempo en los laboratorios. En 1950 se casó con Sarah Wainwright, licenciada en Lenguas Romances. Se mudaron a un apartamento de Ellery Street. Cuando la tía Aggie murió en 1954 —dejándole la casa— se mudaron allí con Albie, que tenía tres años, y Priscilla, que tenía uno. (El señor Stonesifer desmontó sus juguetes eléctricos y se marchó a New Hampshire).

Acorn Street se componía de once casas, y cada una de sus ventanas

formaba parte del paisaje interior del doctor Merriwether. Los vecinos lo conocían, conocían su paso, su ropa, sus costumbres. Cuando el *Times* mencionó su elección en la Academia Nacional de Artes y Ciencias, lo felicitaron. Podía pedir prestados los cortacéspedes en aquellas casas, quizá incluso dinero —aunque no había necesidad real de ello—. Las casas eran su escenario, algo constante en su vida. Al caminar por allí con una belleza veinteañera, la familiaridad se convirtió en acusación.

Merriwether hablaba con rapidez, luchando contra la puerilidad de sus sentimientos. Le habló a la señorita Ryder de las casas y sus propietarios. Aquel verano la calle era un centro contra la actividad de la ABM, la Liga de Misiles Antibalísticos. Sus vecinos, George Bowen y Warren Defries, habían testificado en Washington acerca de lo caro e inútil que resultaba el sistema; se oponían a los argumentos de los amantes de las armas en la sección destinada a cartas de los lectores del *Times*; por la noche, mientras paseaban a los perros, se encontraban bajo las acacias para discutir sobre los anillos interceptores, el reconocimiento de patrones, el megatonaje y los costes de almacenamiento. Defries, enorme y bulboso como un globo de desfile, prácticamente le sacaba la cabeza al pequeño Bowen, que encendía un cigarro con la colilla del otro.

Parecía que estuviera armándolo caballero, pero se limitaba a ahuyentar el humo.

La señorita Ryder preguntó qué era la ABM.

*Summie.*

Aquel era un término cariñosamente despectivo para los estudiantes de los cursos de verano. La señorita Ryder era *summie*; no pertenecía ni a Harvard ni a Radcliffe. La leyenda *summie* cuenta que las chicas son bonitas, ignorantes y fáciles. (Los catálogos de verano reforzaban la ficción). Al doctor Merriwether le parecía que no había ninguna diferencia entre las estudiantes de verano y las de invierno; solo que iban menos vestidas. (La verdadera promoción de Cambridge llegaba cuando diciembre desprendía la penumbra del invierno de Nueva Inglaterra).

La ignorancia de la señorita Ryder era fácilmente reparable.

—Es el acrónimo de misiles antibalísticos. No es ni un millón de veces tan importante como *Macbeth*. Aunque supongo que podría borrar del mapa todos sus ejemplares y a sus lectores.

—*Macbeth* sí lo conozco —dijo la señorita Ryder.

Estaban ante el pequeño óvalo de césped, bajo la acacia. La señorita Ryder tenía unos ojos enormes, casi negros, más redondos y penetrantes que los de Sarah. El doctor Merriwether sacó la mano y le dio las gracias por acompañarlo a casa. Ninguna sutilidad facial escondió la decepción de la señorita Ryder.

Él sintió un respingo de placer: era importante para aquella hermosa persona. Por supuesto, a los alumnos les encanta entrar en las casas de los profesores, en cualquier casa, de cualquier profesor.

—¿Puedo ir a verlo jugar al tenis?

—Si fuese bueno. O si al menos fuese graciosamente malo. Pero soy un manta. ¿Juega usted?

Un poco. Había sido campeona júnior de dobles en Carolina del Este.

—Entonces claro que no puede venir a verme. Iría en detrimento de su juego y de mi vanidad.

—Es usted un hombre muy agradable, doctor.

Se inclinó, lo besó en una boca casi desprevenida, giró sobre sus sandalias (lo cual no era fácil en absoluto) y se alejó. Un panorama imponente con sus pantalones azules de campana, el único panorama de ese tipo que se había visto en Acorn Street desde que Priscilla se fue a Maine.

El contrincante al tenis del doctor Merriwether, John Davison, era uno de esos tipos que llegan tarde a Harvard y no consiguen olvidar cómo eran las cosas en el mundo exterior. La mitad de las satisfacciones de su vida procedían de la siempre asombrada autocomplacencia de hallarse en la ciudad de Cambridge. El doctor Merriwether había visto un especial de televisión sobre la familia real de Inglaterra. Lo que lo había dejado boquiabierto era que la mayor parte de la conversación de la realeza tenía que ver con ella misma, con las historias de la reina Victoria o con la sorpresa que inspiraba el asombro ajeno ante la humanidad de los miembros de la realeza. Comparaba aquel extraño provincianismo con el de Davison.

El doctor Merriwether había «descubierto» a Davison en el *Journal of Experimental Physiology*. Davison, microscopista de primera fila, había desarrollado un instrumento que aclaraba rasgos con un margen de 2.000 ángstroms. Su objetivo era llegar a supervisar la cadena genética, y en



aquellos momentos estaba trabajando en los factores determinantes de la hemofilia. Era un trabajo adecuado para un Lancelot científico. Algo que debería extrapolar su dignidad a todos los aspectos de la vida de un hombre. Pero no era así. Fuera del laboratorio, Davison era pueril. Sus únicas pasiones, por lo demás, eran el tenis y Harvard. Harvard era su esposa — aunque contaba con un espécimen oficial, más bien rechoncho— y sus hijos —el mundo se había quedado sin un Davison mini—. El doctor Merriwether había pensado en indagar si existía un gen responsable de la Harvard-manía. (Vendría relacionada con la estrechez de miras y la represión. Quizá Davison podría eliminarlo de cualquier Davison futuro).

Davison era calvo, delgado, más alto que Merriwether y unos cuantos años más joven. Tenía un rostro abierto y perplejo. La estupefacción parecía ser su actitud permanente. Cuando le encajaba un saque a Merriwether, o cuando había conseguido algo especialmente importante en el laboratorio, su rostro se expandía, lleno de triunfo infantil. Merriwether sentía un vacío de presencia por parte de Davison; pero aquella tarde necesitaba hablar con alguien y Davison era el único que andaba por allí.

De todos modos, había muy poca gente con quien pudiese hablar. Antes estaba Sarah, y, durante unos años, Albie y Priscilla (aunque eran principalmente Albie y Priscilla quienes hablaban). Estaba Thomas Fischer, amigo desde hacía veinte años, pero Fischer tendía a mantener la relación en el punto inicial, es decir, la del sabio maduro con su ayudante, Merriwether, divertido pero respetuoso; aquello no siempre invitaba al desahogo. Estaban también Stu Benson y Maxim Schneider, pero pasarían el verano fuera. Solo quedaba Davison.

El doctor Merriwether sometió el caso a su consideración.

—Johnny —dijo, mientras guardaban las raquetas en sus fundas—, ¿has tonteado alguna vez con una alumna?

—¿Tontear con una alumna?

—Sí.

—Intento ser completamente honesto con ellas. No sé a qué te refieres.

Le dieron ganas de decir: «Davison, amigo, ¿no has pensado nunca “Esta chica me vuelve loco”, no has pensado nunca en bajarle las bragas encima de la mesa del laboratorio?». Pero seguramente la respuesta habría sido: «¿Para qué?».

El físico Wigner había hablado de la necesidad de estudiar la variedad de la inteligencia, desde las plantas hasta Shakespeare. Había dicho que cuando hablaba con John von Neumann sentía que él estaba dormido y Neumann despierto. Poseyera un cociente intelectual alto o no, Davison estaba dormido para el mundo más allá de su microscopio.

Quizá fuese la compañía lo que los seres humanos necesitaban, más que el sexo, más que la bebida. A lo mejor las conferencias, las reuniones de facultad, las ciudades, las iglesias, incluso el sexo en sí mismo no eran más que formas de satisfacer esa necesidad. Hasta el eremita más hermético contaba con la compañía de aquellos a los que temía u odiaba, la compañía de los ausentes. En *Walden*, Thoreau iba a la ciudad de Concord cada pocos días, y tenía sillas dispuestas para los visitantes. La compañía era el verdadero hábitat humano. Sócrates volvió prematuramente a la cueva a causa de la soledad, no de la compasión. «¿Por qué me has abandonado?» significa «¿Por qué me has dejado solo?».

O eso pensaba Merriwether en su casa, metido en la bañera, mientras se enjabonaba el pie derecho, con la rodilla en la barbilla y el carnoso antebrazo rozándole los genitales. Luego le vino a la mente el cuerpo sin rostro del muchacho para el que se estaría preparando la señorita Ryder. ¿Para qué? ¿Un beso? Los labios unidos en medio del sempiterno perfume simbólico. Más el atisbo de un cuerpo bronceado y mesomorfo, unos cuantos centenares de palabras, la sensación que le habían dejado cincuenta rasgos y diez o doce logros (campeona de dobles júnior, estudiante, lectora de *Macbeth*, comedora de helados, portadora de sombreros).

Dos días más tarde miró al otro lado de Mass Avenue y, al no ver a la señorita Ryder, se le revolvió el estómago. «Conque decepción», pensó.

Pero sin raíces profundas; camino a casa llegó el olvido. «Debería ocuparme del césped». Davison no podía jugar aquel día, a lo mejor Fischer había vuelto, a lo mejor podían cenar juntos.

Caminaba en dirección a la nada, así que caminaba despacio, abandonándose al calor, a las miradas de las ventanas, a los clientes de Zum-Zum, a la agradable semiimagen del desayuno —rollitos de beicon, los pequeños grumos de pulpa del zumo de naranja, la primera incursión en el *Times*, el dulce impacto de la sección de necrológicas— a la vuelta de la esquina, el verdulero, la bodega, el Brattle Theatre —un ciclo de los

Hermanos Marx que no le inspiraba ni risotada ni diversión ni nostalgia—, la verja calada del Loeb Theater.

Y allí estaba ella.

Ante él, caminando despacio, con la cabeza dorada inclinada, sus piernas largas y oscuras brotando de una minifalda color escarlata y una extraña lentitud en el paso inusual, saltarín, de amplia zancada, torpe y atlético al mismo tiempo. El doctor Merriwether aceleró el paso, la alcanzó y le tocó el codo.

—Señorita Ryder.

—Usted.

—Hola.

Y al profundo alivio sin sonrisa de ella, para felicidad de él, siguió otro «Hola».

—Qué contenta estoy de verlo. Estaba intentando encontrar su casa. No recordaba el camino.

—Pues iba bien encaminada.

Pasaron junto al Graduate Center, por Ash Street, por Acacia Street, hasta llegar a Acorn Street, a su casa, frente a las urnas japonesas y los *ginkgos* de sus vecinos millonarios, sortearon el óvalo de césped, subieron las escaleras rojas entre crujidos y entraron por la puerta, tras lo cual la señorita Ryder dijo:

—Me gusta usted mucho. Me siento tontísima, pero me gusta mucho.

Sin mirarla.

—Y a mí me gusta, señorita Ryder. Y yo soy diez veces más tonto, y encima no tengo sus mismas excusas.

Con eso se refería a que no era joven —aunque sí inexperto— ni libre —aunque lo liberaban el intelecto, la voluntad, el abandono—.

La señorita Ryder iba del salón acristalado al salón de la tarde, al comedor, la cocina, la caja de la escalera, tocando sillas, espejos antiguos, lámparas de aceite (de pantalla débil y poca adaptación). Él, incómodo, recordó el «protocolo» moderno e inocente, fue a la cocina y preparó unas copas: Dubonnet, zumo de limón, soda y hielo; un nuevo combinado —horrible— para una nueva combinación.

La señorita Ryder estuvo encantada de coger un vaso frío. Tenía una

mano muy suave —él ignoraba la cantidad de horas de cuidado invertidas en cada pulgada de su cuerpo—, tocarla era una pura delicia.

El doctor Merriwether dio un sorbo, se sentó en la silla menos amenazadora y anunció que, por mucho que lo deseara, no era posible que mantuvieran una relación, pues toda relación entre un hombre y una mujer heterosexuales debía progresar, y ¿qué progreso podían efectuar ellos? Ninguno en absoluto. Por supuesto, era natural sentir lo que sentían. Conforme a las estructuras biológicas e incluso psíquicas, aquellos sentimientos eran de lo más lógico, pero atentaban contra lo que el próspero y longevo Occidente había reordenado —en el que la gente llevaba una vida sometida a las estructuras sociales que mantenían el antiguo modo de vivir a medio gas—; a pesar de que la joven y el hombre de mediana edad eran una de las parejas más corrientes de la nueva época, aun así, aun así...

—Querido... doctor, o lo que sea. Me encanta oírte hablar. Pero aquí estamos solo tú y yo, ¿no es así? ¿No es así?

—Eso espero.

—Quiero decir que ya sé que representamos a los sexos masculino y femenino, a los jóvenes y a los menos jóvenes y todo eso, pero solo estamos tú y yo. Ahora. Aquí.

—Sí, señorita Ryder. Pero comprender algo siempre ayuda a sobreponerse a ello. Porque no tenemos ninguna oportunidad.

—¿Oportunidad? ¿De qué?

Negación con la cabeza.

—Déjame quedarme.

—¿Quedarte?

Podía sentir a Davison en su voz. ¿Era la interrogación torpe la forma más fácil de evasión?

—Sí.

—Vale. Pondremos la radio, a lo mejor cenamos, yo desearé tener veintiún años y tú puedes desear lo que quieras. Y nos damos un beso al despedirnos.

—No nos hemos dado un beso al saludarnos —dijo Cynthia, que se inclinó, y esta vez recibió un beso además de darlo.

«Estaba muy sorprendida», le diría ella, semanas más tarde. Lo que lo

sorprendió a él, pues la gente cree que la curva de sus sentimientos es evidente para todos aquellos a los que no pretenden engañar. Aun así, él la besaba en parte por ella (para curarla, por simple humanidad). Así, él podía seguir sintiéndose el Hombre de Principios, el Hombre de Edad, el Médico con la Paciente Confundida, el Profesor de la Alumna Fácilmente Deslumbrada.

En pocas palabras, el Dipsologista Decorticado. Cortejando.

## DOS

Mientras estuvieron en el salón, se apañó a base de charla.

—Soy demasiado viejo para un amor así. Ya sabes que me gustas muchísimo, ejerces una tremenda atracción sobre mí. —Cualquier padre occidental del siglo XX, el médico, el profesor, conocía la importancia de la confianza en uno mismo—. Pero a medida que un hombre se hace mayor, confía más en lo que él mismo ha hecho. Y el amor, sea lo que sea, no es un logro personal.

—Hay mucha gente que es incapaz de sentirlo.

—Pero no es lo mismo. No creo que el sistema del amor sea de utilidad después de los treinta. El amor de verdad llega a tu edad. Quiero decir que la estructura temprana del amor entre padre e hijo se iguala al final de la adolescencia con la gran transferencia. Cuando llegas a mi edad, no es más que una combinación de lujuria y nostalgia. No hay espacio de verdad para nuevas raíces.

—Bertrand Russell dice que él encontró la verdadera pasión a los noventa.

—¿Lo decía de verdad?

—Si se puede mentir así a los noventa, a lo mejor quiere decir que fue verdad a los setenta.

—Russell seguía siendo un adolescente. ¿No perdió a su madre muy joven? Tenía la pasión del esquizoide por la abstracción. Sus amoríos tardíos eran neuróticos. Fue un adolescente esquizoide durante setenta y cinco años.

Ella quiso que él escuchase un disco y se marchó a comprarlo. Él también salió a comprar vino, y luego, en la plaza, un ramo de narcisos amarillos, y, como recuerdo para ella, un gran libro de Vermeer que, ya en casa, mientras

la esperaba, le dedicó: «A mi paciente más impaciente y encantadora en este verano loco».

Los minutos de separación hicieron más profunda su sensación de que lo que estaba ocurriendo era algo único. Qué ilusión humana tan primaria. Como si los seres humanos tuviesen la cabeza tan hueca como peces de colores que nadan alrededor del tópico, asombrados ante la perpetua novedad. Colones de bañera. De algún modo, así era. El sistema neuronal era tan abrumador que un caso estadístico podía dar cuenta de la absoluta singularidad de todos los acontecimientos y sentimientos humanos. No era verdad que los humanos se pareciesen entre sí en los momentos de pasión, como había dicho Eliot, poeta de Harvard. Todo era más o menos como cualquier otra cosa; pero solo hacía falta tener en cuenta el número inverosímil de sinapsis implicadas para considerar que los momentos de pasión correspondían a los mayores actos de intelecto. Quizá las palabras se viesen sustituidas por gruñidos, pero aquello no conllevaba una simplificación de la sensibilidad. No había más que ver hasta qué punto su propio sistema se hallaba ahora en alerta gracias a la ausencia de Cynthia. Su ausencia suponía una tremenda presencia para él. Ella estaba en algún lugar de la ciudad. El taca-taca de las escaleras mecánicas del metro, los pechos con rosarios, los saris, los letreros, la forma de sombrero de bruja de la iglesia Christ's Church (donde se casaron él y Sarah cuando Cynthia parecía más un pescado que una mujer), cincuenta mil pequeños destellos y ruidos. Allí estaba en ese momento, pero también con él, parte de su *milieu intérieur*.

En casa, con el Graves en el frigorífico, las flores metidas en un jarrón azul de Wedgwood que le había comprado en Londres a Sarah cuando cumplió treinta años, y el libro de Vermeer en el brazo del sillón. La ausencia empapaba la sala. Un peso. La espera. ¿Le habría ocurrido algo? Embriagada de amor, mareada, quizá no hubiese visto una alcantarilla abierta o un coche. Y nadie lo avisaría. ¿O bien, al verlo en su casa, había vuelto en sí? Algo que había dicho, o que no había dicho, un ademán que rozaba lo ilusorio y que de repente le hacía ver lo grotesco de su relación. Ella estaría entonces planeando la llamada de teléfono que la sacaría del aprieto.

El doctor Merriwether sufría al estilo clásico; ser consciente de ello no conllevaba ningún alivio. Sufría, sabía que era absurdo sufrir, y sufría más. «Esto hay que achacárselo a la indolencia. A la apatía. Al vagar por ahí

esperando a que me ocurra algo».

Se puso una camiseta de Harvard, hizo sentadillas, aporreó las estanterías, sacó y volvió a colocar unas ediciones victorianas de letra minúscula de los poetas románticos, un texto de la Facultad de Medicina (*La etiología de la fiebre reumática*), el diccionario de griego de la tía Agatha. Cynthia, *kyneo*, besar, *kynegetis*, cazadora. *Kynedon*, a lo perro, con avaricia. *Kynthos*, monte de Delos, lugar de nacimiento de Apolo y Artemis. *Kyniske*, cachorrita de perro. *Kynopes*, con ojos de perro, desvergonzado. Cogió el libro de Vermeer, se sentó en la esquina más desnuda del sofá y observó los interiores en los que unas mujeres leían cartas, absortas, servían leche, pesaban oro, ajustaban canillas, miraban la luz dorada que entraba por la ventana. El resplandor de su ensimismamiento lo dejó ensimismado. Entonces se oyeron pasos en el porche, llamaron al timbre y allí estaba Cynthia, con un vestido distinto y el rostro moreno y dorado cargado de expectación.

—He tenido que volver a cambiarme. Estaba toda pegajosa.

Entró como una exhalación, mostrándole su vestido estampado de hojas otoñales sobre un fondo rojo, por encima de sus piernas atléticas, si bien levemente patizambas, y sus largos pies, suaves como los de una niña, enfundados en unas sandalias de suela de madera.

Tenía el disco, ¿podía ponérselo y bailar para él, o le parecería una estupidez?

No, por supuesto que no. Estaría encantado. Pero ¿dónde?

—¿Dónde está el tocadiscos?

Tuvo que pensarlo. Él oía música de los canales FM.

—En la habitación de Priscilla.

La llevó escaleras arriba. A las interioridades familiares. Lo cual le resultó más difícil. Pero no podía negarse a algo tan patentemente inocuo. Aunque un poco ridículo. Apartó la vista del dormitorio principal y la condujo hasta el dormitorio de Priscilla a través del pasillo abigarrado. Cynthia lo miraba todo boquiabierta, evaluaba, admiraba vitrinas llenas de fruslerías de los Merriwether, láminas de marinas, viejas camas, la tabla de comunicación abandonada de Stonesifer, el armario con perchas de madera de Priscilla.

—Es muy singular. Histórico-histérico.

Él encontró el tocadiscos.



Cynthia hizo los honores, colocó la barra, el brazo, ajustó la velocidad.

Para sorpresa suya, la música era hermosa, tranquila; discurría al ritmo de unos toques acerados sobre los que los cantantes medio suspiraban algo acerca de cabalgar el viento. Cynthia giraba, se inclinaba, se movía con rigidez e intensidad, y luego con grandes balanceos. Sutil y seria. Demasiado ancha para aquella habitación tan pequeña, demasiado. Y, sin embargo, extrañamente hermosa, conmovedora, personal. Una danza amorosa.

Demasiado para él: él pertenecía a una época que encerraba la belleza en un marco. Actuación. El espectador debía formar parte de una multitud. Únicamente Hitler se sentaba solo en los auditorios. (¿O es que la generación de la tele aceptaba la actuación personal como declaración personal?).

Y además estaba su cuerpo, el de él. No fofo, pero rígido a causa de la gravedad; se sentía flojo, lento. Dios sabe que no podía bailar así. ¿Había bailado alguien así, alguna vez? Priscilla bailaba, también Albie y Esmé, pero ellos bailaban en casa. Priscilla bailaba con ánimo, pero tenía más fuerza y belleza que gracia; no era bailarina. Quizá —y aquello dibujó la sonrisa que Cynthia buscaba— la tía Agatha había ejecutado allí piruetas para Loudon Stonifer.

—¿Parezco tonta? —Se detuvo.

—Es muy bonito. Gracias. ¿Quiénes son los artistas? —dijo tras haber sopesado las opciones de «cantantes» y «músicos».

—The Youngbloods. ¿A que son buenos?

—Espero que su juventud no les haga sentir fuera de lugar<sup>3</sup>.

Se había quitado las sandalias para bailar. Y ahora no se las puso, sino que se plantó un par de mocasines de Priscilla.

—¿Son de tu hija?

—Sí.

—Tiene los pies más anchos que los míos.

La lectura que Cynthia había efectuado de las revistas femeninas le había otorgado un índice de proporciones digno de un fisiólogo: la relación entre pies y manos, entre espacio articular y peso corporal. Los pies anchos iban acompañados de cintura gruesa, dedos largos en manos y pies, y piernas largas. Merriwether vio cómo aquella fisióloga forense adivinaba el aspecto de Priscilla. Sintió un impulso de lealtad hacia los pies de su hija.

—Priscilla es una belleza.

Era la «guapa» de Acorn Street. Con su figura fina, algo achaparrada, y su rostro fuerte y dulce, iluminado por los mismos ojos color verde azulado de su padre. Suponía que poseía un cuerpo hermoso, aunque llevaba diez años sin verla desnuda y no sentía ninguna gana de ello; seguía siendo de Nueva Inglaterra en lo esencial, en la distancia y la privacidad, en el espacio sagrado del cuerpo de cada uno, en la zona de dignidad de cada uno.

—Lo sé. Qué envidia. Aquí está la foto de su anuario.

Aquella belleza dorada, aquella acaramelada hija de las playas de California, estaba haciendo algo que a él nunca se le habría ocurrido: hurgar en las cosas de su hija. Un homúnculo moral le dio un brinco en el pecho.

—¿Ah, sí?

—Ay, perdóname, por favor. —El largo rostro se tensó (de miedo, no de vergüenza). Una reacción excesiva—. Soy un horror. Es solo que... Quiero saberlo todo sobre ti. Perdona, por favor.

—No hay nada que perdonar.

A pesar de todo, su incomodidad desaparecería más a causa del olvido que del perdón, y se contuvo para no decir: «Creo que hasta aquí hemos llegado».

Cynthia notaba que quería sacarla de allí.

—De acuerdo.

—¿Conoces Boston?

Cynthia lo conocía, pero respondió:

—Muy poco. Me encantaría verlo contigo.

Él condujo el viejo Dodge color borgoña por Boylston hasta llegar a Park Drive; después bordeó el río lleno de kayaks, botes de remo y veleros. Llegados a Boston, aparcaron cerca de los embarcaderos que había tras el capitolio, se abrieron paso entre los compradores que abarrotaban Freedom Trail, el cementerio, las iglesias, las casas de estilo georgiano donde se congregaban los fieles, metidas con cuña, como piezas del Monopoly, en la hinchazón de cemento de la ciudad nueva. Caminar con Cynthia no alentaba en Merriwether la adoración de los ancestros, pues, en tanto que moralista además de fisiólogo, sabía que ni la fisiología ni la moral habían cambiado a

lo largo de los siglos. A diferencia de unos cuantos gestos, de unas cuantas decisiones, las épocas heroicas diferían poco de las demás, y los héroes menos aún. (Aquella era la oposición de Merriwether a la pomposidad ancestral de su padre. El viejo vendedor de seguros había dedicado sus últimos años a escribir un volumen titulado *Memorias de un hombre de Harvard* en libros de contabilidad sin usar). Aun así, los negros baches del cementerio Granary Burying Ground cubrieron a Merriwether de polvo. Le enseñó a Cynthia la tumba del primer Merriwether estadounidense, Andrew. Ella leyó en alto la única fecha legible, 1674, y tres versos.

Ninguna inclemencia del tiempo doblégó  
al que con su apellido las venció.  
Aquí yace Andrew Merriwether<sup>4</sup>.

Resultaba extraño oírlo en el acento suave de la hermosa joven arrodillada cuyo trasero formaba una curva interrogativa que apuntaba hacia él, mientras su índice seguía los negros surcos de las letras del siglo XVII. Bueno.

—Los Merriwether siempre hemos sido personas corrientes. Artesanos, granjeros, comerciantes. Unos cuantos hombres de leyes.

Los más conocidos habían sido un tal Samuel, que había llevado el caso del Dartmouth College contra Webster, y un tal Albert, que había pronunciado un discurso contra la interferencia estadounidense en Yucatán. (Albie lo había desenterrado de una historia diplomática y lo había enviado al *Herald* de Boston junto con un comentario sobre la contención que antaño habían mostrado los Estados Unidos en las situaciones «tipo Vietnam»).

—Y pensar que tú eres parte de esto —dijo Cynthia. Piedras, ladrillo viejo, campanarios.

—Supongo que sí.

Siguiese o no la corriente, era parte de lo que yacía bajo el hedor automovilístico de aquella ciudad negra-irlandesa-italiana.

Fueron a un bar de turistas: él se comió un chuletón, ella unas ostras. (Siguiendo los consejos de los folletos sobre salud alimenticia, no comía carne roja que no fuese ternera lechal). Bebieron vino tinto y condujeron de vuelta mientras el sol se ponía sobre el río.

—¿Puedo ir a casa contigo?

Iban por Dunster, rumbo a Boylston.

—Creo que mejor no.

—Por favor.

—Un rato, entonces. Una copa.

—De acuerdo.

En la planta de abajo, ella sorbió una sidra de manzana, se sentó junto a él, lo tocó; luego subió las escaleras y esperó a que él la siguiese. Ella estaba en la habitación de Priscilla y se había quitado la ropa.

—Por favor —dijo ella.

—Casi todo lo que conozco me aconseja que no haga esto.

—Túmbate conmigo.

Lo hizo, sin dejar de hablar.

—En todo esto hay un *déjà vu*, un *déjà lu*. Es demasiado... típico: el profesorcillo inocente que nunca ha llamado siquiera a una estudiante por su nombre de pila. Y la estudiante que lo coge de la mano y lo lleva adonde ella cree saber que él quiere ir.

—¿Tiene que haber un eco para todo? ¿Es tan vergonzoso?

—No me gusta vivir la vida de otra gente.

—La gente come, duerme, ama. No puedes escaparte de eso.

Silencio. Ella se quedó tumbada, fingió dormirse y luego se durmió. Él se levantó y se fue a su cama. Donde, por la mañana, se despertó y se la encontró desnuda, quitándole el pijama para dejar al descubierto su erección matinal.

—Ay, Dios mío.

Y entonces se hicieron, biológica y legalmente, amantes.

El doctor Merriwether pensaba en el envejecimiento. No se sabía mucho sobre el tema. Buffon pensaba que la longevidad tenía que ver con el crecimiento. Flourens sostenía que la duración de la vida era cinco veces el periodo de crecimiento. Bunge relacionaba el tiempo de vida de los mamíferos con las ratios de incremento de peso en los recién nacidos. Metchnikoff consideraba que el agente de la degeneración era la putrefacción. (El intestino posterior era crucial; él recomendaba una dieta a base de leche agria a causa del ácido láctico). Weissman vinculaba la

existencia a la fertilidad: las aves de presa tenían nidadas de uno o dos ejemplares y vivían más que las moscas y los conejos.

En aquellos días se hablaba de plaquetas y de «ruido genético», de los errores en el ADN causados por el sobrecalentamiento, la radiación de fondo, los agentes químicos. La nueva jerga decía que una de las causas del envejecimiento era la gestión ineficaz de los estímulos: hasta las inteligencias más eficientes acababan por sucumbir al sedimento de datos.

La cháchara fisiológica servía para cubrir la confusión del señor Merriwether. Retomó lo de remar en el río Charles, comía «correctamente» —nada de whisky ni de mantequilla, nada de chuletones, y mucho yogur, por si Metchnikoff tenía razón—. Era por Cynthia. Por la noche, paseaba con ella a la orilla del río, con el brazo alrededor de su cintura, feliz de ver a otros amantes, un cuarto de siglo más jóvenes, tumbados en las orillas, «dándose el lote», como rezaba la escalofriante expresión. Según otra funesta etiqueta de la época, él era un «viejo verde», usurpador de una confiada belleza juvenil que la propiedad clásica destinaría a un compañero de pecho lampiño, atormentado por el sexo, poeta aún en el cascarón. Y en su lugar estaba él, presa feliz, aunque nerviosa, de aquella belleza sureña.

Y ya no evadía el sexo. Se metían en la vieja cama de matrimonio chirriante, en la que, tras unas cuantas sesiones algo embarazosas, aprendieron a complacer al otro.

Durante una semana se encontraron por la noche, caminaron por la noche y se fueron a la cama sin ser reconocidos, al menos en público.

Pero el verano tocaba a su fin; su tiempo terminaba.

—Podemos vernos los fines de semana —propuso Cynthia—. Vendré todos los fines de semana.

—Imposible.

—¿Por qué?

—El verano es especial. La vida vuelve a la normalidad en otoño. Entonces todo el mundo ha vuelto ya. Se planea hasta lo más ínfimo. No hay espacio. De todos modos, Cynthia, lo olvidarás todo a la semana de llegar a tu casa.

—No lo creo.

—Te diré lo que haremos. Te vas a casa; ni cartas ni llamadas. Vuelves a la universidad al cabo de un mes. Esperas otra semana. O diez días. Espera

diez días. Si la ausencia, el tiempo y los chicos de Swarthmore no te han distraído de esto, de lo nuestro... —dijo encogiéndose de hombros—. Entonces escíbeme. O escribe de todos modos. Dime lo que sientes. Ambos nos quitaremos un peso de encima. Habremos vivido una aventura extraña y hermosa. Habremos sido clandestinos por una temporada. Es la fantasía de cualquiera. Habremos tenido esto. Nos ayudará a soportar lo cotidiano. Será material para nuestros recuerdos. Algo con lo que soñar.

Su despedida estuvo llena de un fortísimo pegamento romántico, de tormento amoroso. Cynthia se marchó de Acorn Street y el doctor Merriwether la observó por la ventana. El largo pelo dorado, emblema de la juventud, del verano, del final del amor romántico y de su esplendor paranoico.

Una semana más tarde, él, Sarah y los niños estaban en las montañas de Vermont. Pasaron dos semanas con los Schneider en la cúpula geodésica que Maxim había construido con sus hijos.

Los Schneider eran «la pareja felizmente casada» para Merriwether. Uno podía situar a la mayoría de las parejas en el mapa de la aridez marital (en la que a menudo se observa un renacimiento en la vejez, cuando uno se convierte en termómetro y botiquín del otro), pero a los Schneider no.

Mantenián el amor. Merriwether los observaba. Se parecían: cabeza ancha, ojos grandes, cara redonda, Jeanne más alta y con una sonrisa más amplia, Maxim con sus gafas, rápido, siempre gesticulante, teatral. Se habían conocido en el instituto y se hicieron amantes antes de que Maxim supiese lo que era un clítoris. Seguían acostándose. De los dos tipos de matrimonio, el que se centraba en la pareja y el que se centraba en los niños, los Schneider pertenecían al primer tipo. Jeanne era el centro de su marido, su inteligencia fluía solo como un apoyo incuestionable para él. El doctor Merriwether la consideraba una mujer maravillosa, pensaba que debía de ser maravilloso acostarse con ella. (Aquello era pura especulación, no deseo; Merriwether censuraba incluso la traición mental). Le gustaba, la quería en tanto que parte de la pareja; sentía cariño por ambos de ese modo.

Maxim había comenzado biología, pero, a los treinta, había asistido a los seminarios de George Sarton y un verano decidió convertirse en historiador científico. Ahora, en la cuarentena, pensaba en sí mismo como historiador;

había aprendido griego, tamil y chino, y había elaborado un glosario botánico plurilingüe. Sentía el ansia del comparatista por las analogías, las simetrías inesperadas, las metáforas históricas. Iba más allá de la medicina. El regreso de los veteranos de Vietnam le «recordaba» a los comerciantes griegos del siglo V que volvían de las batallas navales de verano con los persas para exigirles nuevos poderes al Estado. «La guerra contribuye más a la democracia que a la tecnología». Ese tipo de afirmaciones era el que avivaba la mayor parte de sus discusiones. Con nadie se relajaba más Merriwether.

Las familias también se relajaban la una con la otra. Los niños iban casi a la par, cosa que daba pie a hacer chistes, a prestarse apoyo mutuo y sentir comodidad.

En el bosque, cerca de un bonito estanque lleno de abedules caídos, con colimbos y halcones saliendo y entrando de la superficie, los Schneider y los Merriwether navegaban, disparaban a latas con escopetas de aire comprimido, recorrían caminos, cogían bayas... Por la noche, al calor de la estufa, tocaban flautas dulces o traveseras y piano. Sarah y Tommy Schneider cantaban *lieder*, y los demás Schneider (Gershwin, Porter y Kern), mendacidades líricas que habían sellado su familiaridad. Merriwether se sentía parte de un refugio humano. Las tablas de madera, desnudas contra la piel de plastilina, contribuían a la lógica de la morada. El objetivo de la construcción era demostrar qué poco se necesitaba.

Las necesidades excéntricas, desplazadas, lujosas, de su verano en Cambridge se esfumaron en el aire, el movimiento, la cháchara familiar; la amargura que volvía claustrofóbica la vida con Sarah se desvaneció.

Solo pensó en Cynthia tres o cuatro veces. De hecho, un mes más tarde, al regresar a Cambridge, se quedó boquiabierto al ver una postal en el buzón. Una postal escrita con tinta color púrpura, con letra clara y elegante, con una caligrafía que recordaba el verano, la sección de necrológicas, la soledad, su belleza.

Una postal. En su buzón, donde el servicio de correo de la universidad y la señorita Weeber podían darse un festín con ella.

Llevo aquí una semana. Tú me pediste que escribiera, así que aquí va. Aquí estoy. Ahora, recapacitando, debo admitir que te amo con locura. Me gustaría verte y decirte cada una de las palabras que tú me dijiste. Luego te preguntaría si me quieres. Si sonrieses, lo

comprendería.

Y después, sin malgastar ni una pulgada, las siguientes palabras enroscadas alrededor de «Edgar Degas (1834-1917), *Bailarinas colocándose las zapatillas*. Pastel. Museo de Arte de Cleveland»:

Hoy ha sido el día de saludar a gente que no conocía. Aquí el último grito en sabores se llama Awaawa Ukelele. Me puse a gritar y a bailar en la esquina hasta que me dieron uno gratis. Los sabores de antes se llamaban Gullywasher, Fulla Bulla Olé, y Kiss Me Stupid. Los he probado todos. Besos.

¿Cuántas cartas habían contado tanto como aquella en su vida? Una de Sarah, desde Duck Island, diciendo que estaba embarazada, una de la revista *JEP*, en la que aceptaban su primer artículo, una de Wolf felicitándolo por su trabajo sobre la osmolalidad en suero. No muchas.

¿Qué es esto?, se preguntó. ¿Qué es este sentimiento?

Siempre se pensaba que el cuerpo era más «sensible» en lo más profundo. Pero no; es como la tierra, la intensidad está en la superficie. Puedes aplastar un órgano sin provocar dolor, pero mira la piel. Un centímetro de piel humana contiene dos detectores sensoriales de frío, doce de calor, tres millones de células, diez pelos, quince glándulas sebáceas, casi un metro de vasos sanguíneos, un centenar de glándulas sudoríparas, tres mil células receptoras al final de las fibras nerviosas, casi cuatro metros de nervios, veinticinco detectores de presión para los estímulos táctiles y doscientas células nerviosas para registrar el dolor. Esta fantástica fábrica es solo nuestra superficie. No es de extrañar que nuestros sentimientos queden tan a la vista. Tenemos el corazón en la manga.

A las doce menos diez era un profesor comedido de mediana edad suavizado por la vida estadounidense y la flor y nata de Harvard que se inclinaba para coger el correo, y a las doce menos cinco era de nuevo el burgués clandestino, apasionado por una muchacha un año mayor que su hijo, poetizado, transfigurado, destinado a desordenar lo que hasta aquel momento había regido su ordenada vida, un viejo verde grotesco, un personaje típico de historia, un Jolyon Forsyte (el delicado y poco emocionante culebrón de Galsworthy había comenzado a dominar las tardes de domingo de las



comunidades universitarias).

Para responder a la postal usó el papel de carta del Departamento de Fisiología, error que hirió su pundonor de Nueva Inglaterra. La reescribió en papel de carta normal y compró un sobre.

Tu postal ha sido lo más bonito que he recibido en toda mi vida. Aunque me hizo temblar la posibilidad de que la secretaria la leyese. Locke, en el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, escribe: «Cualquiera que reflexione sobre la idea del deleite que un elemento ausente o presente puede provocar en él concibe la idea del amor». Yo me deleito en ti, temo ese deleite, temo lo que temo y el hecho de temer, pero quién sabe, quizá tú seas la salida a la prisión de mis sentimientos. ¿O estoy proponiendo otra prisión para los dos? No sé nada. Eres mi paciente, y alumna, yo doctor y profesor, pero aquí, en el amor, quizá tú seas más docta que yo. No predigo nada para nosotros. Pero, querida Cynthia, *je vous adore*. B.

## TRES

Como la mitad de las universitarias estadounidenses, Cynthia Ryder quería pasar un verano en Cambridge. Era el nuevo centro de diversión controlada. Europa significaba mochilas, hostales, piernas doloridas, pellizcos sexistas, museos. Berkeley —según se decía en el este— se vaciaba en verano de todo lo que no fuesen raros, drogas y chicas que buscaban hombres mayores. Las otras opciones eran trabajos donde te pagaban la manutención, los complejos vacacionales o pasar las vacaciones en familia; aquello era para los pobres o los cobardes. No, Cambridge era mejor. O te instalabas allí o salías adelante.

Cynthia le dijo a su padre que el Harvard Summer Session tenía un programa estupendo. Aquello bastó; el señor Ryder era capaz de financiar una expedición al Ártico si alguna de sus hijas sugería que había una razón educativa sólida para ello.

Cynthia y sus amigas, Weej y Dinah, alquilaron un apartamento a medio amueblar en Irving Street. El novio de Cynthia, Jamie, vivía con ella y trabajaba en una gasolinera de Boston; las demás chicas se turnaban cada pocas semanas. De la casa entraban y salían chicos y chicas rumbo a o procedentes de Cape Cod, Maine o Canadá; había bastante espacio en el suelo y sacos de dormir y edredones viejos que servían de colchones.

Durante un año, en Swarthmore, las chicas habían compartido habitación en la residencia con chicos, pero ninguna había convivido con su pareja durante varias semanas seguidas. Cambridge era algo familiar, pero sin cadenas. Era genial volver al apartamento y no saber nunca a quién ibas a ver, y en qué estado de desnudez. Todo el mundo iba por ahí medio desnudo. Siempre había charla y música. Si algo cuajaba, te ibas a una habitación a darte el lote.

Jamie llevaba un año con Cynthia, pero la cosa había empezado a desgastarse. Era guapo y dulce, pero era un niño. Además, siempre andaba con ganas, y ella no. Por ejemplo, estaba a punto de quedarse dormida en el edredón del suelo y él se ponía a hacerle cosquillas para despertarla y ponerse manos a la obra. Ella se enfadaba, él se ponía infantil, luego defendía sus derechos, decía que lo dejaba hecho polvo y la amenazaba con mudarse, cosa que acabó por hacer. Ella no lo echó de menos; ya estaba enamorada del médico.

Cynthia había crecido en una casa tipo Xanadú que su padre había construido en el interior del canal que había bajo Shallot, al este de Carolina del Norte. Era una casa interminable y dorada situada entre establos, patios, piscinas y jardines; el exterior y el interior se entrelazaban a través de patios acristalados, pasillos de boj, rosaledas, zonas de juegos analógicos y electrónicos, salas de fotografía, talleres mecánicos... Había una pista para el avión que las cuatro niñas aprendieron a conducir cuando cumplieron los dieciséis, un muelle para las lanchas que las llevaban a hacer esquí acuático, una pista de golf de cinco hoyos. Había una sala de trofeos, cada año más llena de destellos plateados a medida que las chicas ganaban concursos de hípica, torneos de tenis, competiciones de latín.

Mucho trofeo, pero sin mucha alegría, a pesar de que las chicas disfrutaban de la vida familiar, respetaban sus respectivas inteligencias, creían que su padre era el hombre más notable del este de Carolina y su madre la mejor, aunque un poco pueblerina. Había, por supuesto, mucha competición. El origen de la misma era la necesidad del favor del señor Ryder y el miedo a su desaprobación. De esto último había mucho; lo primero era escaso.

El señor Ryder era un hombre enérgico, artífice de sí mismo, hijo de una mujer religiosa que regentaba la ferretería de Shallot. Había ganado una beca de béisbol para ir a la Universidad de Elon, y después asistió a la Universidad de Chapel Hill, donde se licenció en Derecho. En tanto que gran abogado de un estado conocido por sus grandes abogados, en su época había sido testigo de casi todas las miserias del ámbito doméstico e institucional. De algún modo, la casa cobijaba su asco hacia el mundo que la había financiado.

Como muchos hombres de finales de la década de los sesenta que sacaban

conclusiones a partir de las revistas y la televisión, el señor Ryder creía que no había apenas nada brillante que las chicas estadounidenses no pudiesen hacer. En el plano sexual, en el político y en el farmacéutico. Y aquello también iba por las cuatro chicas que había criado en lo que él llamaba «libertad disciplinada». Como decía otra expresión del siglo XIX que volvió a ponerse de moda en los sesenta («negligencia benigna»), el señor Ryder acoplaba aparentes opuestos en pos de una política de la despreocupación. Había enseñado a sus hijas a cuestionarlo todo, a tolerar intelectualmente cualquier cosa, incluso a probar cualquier cosa que pusiese a prueba la inteligencia y la habilidad física; pero no la moral. Aquel plano podían dejarlo para los desposeídos y los trastornados. Debían conformarse con las peripecias mentales y deportivas. La inteligencia paterna había creado un mundo especial para ellas. Tenían buenos cuerpos, dientes rectos, la ropa que querían; iban a las mejores escuelas preparatorias e institutos del este; no había ningún lugar de la tierra donde no pudiesen ir. Lo único que pedía era que evitasen la imbecilidad licenciada de sus coetáneos, que se alistaban en organizaciones revolucionarias, fornicaban con la espontaneidad de gorilas, ampliaban tontamente su tontería con sustancias químicas enloquecedoras y aullaban en los altavoces contra los complejos acuerdos que habían logrado hombres brillantes a lo largo de los siglos.

El señor Ryder era consciente de la tensión que animaba a sus hijas, incluso veía que la fuente era la competición por su favor, pero no suponía la profundidad de la huella que había dejado en ellas. En su época había visto todo tipo de desastres familiares, padres e hijas sacándose los ojos o metidos en la cama del otro, hermanos más íntimos que una pareja o paralizados por un odio que ni siquiera el asesinato podía suavizar; pero aquella era gente trastornada, sin educación, gente desgraciada y desafortunada. Las vidas de sus hijas se habían desarrollado del mejor modo posible para su época.

—Déjalas —le decía con frecuencia a su esposa—. Ellas saben lo que hacen.

«Ellas» era el pronombre sagrado. La madre de Cynthia había aprendido a mostrar paciencia, del mismo modo que había aprendido a soportar o esquivar, si no a resistir, las triviales tiranías o burlas de su esposo. «¿Qué tipo de asado es este, Mary Jane? ¿Lo has pedido por el catálogo de Sears?». Sus paquetes de cigarrillos acababan apilados en la chimenea y quemados

públicamente —ante sus hijas, Jimbo, el carpintero, y Emy, la cocinera—. El humor de la señora Ryder animaba su pasividad. Su buen carácter, su decencia y dulzura conferían a sus hijas un tipo de seguridad, pero la sumisión a su marido las privaba de otra: el sentido de la igualdad. Se aferraban a los valores paternos: buen aspecto, buen cuerpo, éxito, distinción pública, los placeres privados.

Cynthia poseía una enorme ambición. Quería ser la lo-que-fuese más bella, la de mayor renombre, la más brillante, la de más éxito... Todo.

Los chicos estaban allí para usarlos, para amarlos, para perderse en ellos, para dejarlos atrás. La virginidad era el primer obstáculo. Entre ella y el matrimonio se hallaba la Era de la Exploración. Había que explorar, probar a los chicos-hombres.

Para Cynthia, la primavera del 69 había constituido un desfile sexual. A espaldas de Jamie se había acostado con ocho chicos diferentes, al menos una vez con cada uno de ellos. Weej y Dinah afirmaban que Cynthia quería acostarse con todos los chicos de Swarthmore, Penn y Haverford. «No soy ninguna pueblerina. ¿Por qué pararse ahí?». Pero tampoco era tan interesante. Sentía curiosidad por el sexo, al igual que la sentía por la genética y los poetas franceses; naturalmente, había más cosas. Le encantaba su poder para excitar y el placer de la excitación. Para una chica que había pasado años a la sombra de una hermana mayor más guapa, que no se puso sujetador hasta los quince años y a la que periódicamente le entraba el miedo de ser fea, el placer de que le dijese que era guapa (e incluso distinguir ocasionalmente su propia belleza) era lo más hermoso que le había pasado en la vida.

Sola en la cama desplegaba el homérico catálogo de nombres y cuerpos de sus amantes. «¿Soy una puta?». Aun sabiendo que no lo era, experimentaba la curiosidad que entrañaba el sexo precoz, la variedad de aquellos instrumentos masculinos ocultos. Jamie y Benjy, Tommy, Will, Chip y Petto, Doug y Deny. Chip la había violado. O lo había intentado. (No pudo entrar, ella era microscópica entonces). Fue dos semanas antes de que cumplierse los diecisiete, el verano antes de la universidad. Habían hecho el amor todas las semanas; él nunca entraba del todo. Era enorme, como Gerald, el de *Mujeres enamoradas*, pero suave, divertido. Habían ido en su Volkswagen hasta el aeropuerto, colocado una tabla de surf en las lunas traseras, llegado hasta la pista de aterrizaje de Shallot y sintonizado para

buscar instrucciones de despegue. Le mandaba un poema al día durante el primer año de universidad; unos poemas horribles. Después vino Jamie, escultor y bailarín, con un cuerpo inigualable; quería hacer el amor todo el rato, a todas horas, iba por ahí todo el día empalmado, tenía que llevar pantalones anchos y ella tenía que ayudarlo a pajearse tres o cuatro veces al día, o metérselo en la boca, que no le hacía mucha gracia, a pesar de que lo quería, lo quería un poquito. Cuando iba a Carolina con ella, se pasaban toda la noche haciendo el amor. Dentro del campo auditivo de su padre. Por supuesto. Ella se había puesto la esponja; había dejado de tomar la píldora en marzo, tras unos desmayos. Pero para mediados de julio estaba harta de la esponja; le goteaba continuamente, nunca sabía cuándo estaba en su sitio. Y por eso se dirigió al centro de salud de Holyoke para que le recetasen la píldora.

## CUATRO

Cynthia llegó a Cambridge el último fin de semana de septiembre y se quedó en el apartamento del amigo del doctor Merriwether, Thomas Fischer, que, para no variar, estaba de viaje.

Habían planeado la visita en conversaciones telefónicas a medianoche que para Merriwether gozaban de cierto encanto del cortejo amoroso.

«Así que esto es lo que el teléfono significa para las niñas». Una vez Sarah le había quitado a Esmé el auricular de las manos mientras le contaba a alguien cotilleos de la escuela. Esmé se había puesto a dar voces. Merriwether bajó, puso paz y acabó con el asunto.

—El teléfono es parte de su cuerpo. Es como un miembro más.

—No ha hecho los deberes de francés, no ha empezado siquiera la redacción de ciencias sociales, y lleva colgada del teléfono desde las siete y cuarto. No tengo intención de vivir tras la Muralla China Telefónica de Esmé.

Sarah llevaba unas gafas plateadas que le resbalaban nariz abajo; la montura formaba horizontes en sus ojos negros.

—A lo mejor deberíamos comprarles a los niños un teléfono.

—Creo que eso sería una indulgencia criminal. Un teléfono no es un sustituto adecuado de la interacción humana.

Merriwether trajo a colación una anécdota que le había contado Thomas Fischer sobre un día en que caminaba con Bohr por el bosque cercano a Copenhague, el año que Fischer ganó el Nobel.

—Bohr tocó los árboles con el bastón y le dijo a Tom lo extraño que resultaba poder sentir de veras el árbol a través de él. Debe de haber interacciones que pueden sentirse literalmente.

Sarah meneó enfadada la cabeza; las gafas resbalaron y ella se las puso en

su sitio. No soportaba las charlas de Merriwether; la contemplaba como si fuese un auditorio.

—La indolencia de Esmé no tiene nada que ver con ninguna interacción sutil.

—Tienes toda la razón. No quiero decir que no tenga que hacer los deberes. Pero sí que creo que los adolescentes transmiten vida a gran cantidad de cosas con sus sentimientos. Ya sabes cómo se ponen las chicas con sus cosas. Pues las llamadas telefónicas son así.

—Claro, es que tú sabes mucho de llamadas telefónicas.

¿Es que había descifrado el significado del crujido de las escaleras? Se levantó.

—Lo siento, Sarah; si vuelvo a llamar a alguien por la noche, intentaré hablar más bajo.

Sarah resopló de risa. Nunca había poseído teatralidad facial; no ponía morritos, no guiñaba los ojos, pero en los últimos meses había desarrollado una gran variedad de gruñidos subverbales, más unas cuantas maneras de entornar los ojos y de fruncir los labios que manifestaban su descontento. En la gestión emocional de los Merriwether resultaban tan elocuentes como palabrotas.

Aquella noche el doctor Merriwether se sorprendió comprobando la respiración de Sarah antes de bajar. Cynthia preguntó si podía llevarse un poco de chocolate para el fin de semana.

—¿Chocolate?

—Sí.

—No lo entiendo. ¿Por qué?

—Porque estaría guay.

—Ah, ya. Quieres decir hachís. Cannabis, vaya.

—¿No vas a fumar conmigo?

—No lo sé.

En realidad, estaba atónito. Al principio había pensado que Cynthia se refería a chocolate de verdad. Cuando pilló de qué iba la cosa, se sintió como cuando ella había bailado para él, fuera de lugar; y, después, deprimido. ¿Es que la chica pensaba que su relación necesitaba ese tipo de refuerzos? ¿No podía divertirse sin esas cosas? «Y sin embargo es su emblema», y el «su» la



incluía entre «los jóvenes». ¿Era parte de lo que sentía por ella la alegría de descubrir una nueva especie? Qué idea tan terrible. ¿Tal grado de deformación profesional tenía por su trabajo en el laboratorio que hasta la intimidad era heurística para él? Si bien era cierto que el amor y el conocimiento eran viejos amigos. (Maxim Schneider le había contado que a Safo se le ocurrían los poemas de amor durante las graduaciones de sus alumnas). Pero él deseaba a Cynthia, no su boletín de notas.

Y menos aún su chocolate.

—No lo traigas. Si lo necesitamos, es que todo esto tiene menos sentido aún de lo que creemos.

—Solo pensé que a lo mejor nos relajaba.

—Me aterroriza que nos descubran aquí, Cynthia. Eres menor, esta es mi ciudad. Tu chocolate no hará más que, en fin, amargarme.

—De acuerdo. No lo llevaré.

—Es que a alguien como yo es muy fácil menoscabarle la alegría. Soy un tipo de lo más correcto y prudente. Pronto te darás cuenta de que te estás metiendo en un buen aprieto.

—Te quiero. No lo llevaré. Solo me llevaré un librito que tengo para ti.

—¿Cuál?

—*Diecinueve maneras de sodomizar a una menor.*

Al día siguiente, Cynthia lo llamó a la universidad para decirle que al final no podía ir aquel fin de semana; su padre iba a ir a verla en el hueco que le dejaban unas reuniones en Filadelfia.

—¿No puedes decirle que no estarás en la ciudad? He arreglado la casa de Tom Fischer para ti. —Había puesto sábanas en la cama y zumo de naranja en el frigorífico.

—Qué va, no puedo. No sabes cómo es. Se ofendería muchísimo.

—Supongo que yo no me ofendo muchísimo.

Peor. Una semana antes había cancelado el viaje porque un fotógrafo la había invitado a una fiesta en Nueva York donde quizá conociese a gente que quisiera contratarla como modelo.

—Ganaría un montón de dinero y todo sería más fácil. Podría visitarte cuando quisiera sin tener que importunarte a ti o papá con lo del dinero.

Merriwether se sintió atrapado por sus caprichos. Estaba desilusionado,

celoso, angustiado y rabioso.

—Lo cancelamos, ya está —le había dicho—. Pásatelo bien en Nueva York. Ya hablaremos algún día.

Luego había colgado y había salido del despacho para no tener que hablar con ella si lo volvía a llamar.

El resto del día fue horrible. No tenía ninguna clase que lo distrajese, ni reuniones de comité, ni trabajo en el laboratorio. Se fue a casa pronto y echó un uno contra uno con George en el patio trasero. Esa noche se fue al cine con Sarah. Era una de las pocas veces del año que se había mostrado dispuesta a salir con él a algún sitio. La película fue una elección desafortunada, *La plenitud de la señorita Brodie*. En ella, una adolescente, tras escuchar la perorata que le echa su profesora loca sobre que «Dante, de mediana edad» se enamoraba de la «niña Beatriz» («tenían las dos nueve años», dijo Sarah, a la atención de dos filas de parroquianos), se convierte en la querida del amante de su propia maestra. Merriwether se sonrojó. Allí estaba, exhibido en la jaula de la película, oyendo las risas del público cuando la muchacha le dice a su amante —cinco años más joven que el propio Merriwether— que ya está muy cascado. ¿Era una situación tan cómica? Una y otra vez las mismas situaciones, las mismas advertencias, las mismas conclusiones.

Tuvo que reprimirse para no llamar a Cynthia. En lugar de ello, le escribió una carta acusándola de frivolidad, acusándose a sí mismo de «haberse dejado llevar» por lo que él había interpretado como «una cosa más seria, más profunda», de ser lo bastante tonto para pensar que una chica de veinte años pudiera hacer algo más que divertirse brevemente con un «viejo muermo de laboratorio».

«No debería echarla al correo». Aun así, puso el sello y la llevó al buzón. Pero a sabiendas de que iba a romperla, lo sabía, estaba casi seguro, casi, y de repente, antes de poder pensarlo bien, abrió la solapa azul y echó la carta.

¿Por qué no? La había escrito con energía; conseguiría «cerrar la puerta».

El viernes, Sarah llevó de nuevo a Priscilla a Oberlin. Él había planeado quedarse en casa con George y Esmé, pero luego no pudo. Cynthia estaría en la cama de otro y no podía quedarse en casa esperando. Un epidemiólogo llamado Hanson iba a dar una conferencia sobre el kuru, la enfermedad degenerativa. Acudiría.

Antes se llevó a cenar a George y a Esmé al Wirthaus. Tuvieron una trifulca sobre quién había vertido el 7 Up; se mostró firme con ellos, y ya en casa les dijo que se quedara cada uno por su lado, que él tenía que ir a una conferencia.

—Coge todos los recados, cariño —le dijo a Esmé—. Acuérdate de anotarlos, que no se te olvide, y déjamelos en la mesilla.

—Siempre lo hago, papá. —Esmé era muy responsable; él le dio un beso, y ella le acarició la mejilla—. No te has afeitado demasiado bien hoy.

—Solo voy a salir un rato, cariño. Pero no os preocupéis si no he vuelto a las nueve y media. Aunque quizá sea mejor que te acuestes en nuestro dormitorio, por si suena el teléfono.

Cosa que la dejó patidifusa pero encantada.

—Y, por favor, niños, portaos bien uno con otro. No dejéis entrar a nadie a no ser que lo conozcáis. Pero no echéis la cadena, porque en caso contrario no podré entrar.

Siempre repetía las instrucciones cuando los dos se quedaban solos, sin canguro. Era un arreglo reciente; ellos disfrutaban de la independencia y de llevar la casa.

La conferencia mereció la pena. Hanson era un hombre más bien joven del Instituto Rockefeller. Se había ido a Nueva Guinea a conocer a los fore, pueblo neolítico de metabolismo notable. Su equilibrio entre potasio y sodio era increíble; las mujeres lactantes padecían envenenamiento por potasio, la producción de orina no subía de 200 centímetros cúbicos, y sin embargo no se daba uremia. Los fore eran caníbales, no contaban con números superiores a diez, no tenían noción de ser tribu ni grupo, no sabían nadar, no tenían barcos ni puentes y no sabían nada del mundo más allá de una colina y treinta o cuarenta personas más. En cuanto al kuru, se trataba de una demencia vírica presenil sin inflamación y con un periodo medio de incubación que oscilaba de diez a quince años. Tras un año de trabajo, Hanson se dio cuenta de que era una variación de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob. Venía provocada por el canibalismo de los fore. (En señal de cariño y respeto, los fore cocinaban, comían y se adornaban con la carne de los parientes muertos; su «¿Qué tal?» era «te como el trasero»).

Tras la conferencia, Merriwether acompañó a Hanson y a Fred Matthias, director del departamento, a casa de Matthias, en Kirkland Place. La señora

Matthias había amueblado aquella joya georgiana de Cambridge como si fuese un despacho. Matthias era de una vacuidad genial. Merriwether pensó que su mujer, lista y neurótica, había montado aquel escenario de piel sintética para anunciar el vacío.

Hanson tenía cara de halcón, era intenso y estaba bien informado de todo lo referente a su trabajo: etnografía, epidemiología, genética, historia de la medicina; hasta conocía la política y economía locales. No solo les había hablado a los fore del kuru, sino también del acero, de la natación, de la construcción de botes, de la sal, la aritmética y de lo grande que era el mundo más allá de las colinas. «Me sentí Prometeo».

Merriwether caminó a casa por el Harvard Yard. Cuánta variedad de humanos había. ¿No había sido la noche anterior cuando había estado maldiciendo la monotonía humana?

Al regresar a casa, quien estaba dormido en la cama era George, no Esmé. La luz para leer estaba encendida, su hijo tenía el bracito sobre los ojos. Sobre la mesa del teléfono había una nota escrita con la letra desigual de George. «Ha llamado Sinthea. Dos veces. Volverá a llamar mañana».

El alivio lo inundó como espuma. Su querido George. El receptor del mensaje. Por Dios, que no le haya dañado haberlo sido.

El fin de semana fue bien. Le dijo a Sarah que tenía que quedarse en el laboratorio con las ratas. «Nunca se sabe cuándo van a estirar la pata». Él y Cynthia se quedaron en la habitación de Fischer, vieron la televisión, jugaron al ajedrez y se leyeron *Anna Karenina* uno a otro. El sábado por la noche fueron a Boston; cogieron el tren en Central Square y se sentaron en asientos separados por si se encontraban con algún conocido. Una prueba para ambos. Merriwether con su corbata y su chaqueta de *tweed*, Cynthia con sus medias negras, su minifalda y el suéter masculino sonriendo nerviosa y azorada tres asientos más allá. Merriwether se colocó a su lado.

—Es demasiado estúpido.

Y sin embargo se mostró tan nervioso en el restaurante que Cynthia dijo:

—Vámonos a casa.

No se sintieron cómodos hasta que estuvieron en la cama de Fischer.

A la semana siguiente Cynthia le escribió una carta con el código de las misivas amorosas de Kitty y Levin.

Qb,  
m m de a p t  
1) O n v a v j o 2) n c.  
M la u

En el laboratorio consiguió descifrar el «Querido Bobbie», «Me muero de amor por ti», «1) O nos vamos a vivir juntos», «o 2) nos casamos». El «M la u» se lo tuvo que explicar por teléfono.

—«Mejor la uno» —explicó ella.

Lo de «morirse de amor» era una hipérbole, pero Merriwether captaba el sentimiento que escondía. La necesidad de amor era como tener un cangrejo enganchado a los intestinos. Pero si el enganche era Cynthia, ¿cómo es que apenas pensaba en ella? A veces, la noción de ella residía en su nombre más que en otra cosa. No exactamente en el nombre, sino en la idea de Cynthia que este albergaba. No tenía sentido fisiológico alguno. El enganche amoroso. ¿Por qué no la diosa del Amor? ¿Qué significaba echarla de menos? ¿Un constreñimiento lleno de tensión? La echaba de menos. La quería en la cama. Los huesos de los tobillos, sus caderas, su —sí— todo, moviéndose, encima, dentro, por arriba, por debajo. «Te quiero». En su estudio, con la cabeza apoyada en el estuche de la máquina de escribir, «Te quiero». La llovizna caía como cuentas sobre la ventana a oscuras. Libros, tarjetas, flexo, fotos de Albie, Pris, Esmé, George, de Sarah... Apartó la vista. *Cynthia. Que je vous adore.*

El adulto que padece neurosis causada por una libido insatisfecha se comporta en su ansiedad como un niño; tiene miedo cuando está solo, es decir, cuando se halla en ausencia de una persona de cuyo amor se siente seguro, de una persona que pueda calmar sus miedos a través de los métodos más infantiles.

Lo había encontrado en Freud. ¿Le concernía? Freud echaba la culpa de dicha situación a unos padres excesivamente tiernos que «aceleraban la madurez sexual y consentían al niño, convirtiéndolo en una persona incapaz de renunciar al amor temporalmente, o de verse satisfecho con menor cantidad de amor en su vida posterior». Bueno, la verdad es que los suyos fueron unos padres cariñosos, pero no excesivamente tiernos, para nada.

¿Qué quería decir «excesivo»? Su madre era generosa, dulce, considerada. Algo soñadora, algo distante, una inteligencia no cultivada por los periódicos de Boston y las novelas de Taylor Caldwell. El amor, según decía Freud, debía espolear la energía, no convertirse en su único objeto. Le estaba costando mucho concentrarse, pero sus ideas le resultaban inusualmente interesantes. Al igual que sus ensueños vitales. Pocas veces estaban relacionados con Cynthia, aunque, por supuesto, sus sueños tenían posos cynthianos. Soñó que era el padre de una hija psicótica que, un día, no podía verlo; observaba su propia desaparición mientras ella apuntaba su mirada ciega hacia él. Al despertar, constató que el enganche amoroso se había relajado; no albergaba sentimiento alguno por Cynthia ni noción de ella. En su lugar se hallaba un rectángulo en forma de chica. Vacío. Nada. Un alivio fantástico. Se había acabado. Pero ¿qué pasaba con ella? ¿Qué iba a hacer ella? Intentó volver a colocarla en el rectángulo. Apareció, pero ¿qué era ella? Una chica agradable, guapa, lista, pero sin nada especial, e infantil, o demasiado joven; en cualquier caso, inapropiada. Alivio. Un tremendo alivio. Estaba completamente despierto.

Su pensamiento fue: «¿Qué voy a hacer con ella?». Iba a pasar el fin de semana en Cambridge. A lo mejor ella encontraba el mismo rectángulo vacío en su cama.

—Oh, no —dijo en voz alta, y Sarah emitió un murmullo al otro lado de la cama—. Qué jaleo.

Más tarde, al dejar atrás el cañón de la Revolución en el parque de Cambridge Common, volvió a sentir el vacío rectangular. La canción de amor había cesado.

Y, no obstante, el doctor Merriwether no había frecuentado a quienes desentrañaban los misterios biológicos en vano. Se podía aplicar la ley de suma heterogénea de los etólogos (según la cual el comportamiento tiene su explicación simplemente en la cantidad —y no en la calidad— de estímulos). Dada la larga abstinencia y la oportunidad presente, ni un solo sueño de vacuidad podía ahuyentar a Cynthia.

El ayudante de Merriwether, Cy McTier, casi había compuesto una oda sobre «el hermoso mecanismo reflejo» de las mantis.

—Las hembras se comen cualquier insecto que pillen. El macho se acerca

a la hembra, con el pico lleno de amor. Ella se lo come, empezando por la cabeza. —McTier, minúsculo y con un buen humor de fiera, era un ambicioso incorregible—. Cuando la hembra devora el ganglio subesofágico, este deja de inhibir el nervio copulativo en el último ganglio abdominal. Así que el macho sin cabeza puede empezar el polvo. En el ochenta por ciento de los casos, consigue llevarlo a cabo antes de ser devorado.

Las glándulas fragantes en las alas de la polilla, la música de estridulación que los saltamontes efectúan con las patas, los imanes que constituyen las plumas pintadas del periquito común, los estímulos táctiles del pistilo de la orquídea al imitar a la abeja. Fuesen verdaderos o falsos, reales o no, se tratase de insectos, mamíferos o fisiólogos, los estímulos que ponen al rojo vivo el transmisor genético son diversos.

El doctor Merriwether yace despierto junto al cuerpo hostil de su antaño querida esposa. Su mente, que hace poco asistía boquiabierta a la liberación de su grotesca servidumbre, ahora «ve» a Cynthia haciendo el amor con Alguien, la contempla mientras se desviste, ante el cuerpo del muchacho, mientras sube y lucha, ve una mano en su hendidura, la siente derretirse —los fluidos, la respiración, el movimiento, los gritos— y allí, bajo las sábanas, con los botones del colchón contra las piernas desnudas —¿por qué no tenían un colchón nuevo?—, el pene de Merriwether se hincha, Cynthia está con él, él es el Alguien, arriba, abajo, el río se va a desbordar, ay, Dios, consigue salir de la cama, cruzar el vestíbulo, subir las escaleras entre crujidos, llegar a la habitación de invitados, y tumbarse en la cama.

## CINCO

Relojes.

La cara naranja del ayuntamiento, la palidez espectral de los que hay en el Independence Hall. De noche, las caras de reloj de la luna de Filadelfia lucen sobre la ciudad. Las jaulas del tiempo.

De la mano, con los dedos entrelazados, Cynthia y Merriwether bajan por Chestnut Street hacia el río Delaware. Él lleva un traje de ante con cinturón, y ella un estampado de leopardo. Animales dentro de animales, amantes dentro de animales, caminando tras ver *La bohème* en la Academy of Music; canciones antiguas y sensibleras sobre tuberculosis y alquileres atrasados, Mimi y Rodolfo. La primera ópera de Cynthia, la estridulación afrodisiaca favorita de Merriwether en la vieja ciudad de la República. Llegan hasta el universo georgiano restaurado de Society Hill, con sus filas de casa ridículas con contraventanas rojas, verdes, blancas, azules, pasan junto a Saint Peter, junto a los delgados rascacielos de Ieoh Ming Pei; el desbarajuste de la ciudad antigua quedaba atrás.

—Esta ciudad es un cementerio. A las once o las once y media ya no se puede ni tomar un café.

Eso dijo su taxista, de la edad de Merriwether, pero veinte años mayor, echándoles el sermón a aquellos extraños pero incuestionables amantes, antes de que salieran del coche cuando les dejó en el hotel Benjamin Franklin tras la sopa de pescado y la langosta de Bookbinder's.

—Perdí el reloj el día que me llamaste —dijo Cynthia—. Siempre lo guardo en un joyero que me dio mi abuela. O lo llevo puesto en la muñeca. Llamaste para decir que venías y ahora no me acuerdo de dónde está.

—Te compraré uno nuevo.



—Es que se me hace raro. No es propio de mí. A lo mejor es una manera de decir: «El tiempo (eufemismo de la edad) no importa en el amor».

Merriwether había dado una clase en Penn sobre el reloj molecular de Pauling y otros ritmos biológicos, circadianos, hebdomadario, mensual, anual. Lo había arreglado a través de su antiguo alumno, George Nyswunder, que era profesor allí, y había cogido el vuelo el jueves por la noche. Cynthia había ido en taxi al aeropuerto y se habían encontrado en el mostrador de Eastern Airlines.

Estaban arreglando el aeropuerto. Se salía del avión por una puerta trasera, se subía a la parte trasera entre bolsas de arena, se atravesaban pasillos hechos de intestinos de acero hasta llegar a los mostradores de billetes. Delante de Eastern Airlines había una chica con una pamelita enorme que le ensombrecía la mitad de la cara.

Cynthia.

Pánico. ¿Qué estaba haciendo él allí, encontrándose con una desconocida?

Algo parecido asomó al rostro de Cynthia. A él también se le había ido el verano. Llevaba un sombrero fedora, un gabán y un maletín. Un vendedor más que salía del avión.

Para ocultar el pánico de la falta de reconocimiento, se apresuraron a acercarse, a juntar las mejillas; después, al sentir el calor, al notar las señales del otro, los estímulos, sintieron que la familiaridad volvía a ellos.

—Cariño.

—Cynthia.

Sus exclamaciones no eran del todo sinceras, pero sirvieron de muletas que los sujetaron hasta que pudieron andar por sí solos. En el taxi, se abrazaron como adolescentes.

Merriwether llevaba sin ir a Filadelfia desde un viaje que hizo con la Escuela de Latín cuando era pequeño para ver la Campana de la Libertad. «Perdone, señor, me ha vendido una agrietada», dijo con ocho años tendiéndole el suvenir al vendedor —ese era el único recuerdo que tenía del viaje—. Así que tenía ganas de ver cómo era la ciudad.

—¿Qué río es ese? —Ella no sabía.

—El Schuylkill—dijo el taxista.

Cynthia era urbanita, una versión más crecida que su yo veraniego, afinada, perfumada —*Je reviens* (la puntilla olorosa)—, calentita con su abrigo de leopardo y con un bolso de piel de muchos bolsillos. (El de Merriwether era de imitación).

El hotel tenía un vestíbulo enorme y sombrío lleno de pilares del templo de Carnac, plantas de plástico, sofás de cuero de imitación; estaba bordeado de luminosas tiendas de puros, camiserías, cafeterías; todo sumergido en música enlatada. En el mostrador los esperaba un experto empleado. Tiempos modernos. Nada de carnés de identidad, ni ambiente de «encuentro furtivo», solo el familiar «rejuntamiento» arreglado por teléfono, llevado a la práctica por el avión, de dos personas normales y corrientes que acudían desde cualquier lugar de la tierra para encontrarse. En el amor moderno no había tensión de pueblo. Se registraron por primera vez como «señor y señora»; él firmó con su verdadero nombre y dio la ciudad correcta.

Un oso viejo que se salía del camino de las fresas, con el hocico manchado de jugo color sangre, siguiendo las enredaderas. Ese era el canoso y resplandeciente Merriwether, con los ojos brillantes por la novedad, rebosante de turbación. La comodidad del amor moderno no era comodidad para él. No tenía sensación de «interludio» ni de relajación. De los noventa mil varones estadounidenses que en ese mismo momento firmaban en todos los registros del país, como mucho una docena podrían hallarse tan violentos con la ilicitud.

En la siguiente media hora, Cynthia tuvo su primer orgasmo. (Así que aquello era lo que despertaba tanto entusiasmo). En Cambridge se había acercado, pero en dos ocasiones, la primera noche y el fin de semana, tenía la regla. Era doloroso para Merriwether («el endometrio se está deshaciendo de su relleno»). También había que deshacerse de lo que ella llamaba sus «complejos». Allí, en aquella habitación en forma de «T», con su cama en la línea transversal y la ventana llena de luces de habitaciones que se distribuían por la pared adyacente, lo hicieron en medio de un caos de alivio; después, satisfechos, se limpiaron con pañuelos de papel, se lavaron, se pusieron los pijamas, charlaron, pidieron vino y sándwiches de pavo pulsando el botón 7 del teléfono —y recibieron la vajilla de plata y al camarero griego como reyes—. Al más espléndido estilo estadounidense.

En la clase, Cynthia se sentó junto a la pared. Merriwether, con su nueva

osadía, la había presentado a George Nyswunder.

—Mi amiga, Cynthia Ryder.

El Merriwether al que Nyswunder estaba acostumbrado solo se entusiasmaba con las discusiones científicas y los triunfos en la cancha de tenis; Cynthia Ryder fue una gran sorpresa.

—¿Es usted fisióloga?

Nyswunder era uno de los hombres más sociables de la academia, pero, claro, acostumbrado al catecismo académico, su interacción social pecaba de exceso de preguntas. Era un hombrecillo vital, de mejillas aún rojas y ojos grandes, leal y combativo, aunque tímido en lo personal. Su fuerza provenía de seguir las luces fisiológicas más destacadas. Merriwether había sido la primera, pero, desde entonces, se había aferrado a uno de los gigantes de la fisiología, Pulvermacher; se había pasado años editando hasta el más ínfimo trabajo de aquel hombre. Nyswunder tenía olfato para la «calidad»; Cynthia le pareció fenomenal, y Merriwether ganó puntos gracias a ella. ¿Cómo lo había conseguido Merriwether? El propio Nyswunder tenía gran cantidad de ensueños eróticos, pero era rápido en la autocensura; el alcohol reforzaba la contención.

—Solo el espécimen de un fisiólogo —contestó Cynthia. Respuesta que conquistó a Nyswunder.

En medio del semicírculo de asientos que se extendía más allá de la mesa del seminario, Cynthia observó a Merriwether en un rol nuevo para ella. Él notó que la reafirmaba, se vio a sí mismo como pensó que ella lo veía. ¿Por qué la había hecho venir? No dirigió la discusión con la facilidad usual. Un apuesto y serio estudiante de posgrado contravino una afirmación con un artículo que Merriwether no había leído, de un *JEP* reciente. Fue un momento desagradable. A los ojos de Cynthia, quedó redimido por su auténtica curiosidad:

—Pues es verdad que eso cambia las cosas. ¿Puede hablarme del artículo?

Fue el momento de gloria del estudiante. Cuando Merriwether hubo pillado la sustancia, vio (sin mirar) que Cynthia había posado los ojos en el bigote tártaro del estudiante. Se quedó mirando, con la boca seca, y se le fue el santo al cielo. La exposición del tártaro continuaba. Nyswunder interrumpió.

—Gracias, Jimmy, dejemos terminar al profesor Merriwether. De todos modos, esos resultados hablan solo de un caso especial.

Aquella gracia hizo revivir a Merriwether. Descubrió un túnel, se arrastró por él y, por suerte, vio la luz. En el mismo momento sugirió una cadena química que dejó alucinados a los alumnos. Y, gracias a Dios, aplaudieron.

Cynthia se ruborizó. Lo amaba más derrotado que triunfante; pero el triunfo también resultaba dulce. Había padecido años de hombría autoritaria; ver que había quien recibía el triunfo con incomodidad era algo que no había podido apreciar en su inflexible padre.

Nyswunder los llevó a almorzar a un restaurante de pescado cerca de la universidad. Le había entusiasmado el estallido final de Merriwether.

—Pulvermacher se va a quedar anonadado, Bob. Ha descubierto que la pituitaria libera la hormona antidiurética cuando la concentración molar es muy alta.

—Pero ¿ese no es el trabajo de Verney?

—Sí, por supuesto, pero Harry ha hecho el análisis.

—¿Me lo podrías conseguir?

Merriwether se sonrojó. Había dado con algo; el viaje de Filadelfia daba la impresión de traerle una suerte excepcional.

—Yo no he podido seguir la mayor parte —comentó Cynthia.

Nyswunder se disculpó, se sonrojó y sonrió, como si fuese un niño ante aquella chica veinte años menor. Aunque también era un poco madrastra, la compañera de su gurú; iría a lavarse los dientes si ella se lo sugería.

La charla durante el almuerzo evitaba las intimidades; hubo sobre todo recuerdos por parte del exalumno y del profesor. Cynthia hervía en su sopa de pescado; acabó por decir que no se sentía bien y que iba a coger un taxi para volver al hotel.

—Perdona, cariño —dijo Merriwether.

Nyswunder también se disculpó:

—No ha estado bien. Perdónanos. Es culpa mía.

Hubo un torrente de perdones. Merriwether cogió la mano de Nyswunder con gratitud conspiratoria. El alumno había ayudado a su antiguo profesor con su nueva chica. (Ahora Nyswunder había pasado a formar parte de sus vidas).

Regresaron a la habitación, ya amainada la tormenta, e hicieron el amor. Merriwether llevaba años sin hacer el amor por la tarde, o más de una vez al día. Él la besó en los hombros; le apartó el pelo, le besó el cuello. Un sistema que se perpetúa por sí mismo: las hormonas venían producidas por el acto para el cual se las necesitaba. «Pensar en amor». (Aparte de ataques al corazón, sequedad bucal, calenturas labiales y cansancio general, el amor creaba poder de hacer el amor).

El cuerpo de Cynthia era aún inocente como una pelota de voleibol: barriga, caderas, rizos dorados del triángulo púbico, pechos. Y lo más raro, lo mejor: una risa que de algún modo pasaba de los labios, de las mejillas, de los ojos, al cuerpo; juguetona tras el Sturm und Drang.

Tumbado junto a una Cynthia dormida, Merriwether se imaginó la rutina de Nyswunder. Del laboratorio-clase-bar-a casa-con-Joan. ¿Dónde se hallaban los Nyswunder en el espectro de parejas? ¿Era el suyo un matrimonio que ofrecía las delicias de la tradición? ¿Como los Schneider? Dios sabe que George no era uno de esos pioneros sorprendidos del milagro de que todas las faldas escondiesen los paradisiacos labios. No como el genetista, Sharpe-Cairns. Aquel delincuente de guante blanco parecía un cojín humano, pero era un Magallanes sexual. Él y Merriwether podían estar empantanados en una discusión, cuando, de repente, pum, silencio, pausa; Sharpe-Cairns había olido algo y, en efecto, allí estaba: una mujer cruzaba la sala para ir al baño.

—Mira ese culo. Es japonés.

Aquella carilla rubicunda concentrada como una pistola. Con la respiración alterada y la córnea dilatada. En absoluto inescrutable. Le llevaría sus buenos diez minutos recuperarse lo bastante para seguir hablando; de hecho, nunca se recuperaba del todo. Desde aquel momento hasta que «se marcara un punto» (Merriwether había aprendido aquella desagradable expresión de sus labios oxfordianos), no podía elevarse por encima del plano mecánico. Su mente estaba en aquel trasero revestido y en su tierno anverso. ¿Qué era el matrimonio ante un hambre así? La diferencia entre atiborrarse sin programa alguno en la calle y tres comidas al día. «Es hora de comer, George. Es hora de cenar».

El domingo fue difícil para Merriwether. Al día siguiente volvería a su propio rectángulo: casa-clase-laboratorio-club. La vida en cajitas. Aunque no

vacías. Cajitas que contenían a sus hijos, su casa, sus libros, su trabajo, y, como los premios de los cereales, cenas, chistes, músicas, películas. Una vida buena, equilibrada, afortunada.

Cynthia estaba preparándose para la universidad, pensando en los trabajos que tenía que escribir, en «hacer de camarera» (ganaba dinero en la residencia para poder vestirse para él y coger taxis al aeropuerto).

—¿No puedes quedarte un día más?

Pero él tampoco podía:

—Tengo que ponerme con el trabajo sobre Virgilio. No puedo escribir ni una línea cuando estoy contigo.

Cynthia sugirió una solución: Merriwether debería volver y vivir en su habitación:

—Cuando termine con las clases, podemos hacer el amor.

Una perspectiva espléndida: hacer fila con los veinteañeros para entrar en el baño.

—Gracias.

—Necesito algo de independencia.

¿De él? Vale. Un alivio. La locura había pasado. En aquella ciudad, independencia significaba más que «dame espacio». Cynthia se refería a la libertad de tener un amante sin que él la estorbase. Él se refería a libertad para salir. Sé independiente. Eres libre. Pero se limitó a decir:

—Lo comprendo.

La siguiente vez que se vieron fue una semana antes de Acción de Gracias. Merriwether daba una conferencia en Columbia, y luego se encontró con Cynthia en el Plaza (que ofrecía descuentos para docentes en sus habitaciones más pequeñas).

No era el tipo de hotel en que solía quedarse Merriwether. En tanto que caricatura del estilo sofisticado, sacaba partido de su propia decrepitud. Los moteles Ozark proporcionaban comodidades más eficientes. El Plaza tenía pasillos de mármol habitados por lámparas fúnebres, radiadores y tocadores macizos y murmurantes, sillas rígidas con brocados, rosas frescas en jarrones delgados, monedas de chocolate envueltas en papel dorado sobre el tocador, y, al otro lado de las ventanas que daban a la Quinta Avenida, la fuente sin

agua que mostraba a Diana con el trasero al aire en pleno noviembre. Te traían el desayuno a la cama por siete dólares; vino picado y sándwiches de pavo seco cerraban el día por treinta y cinco. Un lujo apretado, rancio, falso. Pero en el esplendor gonadal de Cynthia y Merriwether, ningún absurdo, ninguna incomodidad, ni siquiera los precios desorbitados podían mermar el placer neto. Cualquier cosa, menos la humillación, alimentaba su fuego sexual. En su amor, como en la Italia de Stendhal, todo valía porque daba placer en algún momento.

Merriwether y Cynthia vagaron por Central Park, echaron un vistazo al zoo, al museo Frick, al Metropolitan, caminaron por las calles de este a oeste, leyeron los letreros de bronce (dónde escribió Grant sus memorias antes de morir, dónde vivió Franklin Roosevelt, en la casa contigua a la de su madre). Tres días para llenar el patrón de «pareja» que el aislamiento, los halagos, la necesidad y el aburrimiento habían dibujado en Cambridge. La intimidad era tan agradable como la novedad. Ya sabían el aspecto de los respectivos cepillos de dientes, conocían los hábitos de sueño respectivos (Merriwether roncaba, Cynthia dormía en diagonal en la cama, de modo que él, rindiéndose ante la *force majeure* de la durmiente, se acurrucaba en uno de los triángulos).

Cynthia estaba fantástica. Se ponía graciosos abrigos de piel comprados en tiendas benéficas, bufandas suaves, sombreros de ala ancha, botas hasta los muslos de piel de cabritillo y cuero. Y, como si su organismo absorbiera algún efluvio de las gentiles bestias que la cubrían, iba brincando por las avenidas con aquel paso suyo que tendía a separar las puntas del pie. En una zona donde las mujeres se echaban las miradas más críticas de los Estados Unidos, la belleza, la inventiva y el destello de Cynthia entraban a formar parte de millares de inventarios envidiosos. Caminando con el hombre ágil y juvenil de mediana edad que la llevaba cogida del brazo, que le retiraba las sillas, que le llevaba las bandejas a la cama, que le seguía el juego, y hasta adoptaba sus voces cómicas y sus obscenidades, se sentía absolutamente deslumbrante.

La última noche, volvían de ver *El ángel azul* en el Thalia cuando un hombre compacto con gorro de *tweed* y traje a cuadros caminó hacia ellos y dijo:

—Bobbie.

Merriwether, pillado con las manos en la masa, se sonrojó.

—Timmy. Qué sorpresa. Cynthia, este es mi primo. Timmy Hellman.

Timmy Hellman era en realidad el primo de Sarah; su padre se había casado con la tía de Sarah. Timmy había sido compañero de habitación de Merriwether en la residencia de Eliot House y había sido él quien le había presentado a Sarah. Había estudiado Geología en Harvard para dedicarse después al periodismo científico; había trabajado para la United Press International y luego para el *Herald Tribune* de Nueva York. El año en que cerró se fue a la editorial Basic Books para ocupar un puesto de editor científico. Su cultura, su comprensión y su cuidado hacían de él uno de los mejores editores científicos del mundo. Había convencido a Merriwether para elaborar un libro semidivulgativo sobre la sed y lo había ayudado a que saliese bien. Merriwether había percibido pequeños cheques de derechos por él durante diez años.

A Merriwether siempre le había costado acoplar la meticulosidad editorial de Timmy con su tremenda vivacidad. Timmy era músico, atleta y cocinero *gourmet*; lo volvía loco la pintura —no aguantaba una semana sin pasar unas cuantas horas metido en una galería—; era un aventurero que buceaba en busca de oro español; había pasado un mes con una tribu de reductores de cabezas paraguayos. Sin embargo, una vez le había confesado a Merriwether que tenía más energía que personalidad.

—No tengo un yo muy definido. Eso me facilita lo que otras personas llaman «correr riesgos». Siento el peligro, incluso el miedo, pero no el impulso de proteger lo que soy o lo que tengo.

Timmy había vivido con una sucesión de chicas impresionantes, de las que aparecían en listas de revistas como *Harper's Bazaar* y *Town and Country* («Las cincuenta mujeres más bellas de Nueva York»), y sin embargo no poseía ni el aire presumido ni la actitud vigilante del fanfarrón sexual. Lo movían el encanto y la decencia. Tenía una sonrisa maravillosa, carente de presunción, suspicacia y curiosidad, y una cara más bien cuadrada y rubicunda, pero sin aspecto infantil. Sus rasgos eran anchos, habría sido un buen material de caricatura si no fuese porque la caricatura fija, y si algo caracterizaba su rostro era la fluidez expresiva. Sus ojos poseían una densidad azul que dejaba entrever la fuerza mental, del mismo modo que el resto de sus rasgos, la gran nariz y las orejas, sugerían vigor sensual.



—¿Podemos cenar juntos?

Siempre llevaba a la gente a cenar. Aquello no era una extensión de la costumbre editorial; si acaso, era editor porque funcionaba fenomenal en el viejo mecanismo de ingesta de comida y salida de ideas. Merriwether estuvo encantado de «servírselo» a Cynthia. Quedaron con Hellman al cabo de una hora. Iba camino de Palm Court Lounge para tomar el té con una «señora genial»: una contable de Hallmark Greeting Cards, de Kansas City, que había escrito un trabajo fantástico sobre la percepción de las curvas. (El universo de Timmy estaba lleno de ese tipo de perlas ocultas).

—Es el hombre más feliz que conozco —dijo Merriwether.

—Irradia felicidad.

Cogieron confianza desde el mismo minuto en que se conocieron.

—Siempre tiene ese efecto. Es evidente que es un apasionado de la vida. No sé por qué no lo he llamado. A lo mejor me daba miedo dejar de gustarte cuando lo vieses.

—Lo único que puede hacer por mí es llevarte a su sastre.

—¿Por qué, qué pasa?

Merriwether se había comprado un traje especialmente para su viaje a Nueva York. Como era daltónico no confiaba en su sentido del color. Sarah le había elegido los trajes durante años. Solo el año anterior se había dado cuenta de que los azules opacos y los marrones hígado venían motivados por una animosidad inconsciente. Había dejado que el vendedor de Stonestreet lo llevase hasta aquel pardo sencillo. Seguro que era una mejora.

—Es perfecto. Solo un poco serio.

—Soy demasiado gris para ser un pavo real.

—Estás como una cabra. No te haces una idea de lo que ha mejorado mi padre desde que los hombres se visten de color. Y es como mínimo tan estirado como tú.

—Nadie lo es. Si por mí fuera, me parecería a esta habitación. —Estaban sentados en el Oak Bar, lugar que, en el crepúsculo, inspiraba una tenue sedación—. Un fondo tranquilo para ti. Tú eres el pez tropical. El color te sienta de maravilla. Yo soy solo la costa rocosa. Una anfractuosidad de la vieja Nueva Inglaterra.

—Pues ya me dirás qué significa eso. Y en qué parte me parezco yo a un

pez.

—«Anfractuosidad» viene de *ambi* y *frangere*, «por los lados» y «roto», es decir, tortuoso. En los pies.

—Y la costa de Nueva Inglaterra es preciosa.

—Pero no tan mona como la del Pacífico, que es una costa joven, temblorosa, montañosa, una costa para barcos-teatro.

—Eres una cabra anfractuosa.

Timmy los llevó al Lutèce.

—Lo mejor para los mejores.

Se sentaron en la parte que parecía un invernadero; era como estar en un jardín. Una comida maravillosa, una noche maravillosa. Cynthia nunca había oído a un orador así. En las palabras de Timmy hasta el detalle más opaco brillaba. No obstante, no resultaba nunca tirano, nunca interrumpía, nunca corregía. Su charla se alimentaba de sí misma, la disfrutaba, se sorprendía de lo que salía. El deseo de conectar cosas dominaba la conversación. Indochina se relacionaba con la fortuna que había perdido el abuelo de Franklin Roosevelt, con la búsqueda de energía del siglo XIX, con la naturaleza química de la sustancia energética, con la naturaleza colonial de los hombres, los animales, las plantas, con un epílogo sobre un granjero de Vermont que usaba como carburante para sus vehículos y máquinas agrarias gasolina extraída del estiércol, creando así —a excepción de un «pequeño problema con la fragancia»— el ecosistema diario perfecto, pues se levantaba, se lavaba los dientes y luego vaciaba los intestinos en el depósito de combustible.

Cuando Cynthia fue al baño, Hellman cambió de tema.

—Es una chica estupenda, Bobbie. ¿Puedo preguntar si te estás tomando un tiempo? ¿O es que Sarah y tú habéis terminado?

Merriwether dijo que esperaba que no, a pesar de que Sarah y él, desde hacía años, tenían poco más que una dirección en común.

—Espero que esto no ponga en entredicho tu simpatía hacia mí, Timmy.

—Soy leal hacia aquellos que me caen bien. Me caéis bien los dos; os cuidaré a los dos. No soy un necrófilo familiar.

—Sarah está harta de Merriwether. Se siente como si fuese la portera de un museo que nadie visita. Y no le gusta la exposición principal. Supongo

que he reaccionado.

—No hace falta que te disculpes, Bobbie. En Nueva York, los que tienen que defenderse son los monógamos. Tenías sed y fuiste al pozo.

—Tenía sed y alguien me dejó una cesta de champán en la puerta. Apenas sabía que tenía sed hasta que llegó.

—Es bonita, modesta, no presume de juventud, pero tampoco la oculta. Una campeona. Y tú te has quitado años de encima, pareces más feliz.

Timmy le puso la mano en el brazo a Merriwether; una felicitación.

—Todo va bien, excepto por el miedo a hacerles daño a los niños y a Sarah (aún cuida de la parte de ella que no me aborrece).

Timmy echó una mirada para ver si se acercaba Cynthia.

—Pero ¿me dejas que diga una cosa sobre las chicas jóvenes?

—¿Es una advertencia?

—En cierto modo. Sé lo peligroso que es clasificar a los seres humanos, pero he conocido a muchas chicas así. Han sido mis compañeras. Sexo y ternura. Nada más, ni siquiera amistad. Así que tengo que conocer a muchas mujeres. En los últimos años he sentido un tremendo impulso hacia ellas. Quieren, desean, y nosotros, los que aún no tenemos la barba blanca, les damos más en menos tiempo. Les enseñamos, gastamos dinero en ellas, las exhibimos, les explicamos lo que significa todo. Somos su graduación. Lo que quiere decir que a través de nosotros es como si se graduasen. Y eso también quiere decir que puede haber un montón de lágrimas cuando llegue el día de la graduación.

Al día siguiente, ya en Cambridge, Merriwether recibió una llamada de Timmy.

—A lo mejor te metí un buen rollo, Bobbie. Estoy tan acostumbrado a desviarme de la cuestión principal que a veces acabo dando un discurso solo por la emoción de hablar.

—Te lo agradezco, Timmy. También la llamada. No tenía a nadie con quien hablar.

—Yo en realidad quería hablar contigo para hacer otro libro. Y ni siquiera te lo comenté.

Merriwether dijo que ya le estaba costando bastante mantener su ritmo de

investigación. «Tonterías», dijo Timmy; más le valdría escribir un libro en vez de trabajar como médico en verano.

—Escribe uno teórico, uno que te obligue a reflexionar sobre una serie de cosas. Eso te servirá de ayuda para tu investigación.

Merriwether sabía que aquella sugerencia era el intento de Timmy de distraerlo de su «distracción». Se lo agradecía.

—Me encanta que me lo pidas, Timmy. Especialmente cuando lo hace un jurado tan decente como tú. Pero no sé.

Timmy habló sobre los libros de Dubos, Monod, Rostand.

—Funcionan muy bien; y son provechosos. ¿Por qué no te lo piensas?

¿Por qué no?

De vez en cuando Merriwether había sentido el impulso de saltar al universo del laboratorio, de hacer algo que acabase escrito en los anales médicos, incluso en las secciones de noticia de las revistas. Quizá se tratase de un impulso vulgar, pero allí estaba. A los niños les gustaría que gozase de más renombre. Crecían con niños cuyos padres aparecían en el *Times*. Aquello les conferiría una seguridad especial; quizá él les debiese algo por el estilo a sus hijos.

No era el primer Merriwether que sentía ansia de fama. Su abuelo, el día después de jubilarse de la compañía de seguros familiar, salió a comprar una máquina de escribir, cuatro kilos y medio de papel cebolla, un diccionario de sinónimos y un diccionario de rimas. Había empezado dedicándole el mismo número de horas a la poesía que las que le había dedicado a la empresa. Escribía sobre cualquier cosa, sobre los «grandes sabios» que habían «iluminado su juventud» (Lowell y William James habían sido maestros suyos), sobre la apertura de la estación de transporte público de Harvard Square —«Oh, ágil tentador de la joven sangre de Harvard»—, de Cuba, del funeral de McKinley. En sus últimos años había trabajado sobre un poema épico sobre los seguros marítimos, *La riesguída*.

*Canta, musa, sobre los que favorecieron al mar  
y previnieron las naves contra las amenazas,  
canta sobre los héroes cotidianos, navegantes  
de despacho que en sus plumas tienen la mejor baza.*

A Merriwether lo habían convocado con frecuencia al «asiento de la musa», el apodo poco respetuoso que su padre usaba para llamar al despacho del abuelo. Su abuelo, de cabeza color marfil, delgado y poco sonriente, contaba las líneas que había escrito en la semana. Al segundo año, había superado la producción de Virgilio y Homero juntos. «Para Navidad habré alcanzado a Dante». El testamento de su abuelo exhortaba a sus herederos a comprobar «si no había ningún asunto de interés público» en sus versos, y a que «hiciesen esfuerzos para publicar modestamente lo que considerasen». El padre de Merriwether había llevado *La riesguída* a un amigo de la Harvard University Press que pensó que los eruditos interesados en el desarrollo de los seguros marítimos podrían encontrarlo de interés, y que el señor Merriwether debería procurar depositar una copia del trabajo en la Sociedad Histórica de Massachusetts.

Cuando el señor Merriwether se jubiló a su vez, también «tomó la pluma». *Las memorias de un hombre de Harvard* comenzaban con una cita del poema de Lowell sobre los muertos de Harvard:

*La aman más aquellos que son fieles a sí mismos,  
quienes aquello que osan soñar osan hacer...*

Y terminaban con la fusión de la empresa familiar con la Travelers Insurance Company de Hartford. Por alguna razón, las memorias fueron escritas con tinta roja en las páginas izquierdas de seis libros de contabilidad. La letra tiesa, recta y escarlata corría como un cardiograma lleno de salud. Ni un borrón, ni una tachadura. Merriwether leyó los libros de contabilidad en las semanas que siguieron a la muerte de su padre. O al menos una parte, pues eran tediosas; aunque dignas de atención, considerando que su padre nunca había escrito un artículo, cuanto menos un libro. La crónica era tan regular como la letra. Y toda laboriosa: las tragedias eran ejercicios de fortaleza; los triunfos, ejemplos de principios.

Una noche, en Cambridge, le leyó a Cynthia la entrada de su padre sobre el día de su nacimiento.

En aquella gélida mañana de marzo, tras veintiuna horas y media de algo que incluso un minero llamaría trabajo, llegó al mundo nuestro hijo Robert. Si la fuerza de carácter se puede medir por la resistencia al dolor, mi Hattie se ha ganado la consideración de un

verdadero Gibraltar; si se puede medir por el vigor de los pulmones, entonces los primeros segundos de mi querido Robert en este mundo dieron una promesa más que suficiente de lo que será. El carácter es la tenacidad con la que un hombre lleva a cabo lo que sabe que se espera de él. La resistencia por sí misma no basta; la fuerza por sí misma no basta; la habilidad por sí misma no basta. Dos cosas cuentan: la inteligencia, para saber lo que se espera de uno, y la determinación, que lleva a cumplir las expectativas.

—Familia y deber —dijo Merriwether—. ¿A que ahora no te extraña que sea un tipo tan cauteloso?

En los tres meses que habían transcurrido desde que Cynthia se mudó a Cambridge, nunca había ido a comprar ni a ver una película en el cine local con ella.

—Ese es tu *fourmisme*, Merriwether.

—¿Quieres decir mi preocupación por las buenas formas?

—No. Hormigu-ismo. *La fourmi*, que no deja de aprovisionar para los inviernos perpetuos. Yo esperaba convertirte al *cigalisme*, es decir, al cigarrismo. Lema: ahora es invierno. Pasémoslo en grande, y no detrás de las sombras. Acéptate.

—Cuando hayas vivido tantos inviernos de Nueva Inglaterra como yo, ya cambiarás de cantinela.

—«Ninguna inclemencia del tiempo doblegó al que con su apellido las venció». Has echado a perder la tradición.

Al teléfono con Timmy Hellman, Merriwether dijo que lo pensaría: había cantidad de cosas sin digerir en su cabeza, a lo mejor un libro conseguía poner orden en ellas.

## SEIS

Durante años, el apartamento de Thomas Fischer, en Ellery Street, no había sido mucho más que un lugar donde almacenar sus escasas posesiones. Su verdadero hogar era su bolsa de viaje. *Chelonia cambridgiensis*, se llamaba a sí mismo, la tortuga cantabrigense. Sin hijos, abandonado por su segunda mujer tras un año de matrimonio, convertía la soledad en virtud. «Hay un cierto desperdicio en la soledad, pero, como dijo Einstein, si bien al principio asusta, luego resulta deliciosa. También es verdad que Einstein no vivía solo».

Fischer vivía para el trabajo; la primera mitad de su vida había sido la bioquímica; la segunda mitad, la política científica. Rondando la veintena, había sintetizado una hormona pituitaria, y había recibido el Nobel por ello. A los cuarenta, entró a formar parte de la National Science Foundation. La política de la ciencia desplazó a la síntesis química macromolecular en el centro de su vida. En 1965, formó un grupo internacional e independiente de científicos cuyo objetivo era designar áreas de investigación cruciales. «Es como *La conspiración franca* de Wells. El objetivo es establecer políticas para que esos polichinelas del voto las ejecuten. ¿Quiénes son ellos para hablar en nombre de las necesidades nacionales? ¡Por no hablar de las mundiales! Chapuceros, mentirosos, pura fachada, canallas con pose». Pero Fischer sabía cómo manipular a los chapuceros. «Haces su trabajo y luego los felicitas por ello».

En 1966 había renunciado a la cátedra de Harvard y subsistía gracias a una pequeña prestación de la Fundación Rockefeller. Su gasto principal eran los viajes aéreos; llevaba la misma ropa año tras año, comía poco, bebía vino barato y se alojaba en cuartuchos baratos que llevaban la marca de la transitoriedad permanente: la maleta abierta, el frigorífico vacío, una montaña

de ropa de servicio de lavandería de veinticuatro horas. Sus alojamientos en Cambridge y Washington resultaban algo más acogedores. Allí estaban sus libros, sus televisiones, sus camas; en armarios y cajoneras quedaban las pertenencias domésticas que sus esposas habían dejado.

Fischer era robusto y apuesto; tenía la cara rubicunda y los ojos azules. El doctor Merriwether —que desde hacía años era su único amigo de verdad— lo había visto enternecerse, desanimarse y enfurecerse. Poseía un temperamento temible; poco a poco había ido adquiriendo conciencia de que la gente se asustaba con su carácter —o se regocijaba en él—, y su antigua brusquedad era ya con frecuencia una recreación de algo que antes había sido «natural». Conforme iba adquiriendo confianza en sus capacidades y en que las ajenas eran menores, empezó a ser más indulgente consigo mismo y menos con los demás. Interrumpía a sus amigos cuando se le ocurría alguna idea o algún chiste; pocas veces se molestaba en refrenar su desprecio o su ira ante ellos. Era capaz de una cortesía extraordinaria, podía reaccionar de modo productivo en diez o doce áreas científicas y además podía resultar uno de los mejores oyentes y críticos. No obstante, aun en ese campo había puntos ciegos. Era excesivamente estricto en cuanto a los géneros científicos. Desaprobaba el interés reciente de Merriwether por los modelos dipsológicos para determinados cánceres. «Es caprichoso y trivial. Te estás desperdiciando, Robert. Deja el cáncer para los virólogos y los genetistas. Tú ya tienes bastante trabajo importante en tu campo». Su investigación había aplicado la cristalografía a la síntesis hormonal en lo que entonces era un método completamente nuevo, pero Fischer no era de los que se contemplan como modelos. En los escasos momentos de autoexamen, oscilaba entre la modestia y la vanidad maniaca. El trabajo continuo disipaba las dudas sobre sí mismo, aumentaba su egocentrismo y constreñía su tolerancia a la innovación. Como la mayoría de los nuevos trabajos carecían de relevancia, la superioridad moral de Fischer no hacía más que acrecentarse; pero crecía más en densidad y en fiera estrechez que en intensidad. Sus pocos amigos se apartaron de su tiranía; muy a su pesar, pues reconocían su valor, su inteligencia y su dignidad esenciales. Tenían dos opciones: o decirle que dejase de revolcarse en su egoísmo o dejar de verlo.

Merriwether era el único amigo que lo advertía de sus excesos; y seguía siendo el amigo más cercano de Fischer. Durante años había reconocido e



incluso padecido la creciente estrechez de miras de Fischer, pero aún valoraba los intervalos de reflexión e inteligencia reactiva.

Merriwether era una de las escasas referencias en la vida de Fischer. En su casa era donde más se relajaba, quizá fuese la única persona a la que quería. Los Merriwether encarnaban su idea de los valores familiares. Los cuatro hijos, los padres atentos, la hermosa casa antigua le parecían la expresión doméstica de las nobles tradiciones espirituales e intelectuales.

Dos días después de Acción de Gracias, Fischer visitó Cambridge. El día de Acción de Gracias lo había pasado en un avión. (A menudo viajaba durante las vacaciones, llenando el vacío de dichas ocasiones con las ceremoniosas amabilidades de las azafatas). Llegó a Acorn Street directamente desde el aeropuerto de Logan. Su maleta estaba en el vestíbulo; los hijos de la familia Merriwether, al verla, dijeron «Hola, Tom», y entraron a dar la mano y recibir apretones en el hombro. Priscilla lo besó en la mejilla (eran los primeros besos que recibía esa mejilla desde la última vez que lo besó Priscilla). Los niños soportaron el interrogatorio y las bromas. Cuando se marcharon, Merriwether le contó a Fischer lo de Cynthia.

Fischer era menos inocente con respecto a la complejidad internacional que a la personal, pero haberse casado dos veces le había dado cierto conocimiento de la lealtad humana. Hacía años que no sentía algo parecido al amor por alguien. La abstinencia y la actividad lo apartaban de cualquier cosa que no fuesen ocasionales impulsos de necesidad, pero conocía a muchos hombres y mujeres de todo el mundo, y se daba cuenta de que por lo menos uno de cada tres no lograba rendir perfectamente en su trabajo a causa de las alteraciones emocionales. Al menos, dichas alteraciones normalmente los incapacitaban; de vez en cuando, un estallido de logros estaba relacionado con una nueva implicación emocional. Fischer había estrechado la mano de los componentes de muchos nuevos amores antes o después de que se anunciase un trabajo extraordinario. Tenía bastantes pruebas en este sentido y había oído bastantes charlas íntimas como para considerarse «un confesor científico».

En el viejo salón familiar, con los adornos de cristal y de plata en los que se reflejaba el resplandor del fuego de un modo que espoleaba en él toda la noción de hogar que poseía, Fischer prestó oídos a su decente y juicioso viejo amigo, que le hablaba con la misma voz con la que durante tantos años

habían hablado de política, enzimas y de la National Science Foundation. Ahora, sin embargo, Merriwether hablaba de una aridez doméstica que Fisher nunca había sospechado. Aquel era el único hogar del mundo cuyo funcionamiento le inspiraba un interés comparable al que despertaban en él las políticas científicas del Gobierno, y no sabía nada de aquello. Contempló el rostro alargado de su viejo amigo, surcado por la perplejidad.

—No tenía ni idea, Robert. Sabía que Sarah sufría por no haber continuado su trabajo intelectual; pero pensaba que se había acostumbrado a ello. Siempre pasa. Danica... —(La segunda esposa de Fischer)— Danica se quejaba. No sé por qué. Nunca cocinaba; salíamos a cenar cada noche, excepto cuando cocinaba yo. Desde luego, yo nunca sugerí que dejase el laboratorio.

—Me temo que nosotros sí —dijo Merriwether. Aquella digresión resultaba un alivio.

—Por supuesto que sí. Yo siempre me admiré de que la aceptaseis. Nunca olvidaré su pequeña charla sobre la permeabilidad de las membranas. Creo que pensaba que la célula estaba hecha de cartón. Nunca llegó a enterarse de lo que era un lípido, a pesar de que en ocasiones la tocaba en sus puntos acumulativos. Su permeabilidad era tan indiferente allí como en cualquier otro sitio.

—Tampoco es que Sarah sea un caso ejemplar.

—No, no, me imagino que no. Bueno, soy mayor que tú, Robert, y he descubierto que el principal resultado metabólico de esos años es calloso. No soy capaz de sentir, ya está. Supongo que mi deseo para ti sería el mismo. En unos cuantos años no te importará lo que ahora te altera. Tu jovencita, ni tus problemas.

Su amigo tenía poquísima experiencia en conversaciones personales. Siempre se preguntaban el uno al otro por la salud y los progresos, pero ninguno de los dos era aficionado a las confidencias. Después de que Danica se marchase con un técnico del laboratorio zoológico, Fischer se había abierto por primera y última vez.

—No sabe lo que hace. Ese payaso la tiene embrujada. Si vuelve... no diré nada.

Danica era una charlatana maleducada y arrogante, una coqueta torpe y persistente. Y, sin embargo, a Merriwether le había caído bien por su

tenacidad, y después se había compadecido de ella por quedarse sola tan a menudo. Fischer pasaba fuera más de la mitad del año. Cuando estaba en casa era tierno y atento, pero poseía un atávico desprecio germánico por las mujeres. Decía que se había casado con Danica por su capacidad de aprendizaje, su sinceridad y lo que él había confundido con dulzura.

—Pura fachada —había exclamado aquel día, preso de la confusión y la rabia—. Era asustadiza, nerviosa, una lianta. Una mentirosa y conspiradora nata. Estoy mejor sin ella.

Pero durante un año no lo estuvo. Luego una noche soñó que le partía la cara, y no volvió a pensar que volvería con él.

—Mis sentimientos han estado metidos en vainas durante años, Tom. Un hombre de Massachusetts de la vieja escuela aprende a pensar como un viejo a la edad de seis años.

En parte era cierto. Por comodidad conversacional, por brevedad, Merriwether, como la mayoría de la gente, se simplificaba. En la era del análisis, la integridad personal es un término anticuado, los catones son reducidos a la patología. Los hombres honorables y modestos fingen ser otra cosa. Merriwether era algo más inocente que la mayoría de los hombres modernos y avisado, pero era lo bastante avisado para advertir las tretas y engaños propios; sentía, por debajo de sus momentos de mayor sinceridad, otros yoes criticando sus omisiones. Odiaba aquellas simplificaciones, aquellas poses, y, sin embargo, para proteger aquella relación especial, profunda, aunque limitada, con Fischer, exageró su infelicidad. Su mujer y sus hijos leían poemas y novelas llenas de cómicos autorreproches y odio; eran tan francamente narcisistas que hasta él también se reía; pero era despreciable que él mismo usase esa táctica. No obstante, por Fischer, se encontró interpretando al poeta menor, oscureciendo el panorama con el objeto de ocultar la vergüenza que no podía sacudirse: la de que había actuado en contra del buen sentido y la decencia.

—Es mejor que pensar en ti mismo como un niño —dijo Fischer—. Solo siento que no hayas podido encontrar una viuda de treinta años que necesite tiempo para sí.

—La anestesia también resolvería mis problemas. —Apretó los bultos familiares de la silla de cuero. Qué gran parte de su vida estaba acostumbrada a la incomodidad—. No creo en las atracciones fatales, Tom. ¿No hay un

libro llamado *Las afinidades electivas*? Yo no elegí a Cynthia. Pero, como la mayoría de los presentes, no he perseguido a ninguna mujer desde la adolescencia. No conozco a ninguna. Hijos, trabajo, la agradable vida de aquí; ya sabes. Sarah, en muchos sentidos, ha sido una esposa estupenda. — Hablaba en voz baja, porque ella estaba arriba—. Seguramente no apta para vivir con un científico. Creo que habría sido más feliz con alguien en cuyo trabajo hubiese podido influir. O compartir. Leía mis artículos, leía historias de la ciencia, Dios sabe que ha oído muchas charlas sobre ciencia a lo largo de los años, pero ahora parece que es algo que ha sufrido por mí. No soy un hombre estrecho de miras, leo sobre bastantes temas, siempre lo he hecho. Quizá más que ella. Esto también ha alimentado su resentimiento.

—He visto cómo muchos hombres se consumían intentando satisfacer a una mujer insaciable.

—Mejor que Priscilla no oiga eso. Ni Esmé.

—El problema es tu amiguita. ¿Te deja bastante tiempo para tu vida?

Extraña incoherencia, pensó Merriwether. Tan avisado para algunas cosas, tan infantil para con las personas. Sin embargo, le sentaba bien hablar. Exteriorizaba sus problemas, los llevaba donde estaban los problemas de los demás.

—Por ella siento lo mismo que sentía Galileo por el telescopio. Mis sentimientos hacia ella engrandecen mis sentimientos por otras cosas. Supongo que es un fenómeno típico. En cuanto a los niños, no sé. Siento su preocupación. Todavía es algo latente para los pequeños, pero está ahí. Aunque Sarah y yo no discutimos delante de ellos, está en el aire. Lo siento por ellos. Quizá les esté transfiriendo mi ansiedad. Se hacen cada vez más importantes para mí.

—¿No estarás recomendando tu modo de vida como vacuna doméstica?

—Yo no recomiendo nada. Envidio tu aislamiento. Cada paso que aleja de lo familiar es profundamente solitario. Al menos en nuestra pequeña sociedad. Estos días, cualquier cosa tiene una inflexión nueva sobre mí. Una especie de ionización. Cartas, llamadas de teléfono, comentarios sueltos. Ahora todo es tan poco casual... En cuanto a Cynthia, también me siento responsable de ella.

Fischer expresó su desacuerdo; aquello le parecía un grave error.

—Cada uno cuida de sí mismo, Robert. No debes dejar que esa muchacha

te convierta en su padre ni en su médico.

—Eso es algo que debía haber pensado antes. En realidad, lo hice. El conocimiento no siempre sirve como medida de prevención.

Fischer dijo que las relaciones humanas eran casi siempre un lío, uno tenía que decidir entre amputar o sufrir.

—Lo siento, Robert, pero creo que la cosa irá a peor. Al menos durante un tiempo. Luego la muchacha encontrará otra cosa. Y el agotamiento igualará a tu cariño. Ojalá pudiese ayudarte.

Merriwether preparó unas copas para los dos. Cuando volvió con dos vasos de whisky, le contó a Fischer que Cynthia había usado su apartamento.

No se cayó de espaldas al ver que a Fischer le molestaba. Dijo: «Vale», pero de vale nada. Fischer había sentido que la gravilla se le clavaba en el caparazón. Para ser un hombre que vivía entre maletas, era un fanático de los platos limpios; lo ponían frenético las manchas de la alfombra, los cercos en la mesa de café. Merriwether, que lo sabía, acudía al apartamento tras las visitas de Cynthia para poner orden. Bueno, solo faltaba que se lo dejase tal cual.

—Tom, no soy capaz de llevar una aventura. Quiero decir a distancia. De escaparme los fines de semana, de escaparme para hablar por teléfono. Eso te consume, te humilla.

La cara rosada y la gran nariz de Fischer adoptaron de nuevo la profundidad de la amistad. Hizo a un lado su irritación.

—Déjala, Robert. Te dolerá al principio. Pero sabes tan bien como yo que todo será mucho más fácil. A lo mejor incluso tienes otra oportunidad con Sarah.

—Aunque pudiese, la chica también está comprometida. Está profundamente entregada. Y no es la persona más estable del mundo. Imagínate lo que podría ocurrir.

—No ocurrirá nada.

—La chica podría atentar contra sí misma.

—Eso dicen. Eso sienten, incluso. Pero la gente aguanta mucho más de lo que cree. Le será duro al principio, pero después sentirá el tremendo alivio de salir de algo inadecuado para ella. Y, después de todo, habrá vivido la experiencia de haber conocido a una persona superior.

—Es como mínimo mi igual, Tom. Voy a pedirle que se mude aquí. Está cansada de su universidad, los profesores de allí la tienen agotada. Posee una inteligencia fantástica, su expediente es maravilloso; venir aquí la beneficiaría académicamente. Quiere aprender japonés y allí no tienen nada de eso. Aquí puede hacer cosas serias. Y yo puedo trabajar. Se alquilará un apartamento. No vendrá al tuyo. Siento haberla llevado allí.

Fischer negó con la cabeza, lúgubre, incluso enfadado.

—Estás cometiendo un error de lo más estúpido. También con respecto a ella.

—Si se muda, creo que la cosa acabará consumiéndose. Quizá acabe por saciarme o yo qué sé.

—Quizá.

—Y estará con gente joven, gente joven de primera categoría. Me dejará antes de que me dé tiempo a cansarme. Puedo soportarlo. Será el castigo que me merezco. Me entristecerá verla por ahí con otros, pero es una ciudad grande. No tengo por qué verla. No tiene por qué ir alardeando de sus conquistas.

—Eso dices tú.

—A lo mejor se marcha en cuanto se saque el título.

—Robert, haré lo que pueda. Ojalá pudiese disuadirte, pero está claro que no puedo. Quieres algo, y tus acciones se acomodan a lo que quieres. Solo piensa en todo esto.

Fischer balanceó los brazos señalando la vieja sala, las sillas, los libros, el fuego, los sofás, el ruido de los niños en la planta superior. La parafernalia del confort. Pero allí había una fuerza que lo desestabilizaba todo. Fischer no podía servir de guía en cuestiones sentimentales.

—Si todo esto no basta, bueno, entonces me das pena.

Fischer lucía una extraña sonrisa, unos dientes pequeños, unos ojos pequeños. Una sonrisa gatuna. Se levantó.

—Espero que estés en mejor forma cuando vuelva a pasar por aquí.

Se dirigió a la escalera y dijo adiós a Sarah, Priscilla, Esmé y a George — Albie no había venido a casa a pasar el puente de Acción de Gracias—.

# **SEGUNDA PARTE**

## SIETE

La región del Mediodía está en llamas desde Marsella a Menton. El ministro de Costas y Bosques propone reforestar de forma masiva con plantas menos inflamables, pero, mientras tanto, la costa se consume. El doctor Merriwether, que va subiendo la colina con su Peugeot alquilado, ve llamas y humo en el valle del Var. Le provoca un extraño entusiasmo. A lo mejor, en tanto que estudiante de uno de los cuatro elementos, siente algo por los demás.

—Menudo pirómano estás hecho —le dice Cynthia—. Mejor que tengas cuidado. Ayer arrestaron a un bicho raro en Levens. A un farmacéutico de Génova. Que decía estar satisfaciendo *un besoin naturel*. Naturalmente. A todo el mundo le gusta el fuego. Así que ándate con ojo. Creo que Mademoiselle te tiene vigilado.

Mademoiselle Seville es su casera. Vive con sus perros, Julot y Zephyre, debajo del pequeño chalé, en una bodega de almacenamiento de madera. El fuego la aterra. Cada vez que vuelve de sus viajes de compras a Niza, cierra los ojos cuando el autobús hace la curva de Boule-sur-Mer.

—Si no oigo nada, los abro. Pero todas las noches sueño que el autobús da la curva y yo oigo: *Mon Dieu*. Abro los ojos y veo mi *propriété* ardiendo.

Mademoiselle es minúscula, oscura, siempre inquieta; tiene la piel color tierra seca, de un marrón veteado de amarillo y color aceituna.

—Es como una mina de oro agotada —dice Cynthia.

Dos veces al día, Mademoiselle arrastra una manguera hasta la cisterna de piedra y riega sus cuarenta áreas de jardín.

—Aunque ¿qué puede hacer una mujer sola? —Asiente con la cabeza, fúnebre, con el bracito enroscado barriendo los campos llenos de maleza—.



*La terre reste inculte.*

Habían recorrido por primera vez el camino pedregoso dos semanas atrás. Ella estaba de pie en el patio, sonriente, con un bol de frambuesas a modo de bienvenida; las semillas relucían a causa del almíbar cristalizado.

—Qué dientes más grandes tienes —murmuró Cynthia.

Los perros saltaron sobre el pequeño Peugeot *quatre chevaux* al que habían bautizado «Elcredo». (Por «el Credo del Apóstol». El primer artículo del credo de Elcredo era: «Creo en la gasolina normal»).

—Ay, Dios —exclamó Cynthia.

Había salido de Elcredo y estaba mirando a su alrededor. Árboles frutales, un emparrado, el chalé blanco inundado de enredaderas rojas, con sus tejas de arcilla azul, y, por debajo, una ladera verde tras otra entre las que se intercalaban temblorosas rebanadas de Mediterráneo. Y, en el aire, ruidos de campo. En el *cahier* escolar que compró al día siguiente en Niza, el doctor Merriwether escribió la primera de sus observaciones veraniegas: «El aire es un gran motor: moscas, quironómidos, ranas, grillos, abejas, pájaros cantores. Más escúteres con bocinas musicales (“Nunca en domingo”)».

Cada mañana se sienta en una tumbona de playa, bajo las ramas podadas del emparrado, picando de un bol de ciruelas y escribiendo sobre el panorama, los sonidos, los pensamientos. No lleva más que unas bermudas que Cynthia ha cortado de unos vaqueros.

Cuatro días a la semana trabaja en el laboratorio de la Faculté des Sciences, en la Universidad de Niza; los martes participa en la Conferencia sobre Motivación que la universidad y la Fundación Rothschild patrocinan en la villa Rothschild, en Saint Jean. Por la mañana temprano escribe sus notas. «Pobre Robert. No hay demasiadas moscas en el unguento de su alegría». (Las primeras anotaciones eran a menudo autoacusatorias). «Vivo en la jaula de oro: para mí el oro, para los demás la jaula. ¿Cómo puedo chupar la pulpa de la uva y quejarme de la amargura del pellejo?».

Cada mañana, al abrir los ojos, se encuentran una rama de ciruelas amarillas.

—Es como si se hubiesen pasado toda la noche comiendo rayos de luna —dice Cynthia, que yace al otro lado de la gran cama.

Su pequeño mentón y su naricilla color cobre asoman entre el pelo rubio. El doctor Merriwether se despierta, se pone sus bermudas vaqueras, una

camiseta, los mocasines, se lava y camina doscientos metros colina abajo hasta llegar a la *épicerie* para ir a buscar el pan, la mantequilla, la mermelada y el queso matutinos; luego regresa, dejando atrás la iglesia y la oficina de correos (cerrada en julio), para tomar un desayuno predesayuno con su *cahier* en el emparrado. A su alrededor los perros merodean: Zephyre, perra policía de costillas y barriga afeitadas, y Julot, un terrier cegado por las cataratas. Al doctor Merriwether le desagradan los dos merodeadores. Lo hacen todo a cámara lenta, hasta montarse uno a otro o levantar la pata para mear los neumáticos de Elcredo.

Merriwether observa a una abeja que va de flor en flor, con sus filamentos ricos en nervios hundiéndose en el sépalo y el cuerpo efectuando acrobacias sobre el estambre color rubí. La abeja frota, emerge, llena del polvo dorado del polen, se dirige a la vecina, frota, vuelve al rubí. «Solo las personas llevan una doble vida. Las decisiones de la abeja se tomaron hace un millón de años. (Imagínate a una abeja que no quisiera danzar para localizar la miel. Imposible). Qué suerte tienen los animales de vivir con un único propósito». La abeja trepa por un pistilo dorado, sube y luego —qué raro— se mantiene allí. ¿Para descansar? ¿Para despedirse? ¿Para tomar el sol? Lo más probable es que intentando interpretar la naturaleza. «Su reloj interno se sincroniza con la luz polarizada». El doctor Merriwether se diluye en la alegría de la observación, especulando, recordando, dejándose llevar y convirtiéndose en lo que oye: mosquitos trompeteros, garrapatas, moscardones, libélulas, mariposas que suben y bajan, un millón de talentos volantes que merodean, se afanan, se cortejan, trabajan en las minas floríferas; antenas, alas, tímpanos, mandíbulas, vibrando, crujiendo, chirriando, zumbando, resonando. «La mente de los insectos es su acción».

Un resplandor amarillo: Cynthia, con los brazos llenos de camisas y bermudas.

—Lavanda profundo —exclama, levantando un par de calzoncillos—. Menta, ajedrea, mejorana, ramilletes de verano; todo para mi amorcito. — Merriwether hizo la colada la última vez, tras convenir, a veces en teoría, y siempre en la práctica, en que las tareas domésticas hay que compartirlas. La nueva era—. Mis pantalones «están al nivel de tus sueños».

Habían leído *Cuento de invierno* en voz alta. «Es una verdadera locura», exclamó Cynthia. A él le pareció mágico. Pero no más Hermiones serviles.

No más Mademoiselles.

Cada día están más expuestos a la historia de la melancolía de esta última, que se la ofrece junto con *petits cadeaux*: cestitas con hojas de *tilleul* para infusiones, tallos de lavanda que pesan en los saquitos, boles de ciruelas moradas, frambuesas, nísperos. Minúscula, dentada y con giba, echa miradas a la cocina a través de las tiras de plástico.

—¿Tomates?

Hora tras hora, como una coma convertida en signo de intercalación, recoge las bolitas color sangre que cuelgan de las plantas apuntaladas.

—Parece la plañidera de un pueblo indio —dice Merriwether. Las plantas apuntaladas parecen tipis.

—Ya te digo. Y la espalda la tiene así de inclinarse sobre Julot.

A Cynthia y Merriwether los han despertado algún día los gemidos.

—La llamada del amor.

—*Elle fait le soixante-neuf avec le chien*. ¿Cómo se dice «hacer el bestia con dos espaldas»?

—Quieres decir la mesa de cinco patas. —Cynthia hace el dibujo en su *cahier*—. Iba a dejar mis papeles en la Universidad de Widener.

—Eso demostrará que tienes valor.

Por lo general, Merriwether estaba satisfecho. De vez en cuando Cynthia sufría una de las depresiones que él había tenido en la primavera después de que ella se mudase a Cambridge. Merriwether le había encontrado lo que él consideraba «un piso seguro» en los Commonwealth Apartments, en Mellen Street; era un apartahotel para señoras mayores regentado por señoras mayores.

—¿Por qué no me has metido en un asilo? ¿O en un cementerio?

Había sido idea de él sacarla del barullo de Harvard, aunque no demasiado lejos de las clases. A diario venían a limpiar y a cambiar las sábanas.

—¿Tan guarras son las señoras mayores?

Estaba amueblado —a su manera—: lámparas enormes agazapadas sobre mesitas auxiliares junto a sofás de tejido basto color cigarro puro y sillas a juego. Formaban parte de una familia color cigarro puro cuyos primos se hallaban en el vestíbulo. El doctor Merriwether compró una televisión de

segunda mano que anunciaban en el tablón de anuncios del centro de salud de Holyoke, Cynthia colgó sus fotos, su árbol joyero, sus libros, puso chales y mantas indias sobre las sillas, plantó sus botellas y estatuillas sobre las mesas. Se lo apropió en un día. Pero el corro de señoras que se sentaban día sí y otro también en el pasillo acababa con su paciencia. Pasaba ante sus ojos con ansiedad primero, después con odio.

—Pensaba que la inmolación ritual llegaba después de la muerte. ¿O es que esto es algún rito de enterramiento en vida propio de los Merriwether que no conocemos los simples mortales?

El doctor Merriwether pensaba que se sentiría más segura allí.

—Pues me podías haber metido en tu cámara acorazada —contestó ella—. Quizá ese sea el meollo de la cuestión.

Oscilaba entre la ira y una tristeza silenciosa.

En Saint Vetry las cosas iban mejor. Merriwether no se sentía como Judas ni Cynthia como una paria. Cada vez se sentían más relajados el uno con el otro. La inteligencia y el ingenio de Cynthia cautivaban a Merriwether. Cuántos años había pasado entre la incomodidad y la tristeza ante la incompreensión de Sarah. En parte, Sarah se hacía la loca.

—Tú lo querías así —le diría más tarde.

No era cierto. Aunque sí prefería la antigua a la nueva Sarah, que no hacía más que corregir a los demás. La Experta Universal.

—Tengo derecho a tener opinión —añadió.

—No es una cuestión de opinión.

—Esa es tu opinión.

—O sabes cómo funciona el hígado o no lo sabes.

—Todo el mundo cuenta con ciertos conocimientos médicos.

—Pero el hígado no filtra los residuos. A lo mejor estabas pensando en el riñón.

—He dicho el riñón.

—Ah. Pensaba que habías dicho el hígado, que es de lo que yo estaba hablando con Esmé.

—Si me escuchases de vez en cuando, sabrías que había dicho el riñón.

—Mamá —intervino Esmé—, creo que has dicho el hígado.

—Quería decir el riñón. No merece la pena que hablemos tanto de la

cuestión. No tiene sentido ser tan engreído en el campo de conocimientos en el que a uno se le ha formado.

Salida furiosa. La sacaba de quicio que la corrigiese con calma.

A Cynthia también le molestaba la serenidad con la que se enfrentaba a su ira.

—Qué frío eres.

Pero de algún modo eran iguales. Discutían como iguales. Y podían discutir de cualquier cosa. Al volver de Niza debatieron sobre los axiomas de Hilbert.

—Combinación, congruencia, continuidad y... —Ella dijo «paralelismo», y él, «simetría».

—Tontito, más que tontito.

—Pues a lo mejor soy tontito, pero tú estás equivocada.

—Tontito, estás equivocado. En tu caso, son congruentes, combinados, continuos y paralelos.

—No pueden ser paralelos y combinados a la vez. Pero... —dijo como recordando algo—. En realidad, sí que estoy equivocado.

—Vale —respondió ella—. Eres tontito. A veces recuerdas un hecho o dos. Quiero decir, si acabas de leerlo en los periódicos. Y eso si es una cosa reciente, por supuesto. Veinticuatro horas es mucho tiempo para mi amorcito.

Cynthia estaba tan bronceada que cualquier gesto de su rostro le arrancaba destellos a sus dientes y a sus globos oculares. Por debajo del pelo blanco por el sol, aquel pequeño rostro centelleante era de una belleza excepcional. Y aquello podía suavizar gran cantidad de sentimientos agitados.

Su día francés comenzaba en el desayuno, con los sueños de la noche. Cynthia era una gran soñadora. Un electrón intentaba atravesar las capas polvorientas de la luna, la luna era un protón, el protón un avión. El electrón lo esquivaba.

—Eres tú, esquivándome a mí.

—Qué cardo eres.

—Eres de esas personas que viven para soñar.

—Por lo menos cuando sueño estoy sola. Cuando estoy despierta tengo que depender de ti.

El domingo era un día vacío. Ni hablar de playa. Cynthia estaba acostumbrada a playas de arena vacías. Las playas de la Riviera apestaban y estaban llenas de piedras. (Sobre cada piedra yacía un buen trozo de tejido adiposo. Los depósitos más grandes eran estadounidenses. En las cafeterías, Merriwether y ella se dedicaban a adivinar la nacionalidad de los traseros. Cynthia tenía razón. Las estadounidenses mayores de quince años eran culonas. El trasero de la propia Cynthia, gran motivo de preocupación para ella, era de una tiesura casi francesa). Fueron a la casa de Renoir, en Cagnes, a una fábrica de perfumes en Grasse, a Vence a ver la capilla de Matisse. Sobre todo caminaron por las colinas, pero últimamente Cynthia se cansaba con facilidad. Era inquietante en una muchacha que había sido bailarina, acróbata, jugadora de tenis, amazona de caballo y de motos. Tenía la respiración irregular, el organismo lento; no era solo la tensión baja. «¿Es algún tipo de senilidad imitativa?», le preguntó Merriwether a su *cahier*. «¿Para igualarnos?».

También le preocupaban sus hijos. Las cartas no bastaban. Quería besarlos, hablar con ellos. Cuando los echaba tanto de menos, lo entumecía la ansiedad, el sol desprendía luz negra. Ya podía estar terminándose una magnífica sopa de pescado en el mercado del casco antiguo de Niza, o escuchando a un músico ambulante que tocase una pieza desgarradora de Fritz Kreisler; cuando pensaba en George y en Esmé, y luego en Priscilla y Albie, se quedaba petrificado en el sitio. Cynthia advertía las «malas vibraciones», y al cabo de diez minutos se liaba una trifulca que no tenía ninguna gracia. Durante el regreso a casa en coche guardaban silencio; Merriwether sentía que su corazón era una piedra y sus sentimientos quedaban anestesiados.

—Eres de hielo. Inhumano.

—Soy así.

Y dormía solo en el dormitorio pequeño. O no dormía. Una mirada, una palabra bastaban para activar un arco de tristeza en ella. «Soy así», y así era ella. Lo cual los dejaba en camas separadas. A sabiendas de que ella se hallaba en una situación más difícil y triste que él, se forzaba a deponer su frialdad para besarla, para decirle que la quería, para hacer ruiditos raros. Cinco minutos y ella se derretía. Las aguas volvían a su curso, y él sentía el amor que había fingido.

El primer día que acudió al laboratorio zoológico, el rector, Dieudonnet, le enseñó el lugar.

—Ojalá tuviese más espacio para usted —dijo Dieudonnet.

Era tieso, de ojos oscuros e irónicos. Los metros cuadrados de superficie del laboratorio eran una marca de casta profesional.

—Lo que sí le tenemos es un ayudante que conoce su trabajo. Y que también sabe inglés, aunque veo que eso es superfluo —añadió.

El toque de ironía que observaba en la cara del rector impidió que Merriwether supiese si su francés alcanzaba la media.

—Es usted de lo más generoso —dijo.

El ayudante de Merriwether era Georges Pecile, un hombre de veintitrés años robusto, apuesto y reservado. Merriwether se sentó en una mesa y le explicó cuál era su proyecto, lo que necesitaba, lo que esperaba hacer. Pecile lo entendió perfectamente, hasta pareció interesado en el trabajo. Se llevaban bien. No a la perfección, pues existía entre ellos la tensión de dos investigadores inteligentes, con veinte años de diferencia, uno de los cuales disfrutaba privilegios y el otro cumplía lo que consideraba un aprendizaje innecesario.

Pecile era de Niza. Le dijo a Merriwether que le enseñaría la ciudad.

—Sería estupendo. He venido con una amiga. —La «e» de *amie* es muda, pero la mirada y el tono no dejaban lugar a dudas—. Nos gustaría ver qué se cuece.

Aunque, aun en el momento de decirlo, sintió una opresión. Cynthia era de la edad de Pecile, Pecile era atractivo e inteligente. Merriwether no quería tensiones. Fueron en coche hasta un café cerca del mercado antiguo y se sentaron a charlar un par de horas mientras tomaban café. Hablaban en ambas lenguas, a menudo en la misma frase. Siempre de trabajo. Muy agradable.

—¿Y usted afirma que la maduración está ahí para cuando la necesitemos?

—Las niñas poseen 200.000 óvulos, con todas las enzimas. ¿Quién dice que el escenario físico de la obra química no es importante? Si el escenario es demasiado pequeño, la temperatura y la velocidad real de orden-respuesta debe de ser distinta.

A Pecile le sorprendía aquel estadounidense de rostro suave. Un tipo avisado, y sin embargo rebosante de pomposidad anglosajona. La postura de sus manos expresaba la repugnancia francesa a la metafísica; Pecile conocía los límites de la corrección en el diálogo.

Es cierto que Merriwether había adquirido una reciente pasión por la metafísica. (Y se preguntaba si era un síntoma de menopausia científica).

—Es mi postre —dijo.

Y condujo colina arriba.

El sol hierva las flores para arrancarles el color. Cynthia se encuentra en el jardín con su biquini amarillo, leyendo *Fort comme la mort*. Se besan, él le habla de Pecile, ella le cuenta que el pintor acaba de enamorarse de la hija de su amante.

—Qué asco —dice el doctor Merriwether.

Se cambia, se pone las bermudas, sirve dos vasos de vino blanco y lee el *Nice-Matin*; Eddy Merckx humilla a sus competidores en el Tour de Francia; arrestan a un pirómano en Villefranche; hay revueltas en Nigeria; estrenos de cine. Va a por su *cahier* y dibuja el chalé, las flores redirigidas para cubrir los aleros, las lámparas hechas con jaulas, las listas de madera pegadas al estuco, el tejado festoneado, las urnas de porcelana, Cynthia leyendo cerca del níspero, pies, tobillos, rodillas, muslos, la tira de tela amarilla. Tacha el dibujo, coge un libro de *Introducción a las escrituras sagradas orientales* (elegido por Cynthia), y vuelve a un pasaje que había pensado usar como epígrafe para su ponencia. Una historia del Génesis: el Ser Primordial, Áditi, la Sed, se movía por la Nada hasta crear el *ar-ka*, la prima sánscrita del *aqua*. «Que ni existía ni dejaba de existir; salía de la oscuridad envuelta en oscuridad, nacía de la fuerza de la contemplación, de la que se alzó Kama (Deseo), el Germen de la Mente».

Entre abejas color tigre, trinos de los pájaros, flores centelleantes, Merriwether, a cuatro metros y medio de su hermosa compañera, se extasía con la Antigüedad. Aquellos bellos textos han sobrevivido de milagro. La historia del Génesis había sido grabada en una muela de molino. En sus hendiduras cuneiformes se habían encontrado granos de mijo. «La fragilidad de lopreciado».

—Cynthia.

Ella levanta la vista, lo ve mirándola, sonrío, estira las piernas y le saca la



lengua.

El otro estadounidense en el congreso era John Brightsman, de la Universidad de Dakota del Norte. Brightsman, estudiante de mosaicismo y multiplicación restrictiva en los moluscos, había efectuado un trabajo pionero que durante años había sido menospreciado. Amargado hasta la manía, aparecía en las conferencias, pero sus charlas estaban mal expresadas y organizadas. Muy pocos entendían adónde quería ir a parar. Él, a su vez, se burlaba de la gente que seguía trabajando en áreas que su investigación volvía superfluas. Cada vez montaba más líos: sufría estallidos de ira en plena ponencia, arrinconaba a los autores en los vestíbulos para decirles que deberían dedicarse a la fontanería. Por otro lado, era generoso cuando le agradaba el trabajo de alguien. Una vez, Merriwether había recibido una nota maravillosa suya, llena de halagos y valiosas sugerencias.

Tras la primera sesión del congreso, se acercó a Merriwether.

—¿Te acuerdas de mí? Nos conocimos en Detroit.

Llevaba un traje de mohair y algodón, y unas sandalias con suela de esparto sin calcetines.

—Me alegro de verte.

Brightsman le propuso que cenasen juntos.

Merriwether le dijo que le encantaría, pero que se alojaba detrás de las colinas con una amiga que lo esperaba.

La dicción y la sintaxis de Brightsman eran irregulares, incluso deficientes, como si recogiese fragmentos de pensamiento en envases rotos.

—Ya —dijo—. Creo que te he entendido. O a lo mejor te he pillado.

Una noche, mientras cenaba con Cynthia en un restaurante alsaciano de la Rue de Suisse, Merriwether lo vio mirándolos por la ventana. Lo habían sorprendido, así que sonrió y saludó. Brightsman entró. Llevaba un traje de *tweed* oscuro; era el único a la vista que no llevaba ropa de verano. Era como un ataúd en mitad de un circo.

—Qué calladito te lo tenías —comentó—. ¿Dónde la tenías metida? —Hizo un gesto con los ojos, moteados y centelleantes, como queriendo atraer a Cynthia a su cavidad craneal—. Qué filibustero. Pues te hemos pillado.

—¿Has comido, John?

—Más o menos.

—Nosotros estamos terminando. —Aún estaba por llegar el café, el queso y la fruta.

—Ahora mismo no tengo nada mejor que hacer.

—¿Te apetece un poco? —Merriwether levantó una botella de rosado de Anjou.

—Nada de vinagre. —Llamó al camarero como si fuese un perro—. *Y a-t-il un Montrachet soixante-cinq?* —El camarero dijo que miraría—. Eso sí que es vino. Odio este país.

Dijo aquello con los mismos decibelios con los que había llamado; la mitad de clientes se giraron en su dirección.

—Creo que la gente entiende inglés, John.

—Odio el sur de todos los países. Los sureños tienen el temperamento de animales ecuatoriales. Violentos embaucadores.

Aquel discurso salió sin ninguna confusión. Quizá el odio era el engranaje correcto para su lengua.

—Soy de Carolina del Norte —dijo Cynthia.

—Eso no cambia nada. Pero eres una persona de lo más bonita.

—Gracias.

Un anciano con una funda de violín entró en el restaurante.

—¿Qué pasa con el Heifetz este?

—Viene a la hora de cenar y toca por dinero.

—Es maravilloso —declaró Cynthia—. Ya lo hemos oído alguna vez.

El violinista tocó las *Liebesleid* de Kreisler.

—Me encanta la sopa con sirope de chocolate —dijo Brightsman, aunque la pieza no había terminado.

—Déjalo en paz, John.

—Yo he venido a comer, no a tragar cursilerías.

Merriwether y Cynthia aplaudieron con fuerza, espoleando un aplauso que con dificultad salía de las víctimas experimentadas de aquellos artistas de café. El violinista tocó un concierto de Mendelssohn. Brightsman soltó un gruñido a voz en cuello.

—Te agradecería que dejases de gruñir, John. Quiero escuchar la música —sostuvo Merriwether.

—Estás de broma. —Brightsman se enderezó en la silla.

—No, no estoy de broma. Es un anciano decente. Se gana el pan así. Y, aunque no lo fuese, me gusta cómo toca.

—Eres un capullo musical, Merriwether. Un picha brava quizá, pero un capullo.

—Sal de aquí, por favor.

—¿Quién lo dice?

—Sal o te saco yo del cuello.

—Qué pena me das, con este imbécil de Harvard —le dijo Brightsman a Cynthia, y se fue.

Mademoiselle les llevó el correo con el desayuno, el prólogo estándar para un aria de desesperanza. Aquella mañana, aún agitados por lo de Brightsman, necesitaban paz, así que dieron las gracias y dijeron: «*Au revoir, Mademoiselle*».

—No puedo enfrentarme a esos dedos del pie rojos sin tres tazas de café —murmuró Cynthia—. ¿De quién son las cartas?

—De Priscilla. Y otra dentro, de Esmé. Perdona. —Se puso a leer.

Querido papá:

Te eché de menos en las fotos que salieron en los periódicos de la fiesta del baron de Villemorin. Esperaba ver a mi guapísimo *pèreregañando* a Elizabeth Taylor por haberse propasado con él.

Sonrió, y Cynthia, levantando los ojos de su carta, le preguntó qué le hacía tanta gracia.

—Priscilla tiene una forma agradable de escribir.

—Oigámoslo —propuso.

—«Querido papá...» —leyó Merriwether en voz alta.

Querido papá:

Te eché de menos en las fotos que salieron en los periódicos de la fiesta del baron de Villemorin. Esperaba ver a mi guapísimo padre regañando a Elizabeth Taylor por haberse propasado con él. (¿O eras tú la sombra de la esquina, la que le tendía a Madame Onassis una copa de champán?).

Aquí, en *La escena norteamericana*, reina la calma, una calma desesperante. (Lo estoy leyendo. ¿Por qué tiene que usar un hombre tan listo tanto envoltorio?). No te lo leas. Aunque es, lo sé, brrrrllllante.

El trabajo es un asco. El laboratorio es húmedo —¿quién dijo que había aire acondicionado?— y, a pesar de que el señor Davison es muy amable conmigo, me da la sensación de que le cuesta distinguirme de las ratas; compartir su destino no es lo peor que me podría ocurrir. De vez en cuando oigo lo que pueden llamarse gritos de placer ratil.

Aquí no hay nadie. Solo Dasha, Mark, Mark W. y Sally Okanobu. Fred se marchó la semana pasada. Fue un alivio. Me estaba convirtiendo en su ponche de antes de dormir. La otra noche vi *Luces de la ciudad* y me pasé horas animadísima. Daría un año de mi vida por que alguien me mirase como lo hace Charlie Chaplin.

Perdona lo vacío de la carta. Estaba escribiendo Esmé, y se me ocurrió darle un poco de peso al sobre. Peso ligero.

Pásalo bien (pero no demasiado).

Besos y abrazos,

Priscilla

La carta de Esmé estaba escrita en tinta púrpura.

Querido papá:

Entre campamento y campamento, uf. El campamento de animadoras ha sido genial, lo creas o no. Gente guay, un espíritu guay, y aprendes un montón, aunque me da vergüenza decirle a la gente que he estado en un «campamento de animadoras». (Es como ser una creída, de alguna manera). Estoy impaciente por ir al campamento de hípica, aunque sé que voy a ser la peor. Mamá me ha dado algunos consejos. Y también un libro que se titula *¡A montar!*, que te explica lo que es la cuartilla del caballo y que un caballo puede matarte a coces, qué hay que darles de comer (uf) y cómo enjaezarlo y peinarlo (además de qué pintalabios les gustan a las hembras), pero entre tanta AYUDA y lo tierno de mis ya-sabes, pues no sé yo qué decirte. En fin, si cuando vuelvas a casa tienes que ponerte a cuidar de

un hueso esmé-roto, no me odies.

Te echo mucho de menos. No es que no quiera que te lo estés pasando en grande y dejando a la gente boquiabierta con tus descubrimientos. Pero no te olvides de la tierra que descubrió Colón, porque en ella está tu hija presumida, miedosa y amazona.

Millones de besos y abrazos,

Esmé Tipton Merriwether

—Me gusta más la de Esmé —dijo Cynthia—. Las dos escriben bien.

—El que mejor escribe de toda la familia es Albie. Cuando escribe. Es su único don no-atlético. Sin contar el refinamiento a la hora de pasar el rato.

Cynthia lleva una camisa de hombre —no de él— que le cubre lo que le cubrirían unas bragas. Su «rostro» no está animado; parece un poco contrariada, pero está guapa. Le cuenta el sueño de la noche. Era una mosca que acababa de salir de la crisálida antes de que la polilla que vivía en ella creciese y la aplastase.

Merriwether le contó que las polillas segregan una enzima con antelación y en cantidad suficientes para diluir la proteína de la crisálida.

—Es el mismo proceso en la ovulación. En la tuya.

—Y en la de Priscilla. ¿Toma la píldora?

Merriwether se sintió levemente atrapado.

—No sé. Supongo que no.

—Es más bien ácida en cuanto al pobre Fred.

—Deberías ver a Fred. Es dulce y rechoncho. Como el interior de un donut.

—Seguro que se lo pasan en grande.

—Bueno, si es así, espero que esté tomando la píldora. Lo único seguro es que lo sabe desde siempre. El doctor Rock pasaba las vacaciones cerca de casa.

—¿Es que si conoces a Rock no tienes que tomar la píldora?

—Lo único que digo es que ha sido un tema que se viene tratando desde hace mucho en casa.

—Y ¿por qué no se la recetas?

—¿Por qué no le pides tú a tu padre que le prepare los papeles del

divorcio al vejestorio con el que te acuestas?

—Voy a escribirle cartas a tus hijos —dijo Cynthia—. «Querida Priscilla: No me conoces, pero me ha dado tu nombre un conocido común. Dijo que coincidimos en muchas cosas. Las dos vamos a la universidad. Me gusta la universidad. ¿A ti? ¿Te sientes sola? ¡Yo sí! Solo tengo un buen amigo. ¿Eres virgen? Yo no. Tu querida madrastra, Cynthia Ryder». ¿Te gusta?

Merriwether dijo que la encontraba muy divertida.

—¿Crees que tengo un buen estilo epistolar?

Merriwether le aseguró que sí.

—A lo mejor le escribo yo una a tu padre también. «Querido señor Ryder: Quiero presentarme. Soy el médico que reconoció a Cynthia el verano pasado y la encontré con buena salud. Yo también tengo buena salud. Peso casi sesenta y siete kilos. Tu querido hijo, R. T. Merriwether, doctor en Medicina».

—Tienes un estilo penoso.

—Pensé que era formal pero cariñoso.

—«Querido Albie:» —prosiguió Cynthia—. «Hola. A lo mejor Priscilla te ha escrito sobre mí. Soy amiga de un amigo. El año pasado cursé el tercer año en Swarthmore. A lo mejor el año que viene curso el tercer año en Radcliffe. ¿A que estoy haciendo muchos progresos? Me han dicho que tú también eres una persona estupenda. Aunque no suelo tener inclinación por los chicos de tu edad, a lo mejor podemos ser amigos. ¿Eres virgen? Yo no. Pruébalo alguna vez. Tu querida madrastra, Cynthia». Eso sí que es una carta.

—Sí —convino el doctor Merriwether—, eso sí que es una carta.

Él escribió una carta de verdad bajo el emparrado, con Julot gruñendo maldiciones a sus pies.

Queridos S, P, E, G y —si estás— A:

«SPEGA»: ¿Grifo optimista en rumano? (Cinco centavos por una etimología).

La Riviera no es como la muestran los pósteres. Ni siquiera como era hace cinco años, cuando trabajé aquí. Vallauris era una ciudad pequeñita. Te sentabas en la cafetería junto a la estatua de *El hombre del cordero*, de Picasso, te tomabas tu café y luego comías como un rey por dos dólares. Ahora Vallauris es un centro comercial

suburbano.

Aquí hay tanta gente que uno no se atreve a echarse a la carretera. Por suerte, al laboratorio y al congreso voy por una carreterita pequeña y puedo retirarme con buen pan francés, vino y queso.

Calor, sí, pero no se está mal en las colinas. ¿Soledad? Un poco para mis «spegalianos». Aunque da la impresión de que estáis en pleno esplendor, al menos los que cogen la pluma.

La patrona, una simpática vieja bruja que responde al nombre de Mademoiselle Seville, está junto al surco de pimentales que hay al lado del emparrado, esperando nerviosa la oportunidad de contarme su horrible pesadilla nocturna. Este es mi placer social más destacado, así que será mejor que os deje y me ponga a ello.

Amor del amante

«*père des Spegalians*», *id est*,  
Papá

La ponencia de Merriwether para el congreso examinaba los cambios que se producen en el agua y la sal del organismo durante el fallo cardiaco congestivo; los cambios se interrelacionaban con la liberación de la hormona antidiurética a través del osmorreceptor de Verney. La presentación técnica duró treinta minutos. Luego, durante otros veinte, Merriwether especuló con los «niveles» de lo que él llamaba «neuroconciencia» en el «registro o comprobación» de los cambios. «¿Cuándo es la sed verdadera sed?».

La sala de conferencias era un enorme salón rojo lleno de sillas tapizadas y sofás, decorado con lunetas y techos llenos de serafines. En el centro de la habitación había una mesa rectangular y treinta y cinco sillas de tubo. Junto a cada una de ellas había auriculares para la traducción simultánea, libretas, lápices, vasos de agua, tazas de café, y —olvidados de la conferencia anterior— reglas de cálculos logarítmicos y compases.

John Brightsman se sentó en la parte más larga del rectángulo. La única persona cerca de él el día de la presentación de Merriwether era una bióloga italiana, una *professoressa* de treinta y cinco años, natural de Turín, de pelo rojo y figura espectacular. Ella y Brightsman intercambiaron miradas frecuentes durante la presentación de Merriwether; cuando Brightsman realizó sus comentarios, ella asintió con énfasis.

El comentario de Brightsman era que las especulaciones de Merriwether eran ensoñaciones perfectamente aceptables para una sobremesa estudiantil, pero que quedaban fuera de lugar en una conferencia seria. Había, según él, tal disparidad entre «los estándares profesionales mínimos del trabajo de investigación del caballero de Cambridge» y «aquellas quimeras pronunciadas en voz alta» que constituía «un tipo de esquizofrenia digna de investigación en sí misma», aunque suponía que no podía entrar en la agenda.

Los insultos trajeron el silencio a la sala. Merriwether se sintió como si lo hubiesen tirado de un tejado. El presidente, un fisiólogo de Marsella, miró a su alrededor esperando el siguiente comentario, como si el de Brightsman pudiese constituir la base para una discusión corriente. Un viejo conocido de Merriwether procedente de Basilea acabó por decir que estaba un poco sorprendido «ante los comentarios de nuestro amigo Brightsman, aunque todos conocemos y apreciamos su ingenio y su agudeza. Sugiero que nos centremos en lo que para mí no han sido “quimeras estudiantiles”, si he oído correctamente, sino un marco de estudio conceptual de lo más interesante».

—Tonterías caballerizas —chilló Brightsman.

—Por favor, *chers collègues* —medió el presidente.

—No veo razón alguna para malgastar el tiempo —dijo Brightsman.

—Siento que mi pequeña conclusión haya disgustado al distinguido profesor de Dakota del Norte. No obstante, no consigo encontrar ninguna respuesta razonable a sus comentarios.

—¿De qué coño estás hablando, Merriwether? ¿Por qué no te largas con tu putilla menor de edad y nos dejas trabajar en serio a los demás?

Merriwether se levantó, se acercó a Brightsman y después de una prolongada mirada llena de veneno abandonó la sala.

Mientras conducía colina arriba, girando en las curvas y adelantando rápidamente camiones, coches y escúteres, consiguió recuperarse lo suficiente para detenerse en la cafetería de Saint Vetry.

En la pequeña terraza, rodeada de enredaderas verdes, mientras oía el clic de las pelotas, paladeaba los sorbos de vino tinto con la lengua y dejaba que el panorama —la iglesia color vainilla, la oficina de correos, la ladera verde — borrara lo que quedaba de su furia, Merriwether se esforzó por intentar comprender a Brightsman. Incertidumbre, aislamiento, terror, una envidia horrible, ¿qué le había pasado a aquel hombre? ¿Cuánto tiempo llevaba como



una cabra? Y, sin embargo, los ataques que había dirigido a su trabajo tenían una base. Merriwether se había dejado llevar por un capricho teórico. Y Brightsman, a su modo absurdo, lo había sentido como un equivalente de Cynthia.

Brightsman se alojaba en una pensión de la parte baja de la Corniche, en la parte oeste de Niza. Sus peculiaridades habían dado que hablar a los demás inquilinos. Habían «observado sus extraños horarios y su excéntrica arrogancia». A la vista de la «amenaza para toda la Riviera», decidieron que debían tenerlo vigilado. «Los inestables sienten una afición insana por el fuego», comentó uno de ellos, un empresario de Lyon que había «leído mucha literatura psicológica» —como le explicó al periodista de *Nice-Matin*—. Sugirió que siguieran a Brightsman. Una mañana, tres de ellos lo vieron adentrarse en las colinas y caminar hacia unos cuantos arbustos.

Se detuvo e hizo algo que no pudimos ver. Estábamos como a unos cien metros de distancia. Unos segundos después de que se incorporase estallaron las llamas. Estábamos esperando detrás del coche y, cuando se acercó, nos abalanzamos sobre él y lo atamos. Se debatía como un loco. El señor Pauncelot corrió a extinguir el fuego y luego nos dirigimos hacia la Prefectura.

Encima de la historia, que ocupaba la primera página, había una foto de Brightsman mirando a sus tres acusadores.

—Fantástico —dijo Merriwether—. No conozco la tipología de pirómanos, pero no pondría la mano en el fuego por él. Aun así, resulta horrible, patético. No te imaginas qué trabajo tan extraordinario hace.

Siguieron el «*affaire* Brightsman» en los periódicos día tras día. Los miembros de la conferencia discutieron la situación y decidieron no hacer nada más que ofrecer un informe por escrito sobre el trabajo de Brightsman. Merriwether pensó que quizá tuviese el deber de testificar para dar fe de su inestabilidad; pero Brightsman ya estaba metido en bastantes líos. El *juge d'instruction* convocó a unos psiquiatras.

—Yo entiendo por qué le interesa el fuego —dijo Merriwether—. En el laboratorio trabajamos a pequeña escala. Hay algo muy emocionante en los cambios dramáticos. Hasta un hombre sensato, por no hablar pues de un

chalado como Brightsman, podría sentir la tentación, con tantos fuegos alrededor, de ver cómo es.

—Por Dios —exclamó Cynthia—. No vayas diciendo esas cosas por ahí. —Estaban sentados bajo el emparrado. Cynthia tenía apoyadas sus piernas desnudas en el regazo de él—. A los doctores también los linchan.

Brightsman dio una entrevista en *Le Monde* —pues la tendencia antiamericana y antiintelectual de los años de las revueltas estudiantiles había convertido aquello en una historia de interés nacional— sobre su «pasión por todos los fenómenos naturales».

Ningún proceso natural me es ajeno. Me apresuré a ir al río Misuri durante una inundación para estudiar su increíble fuerza. Imagínese, es la misma sustancia que en los vasos y los grifos de uno se muestra tan dócil. Y, en una inundación, esa mascota doméstica arranca robles del suelo, convierte los bosques en mares. Pues lo mismo ocurre con el fuego. Ahí está, en la brasa de nuestro cigarrillo, qué cosita tan simpática. Y luego, míralo, devorando la tierra. Eso es lo que yo estudio. Pero no creo en los laboratorios naturales. Yo no provoqué el fuego, del mismo modo que no provoqué la inundación.

Un día, Mademoiselle Seville se encontró con Merriwether y Cynthia mientras iban conduciendo por el sendero.

—Ha venido una periodista de París a entrevistar al profesor. —Señaló a una guapa mujer alrededor de la treintena, con minifalda, que les sonrió desde la terraza.

—Jill Chambliss —dijo esta, y se acercó—. Del *Newsweek*.

Quería preguntarle al profesor Merriwether su opinión sobre el caso Brightsman.

Merriwether no disponía de experiencia referente al encanto de los buenos periodistas. Habló sobre Brightsman tomando un vino, primero con prudencia y después cada vez con más libertad. La señorita Chambliss —«Jill, por favor»— era elegante y muy bonita.

Cynthia frunció el ceño, se puso de morros y acabó por meterse en casa. Merriwether le contó el incidente del restaurante y el «estallido brutal» del congreso.

—Y sin embargo se trata de un hombre que anda cerca de ser un fisiólogo

de primera fila. Todavía no acabo de creerme que sea capaz de perder el control hasta ese punto.

La libreta que Jill tenía sobre las bronceadas rodillas se llenaba página tras página, de modo que, una semana más tarde, el doctor Merriwether se sorprendió al ver que la historia del *Newsweek* solo ocupaba media página, y luego le flaquearon las piernas al encontrar una frase sobre «el fisiólogo de Harvard, Robert Merriwether», que había dicho que Brightsman le había montado una escena en un restaurante en la que lo había insultado a él y «a su joven y bella ayudante, Cynthia Ryder».

## OCHO

Cynthia se había puesto como loca tras recibir un telegrama de su padre, y, aunque después se calmó e ideó algunas estrategias —desde mudarse a otro sitio hasta decir que ella y Merriwether se habían casado—, a Merriwether le resultaba imposible predecir su estado de ánimo de un momento a otro.

No es que él se muriese de ganas de conocer a su padre.

—Tu padre no es un cavernícola —le había dicho a ella—, y nosotros no somos perros rabiosos. —Pero aun así el señor Ryder le inspiraba algunos temores. En primer lugar, Merriwether albergaba la idea de que la formación jurídica enfatizaba distinciones sofisticadas que no tenían en cuenta relaciones esenciales. Los abogados dominaban la vida estadounidense mediante la creación de cuestiones divisorias. Tenían un indudable interés en las complicaciones y hostigaban a sus clientes para que quedasen indefensos ante ellas. Incluso los abogados que le caían bien eran matones en la conversación. En segundo lugar, el señor Ryder era un hombre físico, no como Merriwether, que se ejercitaba con moderación—, sino alguien que necesitaba la actividad para apaciguar sus impulsos violentos. Aquel hombre amaba la velocidad, conducía aviones, motos, barcos, cazaba, y Cynthia decía que tenía la casa llena de armas. En tercer lugar, era el gallo de una pequeña ciudad del sur; aquello le otorgaba a un hombre una gran libertad moral de movimiento. Merriwether nunca había bajado más allá del sur de Washington, pero tenía sus propias ideas sobre el desprecio reinante en el sur hacia las leyes, leyes que los abogados usaban para escudar la ilegitimidad y la violencia. Dios sabe si Ryder no le metería un tiro a cada uno bajo el emparrado y después se iría a su casa a recoger la medalla por haberlo hecho. Merriwether se dejaba llevar por la exageración, pero ello no le ayudaba a tomarse a risa su incomodidad. Después de todo, según el punto de vista de

Ryder, posiblemente él diese la impresión de ser un viejo verde que corrompía a su hija. Si bien ese vocabulario era anticuado, también lo era su padre, según Cynthia.

—Esto te viene grande, papá.

El señor Ryder iba caminando por Riverside Drive con su hija mayor, Lisa, unas cuantas horas antes de coger el avión a París. Nueva York era ecuatorial. El aire era tan caliente como si saliera de un horno; la suciedad dorada del Hudson centelleaba. Y, al otro lado, los acantilados de los Palisades, con su rojo oxidado, hervían y humeaban. Lisa, a pesar de llevar los hombros desnudos, una minifalda y el pelo corto, estaba empapada en sudor.

—No creo que Francia me venga tan grande, Lisa.

No quería perder los estribos. Aunque no acababa de acostumbrarse a que aquella belleza simple (sin maquillaje, sin aire de flirteo) de piernas largas «le leyese la cartilla», como decía.

—La píldora lo ha cambiado todo, papá. Tienes que acostumbrarte.

Allí estaba: alguien cuyos átomos, hasta el último de ellos, había creado él o al menos subvencionado, que existía solo porque él se había despertado de un sueño hacía veinticuatro años; y allí estaba, explicándole de qué iba el mundo. No era fácil de aceptar. No con aquel calor paralizante, con las ancianas y sus viejos perros chatos tambaleándose por allí con la lengua fuera.

—No me gusta que me embadurnen de barro, Lisa; eso es todo. Al menos no mis propias hijas.

Había llamado a Lisa a Nueva York tras leer el artículo en el *Newsweek*. ¿Quería ir con él a Francia unos días? Él confiaba en su juicio, y quizá pudiese ayudarlo a sacar a su hermana del embrollo en que se había metido.

Lisa no quería ir. Ella era la última persona que haría cambiar de opinión a Cynthia; la guerra entre hermanas había terminado, porque no se veían, pero pasarían años antes de que pudiesen hablar con tranquilidad. Aun así, intentó ayudar.

—A lo mejor está trabajando con ese profesor. El periódico decía que es su ayudante.

—Tiene mil dólares para ocho semanas, no necesita trabajar. Se suponía

que iba a ver el Louvre y la Galería Uffizi.

—Vale, y conoció a alguien que le gusta. ¿Qué hay de extraño en eso?

—Nada de lo que ocurre es extraño. Solo voy a ir a echar una ojeada y ver hasta qué punto ha llegado la cosa.

Lisa miró a su padre a los ojos, pero no de un modo penetrante. Era muy difícil enfrentarse a él, simplemente te abrumaba; te intimidaba cuando tenía razón y cuando no la tenía. Cualquier encontronazo con él era una lucha por la supervivencia. Era injusto. Él la debilitaba y luego la intimidaba. Y lo peor era que lo quería.

—Le vas a dar un susto de muerte.

—Le he mandado un telegrama diciendo que voy.

—También Dios avisó a Adán y a Eva de la serpiente.

Qué desafortunada comparación, típica de la inteligencia femenina; tanpreciada y tan tendente a meter la pata.

—Lisa, cariño, tu hermana puede estar metida en un buen lío. ¿No es esa la cuestión?

—Pues a mí me parece que está muy bien. Lo único que creo es que tú no lo entiendes.

Ahora eran los únicos que quedaban a la vista, los únicos lo bastante tontos como para estar en la calle. De vez en cuando pasaba un autobús, o unos cuantos coches, pero aquella parte de Nueva York podía haber sido una ciudad fantasma de no ser por los dos miembros de la familia Ryder, uno frente a otro.

—Hace demasiado calor para discutir. Te invito a cenar en el aeropuerto y te mando de vuelta en un taxi.

Lisa dijo que prefería no ir, que tenía clase de soldadura.

—Pásalo bien, papá. Y no... —Los hombros desnudos se alzaron para caer después.

—No te preocupes por eso.

Cogió de la cartera el cheque que le tenía preparado; ella lo aceptó como si fuese una derrota, y, con la cabeza gacha, caminó despacio hacia Broadway y esperó a que su padre parase un taxi.

Mademoiselle estaba regando cuando el Citroën subió el sendero. Cuando

el espléndido caballero se apeó, estuvo a punto de hacerle una reverencia.

—¿Cynthia Ryder? —preguntó él.

Mademoiselle se limpió las manos y se puso a parlotear en jerga extranjera, mientras él seguía repitiendo «Cynthia Ryder» hasta que Cynthia salió corriendo y se apoyó contra el traje blanco.

Durante la primera hora ella ahogó las preguntas de su padre con las suyas propias: qué tal el viaje, cómo estaba Lisa, cómo estaba mamá, qué hacían Jenny y San, que nunca escribían, a que aquello era precioso, mira los albaricoques, las ciruelas, los nísperos, ven a ver las tomatas, la iglesia, a que Mademoiselle es de lo más grotesco, y esos perros, unos demonios. El señor Ryder hizo gala de una paciencia de diplomático; y disfrutó del encanto y la belleza de su hija. El sol le había blanqueado el pelo, tenía piernas de mujer (vestidas con un *short* vaquero), no había grasa infantil en los muslos. Hablaba con facilidad, sabía escuchar, no poseía la acritud de Lisa ni el cómico provincianismo de su madre. Aun así, el punto evitado ganaba importancia. Era el momento de enterarse de ciertas cosas. No estaba alquilando ese chalé con los mil dólares que él le había dado. Al final ella llegó al meollo del asunto y dijo que su amigo volvería en breve del laboratorio.

—Esta es su casa, supongo.

—Se la alquila a nuestra amiga de los pies rojos. Por doscientos al mes. Yo pago veinte.

—Menudo chollo has pillado. Supongo que él también.

Lo cual iba más allá de lo que tenía pensado. Cynthia se sonrojó.

—Es un amigo, un amigo íntimo.

El señor Ryder dijo que ya lo sabía, lo había visto anunciado en el *Newsweek*. Cynthia, con su pequeño rostro a punto de estallar por debajo de aquella selva amarilla, comenzó a hablar y a hablar. Estaba en Harvard, en verano, se conocieron por casualidad, él era un distinguido doctor, profesor, investigador, estaba solo, llevaba años separado *de facto*, ella se sentía sola, nunca se llevaba bien con los chicos, necesitaba a un hombre mayor, Merriwether estaba lleno de escrúpulos, pero ella los hizo a un lado, él tenía hijos —sí—, y algunos casi de la edad de Cynthia, pero había millones de parejas así, mira Onassis, mira Justice Douglas, el senador Thurmond, el doctor Barnard, era difícil, pero se querían tanto, por favor, no hagas nada,

papá, no lo estropees, ella no sabía lo que iba a pasar, ellos no hacían planes, solo intentaban vivir el día a día haciendo el menor daño posible a los demás, por eso ella no había dicho nada, quién sabe, para cuando ella hubiese escrito, quizá todo habría acabado.

Así que así estaban las cosas. La tormenta de palabras había amainado, y el señor Ryder se quedó allí de pie, al sol, mirando a esa niña rubia a la que había criado. Al cabo de unos minutos conocería a un barrigón depravado de barba gris, un padre, un profesional inconsciente que se había dejado llevar por sus sentidos y había pervertido a su chiquilla. Allí estaban, abandonados a su confusa felicidad en un chalé francés, a miles de kilómetros de sus obligaciones.

—Menuda historia, Cynthia.

Sabía que debería tocarla, pero no quería. Aquellas enredaderas, aquellos árboles frutales, los jarrones centelleantes, el estuco con astillas rojas hincadas en él, qué escenario para tan absurdo amorío.

—Él no sabe qué hacer —dice Cynthia.

—No sabe. No sabe.

Los sentimientos intensos convierten a la gente en máquinas; se vuelven mecánicos, repetitivos, farfullan mientras el nuevo sistema mental intenta controlar la lava que sale a borbotones de los miedos infantiles. La cara del señor Ryder se puso sanguinolenta, biliosa, luego pálida, recorrió la terraza para alejarse de aquella presencia que de repente le resultaba detestable, de aquella hija extraña y desconocida. Volvió vomitando su propia historia marital, que había cortejado a su madre durante años hasta que terminó la Facultad de Derecho y aprobó el examen para poder ejercer, que habían refrenado su pasión, que no habían ido contra el núcleo mismo de su educación. De acuerdo, el mundo estaba entregado a la juerga moral, las cosas habían cambiado un poco, pero las costumbres constituían una reserva de instrucción, del mismo modo que la herencia era una reserva ambiental, y ella había recibido dicha instrucción. ¿Qué se proponía yendo en contra del núcleo de su vida?

Cynthia, con su camisa amarilla, su *short* granate y sus sandalias de tiras, parecía más una huerfanita que un manjar para un viejo verde. El señor Ryder podría haberla levantado en el aire y darle unos azotes. Pero no, allí había un trasero de mujer, y bajo la camisa amarilla había pechos de mujer. Su hija no



solo era capaz de tener una aventura a lo grande, sino que sería un manjar para un hombre afortunado. Qué locura desperdiciar el cénit de su sexualidad con un vejestorio.

—Yo no he ido en contra de nada —respondió ella—. Espera a conocer a Robert, llegará de un momento a otro. Es el más delicado y cariñoso de los hombres. No muy diferente a ti, en muchos aspectos. Probablemente por eso me fijé en él.

—No le echas mermelada al pan rancio, Cynthia.

—No está rancio. Es el pan bueno de los seres humanos compatibles. Es el sentido común, es la verdad. —Este comentario rayó en la histeria; Cynthia sintió inestabilidad, que se desencadenaba algo que sabía que no quería dejar salir. Se las apañó para contenerse—. Tu historia y la de mamá es preciosa. No me importa para nada que mucha gente hoy pueda considerarla poco natural. Para mí, es algo sacado de Jane Austen. De Camelot. Solo que no es mi historia, papá. Mi vida es diferente.

El señor Ryder contaba con gran cantidad de argumentos legales en todos los aspectos de sus sentimientos. Entre las palabras, la discusión, el debate, la pelea, se decidió.

—Sé que los tiempos cambian, Cynthia, y sé que no puedes vivir la vida de nadie. El cliché es que yo no puedo vivir tu vida, ni tú la mía. No lo acepto. Porque, si te ocurre algo, pasa a ser parte de mi vida. Espero que tú sientas lo mismo hacia mí. Aunque solo sea porque aún te mantengo.

La náusea de la autoridad, la vieja garra, la amenaza masculina en la garganta masculina, el afecto cuantificado hasta la muerte.

—Tu hija no necesita ese tipo de recordatorios, papá.

—Del dicho al hecho va mucho trecho.

Cynthia negó con la cabeza.

—Tengo que sentarme. —Se sentó donde él estaba, sobre el cemento.

—No he venido a hacerte daño —dijo él, bajando la vista.

Le tocó la cabeza. Eso estaba mejor. La cabeza de la hija. La mano del padre. Las oscilaciones entre rabia y confusión aminoraron. Él se arrodilló y le acarició la cabeza.

—¿Me pones una taza de té?

Entraron, ella puso el agua a hervir, y el señor Ryder se sentó a la mesa.

Se dejó el abrigo puesto, uniforme de paternidad. Cuando el Peugeot entró botando por el sendero, dio un largo sorbo de té y siguió a Cynthia al exterior.

Estaba claro que Merriwether no era un jovenzuelo, pero, para alivio del señor Ryder, tampoco era un viejo verde. Apuesto, de estatura media, estiloso sin estridencias (llevaba unas deportivas, unos pantalones y una camiseta); tenía el pelo un poco despeinado —«de profesor», pensó el señor Ryder—, pero convencional. Lucía una sonrisa agradable, y su acento —«Encantado de conocerlo»— era una mezcla entre Kennedy e Inglaterra. Un hombre de pinta decente. Y además franco, según comprobó.

—Tanto secreto ha sido una carga para los dos. Ya tenemos bastantes dificultades sin ellos. —Y allí mismo, en pleno patio, se lanzó a hablar de ellos: su situación familiar, lo mucho que quería a sus hijos, el «profundo sentimiento» que le inspiraba Cynthia—. Nada en mi vida me había preparado para algo así.

Dejó al señor Ryder abrumado. Demasiadas cosas, demasiado pronto. El ruido del jardín, las flores, el calor sedoso, la señora minúscula con vestido largo y sandalias formando arcos acuáticos sobre las tomateras, la desenvoltura del doctor, su hija, hasta su propio desplazamiento (condición tan real como todo lo demás), todo aquello no ayudaba a encontrar sentido. El señor Ryder estaba acostumbrado a pensar con claridad, a sentir con fuerza, a decidir con rapidez. Ahora la tela parecía tanto una parte de una flor como la camisa que componía, la camisa estaba tan relacionada con el calor como con el cuerpo que cubría, y Merriwether —nombre, voz, camiseta, problemas— no era sino una parte del escenario, una enredadera parlante, no algo que amenazase la felicidad de una hija. Y, por otra parte, ¿qué era una hija? Algo visible, unas fibras centelleantes, esferas oscuras, un triángulo. Aquella desorientación se desvaneció en un segundo, pero fue un segundo profundo, único, extraño en la vida del señor Ryder. Sentido, resolución, movimiento: inútiles. Eso era lo que la falta de integridad visual le decía y, cuando hubo pasado, y cuando hubo pasado también el vertiginoso confort que le siguió, el señor Ryder volvió al ataque con las armas que conocía: acuerdos, rupturas, familias, hogares, planes, el orden del mundo a cuyas amenazas llevaba tantos años enfrentándose en los juzgados de Shallot y New Bern, Durham y Raleigh.

—¿Cómo ha podido permitir que ocurra esto? —le preguntó a Merriwether—. ¿Cómo ha podido permitir que continúe?

Cynthia dejó escapar algo entre un suspiro y un gruñido. Allí estaba su padre, con el rostro moreno y de barbilla pequeña retraído como el de un inquisidor ante Bobbie, que, con su traje blanco, tenía aspecto de príncipe canalla, resplandeciente de regia amenaza.

—¿Qué estás diciendo, papá?

—Lo comprendo, señor Ryder —contestó Merriwether. Se contenía. «Se lo debes», esa era la clave para el control. «Se lo debes»—. La vida me ha sorprendido. Eso es lo que hay. Ahora vuelvo con la tarea, no demasiado fácil, de contárselo a mi mujer y a mis hijos.

—Supongo que ha habido muchos estropicios.

—La parte marital de mi vida hacía tiempo que era un estropicio.

—Y lo de Cynthia con usted, ¿no es un estropicio?

—Me voy dentro, papá.

—Cynthia —dijo Merriwether—. Quizá podríamos tomarnos un vinito en el emparrado.

—Tomáoslo vosotros —respondió Cynthia—. Yo tengo que tumbarme.

Merriwether entró —qué alivio— y abrió una botella de vino tinto. Él y el señor Ryder se sentaron y bebieron en el emparrado. La forma de vestir los hacía parecer padre e hijo, pero en aquel momento hablaron de igual a igual.

—¿Ha pensado en romper? ¿Con Cynthia?

—Sí. Pero cada día que pasamos juntos se hace más difícil. Y no es que todo sea un lecho de rosas.

—Me lo imagino —adujo el señor Ryder.

El vino estaba exacerbándole el vértigo. Y de repente fue consciente, al mismo tiempo que la sentía, de la tensión de todo aquello. ¿Qué tenía que ver todo aquello con su vida?

—Yo también he estado a punto de divorciarme... ¿Puedo llamarte Robert? —añadió.

—Por supuesto.

—Mi esposa es buena persona, pero no podíamos parecernos menos. Y los años no han ayudado. Sin embargo, ambos vimos dónde estaba nuestro centro, así que seguimos juntos. Hay tantas cosas en la vida.

Merriwether dijo que él venía de una familia donde no se había producido ningún divorcio, que la idea de hacer algo que pudiese hacerles daño a los niños era una agonía para él, pero que creía que quizá su vida de casado los estuviese envenenando; en cuanto a lo de dejar a Cynthia, aunque creía que él casi disfrutaría del dolor como de una especie de martirio, le daba miedo por ella.

—No es la joven más estable del mundo.

—¿Crees que podría atentar contra sí misma?

—Dichas amenazas son frecuentes, pero tengo la impresión de que son genuinas. Hay una enorme cantidad de falta de ganas de vivir en la gente. Es muy difícil comprenderlo para una persona como yo (o como usted, diría yo). No creo que los psiquiatras acepten por lo general la idea de la pulsión de muerte de Freud, pero seguramente él la sintió y la vio en los demás. Creo que sí, que Cynthia podría sucumbir a ella, sí.

El señor Ryder no tenía amigos íntimos en su país. Su vida era pura actividad. Recibía confidencias de sus clientes, que le tenían cariño, como él a ellos, pero la confianza iba solo en un sentido: ellos contaban sus problemas, él daba su consejo. Él no se abría a nadie... ¿De qué servía remover sutilidades emocionales? No era artista ni psicólogo, y, por lo que sabía, tampoco era particularmente neurótico. Sin embargo, hablar con aquel hombre inteligente le resultaba inusualmente agradable. Disfrutaba de la charla, disfrutaba del interés que despertaba en él, y disfrutaba de algo que no habría reconocido: de las marcas de privilegio de las que él mismo carecía. Aquel hombre le llevaba veinte años de ventaja, había crecido con gente que hablaba con calma de todo tipo de cuestiones, sentía certidumbre en cuanto a su familia, tenía un lugar que existía antes de que él naciese. El señor Ryder había creado todo lo que tenía. Su padre había sido un borracho, su madre, una mujer decente que trabajaba duro, llevaba la ferretería e iba a la iglesia; la quería, pero, en cuanto pudo, se fue por su cuenta. Y desde que tenía uso de razón había decidido expulsar de él todo rastro de provincianismo, poco a poco. Lo había conseguido. Aún vivía donde estaba cómodo, en Shallot, pero no dejaba valor alguno sin cuestionar, viniese del norte o del sur. Cuando las cosas le concernían, las examinaba a fondo. Había aprendido él solito miles de cosas: había diseñado una casa, construido un coche, aprendido a tocar la flauta y a pilotar un avión, y se había formado lo suficiente en procesos

comerciales, reproducción animal y geología petrolífera como para realizar inversiones de una perspicacia muy superior a las que habría realizado de haber dejado el asunto en manos de corredores de bolsa. Estaba orgulloso de sus habilidades y de sus métodos, pero también sentía un punto de asombro inocente ante lo que no podía adquirirse, ante aquellas habilidades y aquel conocimiento que uno «respiraba», con los que uno nacía. La forma de estar de Merriwether, el modo en que las piernas estiradas se cruzaban por encima de las deportivas, la cabeza erguida, la serena falta de dramatismo de su voz, la cortesía y la atención, el candor de la mirada. Quizá nada de todo aquello fuese significativo de verdad alguna sobre aquel hombre, pero sí que expresaba algo que quedaba fuera de su alcance, algo que el señor Ryder encontraba valioso, como cuando tenía nueve años y escuchaba las voces norteamericanas en la radio, o veía a Tyrone Power, a Gary Cooper (de civil, no vestido de vaquero) y a William Powell en el cine de Shallot.

—Robert —dijo—. Quizá deberíamos ahorrarnos el resto. Será mejor que vaya a echar una cabezada al hotel, porque si no voy a estar hecho polvo. Solo voy a pasar cinco días en Europa, y tengo planeado ver unas cuantas cosas. Si os apetece a Cynthia y a ti, podéis pasar por el hotel... —El acento marcó el «ho» de «hotel»; era de los pocos rasgos que quedaban del acento familiar—. Y cenamos juntos.

Se despidieron usando, un poco a propósito, los nombres de pila —«William», «Robert»—; Merriwether movió el Peugeot para que pudiese pasar el Citroën y lo dejó mirando a la carretera de Niza.

Se encontraron con el señor Ryder en la terraza del Negresco. Cynthia llevaba un vestido color escarlata con cuello de brocado, y el señor Ryder una chaqueta azul marino y una corbata blanca; Merriwether desentonaba un poco, con su cuello de cisne color aceituna y su gabardina color tostado. A unos treinta metros de distancia, los coches se apresuraban en dirección a Cannes o a Menton, seis o siete yates alumbraban la bahía, una franja de luna roja brillaba sobre las palmeras y había destellos, suavidad y un rumor multilingüe; después llegó la langosta rellena de cangrejo, la *salade Niçoise*, las *crêpes flambées*, las canciones estadounidenses de la década de los treinta, y un torrente de anécdotas (Harvard, Carolina, casos médicos y legales, historias de viajes, chistes familiares). El señor Ryder se sentía ya

completamente a gusto con el doctor Merriwether. Incluso sentía el placer añadido de ser propietario: era casi su yerno.

Cynthia se sintió excluida. «Me tienen aquí de florero», pero, al fin y al cabo, aquello daba solución a sus peores pesadillas: que su padre le hiciese daño a Bobbie o se la llevase de allí.

El señor Ryder se marchaba a Roma, París y Londres, y se sentía mucho mejor que horas atrás.

—Quiero ayudar —dijo al final—. Mucho me temo que vais a pasar por momentos difíciles. Haré todo lo que pueda por apoyaros.

No estaba en absoluto borracho, pero el comentario salió de una ofuscación y de un regocijo general al que habían contribuido unos cuantos vasos de vino. Sin embargo, se debía en su mayor parte a la belleza del lugar, a la belleza de su hija, y a la distinción del hombre que era una especie de yerno-hermano, un hombre que, con tan poca experiencia como él mismo, se había visto abocado a una nueva vida.

Mientras conducían por la carretera de Saint Vetry a las once de la noche, Cynthia apenas podía creer que lo que tanto había temido hubiera llegado y concluido, que su padre y su amante se hubieran conocido y de algún modo hubieran congeniado y que volviera, no con su padre, sino a casa de su amante —con el consentimiento implícito del primero—.

Era una noche preciosa; en cuanto salieron de Niza el aire se refrescó.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Cynthia.

—Me ha gustado su control. Me ha gustado cómo me ha tratado, me han gustado su cortesía y sus modales. No sé si podríamos ser amigos.

—A mí me parecíais viejos conocidos. Me he sentido como una mancha del mantel.

—Eres una mancha preciosa —dijo Merriwether—. Si te hubiésemos mirado demasiado, a lo mejor habríamos sacado los cuchillos.

—Tendremos que presentárselo a Priscilla.

Merriwether condujo por el lado contrario de la carretera hasta que Cynthia pidió perdón.

*Chaque homme porte la forme entière de l'humaine condition*, copia Merriwether de un *livre de poche* de Montaigne. En su último día en Francia,

caminó hasta la *épicerie* para comprar unos bollitos (no iban a necesitar una hogaza entera de pan), le estrechó la mano al *patron*(«Sí, él y Madame volverían algún día») y se despidió de la iglesia y del Estado (la oficina de correos, que había vuelto a abrir). La mañana es casi como cualquier otra allí: el estallido del sol —cuyos retazos jalonan las maderas del emparrado—, el canto matinal de los insectos y los pájaros, los sabuesos olisqueando, acechando, miccionando, Mademoiselle con el rastrillo, Cynthia durmiendo. Aquella misma tarde Londres, una semana después Nueva York, luego él vuela en dirección al norte, ella al sur, y un mes más tarde vuelve a comenzar la vida con sus vaivenes. En algún lugar del horario está la vida. El día anterior había llegado una carta del señor Ryder.

—Debe de ser la tercera que recibo de él en toda mi vida. No sé por qué odia escribir.

—Los abogados son prudentes con lo que escriben. Las cartas son trampas en potencia.

—No. Es que le parece que las malgasta conmigo. Pero, eso sí, le encanta que todas llamemos. Cada semana. A lo mejor no es la llamada en sí, sino el hecho de llamar.

—Eres demasiado sensible para la vida social.

Era demasiado sensible para la carta del señor Ryder, que sugería que acudiese a alguna terapia psiquiátrica en otoño.

No porque su versión del mundo esté libre de tonterías, sino porque no deberías construir una relación larga sin usar todos los medios posibles para drenar los cimientos. Por fuerte que sea tu «sentimiento», si es un sentimiento que brota de viejos miedos, envenenará cualquier relación que se base en él. Tú y Robert sois unas personas espléndidas. Y parece que juntos tenéis un esplendor especial, pero lo mismo ocurre con un manzano al borde de un desierto. Está apartado y brilla, pero el suelo corre peligro de secarse, y, si eso ocurre, el árbol muere. Las dificultades de vuestra relación son el desierto. Necesitáis un extra de fuerza. Lo digo para ayudar, no para ponerte a prueba. Te quiero, y os mando a ti y a Robert mis más cariñosos saludos. Aunque no sé de dónde sale tanta calidez: en París cae una lluvia gélida como la que se ve en casa en diciembre. Aun así, me marchó a caminar por las Tullerías.

Cynthia soltó la carta y se envolvió el torso con los brazos (llevaba el bikini amarillo).

—¿Por qué no puede confiar en mí? Ni que fueses un bicho inhumano (un caballo o un nabo). ¿Es que Jackie Kennedy tuvo que ir a un loquero por casarse con Onassis?

—Todo estadounidense rico tiene derecho a la claridad mental.

Los privilegios de la *forme entière*. Mademoiselle subió por el sendero, canturreando el himno fúnebre del día (cuyo bajo de fondo era la partida de sus inquilinos). Merriwether realizó la última anotación en su diario francés: «Padres, jardineros, rectores, terapeutas, científicos-pirómanos, todos nosotros nos engañamos con las “mejoras” que efectuamos en los demás. Unos fantasiosos que nos las damos de realistas».

—*Quel cauchemar, monsieur* —dijo Mademoiselle.

En su pesadilla, pasaba todo el invierno sola en la casa, sin inquilinos, sin dinero, sin comida. «Si cocinaras a los perros, podrías vivir durante meses», pensó con maldad Merriwether.

—*Vous trouverez quelqu'un, Mademoiselle. Ne vous inquietez pas.*

Añadió una agudeza marca Merriwether al final de su diario: «Mi cetro no puede consolarla».



# **TERCERA PARTE**

## NUEVE

El doctor Merriwether había escrito a casa para anunciar su posible hora de llegada a Boston desde Nueva York, pero no esperaba que nadie fuese a buscarlo; cada uno de los Merriwether se ocupaba de sus propios asuntos. Le sorprendió divisar a Albie esperándolo en la puerta. Se estrecharon la mano, tarea artificial para un padre cariñoso, pues hacía ya varios años que no se besaban.

—Qué bien se te ve.

—A ti también. —Albie cogió la bolsa de su padre y le dio una palmadita en el codo en señal de cariño añadido y de guía innecesaria. (A Merriwether no le disgustaba aquel paternalismo filial)—. Los demás están comprando ropa para el colegio. —Recorrieron los pasillos esofágicos de escayola.

—Eso nos deja un rato para estar juntos. Solo te veo un par de días al año.

Merriwether, al mirar a Albie con la atención que pondría para tomar notas, vio, si no a un extraño, una metamorfosis. Había un intenso refinamiento en Albie. Su color era teatral, un bronceado que enmarcaba en cuero sus ojos oscuros y resaltaba las vetas color arce dorado del pelo, que le caía espeso hacia su cuello de hombre y por encima de la frente. Un árbol humano compacto y exuberante. Pero atlético. Albie caminaba con brío, sus pasos eran casi saltos. Aquello aliviaba aquel aspecto fornido que arrastraba como si fuese una molestia pública, algo que se sufría hasta que resultaba de utilidad en un partido de fútbol. Pero Albie tenía una mirada de poder contenido, como un presidente de vacaciones. Merriwether, que para sí mismo deseaba el disimulo de un camaleón, disfrutaba también del esplendor de su hijo. Era una afirmación de independencia, una señal de que los padres habían hecho un buen trabajo.

Además, Albie también ofrecía un aspecto lujoso: por las aberturas

laterales de la camisa no se veía la carne, sino una entretela roja; y unos finos ribetes de cuero remataban el cuello de pico. Pantalones de punto doble, zapatos de cuero suave. Se había dejado una fortuna en sí mismo. Merriwether escrutó la forma cuadrada de su hijo, su bronceado, la ancha frente cubierta de pelo color zorro, los hombros estrechos, sorprendentes en un tórax tan poderoso. Costaba pensar que había sufrido otras metamorfosis parecidas millares de veces, de bebé, de niño, de muchacho. (El misterio del desarrollo; no solo el proceso, sino el porqué). Hacía cinco años, no, seis, sentado en las gradas con Sarah y los demás niños, había contemplado a Albie jugando al fútbol americano. Gradass, animadoras, banquillos, altavoces, y allí estaba su Albie, con su complexión de búnker azul con casco, su jersey acolchado y sus pantalones dorados hasta las rodillas. Los estudiantes, un montón de ellos, vitoreaban como lunáticos a su Albie, parte de un evento social, arrodillado en la línea, empujando a otro muchacho, placando a otro jugador, y el altavoz que anunciaba: «Placaje del 37, Merriwether». Lo había contemplado con lágrimas en los ojos, no sabía por qué. ¿Qué atravesaba la mente de un padre respecto a su hijo? Su mente se disoció y reflejó una versión literal y sangrienta de la frase. Qué raro. (¿Agnosia visual? ¿«Fatiga» momentánea en las células estrelladas?). Sus sentimientos eran «adecuados»: amor, sorpresa, admiración, y sin embargo pensaba como un turista experimentado: «Que no te la den con queso».

—¿Qué tal el verano, Albie?

—Diez mil tableros de dos por cuatro.

Había estado trabajando con un carpintero en Williamstown.

—¿Nada de diversión?

—Conocí a una chica. Construimos el garaje de su padre.

—¿Sois buenos amigos?

—No nos hemos acostado.

Al doctor Merriwether no le gustaba aquello. Nunca había hablado con sus hijos de ese tipo de cosas. Aun cuando el tema salía de forma indirecta, teórica, sobrecargaba la discreción doméstica.

—Bueno, tampoco hace falta acostarse con todas las chicas, ¿no?

Acababan de salir del aparcamiento; Albie lo había pagado antes de que Merriwether se llevase la mano a la cartera.

—No me intimidan las chorradas estadísticas, si te refieres a eso. Aunque

Ann había pasado un primer año de universidad terrible; la mitad de las chicas intentaban meterla en la cama con la primera picha disponible. —Otra punzada para el padre—. Cree que es fea y que no tiene muchas opciones. Lo cual lo empeoró todo. Sigue siendo virgen. Soy el primer chico al que se lo ha confesado. Imagínate tener que «confesar el pecado» de no haber sido firmada por un bolígrafo sexual. Es repugnante.

—*D'accord*. Pero no tenemos que vivir como nuestros vecinos.

—Los santos no lo hacen.

—Espero que Priscilla no se sienta intimidada. Ni en una dirección ni en otra.

—No te preocupes por Priscilla. Tiene el sistema nervioso de un ordenador. —Albie y Priscilla se llevaban bien, pero competían—. Y mejor no me preguntes por su virginidad. No tengo ni idea, ni quiero tenerla.

—Yo tampoco, Albie. Aun así, los padres se preocupan por la felicidad de sus hijos.

—Tú siempre nos decías que la felicidad no era el objetivo del ser humano.

—¿De veras? Querría decir el placer.

—Todo lo que decías siempre significaba mucho para nosotros.

—Ojalá hubiese dicho cosas mejores, entonces.

—Eran cosas buenas. Ojalá hubiese vivido más conforme a ellas.

Aquello era casi demasiado bueno; Merriwether sintió fibrilaciones de escepticismo. Contra su voluntad. Quédate en la superficie. Así se logra la paz social. Tienes un hijo estupendo. Quédate ahí. Durante años, Merriwether había sentido la rotunda oposición de Albie. Un trampolín necesario, se decía a sí mismo, aunque resultaba doloroso. Albie había frecuentado un grupo de lo que Merriwether consideraba «muchachos trastocados». Muchos dejaron la universidad o no llegaron a ir nunca. Se dispersaban por los Estados Unidos y volvían a Cambridge a ver a sus compañeros dispersos. Elegían trabajos raros en la oficina de correos o en los grandes almacenes Jordan Marsh. No perseguían carreras ni formación oficial. La vida era un continuo verano para ellos. Les daba por cosas como la ciencia ficción, la cultura hopi, las vidrieras. Cuando estaban en casa, se colocaban, iban al cine, y, sobre todo, hacían deporte y lo veían por televisión. Fútbol americano, baloncesto, *hockey*. La casa de los Merriwether era un centro para ellos: los temas de conversación

más importantes eran la comparación de méritos de los lanzamientos de los Bruins y las sutilidades que encerraban las primeras selecciones. Se hacían pasar por estudiantes de Harvard para usar los gimnasios. Ninguno de ellos jugaba en ningún equipo; no soportaban los entrenamientos. En las largas pausas entre trabajos o regresos a las clases, se acostaban a las tantas y dormían hasta las tantas. El sueño era su refugio, el deporte era un refugio, la vida en sí era una campaña que los refugiaba de la insistencia paterna y materna de «que hicieran algo que mereciese la pena». Mientras tanto, sus antiguos compañeros asistían a la universidad y se preparaban para ejercer una profesión; cada año separaba más a ambos grupos. Los amigos de Albie recogían las quejas de los demás muchachos («¿Qué vamos a hacer?»; «Sufriré unos cuantos años, y luego son unos cien mil al año por andar dando coba») y las transformaban en una ideología de desprecio por el mundo corriente y moliente. No pensaban convertirse en capullos de la empresa, ni en asquerosos picapleitos que odiaban a sus esposas, sus vidas, sus ciudades; pensaban hacer las cosas despacio, al ritmo del mundo, no pensaban permitir que el sistema los aplastase. Tocases el tema que tocases —ropa, música, política anarquista—, brotaba el *laissez-moi*: «Estás tan enganchado a la producción y el facilitar la rutina que no conoces siquiera la noción de espontaneidad».

Albie sentía simpatía por ellos, a veces hablaba como ellos, jugaba al póquer y al baloncesto con ellos, pero en su interior había aprendido de su miedo y su tristeza. Aun cuando se mostraba de acuerdo con alguna de sus expresiones de desprecio, no participaba en las mismas. Iba bien provisto de ambición convencional. Lo cual Merriwether sabía de algún modo, aunque carecía de pruebas verbales, y sentía por ello un gran alivio.

—Me alegro de veras de que hayas venido tú solo, Alb. Me gustaría hablar contigo de algo.

Albie era un conductor excelente, sereno, cuidadoso, con reflejos extraordinarios y buenos modales al volante. Mantuvo la vista en la carretera, pero su cabeza, aquella cabeza que recordaba a la de Sarah, se inclinó educadamente hacia su padre.

—Es algo de lo que no me resulta fácil hablar.

—¿Algo sobre mamá y tú?

—Sí. No sé muy bien cómo empezar.

Delante, Merriwether vio los rascacielos de las compañías de seguros. Fibras minerales en el viejo esplendor de su memoria infantil. Pero era un gran día, una de esas presentaciones de otoño de diseñadores que Nueva Inglaterra programa cerca de la Fiesta del Trabajo. El aire lucía un blanco y dorado lleno de polen, con una densidad de reflector. El azul denso y químico del cielo era una migraña urbana, y sin embargo era hermoso.

—Ann me enseñó un articulito sobre ti en el *Newsweek*. ¿Lo viste?

—Sí, lo vi. ¿Te molestó?

—No lo sé. Parecía bastante inofensivo. Supongo que ya suponíamos que estabas con una chica. —Merriwether captó la forma de hablarle de su hijo, de hombre a hombre, pero no el esfuerzo que costaba lograrla—. ¿Es algo serio?

—No lo sé, Albie. Lo que cuenta, me temo, es que tu madre y yo llevamos años con problemas. Supongo que ya lo sabes.

—Supongo que sí. No es que lo hayáis dicho abiertamente, pero Pris y yo hemos hablado del tema. Debe de ser muy duro. Para ambos.

—La gente se vuelve mecánica con los problemas. Las demás partes de la vida toman el relevo. Pero pagas un precio, normalmente sin saberlo.

—Mamá lo sabe.

—Sí, lo sabe. Y ha empezado a rehacer su vida. La admiro. Muchísimo. Pero necesita algo más que mi admiración. Y yo también necesito más. Más que el laboratorio, más que tú, Pris, George y Esmé. En algunos sentidos vosotros sois el centro de mi vida emocional, pero también había un gran hueco. Ahora lo ocupa alguien.

Merriwether mantuvo los ojos en la carretera.

—¿Vas a divorciarte de mamá?

Merriwether suspiró con pesadez.

—No quiero, Alb. Es una idea, un hecho que odio. En nuestra familia no se ha divorciado nunca nadie. Para mí esa palabra es como una alambrada de espinos. Sé que es una tontería; pero no quiero quitarles nada a las personas que quiero. A esta chica no le interesa el matrimonio. Pero si mamá vio lo del *Newsweek*...

—Lo vio. Se lo enseñó la señora Bowen.

—Para eso están los amigos. De todos modos, se lo voy a contar.

—A lo mejor sería preferible que no lo hicieras. A lo mejor todo se pasa.

—Quizá. Pero hace muchísimo que no estamos realmente casados. Y ahora esto. —Se sentía como un fósil. Sin embargo, sentía, y sentir no era propio de los fósiles—. Nos separamos emocionalmente hace años. Probablemente fue culpa mía. Acabé dominándola sin querer. Así eran las cosas. «Mi» horario, «mis» amigos, y aunque es difícil de entender para los jóvenes...

—Lo comprendo.

—«Mi» dinero, incluso. Y la casa... No tuvo la oportunidad, o no buscó la oportunidad de convertir la casa en lo que ella quería. La casa era una expresión de la vida. Especialmente para las mujeres, la casa es como una parte del cuerpo. Como el violín para el violinista. Mamá ya no piensa demasiado en mí.

—Mamá te respeta. Lo sé.

—Y yo la respeto. Mucho. A pesar de nuestras diferencias. Y ya sabes lo distintos que somos.

—Yo también soy distinto a Ann. Y soy como tú, creo. La eclipse, la riña. Se lleva todos mis cabreos.

Al doctor Merriwether no le hizo demasiada gracia dejar de ser el centro de atención. Pero Albie ya había recibido todas las confesiones de su padre que podía soportar. No quería oír nada más. Atravesó el puente y torció por Memorial Drive. Los veleros llenaban las dársenas: azules, rojos, color marfil. Los gestos veraniegos de Boston: el parque Esplanade, las orillas llenas de césped, los ciclistas, los parches de prado, los botes con los remeros de pecho desnudo por el río Charles; coches, barcos, árboles, edificios altos, a la deriva en medio de las partículas centelleantes. Condujeron por Hinham, Akron, Peabody Terrace, dejaron atrás Dunster Street con el despliegue de casas al estilo georgiano, de ladrillo rojo y campanas blancas, el ascenso cristalino del puente Leverett, y luego cogieron Boylston Street. Y Merriwether pensó: ¿Por qué no se había quedado allí Albie? ¿Por qué no se había esforzado un poco más? ¿No habría estado más a gusto consigo mismo, no habría tenido más confianza en el mundo? No, aquella perspectiva estaba anticuada. Albie, fuerte, sólido, pelirrojo y rubio, el que iba con las manos al volante, hablando de sus problemas relativos con las mujeres —empezando por su madre—, era alguien que comprendía el mundo. Incluso demasiado. Si

es que aquello era posible.

Se metieron por Ash Street. La quietud de siempre, la pesadez color esmeralda de los árboles.

—Gracias, Albie.

En el sendero de entrada, Merriwether le estrechó la mano a su hijo.

Albie se ruborizó.

La peor hora para Sarah Merriwether era justo antes de la cena. El azúcar en sangre estaba bajo, las exigencias por las nubes. Y luego llegaba él —a no ser que a las cinco y media de la tarde llamase diciendo que no iba a casa— y, tras un sonoro saludo a aquella casa atrapapolvos (en la que la había enterrado durante veinte años sin dedicarle ni un solo pensamiento a cómo se sentía ella respecto a su precipitada desintegración —y sin dedicarle por supuesto ningún cuidado—), subiría trotando las escaleras para ver el telediario, tras una parada en el salón acristalado para echarse un vaso de vino tinto, o en la cocina, para ponerse un poco de gorgonzola y un vaso fresco de vino blanco. La vida clásica de un señor, cosa que a ella no le había molestado durante años. Él había trabajado, y había trabajado duro, inviernos, veranos, fines de semana, y ella había seguido el curso de su trabajo, se había esforzado por seguirlo, por leer las separatas de las revistas técnicas, por leer el librito que había escrito para Timmy Hellman; se había esforzado, y a menudo con éxito, por disfrutar del cotilleo del departamento y del cotilleo internacional sobre los grandes personajes, Haldane, Linus, René, Jacques, Francis, Josh; podía haber aprobado un examen sobre la historia biográfica de la biología moderna. Merriwether, a pesar de parecer un hombre callado, en realidad era profesor hasta la médula, no dejaba de instruir, de señalar, de «aclarar»; y era sobre todo a ella a quien le aclaraba las cosas. A cuántos millares de aclaraciones la había sometido, y en presencia de todos sus amigos, por no hablar de los niños. Debía de parecer la Imbécil *Number One*. Pero allí seguía, haciendo la cena y la limpieza, y la colada, y los niños crecían y se iban, y su frugalidad restringía a los niños a lo que él deseaba para ellos, hasta que Albie no pudo más, y a pesar de seguir siendo correcto, incluso respetuoso y efusivo, no prestaba atención alguna a sus serenas directivas, a los «ojos puestos en el futuro», a las indirectas sobre el trabajo duro, sobre leer eso o aquello, o sobre pasarse los veranos en el laboratorio.



Ella contaba con un año de experiencia además de su título universitario, pero, durante casi veinte años, había olvidado que era una persona formada como experta. Después, antes del colapso, convirtió algunos de aquellos créditos y se puso a sacarse el título necesario para enseñar: al cabo de un año podría enseñar francés y español en colegios. Tendría su trabajo, y aquello significaba una nueva vida. Parecía que él había dado su aprobación, hubo incluso algún discurso sobre su excelencia, sus buenas notas, sus magníficos hábitos de estudio; en alguna ocasión leyó sus textos, y, durante unos cuantos meses, ella sintió un renacer de afinidad; hasta tuvo la impresión de que no solo podría soportar la vida con él, sino que, si vendían aquel mausoleo Merriwether y se instalaban en una casa manejable, podría llevar incluso una vida placentera.

Y ¿entonces? Él se había largado a Europa, y estaba lo de su repugnante aventura. «Anunciada» en una revista nacional. Una locura. Se había pasado toda la primavera, noche tras noche, fuera; ella oía el clic de la puerta a pesar del cuidado que ponía. Se marchaba como un merodeador secreto. Mientras ella guardaba el fuego en el hogar.

Y encima le echaba la culpa. Como si se pudiese comprar su cuerpo con tres comidas diarias y aquella casucha llena de goteras que solo ella mantenía. (Porque él no sabía ni clavar un clavo). Como si de veras quisiese hacer el amor con ella. ¿Frígida? No, no más que cualquier mujer con un marido que la mirase como a una fregona. De frígida nada. A pesar de su peso, de la barriga arrugada, de las venas marcadas en la piel que él había maldecido primero con su desdén y ahora con la infidelidad —aunque Dios sabe que le había sido infiel, al menos en pensamiento, con media docena de mujeres más que eran supuestamente sus amigas—. (Veía cómo miraba a Jeanne Schneider). A pesar de todo lo que había pasado, de la anemia, del dolor de muelas, de la dilatación y el legrado, de un lustro de desinterés, ella tenía sus deseos; y ninguna vía de escape para ellos. Los hombres habían tonteado con ella durante años. A pesar de su corpulencia, estaba en mejor forma que la mayoría de mujeres de su edad. Pero no era capaz de ser infiel; y, además, se trataba de los maridos de sus amigas, a las que quería —¿veía acaso a alguien más?—. A Max, con su entrega, su decencia, su fuerza política (fue el primero de sus amigos que se dio cuenta de lo que era realmente la guerra), a Max le importaba ella. Cuando la besaba delante de

Jeanne, con las florituras de la pasión académica, que negaba cualquier pasión, ella sabía que allí había algo, que a él le importaba como persona, que la respetaba. Y Dev Calender, tan severo y tan feo («Una gárgola en busca de catedral», decía Stu Benson, «una vidriera sin cristales»), Dev, tan decente, uno de sus pocos amigos no científicos, profesor de Historia Estadounidense, casado con una de sus mejores amigas, Tina. Otra simpatía profunda que no encontraba otra expresión física más allá del beso de despedida. Un hombre amable, que hacía cosas, que no se dejaba dominar ni por su trabajo ni por su ambición, y sin embargo estaba en primera fila. Había asistido a una clase suya sobre la mentalidad de Nueva Inglaterra; los nombres de su propia familia y su infancia habían formado parte de impresionantes debates sobre el Gobierno y la iglesia; demasiado, pero eran de algún modo cosas que le pertenecían. Ella le había entregado algunas cartas que le había dejado su abuela, y él había escrito un artículo para la revista de la Massachusetts Historical Society sobre un Wainwright que había luchado contra las herejías de Jonathan Edwards en el oeste de Massachusetts. No es que fuese una fanática de los ancestros. Dios sabe que parte de la debilidad de Bobbie era la estrechez de miras y el secretismo propios de Nueva Inglaterra que manifestaba en asuntos tales como su aventura. Había habido poco cariño verdadero en su familia. Los Merriwether habían salido de New Bedford, habían trabajado como empleaduchos para las compañías de seguros, como contables de tres al cuarto, no habían disfrutado de veras de la vida. Disfrutar era una cosa que se hacía a escondidas, a oscuras. Estaban hechos para el pecado. Morton, que celebraba misas negras, había sido parte de su familia. Y además llevaban sangre alemana y quizá india. Que era una tontería racista, sí, pero allí se encontraba la mecha de su rabia inglesa reprimida. Bobbie tenía la intranquilidad de un mestizo; si hubiese sido más confiado, más paciente, quizá su trabajo científico hubiese sido lo que él esperaba que iba a ser; pero solo conseguía aplicarse cuando lo movía la pasión. Dios sabe que tenía un coeficiente intelectual lo bastante alto. ¿Por qué no está en primera fila? Había algo profundamente impredecible y desdichado allí, una indolencia profunda que se apoderaba de él.

Ya no le preocupaba ni le importaba. Ahora le preocupaba la destrucción. La estaban destruyendo, aquella vida no podía seguir, no era un felpudo, no era una criada, no tenía intención de limpiarle sus destrozos, se había

acabado. No necesitaba a Kate Millett ni a Germaine Greer para buscar fuerza. Aquello era un simple reconocimiento de humanidad. Había escrito un artículo sobre los *droits de la femme* de 1793 que se aprobaron después de que la Convención proclamase los *droits de l'homme*. No era ninguna revolucionaria, no consideraba degradante criar hijos o quedarse en casa. En eso también había dignidad. Pero no iba a permitir que la convirtiesen en una aspiradora humana. No iba a vivir cinco años de aquella manera, ni siquiera aguantaría dos. Ni por los niños. No, había vivido muchas cosas por los niños, y con mucho gusto, pero no iba a morir por ellos. Solo tenía cuarenta y dos años, tenía veintitrés de vida laboral como funcionaria, y, si vivía tanto como sus padres, pasaría de los ochenta; había vivido media vida.

—Hola a todo el mundo. —Los pasos, la voz. Por favor, no vengas.

Pero allí estaba el viajero europeo.

—¿Qué tal, Sarah? —Beso en la mejilla—. Qué alegría verte.

—Así que el viajero ha vuelto. Me he perdido la llegada. Es que no ha salido en el *Time*.

—Oh —dijo él—. Eso fue una tontería. ¿Qué tal todo?

—Muy bien, gracias. Todo ha ido como la seda. Según he visto en las revistas, tú también lo has pasado en grande.

¿Es que pensaba que iba a volver de los burdeles franceses y ella iba a darle la bienvenida a bombo y platillo? Qué perversidad. La había tenido durante años a pan y agua. Ya está. Se acabó.

El doctor Merriwether se quedó temblando. Luego, tras sacudirse aquella gélida bienvenida, fue a su cuarto, se lavó y subió al tercer piso a hablar con Priscilla. Se habían dado un beso y hablado un poco en la puerta; le había dado el perfume y un puñado de postales, y después él se fue a la cocina. Ella había subido las escaleras para ir a hablar con Albie.

Cuando su padre llamó a la puerta y entró en su habitación, Priscilla se sonrojó y se asustó.

Durante muchos años a ella le había encantado hablar con él. Saltaba a la vista que su padre quería que ella fuese alguien especial y que creía que lo era. Cuando ella y Albie eran más pequeños, su padre a veces les leía párrafos de Thoreau o de Espinoza y les preguntaba qué les parecían. Los comentaban palabra por palabra. Años después, ella seguía tomando

decisiones basándose en aquellos diálogos.

Llevaba un *short* y una blusa. Había cogido algo de peso en verano, pero seguía estando preciosa. Merriwether sentía un orgullo casi ilícito de ser su padre. Poseía una belleza más pura, más simple que la de Cynthia, más familiar, más natural, menos intensa y dramática. A pesar de tener la mesita de noche y el baño atiborrados de productos de belleza, no había rastro del rigor y la concentración en la belleza que Cynthia manifestaba. Quizá porque no había batalla inminente. Priscilla tenía novietes, pero no parecía que la alterasen. De vez en cuando salía con un chico durante meses, pero a Merriwether no le preocupaba demasiado lo que hiciesen juntos. Se imaginaba que, cuando Priscilla estuviese lista para el amor sexual, lo practicaría sin demasiada problemática. Al menos, lo ayudaba pensar que así sería. Suponía que seguía siendo virgen; aquello tampoco le molestaba, aunque no creía tener remilgos morales en ese campo. Al menos, Priscilla conocía la existencia de los anticonceptivos —él le había hablado de sus mecanismos químicos—, tenía bastante dinero para comprarlos y, suponía que en Oberlin, como en la mayoría de centros educativos, podría conseguir la receta cuando la necesitase. Merriwether solo reconocía a Priscilla en el plano médico cuando tenía la garganta irritada o cosas así; seguramente tenía menos escrúpulos médicos en relación con sus hijos que los padres no-médicos con los suyos.

—He venido hablando con Albie de camino aquí, comentándole algo. Creo que también debería contártelo.

—Me lo ha dicho, papá. —Tenía el estéreo puesto; la voz clara de una chica sonaba por encima de la guitarra.

—¿Puedo bajar el volumen?

—¿Estás seguro de que quieres hablar conmigo?

Ahora se daba cuenta de que Priscilla estaba pálida y temblorosa.

—Creo que es mejor, cariño.

—¿Para ti o para mí?

Uf, pensó Merriwether.

—Ya que lo sabes, quiero que oigas algo que ya sabes, pero que lo oigas de mí. Tú y tus hermanos sois lo más importante de mi vida. Eso es todo. Si quieres hablar conmigo... —Movi6 la mano en el aire con un ruido que sustituy6 al «esto»—. De esto o de otra cosa, por favor, hazlo. De momento,

quizá tengas razón. A lo mejor me estoy facilitando las cosas a mí en lugar de a ti.

Priscilla cogió un libro, lo cual le dio escalofríos a Merriwether. ¿Estaba intentando hacerle daño, o mostrarle que él le hacía daño a ella? Se giró para marcharse.

—Una cosa, papá —dijo ella.

—¿Sí, Pris?

—¿Lo sabe mamá? Lo de... ¿Cómo se llama?

—Lo vio en el *Newsweek*. De todos modos, iba a hablar con ella en breve.

—¿Tú crees que es buena idea? —La voz de Priscilla se escapó de su tono normal—. ¿Es necesario? —Llevaba años sin llorar delante de él.

Merriwether se alejó de ella.

—No lo sé, cariño. Mamá sabe mejor que nadie lo lejos que hemos estado. Creo que piensa que he tenido mucho más fuera de lo que he tenido realmente. Ahora sospecha bastante. Creo que es el momento de decir algo.

—De acuerdo, papá —dijo Priscilla. Se marchó rápido, para perderse lo que ella quería hacer a solas.

Sarah estaba sentada en la cama de matrimonio.

—Creo que ya es hora de que uno de los dos duerma arriba —dijo—. Preferiblemente tú.

Llevaba un camisón largo de algodón. Tenía la cara enmarañada de furia, las mejillas salpicadas de una especie de escamas blancas —¿se habría lavado con jabón astringente?—, y sus ojos negros desprendían un brillo extraño y desagradable.

—Eres malísima persona, un desgraciado.

Ahí estaba.

—No soy bueno, Sarah —dijo él con calma—, pero no podía seguir como estábamos. Era demasiado duro. Llevo años viviendo de fantasías sexuales. Veías las pruebas, era vergonzoso. He descubierto otra cosa. Soy demasiado tímido para irme de putas. Lo intenté una o dos veces, pero era absurdo.

—Has descubierto otra cosa. Mira qué suerte.

—No podía más, Sarah. No soy un cactus. Ya no aguantaba sin relaciones íntimas. Y ya sabes que no me refiero solo al coito. A lo mejor soy incapaz de tener una aventura adolescente, pero no me voy a arredrar. Estaba entre la

espada y la pared.

—Lo sabe todo Cambridge. Ni siquiera pudiste ocultárselo a los periodistas. Apesta, asaltacunas. Y te emperifollas, te escabulles, confabulas, te perfumas. Eres patético y grotesco. Eres como todos, solo que no tienes excusa. ¡Que estabas entre la espada y la pared! Te metiste tú solito, tu ego te metió, tu fracaso emocional te metió. Y ahora necesitas a una tierna muchachita que te diga lo maravilloso que eres. ¿Cómo se llama la afortunada? Debería escribirle una carta de advertencia.

Merriwether sacó el pijama del cajón.

—Pensé que éramos lo bastante civilizados como para ser francos el uno con el otro.

—¿Francos? ¿Tú eres franco? Tú no sabes ni lo que significa eso. Sal de aquí. —Sarah estaba gritando.

—Los niños. Baja la voz.

—Los niños, los niños. Y YO ¿qué?

Nunca en su vida había querido hierirla, pero sintió que algo parecido se alzaba en él. Antes de que la cosa fuese a más, se marchó, cerró la puerta tras él, y subió a la habitación de invitados del tercer piso.

## DIEZ

Desde aquella primera noche en casa hasta que se marchó a Colorado el verano siguiente, el doctor Merriwether durmió muy pocas noches de un tirón. Hasta que dejó la casa, en primavera, vivió en el tercer piso. Sarah y él pocas veces se dirigían la palabra, a no ser que los niños estuviesen presentes. Cuando hablaba, a ella se le escapaban hebras de repentina furia que a menudo arrancaban respectivas chispas en él.

—¿Cuándo vas a ver a un abogado?

—¿No es mejor que vayas tú?

—¿No es mejor? Naturalmente. Para ti. Si hay algo desagradable, ¿no es mejor que lo haga yo?

—Vete a la mierda, Sarah.

Se cruzaban por las escaleras e intercambiaban gruñidos. Dos estadounidenses adultos formados en uno de los centros de la elocuencia humana, gruñendo. Veinte años en la misma cama, y la impostura de sus vidas acababa en gruñidos.

Hacía tiempo que los niños habían dejado de esperar que sus padres se besasen o siquiera se rozasen. Sus padres ya no salían juntos, y casi no tenían invitados adultos. El contraste entre las comedias que veían en la televisión mientras cenaban —porque Sarah no soportaba la charla de Merriwether durante la cena— y las divisiones polares en la sala conllevaban un incómodo silencio cuando las risas enlatadas eran demasiado estruendosas.

Un año atrás George le había preguntado a Merriwether:

—¿Mamá y tú os queréis?

—El amor es una cosa muy complicada, George. Mamá y yo somos personas muy diferentes, no estamos de acuerdo en muchas cosas. Llevamos

casados mucho tiempo, y la gente cambia. Las cosas no son como eran hace diez años, cuando tú naciste, o veinte, cuando nació Albie. Los seres humanos...

—Ya, ya entiendo —dijo George y se marchó de la habitación.

Una noche Merriwether llegó a casa a las nueve después de cenar con Cynthia. Sarah lo detuvo en el salón y le dijo que había puesto la casa a la venta.

—Tendría que haberlo hecho hace años. Yo nunca quise vivir aquí. Era tu casa.

—Siempre pensé que la considerabas una de las más bonitas de Cambridge.

—Podría haberlo sido. Si hubieses ayudado a cuidarla. Si no me hubiese caído todo su peso al completo encima. Nadie vive en una casa así sin criados a no ser que el marido esté dispuesto a mover un dedo de vez en cuando.

—Yo siempre he querido que cogieras a gente, Sarah. Quería que viniese más a menudo la mujer de la limpieza, quería que contratases carpinteros para cambiar lo que quisieras.

—No querías que te tocasen nada. Si la casa hubiese tenido una letrina fuera cuando nos mudamos, allí seguiría.

No habían oído entrar a George. Se quedó en la puerta del salón, con sus azules ojos abiertos de par en par, con una sonrisa forzada.

—Será mejor que pidáis el divorcio si vais a empezar a discutir.

—Todavía no hemos llegado a eso, George —se oyó decir Merriwether.

George salió corriendo. Merriwether lo siguió hasta su cuarto. La puerta estaba cerrada. Merriwether llamó. No hubo respuesta. Entró de todos modos. George estaba llorando en la cama.

—No sé lo que pasará, George. Pero ya sabes cómo hemos estado mamá y yo últimamente. No ha sido un lecho de rosas.

George hizo un gesto con la cabeza; no dejaba acercarse a su padre. Cogió una revista de deportes y se la plantó delante de la cara.

—Estoy bien —dijo.

Merriwether miró la pequeña habitación, las paredes empapeladas con las figuras alargadas de dibujos animados del *Yellow Submarine* y con pósteres de jugadores de fútbol americano. El banco de herramientas, los juegos, los



libros. George. ¿Es que había algo en el mundo que mereciese causarle pena a una persona tan querida?

A veces Merriwether no soportaba el pensamiento de que los niños se estuviesen sumiendo en la pasividad fascinada de los telespectadores. En los intervalos comerciales de las comedias a la hora de la cena intentaba interesarlos por algo, contarles que un «colega» —Sarah, entre muecas, comentaba que nunca se podía saber si el «colega» estaba en el laboratorio contiguo o en Tokio— había entrenado a un gato doméstico para que no matase, persiguiese ni capturase ratones.

—¿Puede hacerse con humanos? —preguntó George. Minúscula risita de Sarah.

—Pues sí que se puede. Nuestro compañero Skinner ha conseguido unos resultados excelentes. Y Delgado, en New Haven. Pero los instintos son duros de pelar. Pueden revivir así —dijo chasqueando los dedos—. Siempre están listos para la batalla, como el Pentágono. Por muy tranquilo que esté el mundo, a ellos siempre los agita la beligerancia. Siempre andan haciendo planes bélicos de contingencia.

—Chis —dijo Sarah. El programa había recommenzado.

No era una desgracia constante. De vez en cuando, para enorme alivio suyo, Sarah se mostraba amable, razonable. Era inexplicable. Quizá simplemente su organismo se quedase sin combustible químico. ¿O es que pensaba que merecía la pena intentarlo de nuevo? No estaba seguro, pero normalmente aquellos intervalos de suavidad parecían llegar después de que él no saliese durante dos o tres noches seguidas (porque había visto a Cynthia antes de la cena o porque esta estaba ocupada estudiando para un examen).

Cynthia había dejado los Commonwealth Apartments para mudarse a un apartamento pequeño en Cambridge Street.

—Qué alivio salir de aquella morgue.

—Yo echo de menos a las señoras.

—Visítalas. Siempre decían que eres un joven de lo más agradable. No podrías oír un comentario igual en ningún otro sitio de Cambridge.

Cynthia también se enteró de que Radcliffe le daba menos créditos por sus cursos en Swarthmore de lo que ella pensaba. Eso significaba medio año más para conseguir su título de Humanidades. Se puso furiosa.

—Los requisitos para mi carrera son de los más exigentes. Tengo un coeficiente intelectual altísimo, un expediente de casi sobresaliente... ¿Qué más quieren? Y no me dan créditos por los cursos de francés y sociología. Me graduaré el mismo año que haya acumulado los créditos necesarios para la Seguridad Social.

—Todo por amor.

—Por un pergamino... Piel de borrego para borregos. Yo quiero un título de FyL.

—¿FyL? ¿De «FyL-a de borregos»?

—De «Feminismo y Letras», cardo. Voy a escribir sobre Gloria Steinem.

Cynthia empieza a acusar lo que le cuesta su amor por Merriwether. Se pasa horas y horas sola en su apartamento. Permanentemente disponible. Él le dice que salga con gente de su clase.

—Sé que no lo dices en serio. Si son chicos, te pones celoso, y las chicas son muy raras.

—Lo digo de verdad. No quiero que estés sola. No me pondré celoso. Tú sabes cómo actuar.

—Son raros. Y además no soporto a los chicos jóvenes.

Cuando van a salir al cine, ve a un viejo profesor que va calle abajo y la retiene en el portal. Ella sacude el brazo y se vuelve arriba.

—Lo siento, Cynthia. Era Tryptiades, un antiguo profesor de Sarah. No hay por qué restregarle lo nuestro en la cara a la gente y humillar gratuitamente a Sarah.

—¿A Sarah? ¿Y qué pasa conmigo? ¿Yo no cuento para nada? ¿Yo no soy una persona?

Es una pena. No se la presenta a nadie. Una vez Tom Fischer va a la ciudad y salen a cenar al Japan Gardens. Tras unas someras preguntas sobre sus «estudios», él y Merriwether charlan sobre los recortes en las becas que otorga la National Science Foundation. Ella se siente como una coma mal colocada. Es un terreno baldío humano, un campo de concentración individual. Solo que el guardián es su amante y normalmente lo único que quiere ella es estar con él.

Merriwether sufre con ella. A veces siente que su vida no es mucho más que apoyarla a ella, suavizarla, atenderla, divertirla. Su amor pasa por

altibajos. A veces es una herida abierta por ella, por su inteligencia, su lucidez, su encanto, su belleza, su gusto y su tristeza. Se llevan de maravilla, se gastan bromas, se hacen confidencias y normalmente lo pasan fenomenal en la cama.

Cuando va a verla por la noche, leen, muchas veces en voz alta, o ven programas de televisión. En otoño leen a Colette; Colette, la dominadora de hombres, la encantadora de hombres, la acusadora de hombres; terrenal, dionisiaca, inventiva; la poesía femenina perfecta. Cynthia siente la libertad de Colette, daría cualquier cosa por ser como ella.

—Tengo sueños eróticos con ella.

—Los tienes con cualquiera. Porque estás sana. Los tienes y hablas de ellos.

—Soy más voluptuosa en sueños que en la cama. No, no lo soy. No hay nada igual que esto. Pero es tan corto. Yo podría seguir para siempre.

—Eso es culpa mía —dijo él—. Necesitas un vibrador.

—Genial. —Juguetona y sincera.

Merriwether encuentra un pasaje en Colette: «Las mujeres nos permiten ser sus señores en el acto sexual, pero nunca sus iguales».

—Veamos. Seguro que eso lo dice un hombre. Tonterías. Los hombres no se dan cuenta de que la sinceridad no es espontánea. Las mujeres solo dejan ver su sinceridad cuando ya han conseguido dominar el «engaño apasionado».

—*Toi? Sincère?* Si no sabes la diferencia entre «caer en brazos de alguien» y «tirarse en ellos».

Están tumbados desnudos bajo la colcha de retacería que él le ha traído de casa. «El cubrelujurias de la abuela Merriwether», lo llama ella. Sus hombros se rozan, sus piernas, sus pies. El libro de Colette, *Lo puro y lo impuro* —una edición Penguin que habían comprado en Heathrow y empezaron durante el vuelo a Nueva York—, se interpone entre ellos.

—¿Dónde está esa parte sobre la mujer para la que las demás mujeres eran demasiado salaces, «Nunca te dejan parar»?

—Porque no tenemos fijación con los genitales. Una puta que salió en el programa de Dick Cavett decía que se reservaba un lugar entre los hombros para su verdadero amor.

—¿Una mujer?

—¿Qué pasa, cardo?

—«Oh, pecho indiscreto, ¿nos permitirás ahora revolotear sobre ti, evocando visiones de fruta carnosa, rosados amaneceres y paisajes nevados?». ¿Quién tiene fijación? —Retira el edredón y disfruta observándola: la cintura de muchacho, los pechos cortos y llenos, el ombligo de *centime*. Se oye un gritito: «Me estoy helando». Él rueda sobre ella y la hace rodar sobre sí. Las almohadas y Colette se ven arrastradas al borde de la cama doble que ella ha heredado (junto con un tocador, sillas, los enseres de cocina y varias fruslerías a juego) al alquilar aquel apartamento de estudiante.

Ella no deja de hablar.

—He leído en *Mademoiselle*... Uf... Que las tasas de emisión son *très modestes en France*.

—*Très modiques, tu veux dire*.

—A los franceses no les interesa... Sí... Tú... Ay... No pueden poner portadas de libros.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Sí?

—Espera. Sí. —Pausa—. Menos plumas, más penes. Jiji. Conservar... Uf... Los árboles. Ah. Qué bueno. Te quiero.

Dos días a la semana, Cynthia va a Boston a ver a la terapeuta, la doctora Monahan, una mujercilla severa a la que «no consigue cogerle cariño».

—Ni siquiera creo que se produzca transferencia, sea lo que sea eso.

—Acabas de empezar —dijo Merriwether—. Quedan toneladas de crudo por salir antes de que veas siquiera la superficie de la mina.

—¿Qué te parecería a ti ir a sacar tus trapos sucios dos veces a la semana?

—Demasiado tarde para mí —respondió—. Mis problemas se han calcificado. Necesitaría un millón de voltios solo para ponerme en movimiento.

—Te pones a la defensiva.

—Lo reconozco. De todos modos, no puedo pagarme la terapia.

—Lo principal es que tú quieres que encaje contigo. Soy yo quien tiene que cambiar.

—Tú aún eres maleable.

—¿Qué sabrás tú lo que yo soy.

A lo mejor. Merriwether siente la prueba de sus rígidas imperfecciones: Sarah, Cynthia. Y, sin embargo, no se ve yendo a una doctora Monahan. Aun de noche, solo y confuso en la tercera planta, siente que las cosas, de algún modo, saldrán bien.

Cynthia llena sus días con rutinas y rituales. Muchos de ellos tienen que ver con el arreglo y la composición de su persona: lavarse el pelo, hacer ejercicio, depilarse las cejas, autoinspección; muchos otros son hábitos de estudio: botellas de soda y zumo de limón junto a la cama, tarjetas y lápices de colores en la mesa, un par especial de calcetines de lana rojos y verdes hasta las rodillas, su osito de peluche, el pobre Muggsy, que no tiene ninguna oreja y un solo ojo, colocado entre los diccionarios japonés-inglés en la estantería. La preparación para irse a dormir también es elaborada: hay que poner y activar el despertador, hay que tragarse un regimiento de pastillas —Gelusil, Andrux, multivitaminas, toneladas de escaramujo (para la vitamina C) cuando amenaza el resfriado; aun el método de tomar las pastillas (la pastilla colocada en mitad de la lengua, un trago de zumo de limón, unas gárgaras con soda, una mueca).

Cynthia se prepara fenomenal. Nunca puede uno pillarla sin estar acicalada. Esto le ha granjeado triunfos a lo largo de su vida. Es demasiado lista y demasiado competitiva, le asusta demasiado el compromiso imprevisto. Sin embargo, la mayor parte de cosas de las que disfruta vienen de la espontaneidad: amor, encanto, alegría. Para los exámenes o los trabajos, se recluye en una soledad digna de san Antonio, con las tarjetas apiladas, los libros subrayados reunidos: las horas nocturnas se convierten en fortaleza desde la que ataca al enemigo: el trabajo, el examen del día siguiente.

Para el amor también hay preparación. Avista la necesidad de Merriwether (a veces antes de que él la sienta), se desviste, suaviza la entrada con loción, se deja caer burlona, abierta de brazos y piernas, y espera la mecánica de la excitación. (Aun estos rituales obligatorios pueden conducir a un clímax agradable). A veces la mente de Merriwether se escapa, no se afana sobre Cynthia sino sobre otros cuerpos, a veces incluso ensamblados unos con otros. Nunca se ha comprado un libro pornográfico, pero Cy McTier tiene una estantería llena en el laboratorio y Merriwether ha cogido uno —el primer robo desde el hurto infantil en una tienda de caramelos—, se lo ha llevado a casa y lo ha metido en el estudio, tras los textos médicos, de

donde lo saca de vez en cuando para echarle una miradita avergonzada. La excitación de las ilustraciones no dura; los acoplamientos se vuelven tan familiares como el papel pintado. Cynthia no consigue pensar en nadie que no sea Merriwether. En ensueños sí, se imagina a otros, hombres, mujeres, parientes, compañeros de clase. Hace poco ha aprendido —descubrimiento reciente— a masturbarse hasta el clímax; también es multiorgásmica. Algunos son breves como un rayo y refulgen en la superficie; otros retumban y ruedan en lo más profundo de su interior, de modo casi insoportable. Así que, cuando oye o lee sobre mujeres que no tienen orgasmos, le dice a Merriwether que va a escribir un libro para explicarles cómo —*La guía de Cynthia para el éxtasis sexual*— o que lo va a mandar a él como misionero. «Eso no me gusta, Cynthia». En realidad, sí que le gusta. (Aunque él y Sarah eran sexualmente felices, su *modus operandi* nunca fue la comedia baja. Había sido una gratitud amorosa y serena los primeros años, y una forma de agresión —no desprovista de excitación— en los últimos).

—Reparaciones sexuales callejeras, eso es todo. Cardo. —Beso en sus partes flácidas.

Pero él se pica aunque todo sea de broma. No es que el sexo le parezca un tema sagrado, pero no le resulta fácil pensar en Cynthia haciendo sus propias reparaciones.

—No eres una tienda sexual.

—Si alguien que me cae bien está desesperado, ¿por qué iba a contenerme?

De broma, sí, pero con una pizca de verdad, lo que mantiene el amor de Merriwether en buena salud. Aunque ella sabe lo rígido que es él con esas cosas y evita cualquier cosa que pueda convertir su preocupación constante en furia.

Aun así, de vez en cuando se pelean; se vuelven insensibles al otro, o hacen el balancín del amor: uno arriba, otro abajo. Cuando se acerca la hora de la verdad, cualquier cosa los provoca. Puede que él corrija una pronunciación —«me parece que “fútil” lleva acento en la primera sílaba»—, o que haga un chiste sobre abogados —ella no soporta que nadie sugiera que su padre posee alguna imperfección—: «No estaba pensando en él». «Eso te crees tú». Él reacciona tontamente al enfado de ella, y se aproximan poco a poco a diálogos irritados, hasta que se desencadena la tormenta. La

inteligencia de Cynthia lo provoca, siempre le ha gustado discutir. Una tontería. Para ella, discutir con él es rechazo y odio. El rostro se le vuelve pétreo, los labios se le retiran de las encías como si fuese una loba. Si se viese, piensa él, la vanidad la espolearía aún más. Pero no se ve, no puede verse. El mundo entero es una roca, se siente como una roca de fealdad. La furia, el odio, la desesperación. Grita y se encoge en una bola fetal.

—Te odio. ¿Ves lo que me haces?

Si están en el coche, le pateo las piernas, el parabrisas, le golpea. Es capaz de hacerle daño; él se encoge y se dirige a un aparcamiento.

Él se pone furioso, no la soporta cuando se pone así, llorona, caprichosa, triste, cuando se compadece de sí misma.

«Puedes controlarte. Para ya», piensa él. (No puede. No lo hace. Él no se apiada de ella, se muestra glacial, está impaciente por irse).

Pone el coche en marcha. Avanzan y avanzan, por la avenida, junto al río, en sentido contrario, de nuevo hacia abajo, a veces hasta Boston, o hasta Concord, o hasta Lincoln, con Cynthia llorando, gritando, hasta el «Llévame a casa. Ahora». Cosa que él hace con frialdad. «Vete», le dice ella, pero no tiene a quién llamar, está sola, él es su único contacto humano. Ella no puede hacer nada. Ni siquiera tiene recados ese día —a veces se va a comprar verdura, o coge el transporte público para ir a ver a la doctora Monahan—; no tiene más que la cama.

Media hora más tarde llama él desde su despacho. Ella tiene la voz quebradiza de odio.

—¿Qué quieres?

Él tiene la voz retorcida por el artificio, falsa, dulce, una voz horrible, convincente, parlanchina. Palabras. Lo odia, pero no puede colgar, no puede. Hay largos silencios.

—No puedo decir nada que te ayude, odias las palabras, odias los silencios, me odias a mí.

Silencio.

—Mejor cuelgo —dice él, y cuelga.

Va a casa de ella, que normalmente abre la puerta y sale corriendo hacia la cama; el odio hacia sí misma ya está sustituyendo al odio que siente por él, pero lo que necesita es contacto. Él la besa. Antes de comprender su debilidad, su necesidad, no conocía esa fórmula. Ella le decía que lo único

que deseaba era oír un «Te quiero» dicho en el tono correcto, con beso incluido. Él, en contra de su glacial falta de disposición, ha aprendido a hacer eso.

En el segundo año, las peleas son menos frecuentes; son más bien un equilibrio de amor. Él no se muestra tan frío, aunque aún siente temor y odio por la sinrazón de sus malos ratos y lo que él llama su «retórica sacada de *Glamour*».

—A mí no me metas en tu vocabulario de *Glamour*. Déjate de sandeces del tipo «quiero ser una persona realizada» o «me tratas como a un coño con piernas».

Ella tiene su propio vocabulario insultante:

—Tú y tu pequeña vida de burgués.

—No sabes lo dulce que resulta.

—Pues vuelve a ella. Eres tan listo que lo sabes todo. Eres un sabio y yo no soy más que una puta mierda.

—Lárgate, ¿vale? Deja de contarte a ti misma cuentos del *Glamour*.

—Te odio. Eres lo peor de lo peor.

Silencio. Él se siente vacío, o eso parece; o eso quiere que parezca.

—Deja de hacer que sienta pena por ti. Lo siento, Bobbie, pero soy incapaz de sentir compasión por ti en este momento.

Tienen el número del otro y, en los malos momentos, lo marcan con frecuencia. Ella habla de hombres guapos, de chicos de pecho ancho y lampiño, a pesar de que, unos días más tarde, le alaba su pecho peludo, su cuerpo entero, y se lo cree.

A veces el miedo a perderla lo sobrepasa. No encontrará con facilidad a alguien que pueda reírse bien, ver bien, recordar tan bien, ser tan preciso, tan divertido, también tan bello, aunque él ya encuentra a muchas otras chicas agradables a la vista, y un diálogo de unas cuantas palabras con una ayudante graduada del laboratorio le mostrará cuántas chicas estupendas hay en el mundo. Apenas lo había advertido hasta entonces. (Cynthia también lo nota, pero se ha cuidado bien de prohibir la tentación).

—Cynthia, ahí es donde entra la edad. No me interesa ir cazando y picando de flor en flor. Sé lo que quiero: una chica estupenda. Siempre la misma. Tú, de hecho.



Y ella siente y dice lo mismo.

—Yo solo quiero estar contigo. Nunca querré a nadie más.

—¿Somos de los que pierden o de los que ganan?

(Han leído juntos a Dante en la edición dorada y azul de Temple Classics que él se regaló en su décimo octavo cumpleaños, tres años antes de que naciese ella). No lo sabían. Con sus altibajos, aquellas excentricidades amorosas formaban sus propios surcos de costumbre.

A veces él la lleva en su viejo Dodge, la deja y la observa atravesar corriendo el Harvard Yard. Lleva sombreros estilo pamea, pieles viejas, vaqueros. Con la cabeza gacha y su hermoso rostro libre de la más mínima «imperfección», se marcha, no con aire de ganadora. Aun cuando su corazón alberga aunque sea un peso mínimo, al verla así, estampada de leopardo y azul bajo el gran sombrero, con su bolso cargado de libros, en dirección al aula, se ablanda hasta sentir amor. La melancolía, los miedos, las rabietas, el odio por la vida, por no hacer nada más que acurrucarse en su habitación buscando pruebas de amor —«Por favor, escíbeme una carta»—, todo se olvida mientras ella corre entre la hojarasca y atraviesa las vallas de hierro con los lemas en latín, siguiendo el muro gris de Boylston Street hasta el Harvard Yard.

«¿Cuándo se halla alguien en el cénit de su propio yo?». El Dodge se pone en marcha, sin problema excepto cuando la batería se coagula con sus descargas ácidas en los contactos. (*Comme nous, comme nous*, decía Cynthia).

Qué pesada carga era el yo. Jesús era el mejor terapeuta: entierra el yo y comenzarás a vivir. ¿Es que él mismo, Merriwether, un Jesús secular, no realizaba sus mejores trabajos cuando se olvidaba de sí, es decir, cuando ayudaba a los estudiantes, sus *discipuli*? Sin pensar que iban a robarle sus descubrimientos, sus datos. Stu Benson apenas se abría a sus estudiantes; se limitaba a señalar por allí, a sugerir por allá: «Si no, me robarán hasta los ojos; mira lo que le pasó a Chambers». (Uno de sus brillantes roedores, que había alimentado rumores de grandeza durante cuarenta años, pasó desapercibido porque sus estudiantes publicaron todos sus resultados). Incitado por la severidad de Sarah, el doctor Merriwether a veces sentía que tenía que poner distancia con sus alumnos por un lado, y con las inteligencias científicas competitivas o dominantes por otro. Pero la competitividad de

aquel muchacho que desprendía un resplandor tan cómico en el libro de Jim Watson era solo eso, cosas de niños. Encarnaba a un hombre en los primeros años, pero los grandes trabajadores eran los que seguían durante veinte, treinta años, a menudo mejores a la hora de aclarar las ideas de otros hombres que a la de pensar las suyas propias. Rutherford, Bohr, el Oppenheimer de Los Alamos, el Fermi de Chicago y ahora el propio Jim en Long Island se darían a conocer tanto por eso como por lo que les granjeó los laureles que llevaban en la cabeza.

Pues con Cynthia pasaba lo mismo. Preocuparse de que ella lo estuviera neutralizando, de que lo dominase con sus altibajos, era terrible, era una estrechez de miras propia de Nueva Inglaterra. El miedo a los indios que conducía a matarlos. Y lo que Lasswell llamaba «profecía autocumplida». Si tus pensamientos son indignos, acabarás siendo indigno.

Las artríticas hojas de color caen en el viejo Harvard Yard. La belleza desgarrada de la edad. De algún modo, un alivio de su propia confusión.

## ONCE

Dentro del pequeño sistema vital del doctor Merriwether, casi todo estaba alterado. Las aceleraciones y deceleraciones no eran las previstas, su patrón de vida mutaba, su conciencia, sus sentimientos hacia lugares, objetos, personas. Un año antes los patrones de amor-por-teléfono-y-carta y de amor-en-movimiento dominaban su vida; después, con Cynthia en Cambridge, cambió el horario diurno y descubrió el mundo de la noche y del amanecer. Salía de Acorn Street a las diez o las once y volvía —cómodo en su casa y deseando desayunar con sus hijos— a las tres o las cuatro de la madrugada. En medio de un silencio de cementerio, el suyo era a veces el único coche en movimiento. A veces un coche patrulla se le acercaba, con el siniestro remolino de luces dando vueltas. Ensayaba la respuesta a algunas posibles preguntas en tono amenazante: «¿Pasa algo, amigo?». «Nada, agente, solo estoy dando una vuelta». Ponía cuidado de que su ropa fuese su pasaporte: abrigo, corbata, sombrero, y el carné también, lo cual, en el peor caso —o eso esperaba— lo etiquetaría como «profesor bicho raro» inquieto tras batallar todo el día con las teorías. Merriwether era una de las muchas personas que nunca habían tenido nada que ver con la policía, los abogados ni los juzgados; ni siquiera le habían puesto nunca una multa. Había oído y comprendido historias de acoso policial, pero sabía menos de ellas de lo que sabía sobre el interior de sus ratas saladas. Tampoco se daba cuenta de que las perspectivas sobre normalidad de la policía no se correspondían con las suyas: pocos habrían fracasado a la hora de identificar a aquel viajero nocturno.

Irse de casa de Cynthia constituía un enorme alivio: fuera del «nidito de amor», seguro, al aire libre; qué alegría estar en su viejo Dodge, conduciendo por las calles que durante cuarenta años había transitado a la luz o en medio

de una civilizada oscuridad. Los destellos de las joyas cívicas solo remitían de vez en cuando: la luz nocturna de un estudiante, la de unos amantes. Junto a la altísima cerca de hierro del Harvard Yard se veían las fantasmales luces de la plaza —cuya cafetería abría para los noctámbulos— en la profundidad de la calma del campo, luego Ash Street, donde, al girar en Acorn Street, aminoraba las luces del coche para deslizarse por el camino de entrada a su casa. Entraba en ella con un sigilo que pretendía borrar la hora, como si acabase de llegar de dar un paseo. Al subir las escaleras, cada crujido era un latigazo, hasta entrar en la fría habitación de invitados; nunca había conocido tal paz, tal seguridad. Los ruidos nocturnos de la casa eran ahorapreciados, la agitación de abajo, la respiración de los niños, que se concentraba en los vestíbulos y conformaba la atmósfera de su casa. Estaba allí; si ocurría algo, un fuego, un robo, una enfermedad, estaba allí para ayudar. Su propia respiración se unía a la de sus hijos.

Una mañana, tras volver con la mente llena de dolor por Cynthia, por su soledad, por su dulzura —a menudo pasaba los últimos minutos despejando sus miedos hasta que ella se dormía—, se encontró la cadena de la puerta echada. Rodeó la casa en dirección a la puerta trasera. Tenía el pestillo echado. No podía entrar en su propia casa. ¿Debería tirar una piedra a la ventana de Sarah? Recordó la ventana del sótano, dio la vuelta, la abrió y se metió por ella como si fuese un saco de carbón.

—No vuelvas a hacer eso, Sarah.

Estaba en la rinconera, comiendo Cheerios, leyendo el *Times*, con uno de los uniformes del colegio, una blusa de manga larga y un guardapolvo. Había desolación y hielo en su rostro. Los ojos negros centellearon en su dirección, indignados.

—¿Cómo te atreves?

—Esta sigue siendo mi casa. Yo no te encierro fuera. No me encierres tú a mí.

Aun en medio de su furia, apreciaba la valentía de superar el temor que pudiese inspirarle la severidad de él, pero, aquella mañana, aquello no bastaba para hablar. Ella dio un golpetazo con el periódico, el café salpicó desde la taza verde en la que ponía «BUENOS DÍAS» y mojó a James Reston; echó una mirada imperativa al ocio parásito de Merriwether —que se iba una hora y media más tarde que ella— y se marchó a llevar a los niños al

colegio de camino a Boston.

Aun dolorido por las espinas del odio que le profesaba Sarah, se compadecía de ella. Ella no tenía a Cynthia. Hablaba de su vida con los Calender y los Bowen, pero no era el tipo de mujer que se abría a los demás. Le daría vergüenza contar toda la historia. (Por supuesto, él tampoco lo hacía). Se apiadaba de ella, y sin embargo sentía que ella era más fuerte que él, que el odio que él le inspiraba la había endurecido. Se había rehecho usando el odio como fuerza. Necesitaba el odio. ¿Quién sabe si no era el motor de todo? (Hasta las teorías más importantes mostraban lagunas mayores entre efectos y causas).

Aun ahora, el doctor Merriwether podía ver que había echado por la borda a la mujer decente, honrada y de buen humor con la que se había casado; una mujer que no se quejaba nunca, jamás, que nunca pedía nada; y que además contaba con una virtud excepcional. Él había adorado su decencia, su aspecto, sus dotes, los poemas franceses que se retorcían en su boca. Había conformado un espacio literario para él; nunca había disfrutado tanto los poemas como cuando ella se los leía en voz alta. Ni la música. Sin ser una virtuosa, tocaba con gusto y sensibilidad. Mientras él estaba arriba, marcando sus revistas, algo que ella tocaba abajo le rompía el corazón con su belleza. Las noches en Duck Isle, cuando la lluvia repiqueteaba sobre los paneles y la madera de la casa, se ponía a tocar a Bach y a Schubert. No había sido nunca tan feliz como aquellas noches, con los niños durmiendo arriba, cuando por encima de los ruidos de la lluvia y del fuego ella tocaba algo que derretía la diferencia entre el interior y el exterior. Sublime. ¿Qué más había en la vida al lado de eso? Se lo debía. A aquel magnífico tocón que tenía por esposa, que levantaba y dejaba caer los dedos sobre las teclas manchadas de mar, con la espalda redonda, los costados cuadrados —no había curvas allí—, meciéndose, arqueándose, evocando aquella sublimidad.

Al igual que las familias francesas del campo mantenían el *pot-au-feu* hirviendo, y no dejaban de añadir, sacar y volver a añadir, Merriwether mantenía de un modo u otro su vida mental, y añadía, día tras día, las revistas, los libros, los informes que llegaban en el correo. A casa o al despacho llegaban las revistas técnicas, las revistas generales cuyas suscripciones alternaba año tras año, el *New Yorker* con el *Harper's* o el

*Atlantic*, el *Time* con *Newsweek*, *Encounter* con *Commentary*. El mundo estaba a punto de explotar. En un solo informe de la Rockefeller Foundation leyó sobre el retroceso de la crisis agrícola debido a los «cultivos múltiples», de los nuevos métodos de financiar empresas en guetos, de la valentía de los nuevos teatros, de las conferencias en las que doctores, abogados y filósofos buscaban nuevos significados a la vida y la muerte —¿Qué eran las prótesis? ¿Qué era la muerte? ¿Quién debería decidir sobre el «fin», quién sobre la ingeniería genética (los peligros sociales del varón XYY con valencia criminal en sus células)?—. Actividades humanas complejas que eran, en opinión de Merriwether, actividades dignas de humanos privilegiados como él mismo. En ocasiones se atiborraba de aquellas noticias reales del mundo. Junto con el amor que sentía por sus hijos y sus propios sondeos con las células de sus ratas, parecía la esencia del tiempo terrenal adecuado; lo demás era indulgencia lotofágica.

Al no vivir en una burbuja, el mundo se filtraba por cien mil poros; y lo que él llamaba «esencia» estaba integrado por millares de componentes. Esmé se sentaba en su regazo y le pedía que le diese un masaje; él le frotaba los hombros con los dedos puestos en los nudos de la columna vertebral. Hablaban de una caza de elefantes que había visto en *Wild Kingdom*, con los dardos tranquilizantes y las pequeñas placas de identificación para prever los movimientos del elefante.

—¿De qué sirve saber adónde van?

Él le habló de la fascinación inherente al movimiento y a la agrupación, al sentido animal de «terreno familiar» y de su definición a través de la comida, la bebida, la seguridad y el amor.

—¿Qué aprenderían ellos si previesen nuestros movimientos?

—Muchas cosas. —Con la mano en el pelo de su hija, ríos dorados en orillas marrones.

Había leído una noticia sobre un ejecutivo de Chicago que sacaba un vídeo panorámico de la ciudad desde la ventana de su ático a cada hora del día.

—Supongo que está registrando los flujos de tráfico, o los cambios de luz, ¿no? Como hizo cómo-se-llamaba (¿Manet? ¿Monet?) con la catedral de Ruan. Supongo que él podría ampliar la imagen y descubrir un millón de historias. El mensajero recoge el paquete a las diez y en lugar de ir a

entregarlo va a un corredor de apuestas. Seguro que la policía del alcalde Daley se lo tragaría.

—Vamos, papá, eso es absurdo. ¿A quién le importa? ¿A quién le interesaría enterarse de que voy a la habitación de la señorita Bonney, al váter, a educación física, a la parada del autobús? ¿A quién le importa?

—A mí.

—No es verdad. Te importo yo, no mis movimientos. —Soltó una breve risita, pensando en la variedad de movimientos.

Él pensó que con Sarah ocurría justo lo contrario: a ella no le importaba nada que no fuesen sus movimientos. De vez en cuando le decía que alguien los había visto a él y a «su amiguita». Ajá, ella sabía por dónde andaba y lo que hacía.

—Tienes razón, cariño. Son esas vistas panorámicas del mundo las que traen más problemas. Brindemos por los planos cortos.

—Por los miopes.

Con Sarah ya no había más que perspectivas cortas. Los informes de la Fundación se le quedaban a él en el regazo mientras se le llenaba la cabeza de sus peleas. Por mucho que le hubiese hecho, ¿cómo podía ella pensar tal y como lo hacía? Los usurpadores contrataban a historiadores para reescribir la historia, pero ¿por qué tenía Sarah que reescribir su vida?

—Las cosas iban mal desde el primer año. Lo vi antes de que naciese Albie.

—¿Qué viste?

—Lo tirano que eras bajo tanta calma.

—¿Por qué te quedaste? ¿Por qué seguimos teniendo hijos?

—Yo siempre esperé que cambiases.

Tras esos diálogos, él a veces echaba un vistazo a sus píldoras anticonceptivas (que tomaba no por él sino para estabilizar su sistema); no, no tenía la regla. A lo mejor era una disfunción glucógena. O una menopausia precoz. Pero no, la cosa era más profunda. Tenía un detector para la «tiranía». Detestaba la autoridad. Nunca había podido trabajar como subalterna de nadie. A pesar de rozar la humildad de cara a la gente, podía enfurecerse con las mujeres que dirigían actividades benéficas, o con los profesores más antiguos en los trabajos de media jornada que había tenido ocasionalmente.

Merriwether, tras considerar a Sarah como un problema digno de investigación, se preguntaba si la responsable no habría sido la doncella de los Wainwright, Vera, una brillante mujer negra que dominaba la casa e iba por ahí tirándoles de las orejas a los niños. Él siempre se había llevado de maravilla con ella; se sentaban durante horas para analizar la familia y sus costumbres. Era el miembro más instruido y divertido de la casa, un genio doméstico; cocinaba como un gran chef y podía haberse sacado un doctorado en la química de la suciedad. La madre de la señora Wainwright se la había «pasado» como regalo de boda, y se había quedado con ellos treinta años, convirtiéndose en el tirano indispensable.

—¿Por qué no decías nada?

—No me habrías hecho caso. Todo el mundo sabe que desprecias mi inteligencia.

—Solo sé que era cruelmente imbécil a veces.

—Ahora es muy fácil decirlo. Admitirlo es muy fácil. Después de haberme puesto de rodillas. O de haberlo intentado. Porque ya no estoy de rodillas. Ni volveré a estarlo.

—Me pregunto si tienes idea de lo mucho que me alegro.

—Eso es lo que tú crees que crees.

Se retiró al vino y al telediario de la noche; había gente en las carreteras de África y Asia con hervidores de agua, azadas y esterillas. Los habían arrasado tornados humanos —que encarnaban alguna política sutil de maldad—. Pero la desgracia de aquella gente alejaba la suya.

La doble visión de la mente que sabe pero no puede sentir ni actuar según su conocimiento, que, acurrucado tras sus propios huesos, lo mide todo desde detrás de esas contraventanas, que, a las cinco en punto, repasa sus propios problemas como un dios que supervisa, y a las cinco y cuarto se encoge formando un nudo de egoísmo; la doblez humana con sus cerebros crepusculares centelleantes, externos e internos, con su luz cortical deslumbrando por encima del viejo miedo opaco.

Una noche, una semana antes del día de Acción de Gracias, Sarah se dirigió a Merriwether mientras él se servía su vaso de vino. (Ya nunca le preguntaba si quería uno; ella se preparaba un martini por la noche).

—Bob. —No era una voz desagradable—. Mi abogado te llamará dentro



de media hora o así.

—¿Cómo?

—Al final fui. Tú no ibas a ir. Está todo listo. Él te lo explicará todo. Es muy buena persona. Te llevarás bien con él. Fue Tina quien me lo recomendó. Había ayudado a un conocido suyo.

Merriwether subió a su antigua habitación y se sentó en la cama, junto al teléfono. Cuando sonó, no lo cogió. Al sonar el tercer timbrado, Sarah le preguntó a voces:

—¿Lo coges, Bob?

—Sí. —Cogió el auricular negro, calmándose al aferrarlo con fuerza.

—Doctor Merriwether. —Una voz fría, con un deje de «r» rizada—. Soy Donald Sullivan. Tengo entendido que la señora Merriwether ha hablado con usted.

Sentado en la cama en la que había dormido durante tantos años, sin atreverse a subir los pies como solía hacer, Merriwether sintió que aquel auricular de plástico contenía su futuro y el futuro de sus hijos. ¿Por qué lo había hecho? El papel pintado de Moby Dick, las cortinas de gasa color champiñón blanco que tapaban las vasijas japonesas del otro lado de la calle. Aquella habitación se venía abajo, todo se venía abajo.

—Me gustaría verlo en mi oficina mañana por la mañana. —El auricular dio una dirección.

—¿No podríamos vernos en Cambridge, señor Sullivan?

Aún había cosas que había que mantener en su sitio: su trabajo en el laboratorio, la preparación de su conferencia, su almuerzo.

—Imposible. ¿Está bien a las diez en punto?

—De acuerdo, señor Sullivan. Allí estaré.

Durante el resto de aquella noche Sarah le habló casi con la ternura de hacía años. Bajo la piedra de su última época juntos había millares de momentos que no eran pedregosos. Había mucho en la vida de cada uno que pertenecía al otro; durante meses, incluso años, ella había pensado solo en las partes pedregosas; ahora alguna de las otras había manchado la piedra de color sangre. No solo los niños, los cumpleaños, las vacaciones, sino las miradas, los chistes, las comidas, un rebobinado de película (para todos los públicos; la pasión quedaba censurada). Sus ascensos, sus descubrimientos,

sus trabajos, su «reconocimiento». Ni siquiera el subrayado pronominal —«sus», «sus», «sus»— traía amargura a aquella noche. Se sintió como si estuviese viendo un accidente por el retrovisor; la vida de ambos quedaba allí detrás, aplastada.

A la mañana siguiente, durante el viaje de Merriwether a Boston, todo estuvo lleno de significado. Hubo un apagón en los transportes públicos, tuvo que bajarse en Boylston, una parada antes. Odiaba la idea de llegar tarde —y odiaba lo que lo hacía odiarla—, así que pasó corriendo entre multitudes, resoplando y avasallando. Pasó por DeVane's, donde había llevado el anillo de diamantes de su abuela para que se lo arreglasen a Sarah. La oficina de Sullivan resultó estar en el mismo edificio donde trabajaba el tío de Sarah, Barton. (Barton, autodidacta, había llevado a Merriwether al edificio a almorzar para sonsacarle conocimientos psicológicos con el fin de usarlos en el estudio de un cliente sobre la soda).

Sullivan era un hombre más bien cuadrado, anciano y de aspecto extraño. «A lo mejor es un requisito para arrendar en este edificio», pensó Merriwether. (Barton parecía un pato). Su traje color carbón cubría un cuerpo complicado, unos brazos enormes, un torso en forma de caja más bien pequeña, unas piernas largas que se estiraban bajo el escritorio hacia Merriwether. El acento de Sullivan se componía de dos partes de deje irlandés y de vocales de Harvard. Muy agradable. Hablaba con suavidad y firmeza, pero en el globo ocular se distinguía un brillo metálico, la cara se afilaba, como si el asunto entre manos lo convirtiese en un revólver. El rostro, a primera vista inocuo y franco, una vez en acción parecía el registro escéptico de un millón de connivencias.

Merriwether se sentó en una silla baja junto a la ventana. Estaban en la duodécima planta. Merriwether tenía la sensación de que por encima y por debajo de él había equivalentes de Sullivan y de él mismo enumerando opciones parecidas de desenlaces.

Aquel era su objetivo. Al principio, con frialdad; después, al ver que tiene delante a un bobo legal, con tono amistoso.

—Sarah lo ha pasado fatal. No está en buenas condiciones físicas. Tiene el azúcar alto, la presión baja y está anémica. El matrimonio la ha dejado deshecha. —Aquella palabra resonó con tintes lúgubres—. Esa amiga suya le

ha causado una gran angustia a Sarah. En una comunidad como Harvard, resulta especialmente humillante. —Aquella «a» de Harvard era bostoniana de pura cepa, pero la «a» de humillante provenía de Irlanda. Merriwether estaba absorto en el acento, abstraído por la vista, los tejados de Tremont, el fuego de piritita de la pizarra.

—Lo sé, ha sido terrible para ella —dijo. Un día brillante; desde allí podría pensarse que era verano.

—Así que las opciones son las siguientes, doctor.

Sullivan se inclinó hacia delante, con sus delgadas manos colocadas sobre los bordes de cuero del vade de escritorio. Merriwether se volvió completamente hacia él. El revólver apuntó y luego se descargó, con suavidad:

—Puede darse una separación legal o un divorcio. Si hablamos de divorcio contencioso, no hay la menor sombra de duda de que la señora Merriwether tiene las pruebas para asegurarse lo que crea necesario. Si el divorcio es consensuado, entonces usted y ella, en tanto que personas razonables, podrán llegar a los acuerdos que deseen. Yo tengo los papeles cumplimentados. De hecho, en cuanto terminemos voy a acercarme al juzgado a presentarlos. Si viene usted conmigo, se ahorra la tarifa del oficial. Por supuesto, siempre existe la posibilidad de la reconciliación (yo siempre soy partidario de ella), pero, por lo que Sarah me ha dejado entrever, no es una posibilidad real.

Pues allí estaba. Veintidós años. Más aún desde que Timmy los presentó en la reunión en el Eliot House, porque habían ido a esquiar a Stowe. Años y años, y ahora aquello estaba en la mesa de operaciones, con Sullivan inclinado encima con el escalpelo.

—Desde mi punto de vista, la separación es una solución a medias. Solo significa que ninguno de los dos puede tener citas... —Una palabra adolescente, increíble—. Y que no hay nada arreglado de verdad. No hay posibilidades a medias aquí. Solo pueden ustedes avanzar hacia la reconciliación o hacia el divorcio. Si puede haber una reconciliación, debería llegar ahora. Y veo (a juzgar solo por el aspecto de Sarah, por su salud, por sus sentimientos) que no es demasiado probable.

—Supongo que no —dijo Merriwether.

Y tuvo que sacar un pañuelo, sonarse la nariz, negar con la cabeza. ¿Por

qué no? Que aquel hombre viese el efecto que provocaba en los demás.

—Sarah dice que siempre ha sido usted un padre excelente. No tiene ninguna razón para no dejarle disfrutar de cualquier régimen de visitas razonable. De hecho, estoy seguro de que el tribunal dejará ese asunto a su discreción. Aquí está su pliego de cargos.

Sobre el escritorio apareció un fajo de papeles cebolla mecanografiados. Merriwether echó una mirada: «crueldad», «abandono», «adulterio», «todo el dinero en cuentas de ahorro», «acciones», «bonos», «la casa», «el coche».

—Dios mío —exclamó—. ¿Qué es esto? ¿No esperará que firme esto? El adulterio no tiene nada que ver. No hace falta meter a nadie más.

—No se preocupe por eso, doctor. —Las finas manos echaron aire en su dirección—. No significa nada de nada. Siempre ponemos lo peor, como algo a lo que podríamos agarrarnos, aunque espero que no haga falta. Sarah y usted pueden elaborar una lista de cláusulas que ambos estén de acuerdo en firmar. Y ahí acabará la cuestión. Nos basaremos en la crueldad mental. Pero eso solo tiene un objetivo legal. No significa nada. Sarah solo quiere una pensión por la manutención de los niños. Tiene pensado trabajar. Pero el tribunal conserva la jurisdicción permanente en casos de divorcio. Si la situación cambia, por ejemplo si fuese usted a heredar un montón de dinero...

—Mis padres están muertos.

—Sarah podría desear que los niños recibieran una parte (por supuesto, usted querría lo mismo de todos modos), y volveríamos a juicio.

Así que la cosa ya no era entre Sarah y él, ni siquiera entre Sullivan, Sarah y él, sino que había una gran maquinaria construida a base de miles de años de acoplamientos fallidos, planeada, al igual que la guillotina, para poner fin de manera piadosa; durante un minuto o dos fueron su alegato.

—No tengo abogado, señor Sullivan.

—Si piensa usted poner objeciones al proceso, entonces será mejor que contrate usted a uno. —El abogado se enderezó, con el revólver descargado y el rostro arrugado con una bondad general—. De otro modo, aunque no puedo representarlos a los dos, puedo aconsejarlo a usted también. Así no necesitará abogado. Yo presentaré sus papeles. De todos modos, tiene que pagar usted mis honorarios. Y será mejor que le diga que estos se inflarán bastante si el divorcio es contencioso. Aun ahora, el tribunal me asignará (basándonos en los bienes de los que me ha hablado la señora Merriwether)

unos mil quinientos, quizá dos mil dólares.

—Dios mío —exclamó Merriwether—. Tengo entendido que puedes divorciarte por menos de cincuenta dólares.

—Puedes divorciarte, sí. Pero sin garantías. Sin consejos. Eso a lo mejor es conveniente cuando no hay bienes implicados, o cuando hay un acuerdo perfecto. Pero la señora Merriwether ya me ha consultado a mí. Así que ya hay honorarios. No se preocupe, no voy a cobrarle lo que me asignaría el tribunal. Voy a hacerlo por la mitad de precio. Si hay un acuerdo estipulado, los honorarios serán de ochocientos dólares. No encontrará otro precio igual en todo Boston.

Había llegado allí sin resuello, corriendo para llegar a tiempo, sudando, quitándose las botas de agua —parecía que iba a llover—, y aquel hombre-*caja* con extremidades lo había estado esperando en el despacho de su secretaria, quizá listo para presentar cargos si hubiese llegado un minuto tarde, y, desde aquel momento humano, estaba ahora pagando —¿qué?— el final de su vida doméstica, algo llamado «libertad». Sarah lo compraba. Era un producto de la máquina. Un contrato de divorcio, *a vinculo matrimonii*. ¿Dónde se había fabricado la máquina estadounidense? ¿En Roma? ¿En Sumeria? Cada estado tenía la suya propia. Su salchicha había sido fabricada en Massachusetts. Divorcio —de *di-vertere* («apartarse de»)—. *A mensa et thoro* («de la mesa y la cama»).

Se puso las botas de agua; Sullivan le ayudó con el impermeable, y caminaron atravesando multitudes hasta la plaza pública; luego se subieron a unas escaleras mecánicas hasta llegar a una sala enorme, donde gran cantidad de gente cogía y distribuía papeles por detrás de unas ventanillas. Sullivan bromeó con una mujer negra mientras ella ponía el sello en un papel que Sullivan le pidió a Merriwether que firmase.

—No es nada. Léalo. Solo da fe de que lo han atendido. Y se ahorra diez dólares por no necesitar a un oficial judicial.

Merriwether hizo un cheque por catorce dólares, aceptó los papeles, y vio que él y la señora Sarah Wainwright Merriwether, parte demandante, tenían un larguísimo número de expediente. Mientras Sullivan leía otros papeles, él se dio cuenta de que lo que había firmado estaba lleno de errores: había una fecha errónea de matrimonio, un nombre equivocado de banco, hasta su segundo nombre aparecía mal escrito («Stil» en lugar de «Still»). Bien.

Fundamentos para recurrir. Pero ¿recurrir qué? Él y Sullivan bajaron la escalera mecánica y cuando llegaron abajo se estrecharon la mano calurosamente.

—Me pondré en contacto con Sarah en cuanto tenga fecha para el juicio. Para marzo ya habrá terminado todo. Vaya con Dios, doctor. No se preocupe. Lo vamos a solucionar todo.

Había salido el sol y el cielo lucía un azul profundo y pensativo. Él y Sullivan se separaron y el abogado se marchó en dirección a su oficina; Merriwether siguió con la vista sus piernas largas en forma de tijera y sus brazos simiescos hasta que se perdió en la multitud.

Entre la gente que salía de los edificios para dirigirse a los restaurantes, Merriwether caminó vagamente hacia la estación de transportes públicos. Delante quedaba la iglesia Old South. Por alguna razón caminó hacia allá y se detuvo a su lado, absorbiendo el sol, el fresco, el aire gaseoso, la sensación de formar parte de la multitud. Vaharadas de sensaciones se quedaban adheridas a extraños pensamientos. ¿Había habido algún Merriwether en la reunión que Adams había convocado en la iglesia? ¿Algún Still? ¿Algún Wainwright? Abigail Adams le hablaba en la carta a su marido acerca de un Merriwether que cobraba más de la cuenta por los cafés y se vio rodeado de mujeres furiosas. John Hancock era de la familia de la madre de Sarah. Quería ser presidente. Su compañía de seguros apareció por el horizonte, del mismo modo que su firma apareció en la Declaración. Confusión mental: la espalda con abrigo de Sullivan, la de Esmé, Back Bay, Marblehead, barcos, veleros, el viaje más largo. Su matrimonio se había acabado.

En el metro de regreso a Cambridge, se concentró en el vagón casi vacío, en el traqueteo metálico, en las planchas de los asientos, en los postes blancos, en el agujero bajo tierra; aquel tren lo llevaba al destierro. Nada iba a ser conocido. ¿Qué hacer? Tenía que hablar con alguien. No con Cynthia. Sarah. (La antigua Sarah). Casi tenía gracia. Un amigo. Quizá con un abogado, pero no conocía a ningún abogado bueno. Quizá con Stuart Benson. Eran buenos amigos de nuevo, tras el mal momento que habían atravesado unos años atrás. Y Stuart había pasado por un divorcio. Seguro que estaba en su casa; trabajaba allí por las mañanas.

En la plaza, subió corriendo las escaleras mecánicas y llamó a Stuart

desde la cabina que había fuera del Cambridge Trust.

—Por supuesto, Bobbie. Pásate ahora mismo. Si estoy en el baño, dejaré la puerta sin pestillo.

—Te lo agradezco mucho, Stuart.

—Y yo te agradezco que hayas pensado en mí, Bobbie.

Habían tenido un alejamiento serio, casi adolescente. Benson no era un hombre fácil. Era brillante, inmensamente culto, y no solo en el campo de la ciencia. Su biblioteca era una de las grandes colecciones privadas de Cambridge. Algunos profesores de Literatura Inglesa, incluso especialistas en el siglo XIX, sabían menos de los victorianos que Benson.

Benson era menudo, de rostro rubicundo y ojos verdes. Trabajaba muchísimo, publicaba varios artículos cada año. A pesar de ser neurofisiólogo, había llevado a cabo investigaciones pioneras sobre la prostaglandina. Además, realizaba más trabajo en ciencias biológicas que nadie en la facultad. Al contrario de Tom Fischer, sin embargo, mostraba poca simpatía por el trabajo de los demás. Vituperaba tanto a discípulos como a amigos; tenía muy pocos tanto de unos como de otros.

Sus dos mejores amigos eran Merriwether y Fischer. A Benson se le llenaba la boca hablando del genio de Fischer, de sus logros, de su labor, incluso de su elegante apariencia. Benson se consideraba poco atractivo y era de lo más sensible al aspecto físico, sobre todo al de los jóvenes, aunque ni había tenido ni había pensado en tener experiencias homosexuales. Se había casado una vez con una estudiante de posgrado, pero la cosa no duró. La había sometido, incluso con su ternura, que era su dueña. Como no dejaba de hablar, su lengua había nublado los pensamientos y la vida de la muchacha. Un día, se escapó con otro estudiante de posgrado.

A Benson le daba pánico la crítica; se había organizado la vida para huir de ella de modo ingenioso, aunque inconsciente. En tanto que profesor de una gran universidad, no tenía que dar explicaciones a nadie que no fuesen sus colegas científicos; había atraído a los pocos colegas que tenía con ofertas para dar conferencias en Harvard y con la compañía de sus maravillosos amigos, Fischer y Merriwether.

Fue una cena organizada para un visitante de Berkeley y su esposa lo que condujo al distanciamiento de un año entre Merriwether y él. El visitante era un amigo de Merriwether, llamado Roger Trimpi. Él y Merriwether habían

hecho juntos el posgrado, y se habían visto ocasionalmente en reuniones científicas. Se llevaban muy bien. Trimpi era un hombre templado y de buen carácter. Unos años atrás, él y su mujer se habían divorciado y ahora estaba casado con una mujer doce o quince años menor. La señora Trimpi lo acompañaba.

Salieron a cenar en Boston. (Aquel mes Sarah no cocinaba para amigos).

La noche se convirtió en un monólogo de Benson sobre el declive de las instituciones y la virtud, el auge de la ignorancia, los malos modales y la violencia contra las minorías. Cuando Merriwether adujo que la época victoriana también se había llevado su parte de malestar social, Benson extendió el declive al trabajo reciente de Merriwether.

—Aquí Bobbie ha estado haciendo el ridículo intentado resolver patogénesis citológicas con modelos dipsológicos.

—No creo que estés al tanto de lo que hago, Stu. Un día te lo enseñaré con detalle.

—No me apetece que me lo enseñes, Bobbie. Sé que todo el mundo se tiene que tragar algo de suciedad en esta época, pero yo ya me he tragado la mía.

Merriwether se giró hacia una avergonzada señora Trimpi y le preguntó qué tal se llevaban sus hijos y su marido. La comida transcurrió sin que volviese a dirigirle la palabra a Benson.

Cuando se encontraron por el campus, alrededor de una semana más tarde, Merriwether hizo un gesto frío con la cabeza y pasó de largo. Al día siguiente recibió una carta por el servicio de correo de la universidad.

Querido Bobbie:

¿Por qué fuiste tan frío conmigo ayer? ¿He hecho algo horrible?

Como siempre,

Stu

Merriwether respondió que, a pesar del cariño que sentía por Benson, ya no se veía capaz de soportar su mala educación.

Supongo que empezamos con mal pie. Yo era el joven que esperaba correcciones, tú el mayor, que esperaba administrarlas. Pero han pasado veinte años. Somos, si no iguales, al menos iguales como



amigos, y debemos empezar de nuevo. Espero de veras que podamos.

Benson no respondió a la carta; luego llegó el verano, y se rompió la costumbre de verse. En otoño, Tom Fischer intentó actuar como mediador, pero se fue de la ciudad antes de poder reunirlos de nuevo, y el orgullo adolescente que cultiva la vida estadounidense los mantuvo separados. Como trabajaban en laboratorios diferentes, había pocas ocasiones de que coincidieran. De vez en cuando se sentaban uno frente a otro en las reuniones semestrales de la Facultad de Ciencias Biológicas; se hacían un gesto con la cabeza, incluso se sonreían, y de repente, un día, alrededor de un año después de haberse peleado, Merriwether se levantó, estrechó la mano de Benson y le pidió que cenase con él. Una nueva versión de la antigua cordialidad comenzó: Benson tenía cuidado con no herir los sentimientos de Merriwether, y Merriwether con no herir los de Benson.

Y ahora estaba sentado en el pequeño salón de Benson, reconfortado, más que subyugado, por lo que Tom Fischer había llamado una vez «la morgue de autoridad de Stuart». «Si de veras existiese un ratón de biblioteca», decía Fischer, «las paredes de Stuart serían su morada». Las paredes de Benson estaban llenas de libros: estaban por los pasillos, por todas las habitaciones a excepción de la cocina, que era donde comía. Merriwether se sentó bajo un macizo de diarios, epístolas y memorias de autores menores de la época victoriana. Su *pot-au-feu* fue añadiendo nombres incluso mientras hablaba del divorcio (Henry Rawlinson, Moncton-Milnes, Tom Taylor, Hartley Coleridge, Thomas Arnold, A. J. Munby). Le enseñó a Benson los cargos escritos en papel cebolla.

Los ojos verdes de Benson recorrieron las páginas en unos segundos.

—¿Quién ha escrito esto? ¿Jonas Chuzzlewit, el de Dickens? Es una monstruosidad. Llama a tu abogado.

—No tengo.

—Pues contrata uno hoy mismo. Vete ahora mismo al banco. Saca la mitad de tu dinero y guárdalo con otro nombre. Te tienen cogido por las pelotas. Este documento es terrible. Sarah ha ido y se ha buscado a uno de esos marrulleros irlandeses. Te va a comer vivo.

—Qué va, Stu, si parecía un hombre de lo más decente.

—Eres peor que un niño. No tienes ni idea. Jueces y abogados son todos

parte de la misma cuadrilla. Lo amañan todo. Eres un pececillo de agua dulce. Te tragarán de un bocado sin darse cuenta siquiera de que han tomado un tentempié. «Decente, indecente». Es su negocio. Fingen ser lo que haga falta para conseguir lo que quieren. ¿Qué digo «ser»? Ni siquiera existen como seres. Son funciones de su barriga. Ese marrullero te vio allí, con la boca abierta, y te podía haber sacado hasta el apéndice con un terrón de azúcar. Pero quieren tu corazón. Sarah te va a devorar. Hazme caso, que yo he pasado por esto. Contrata al abogado más duro que haya en Boston. Llama a Wally Archer, de la Facultad de Derecho, y pídele que te consiga a un hombre de hierro. Esto no es el laboratorio, Bobbie. No son tus ratas las que sangran. Eres tú. Esos abogados van a despellejarte vivo.

Merriwether sintió que palpitaba. Estaba claro que Benson se había dejado arrastrar por su propia retórica: su cara redonda como una bola de masa estaba marcada por el entusiasmo. Tanto Dickens le había pintado la vida de Technicolor, sus manos se abrían y cerraban en el aire, martilleando, dando golpes. Pero quizá tuviese razón. Quizá los abogados también devoraban a Dickens. Iban a dejarlo sin nada. Sarah no era Gonerilda, pero había vislumbrado la tigresa que llevaba en su interior. Le había dado a Sullivan el material para el documento; no era la minucia que Sullivan le había dicho que era.

—Cuesta creerlo, Stu.

—Cuesta creer que un nanogramo de picogramo pueda albergar una célula, pero sabes que así es. Cuesta creerlo, dice. —Los antebrazos pecosos que salían de su camisa azul remangada se alzaron en un gesto de incredulidad; el antebrazo derecho recorrió una fila de libros—. ¿De qué trata todo esto? De documentar cosas mucho más sorprendentes que una esposa ofendida que quiere pulverizar a su marido. ¿Qué es lo que mueve el mundo, Bobbie? ¿Eres un biólogo del siglo XVII? Estamos en los setenta. Laberintos neuroenzimáticos. ¿Laberintos? Tsunamis helicoidales. Tú y yo nos hemos pasado media vida omitiendo todo menos lo que queremos identificar metiéndolo en un tubo. La vida profesional busca la misma simplicidad: tres comidas sustanciosas, una silla cómoda, música de cámara, periódicos, una esposa disponible cuando se la necesita, una aspirina de vez en cuando si hay algún problema. Sabemos que no es todo tan simple en una macromolécula. Las puñeteras proteínas hacen lo que quieren; es un puto milagro que

encontremos algo con lo que darles un azote. Bobbie, tú y Sarah estáis en un nido de víboras. No finjas que es Disneylandia.

Merriwether murmuró algo parecido a un asentimiento y se fue a casa. Mareado, con arritmias, sudando hasta por las cuencas oculares, y respirando de forma irregular; vasoconstricción, distensión arterial, colapso del glucógeno. En su mente, visiones de una vida arruinada, sin niños, sin casa, sin dinero. Despojada de todo. Caminó por el parque de Cambridge Common. El sol prestaba un filo dorado al cañón.

Sarah estaba en la cocina.

—He visto a Sullivan —dijo él.

—¿Y bien? —respondió ella con calma.

Había calentado una lata de sopa; cogió un segundo bol, sirvió y se lo colocó en la mesa.

—Me ha dado esta cosa terrible —dijo tendiéndole las hojas a Sarah—; luego me dijo que no significaba nada y que tú y yo podíamos solucionarlo todo juntos, que yo ni siquiera iba a necesitar un abogado.

—Eso es lo que me dijo a mí.

Se sentaron a la mesa.

—He ido a ver a Stu Benson. Dijo que Sullivan era un canalla, que tú querías comerme vivo, y que era mejor que contratase un abogado.

—¿Tú crees eso?

—No. Me ha caído bien Sullivan. Seguramente sea capaz de portarse como un picapleitos sin escrúpulos, pero supongo que para él esto supone ochocientos dólares fáciles. Siente que podemos hacerlo juntos.

—¿Ochocientos?

—Ochocientos cincuenta.

—Pues yo ya le he pagado trescientos.

—En fin, yo creo que no voy a contratar a un abogado.

—Yo tampoco creo que necesites uno, Bobbie.

Al oír su nombre en un tono que no mostraba otra cosa que compasión, Merriwether colocó la cabeza sobre la mesa y lloró. Llevaba décadas sin hacerlo.

—Es solo el susto —explicó, aún llorando.

Se fue al salón acristalado e intentó controlarse. Sarah fue tras él.

—No te preocupes —dijo ella—. Es lo mejor.

—Qué desperdicio —contestó él al rato.

Le tocó la mejilla a Sarah con el filo de su palma, aquella mejilla rechoncha, blanca y áspera. Se fue a la planta de arriba. Cuando bajó, llevaba papel y lápiz.

Se sentaron en la rinconera. A él le encantaba aquella sala, la repisa de porcelana de Meissen, los grabados en punta de plata de Asís y Pisa. Era un saledizo, con cortinas de lunares en las ventanas en círculo. Una habitación alegre para alisar las arrugas de la noche. Los asientos estaban hechos polvo, llenos de arañazos y no iban a juego, pero pegaban. Se sentó en el de costumbre: un sillón bajo y sin tapizar; el de Sarah estaba más alto (como el de Sullivan).

—No nos dejaremos nada —dijo—. Lo haremos bien.

—De acuerdo —convino Sarah.

Estaba tranquila, no le brillaban los ojos; tenía las manos esbeltas y venosas, manos de mujer más fina de lo que era, manos de pianista, dobladas sobre la mesa. «La casa», escribió él. El precio de salida, setenta mil dólares, parecía alto, pero sería menos problemático servirse del dinero que de una cuenta de mil dólares en Harvard Square Business Association.

—Podemos dividir el dinero —sugirió Sarah—. Estoy segura de que cada uno podría encontrar un apartamento adecuado con lo que nos tocara.

Para asombro suyo, Merriwether se sorprendió otra vez llorando.

—Lo siento. No me hagas caso. Es la tensión. La casa... —Tuvo que detenerse—. Tú y los niños.

No era necesario seguir, pero se dejó llevar; hasta disfrutó de la extrañeza de Sarah al ver cómo aquel marido que sentía tan poco por ella mostraba tal despliegue de sentimiento. Él volvió a abandonar la habitación, en parte para controlarse, en parte para que ella notase que le daba vergüenza desmoronarse, en parte para poder disfrutar un poco más del consuelo de las lágrimas.

Cuando regresó, repasaron las necesidades de cada niño (matrículas, manutención, veranos). Sarah, con una actitud digna y decente, planteaba una vida austera y económica, que la hiciese sentir segura, pero que a Merriwether, aun admirando su decencia, también le asustaba por la limitación que conllevaba en las vidas de los niños. ¿Qué iban a hacer, cortar

los esquís a la mitad? Aumentó las cifras.

Con esa actitud, dando cada uno más de lo que ninguno habría querido en un concurso de rencores, se evitaron la guerra que la estrategia de Benson habría puesto en marcha.

## DOCE

Los Merriwether celebraron su tradicional cena de Acción de Gracias con los Calender: Dev, Tina y su hija Tibbs (versión balbuceante de Clementina). Los Calender conocían la situación de los Merriwether; solo George y Esmé no sabían nada. (Sarah había estado de acuerdo en que debían pasar todo el tiempo que fuese posible «como una familia sólida». «Ya se lo contaremos después de las vacaciones». Merriwether esperaba llegar hasta el final del año escolar). En Acción de Gracias, aquello aún parecía lejano; ni siquiera tenían fecha para la cita con el tribunal.

Habían celebrado el día de Acción de Gracias en aquella casa durante veinte años, los últimos ocho o diez con los Calender. La cena era una de las ceremonias. En la misma los niños sacaban a relucir lo mejor y lo peor de cada año, y Merriwether contaba a su manera algún pasaje de la historia de Massachusetts que habían escrito Bradford o los Mather; aunque su tono era de ironía desaprobatoria, no era más que una válvula de escape para el placer que le procuraba aquella continuidad y que, aquel día, en aquel momento, sentía que no podía mostrar directamente. La comida en sí era la maravilla estadounidense. El ave rellena y bridada, la calabaza, las judías y las batatas caramelizadas, los arándanos rojos, la sopera llena de salsa de menudillos, las bandejas de apio y aceitunas negras, las empanadas de carne picada, calabaza y pacana, el vino blanco y la sidra caliente, todo ello bajo el candelabro de brazos que un vendedor de esclavos del siglo XIX había traído de Bruselas. El comedor contaba con paneles de roble; en los marcos colgaban retratos de los Merriwether, de los Still y de los Tipton, antiguos vendedores de seguros y comerciantes, predicadores y profesores. Celebrar Acción de Gracias en aquella habitación parecía la gran recompensa que los Estados Unidos destinaba a los hijos de Nueva Jerusalén.

Aquel año ni Albie ni Priscilla volvieron a casa. Priscilla estaba cocinando un pavo para unos estudiantes extranjeros en Oberlin. Albie escribió para decir que desde Acción de Gracias hasta el final del semestre se encargaría de hacer trabajos para estudiantes negligentes. Merriwether lo llamó por teléfono a Williamstown para pedirle que no aceptase el trabajo.

—Prefiero que salgas por televisión diciendo mentiras sobre detergentes.

Albie se ofendió y dijo que todo el mundo tenía derecho a trabajar.

—Solo estoy ayudando a unos chavales que tienen que hacer seis trabajos en dos semanas. Se me da bastante bien, y aprendo; si encima se lo leen, ellos también aprenderán.

—No es que sienta que soy un buen ejemplo últimamente, Albie, y no quiero imponerte mis normas, pero siento que esto es un repudio tan directo a mi forma de vida que tengo que decir algo.

Albie levantó la voz por teléfono, se volvió infantil.

—No tiene nada que ver contigo, papá. Solo quiero ganar un poco de dinero.

—Yo te envío más dinero. No sabía que lo necesitases.

—No quería molestarte. Aun así, sigo creyendo que te estás pasando de sensible. Esos chavales han ayudado a mucha gente en una mala racha.

—No quiero discutir, Albie. Este tipo de cosas destrozan el núcleo mismo de la educación. Sé que estarás de acuerdo conmigo si lo piensas dos veces.

Arriba, en el estudio, mientras le extendía un cheque a su hijo, a Merriwether se le pasó por la cabeza que quizá la decisión de Albie pudiera tener que ver con el veneno invisible de la casa. Por debajo de la cortesía, Albie había sufrido la decadencia; y ahora, de repente, atacaba otra parte de la estructura moral. Que Merriwether estuviese reforzando su propia autoridad moral con cincuenta dólares no le pareció una cuestión ética. Solo le quitaba una espinita a aquella celebración.

Tibbs Calender se trajo a un novio de Cornell. Tibbs era un patito feo que había encontrado su estilo hacía dos o tres años. Los Merriwether la habían visto pasar de un estado de desaliño y muslos grandes a la gracia. Físicamente era una reina (alta, de rasgos marcados y pelo negro); además, su naturaleza se caracterizaba por ser amable y curiosa. Su presencia era como unas vacaciones para todos los Merriwether. Su novio era estudiante de posgrado de Física y tenía treinta años. Lo había conocido cuando hicieron el

amor para la cámara de un pornógrafo. La película, *Un poquito de mucho*, no había salido todavía, pero el pornógrafo iba a rodar otra película con ellos. «Sois un gran equipo sexual», les había dicho. Theo, el físico, era un tipo fibroso de ojos negros, con un rostro oscuro y anguloso de tipo griego. Había respondido al anuncio del pornógrafo en el periódico de Cornell, y se había quedado por el sexo, no por el dinero. Ahora él y Tibbs vivían juntos en Ithaca. Ambos eran buenos músicos. Tibbs cantaba, y Theo tocaba la flauta.

Después de cenar fueron al salón acristalado a tocar. Sarah tocaba el piano, Esmé le pasaba las páginas de la partitura, y Tina a Theo. George se tumbó en el suelo junto a la silla de su padre. Merriwether podía sentir la calidez de su cuerpo contra la pierna. La música —Rameau, Purcell, Bach— era preciosa. Merriwether se dejó llevar por ella, y por la antigua belleza del salón con su papel pintado de husos dorados y sus consolas del siglo pasado con tiradores y vajillas de plata. Tras los oscuros cortinajes, el crepúsculo caía sobre la calle. Se quedó observando a George, que flotaba barbilla en mano, con los ojos como platos, enfrascado en algún mundo propio, y a Esmé, seria y discreta, con los ojos en la música, que movía la mano para pasar página, con el vello del brazo —que odiaba y normalmente se depilaba— atrapando haces de luz llenos de pelusas. Era precioso ver aquel delicado brazo dentro del embudo aterciopelado de la manga de encaje. Estaba saliendo de un tipo de belleza para entrar en otro, adolescencia mediante. Pronto Esmé les diría a sus amigos, uno a uno, que se mudaba y que sus padres estaban divorciados, mientras intentaba al mismo tiempo adivinar qué era lo que no había funcionado, en comparación con los modelos que le ofrecían las revistas y los programas de televisión. Merriwether se sumergió en una ciénaga de presentimientos, a medias por gusto, a medias siguiendo una superstición corriente entre quienes creen que la vida es tan extraña que, al imaginar los peores desenlaces, está uno forzando los mejores. La música traía la belleza melancólica de la despedida. Tibbs cantaba *Bist du bei mir* con su tembloroso y desgarrador contralto. El vibrato era un sistema de retroalimentación para mantener el tono. ¿Eran todos los temblores, todas las melancolías tan útiles? *Geh ich mit Freuden*. Qué hermoso.

Más tarde, mientras ayudaba a Sarah a enjuagar los platos para meterlos en el lavavajillas, le dio las gracias por la cena.

—Ha sido un día precioso.



—Sí que lo ha sido. Un precioso día de familia. Sé cómo debes de sentirte. Esto no significa que las cosas cambien.

Merriwether subió y llamó a Cynthia.

—¿Qué tal, cariño?

—Muy bien. He celebrado el día con doble porción de ensalada de col. ¿Qué tal la cena?

—Ha sido muy bonito para los niños. ¿Qué estás haciendo?

—Leyendo a Saikaku. Un contemporáneo de Madame de Lafayette.

—¿La mujer del general Lafayette?

—No, tonto. La primera novelista francesa. Te voy a leer la primera frase del libro, ¿vale?

—Claro.

—No estoy segura de nada. —Era el primer libro que leía en japonés—. «Una mujer hermosa, dicen los ancianos, es un hacha que corta la vida misma de un hombre».

—Vaya, vaya.

—¿Tan peligrosa soy?

—Eres una belleza. Te diré una cita que Priscilla solía recitar. No me acuerdo de quién la escribió. «Una belleza errante es una espada fuera de su funda. Ya lo saben, caballeros octogenarios. (Ojalá lo sepan durante una década más)». ¿Te gusta?

—¿Me quieres?

—Sí, te quiero.

—Entonces me voy a la cama. Estoy cansada de Saikaku. Y del día de Acción de Gracias. Y de la ensalada de col.

Aquellos días, Merriwether, como un Eolo borracho de sentimiento, no conseguía controlar sus vaivenes emocionales. En un momento sentía que podía abandonar a Cynthia, e incluso volver con Sarah —esa posibilidad la había apuntado ella en una de las sesiones, aunque él tenía la sensación de que solo pretendía asegurarse de que lo había intentado todo, absolutamente todo—. Sin embargo, nunca podría ser nada más que un hermano incómodo, nunca podría volver a acostarse con ella. Cuando él apuntó aquello, sus ojos negros se volvieron hacia adentro, y las fosas nasales absorbieron un extra de

aire.

—Me temo que necesito algo más que eso.

¿Qué se esperaba él?

—Pues claro que sí. Ambos necesitamos más.

Pero la hipérbole neural de aquellos días produjo una versión más mezquina: el verdugo cree que es cirujano; necesita la gratitud de la víctima, su adoración. No podía vivir con ella excepto en aquella casa, en una casa en la que imperase el «vive-y-deja-vivir». Y ya era demasiado tarde para aquello. Leslie Devereaux, la nueva decana de Radcliffe, topógrafa, había hecho una oferta por la casa, demasiado baja en opinión de Merriwether, pero Sarah, impaciente, incluso temerosa, la había aceptado. Lo único bueno era que Devereaux era negra y mujer. Aquello constituía una redención perfecta: la casa se había construido en parte con dinero procedente del comercio de esclavos. La ironía histórica era el clásico consuelo en la derrota. Todos aquellos guerreros harvardianos de los sesenta deberían empaparse en ella. (Recordaba el alivio general cuando Mac Bundy fue descartado para la presidencia de Harvard, a pesar de que había sido un decano magnífico. *Sic transit gloria Bundy*, eso decía el chiste, teóricamente de Finley, traductor de Tucídides. Aquello sí que era ironía histórica). La pugna entre Bundy y Harvard, brillante, frágil, que causaba problemas y no resolvía casi ninguno, tocaba en cierto modo a Merriwether, pero no era suya. Aquello era el Harvard inglés, el universo Peabody-Groton («gobernar es servir», transpuesto en «servir es gobernar»), los altos cargos, los matrimonios de la alta sociedad y las familias de banqueros, las rutas del *rouge et noir* (derecho y ciencias sociales en aquel momento) para «dirigir las cosas». En el terreno. Los motores intelectuales corrían demasiado rápido, el mundo apenas producía medicamentos suficientes para calmar a aquella gente. Conocía —levemente— y sentía simpatía —menos levemente— por algunos de ellos, Chip Boyd, Mac Frothingham. Lo hacían sentirse anticuado, lento, incluso cuando le hacían caso y le tiraban de la lengua. Eran magníficos tirando de la lengua. Perfectos hombres de la Fundación. Estaba encantado de que la casa no fuese a acabar en sus manos.

A veces, durante la noche, tras las puertas cerradas del tercer piso, ensayando la soledad futura, se despertaba con una sensación de aislamiento tan densa que se sorprendía diciendo en voz alta: «No, no, no, no, no». Iba a

ser así. ¿Qué ocurriría si le daba un ataque al corazón y no llegaba al teléfono? Esa debía de ser la razón por la que la gente se iba a asilos. Y además George y Esmé se despertarían y él no estaría allí, papá, el apagafuegos, el caza-ladrones, el enjuga-sangre, el abrazador y calmador. El primer recuerdo de su propia madre era de una vez que se despertó de una pesadilla, llamándola desesperado, y ella había dejado a los invitados para acudir. Recordaba el contacto con su vestido bajo su mejilla, los pliegues enrollados de seda, su suavidad (oh, mamá). Hasta aquel momento no había conocido la soledad. A veces llamaba Tom Fischer, con la voz ronca por la falta de uso, avergonzado de su indefensión; eso era. Ahora comprendía el ansia con que los solteros y viudos del club de la facultad buscaban compañía para el almuerzo.

Tenía a Cynthia; no obstante, por mucho que la amase, por muy placentero que fuese estar con ella (jugar al *gin rummy*, leer en voz alta, ver a medianoche las entrevistas a abogados travestis y mujeres herreras en televisión, observar cómo se quitaba la camisa, las suaves medias lunas de su cuerpo, hacer el amor), no vivirían juntos; sus sistemas eran incompatibles. No les gustaban la misma música ni los mismos desayunos, tenían diferentes gustos respecto al calor —ella encendía los radiadores y él los apagaba—, respecto a las comidas (él prefería comer en calma; ella comía donde cocinaba, de pie junto a la cocina). Y ella seguía siendo tan frágil, sufría tanto por la menor nadería o sospecha, la clásica chica de inteligencia privilegiada a la que perturbaban..., bueno, pues eso, hombres como él —y peores—. Había visto que las chicas con inteligencias privilegiadas de Radcliffe tenían peores resultados en los estudios que las chicas de Bryn Mawr o incluso de Vassar. El miedo al éxito. Chicas rotas. Que —la mitad de las veces— rompían a quienes las rompían. «Esa montaña rusa emocional me hará temblar. Me reiré a carcajadas en esa gira». Sin embargo, sin Cynthia, él entraría en las listas de las anfitrionas de Cambridge, lo colgarían de los «ganchos disponibles» locales. Imposible. No podría soportar los aplazamientos, el gasto, la estupidez del cortejo. Por muy mínimo que fuese el sistema de señales sexuales, sería agotador, humillante. Volvió a Sarah, a la Sarah prefuriosa, decente, directa, generosa; a la idea de envejecer junto a ella, de ver cada acontecimiento empapado en recuerdos. Los sentimientos más profundos crecían donde enrojecía el follaje nervioso, en la espesura de

las dentritas. Ninguna relación nueva podría disfrutar de aquello. Tardaría veinte años en llegar a eso con Cynthia, aunque era una chica de una profundidad emocional excepcional. Aun a su edad actual, a los veintidós, sus recuerdos constituían la parte más rica de su vida. Su vida de ensueño, su vida de fantasía, era el pasado; los escenarios, playas de Carolina, la habitación de su abuela (ayudarla a trenzarse el pelo, oler sus bolsitas perfumadas); sus recuerdos de los triunfos escolares eran más poderosos que sus ambiciones. ¿Era porque su amor por él las había doblegado? ¿O porque poseía aquel temperamento poético que acumula tanto y tan pronto que la mayor parte de la vida se limita a buscar una manera de gastar lo acumulado? ¿O aquel era el deseo de un tirano benevolente? A lo mejor solo se convertiría en lo que podía llegar a convertirse si él la abandonaba. Si ella lo abandonaba. Ella decía que aquello la mataría. Pero no era así. Sin embargo, la gente se endurecía a partir de sus heridas; mujeres abandonadas o que abandonaban se convertían en *belles dames sans merci*; y sus hijas, en lolitas.

Una luna en forma de coma plateada se quedó enganchada en las espinas capilares de la acacia. Su árbol. Su vista. Su calle, su casa. Él había querido morir allí. Que los hijos de sus hijos muriesen allí. Al año siguiente, tal día como aquel, un pequeño Devereaux estaría mirando aquella luna enganchada en el árbol.

¿Dónde estaría él? Sarah ya había mirado sitios. Había visitado el apartamento que había escogido ella. Un apartamento en un bloque de Temple Street. Merriwether había insistido en ver dónde iban a vivir los niños. «Por mí no hay problema. Ven». Y una tarde nevosa condujeron hasta un edificio en forma de caja larga de bombones que tenía pinta de albergar el vergonzoso secreto de haber sido una fábrica de zapatos o una cárcel en el siglo XIX. Había un solar lleno de maleza al otro lado de la calle, y unas casas de madera antiguas, descoloridas, al estilo de la escuela de Ashcan. La casa se hallaba en el último piso, el cuarto. (No había ascensor). El inquilino actual era o bien un masoquista o bien un sacerdote español. El sitio era oscuro, aterciopelado; las paredes estaban llenas de Cristos amarillentos, colgados con tristeza angular de madera sobre largas cruces; las mesas estaban cubiertas de misales, rosarios, libros con cruces rojas en la portada, figuras de teca deformes y trascendentes de boca torcida. Tres habitaciones pequeñas, una minicocina, el salón aterciopelado, una salita acristalada sin

luz. Merriwether se sintió como si lo estuviesen empalando.

—¿Quieres que los niños hagan penitencia por nosotros?

No era el tono correcto. Sarah, un bulto envuelto en un feo traje de espiguilla bajo el abrigo de paño más chabacano que tenía, llevaba demasiados años sufriendo ese tipo de desaires. Sus mejillas regordetas y ásperas se pusieron del color de la grana y los ojos se le convirtieron en clavos negros.

—Esto es lo que podemos permitirnos. Tú has dejado muy claro que no vamos a ser millonarios.

Hacía un calor espeso allí dentro. El penitente no reservaba su sufrimiento solo para las paredes; estaba ensayando para el fuego del infierno.

—Vas a estar en buena situación, Sarah. Te puedes permitir casi cualquier casa de Cambridge.

—Llevo años oyendo esa aria. Y luego me compro un lavaplatos y te echas a temblar como una hoja.

—No me había dado cuenta. Pero ahora es tu dinero.

—Pues tienes mucha razón. Me lo he ganado.

—Vale. Y se lo debemos a los niños. Están acostumbrados a vivir en un lugar especial. Y Albie y Priscilla necesitan una habitación donde quedarse cuando vuelven a casa.

—Mucha gente se conforma con literas. O podemos comprar camas desmontables. A ver, no vamos a estar tan cómodos como antes. Cuanto antes lo sepamos todos, mejor.

—No voy a permitir que vivan ahí, Sarah. Si mi opinión contase, tampoco querría que tú vivieses allí. Por favor, no les enseñes siquiera el piso.

Sarah se dio la vuelta y se dirigió al coche. Pero la conocía; había cambiado de opinión.

En un momento dado era la indefensión en persona, y al minuto siguiente era la Reina de la Eficiencia.

—¿Cuándo piensas firmar esos papeles? Si les vas a vender el jardín a los Bowen, tendrás que hacerlo antes del 1 de enero. Muévete.

Tenía a Sullivan al otro lado (telefónico). El agente inmobiliario de verdad se pasaba la mitad del día al aparato.

—Será mejor que dejes de arrastrar los pies —dijo.

Luego la oía al teléfono con Albie, haciéndole preguntas absurdas e inocentes —«¿Cómo vas con lo de encontrar a alguien para la mudanza?»—, para demostrar que era una mujer débil y necesitada de ayuda. Se apoyaba en los niños a pesar de fingir que los apoyaba.

Él, a su modo, hacía lo mismo. Así que dejaba que George se sentase en su regazo mientras le explicaba cosas que quedaban más allá de su capacidad o su paciencia.

—Los antropólogos, que estudian las sociedades humanas, han descubierto que la gente que trata con suavidad a los bebés, que les da de comer cuando quieren, que los sujeta contra sí, acaban siendo completamente diferentes de quienes dejan que los niños lloren largo rato antes de darles de comer, los dejan en suelos duros...

Y así hasta que George empezaba a retorcerse.

—Tengo que terminar la maqueta antes de cenar, papá.

No había patrón en sus sentimientos. Estaban a solas en la rinconera, él leyendo el *Times* y comiendo sus gachas con el pegote de azúcar de arce (ahora se lo preparaba él). Levantó la vista de un reportaje de las bombas del IRA en Belfast y se encontró a Sarah mirándolo.

—Me has deshumanizado.

En tono tembloroso; él no había oído el monólogo interno del que brotaba aquello. Él no pudo hablar. Solo consiguió agarrar con fuerza el periódico y salir de la habitación.

Descubrió que podía llegar a odiarla. A sus cuarenta y dos años, nunca antes había sentido odio genuino. A no ser, quizá, una vez, de pequeño, cuando se mezclaba con el miedo que le inspiraba un matón achaparrado con el que había acabado peleándose, la única pelea auténtica de su vida. Derek Lobel, un niño rico y malvado con gafas al que ahora clasificaría de psicópata, pero que entonces era solo un saco de grasa, odio y mal carácter. Pero aquello fue breve y sin importancia; ahora sentía en su interior una especie de hueco metálico que recibía golpes. El latido resultante era odio. El sentimiento que Hitler había experimentado por los judíos, el que un chico negro sentía por el muchacho blanco que lo había insultado. Odiaba a Sarah, que a su vez lo odiaba a él. Quería verla herida. Lo apartaba de todo lo que amaba, lo había desterrado a un desierto sexual —Sarah era Sahara, nunca lo

había pensado antes—. Y cuando él encontraba agua, ella se lanzaba al ataque, encontraba su oportunidad de vengarse. ¿De qué? De su tiranía. De toda la cultura de la tiranía. Merriwether notaba que de aquella retórica goteaba odio, pero se sentía débil con él, se encogía, la habitación se quedaba sin aire; abrió la ventana, luego la ventana doble, y aspiró el aire frío. Monstruos. Los dos eran monstruos. En el interior de ambos se hallaban todos los animales del zoo. De cada uno de ellos salían tigres, lobos, babuinos. ¿Cómo podía haber pensado un minuto siquiera que podían vivir juntos? La única liberación de aquella situación era librarse de ella. Para eso estaba el divorcio.

Arriba, en el tercer piso, agotado hasta el punto de no poder dormir, Merriwether sintió una especie de orgullo —estaba sintiendo cosas que se daba por sentado que la gente sentía—. A sus cuarenta y dos años, era emocionalmente un feto.

—Ya es hora de que sienta algo más que hambre a la hora de cenar.

No es que no hubiese sentido ternura, tristeza, pasión, amor, incluso desesperación, pero si le hubiesen preguntado si había experimentado los sentimientos de la gente sobre la que había leído, oído hablar o visto en los noticiarios de la guerra, habría respondido: «Por supuesto que no». Nunca se había casado con su madre ni se había sacado los ojos con un broche, ni, gracias a Dios, había perdido a ningún hijo (aunque el miedo a algo así era lo que más lo acercaba a sus profundidades). Había considerado los sentimientos de los Lear y los Antonio frenesíes emocionales, raptos, descargas alucinógenas en el lóbulo prefrontal, desbordamientos que no tenían relación con la vida real. Había chequeos y equilibrios fisiológicos que protegían el sistema de ese tipo de sentimientos (la manufactura atrasada de la angiotensión sin la cual se daría una hipertensión constante, que asesinaría cualquier corazón). Sí, pero ahora él había sentido por un minuto cómo era Hitler, y había en ello un orgullo extraño, quizá compensatorio. Seguro que los Lear salían de momentos así. Quién sabe si no le alumbrarían el camino para descubrir un equivalente bioquímico. Aquello era demasiado. Ridículo.

—Les receto divorcio a los comodones. Revuélquese en su miseria y recibirá el premio Nobel. El Las Vegas de los científicos.

Sarah encontró un apartamento encima del de los Davison. Se había

registrado en todas las agencias inmobiliarias de Cambridge; la cosa circuló por el circuito científico, y Mary Davison le habló del apartamento de arriba.

—Es un sitio bonito —le dijo Sarah a Merriwether—. No te parecerá que degrada a los niños.

Merriwether conocía la casa de los Davison, era agradable y estaba en pleno corazón de Cambridge, es decir, en el corazón de Harvard. Se negó al *casus belli* que planteaba el verbo «degradar».

—Pues nos quitamos un peso de encima. Me alegro mucho.

—Es una ganga. Eso te va a encantar.

—De todos modos, es tu dinero, Sarah.

—Bueno, a lo mejor tú puedes usar algo para tu alquiler.

La antigua decencia.

—Gracias, Sarah. Creo que me las apañaré, pero gracias.

La mera idea de un apartamento, la mera palabra, tenía un aura claustrofóbica para alguien que siempre había vivido en casas, pero los niños se adaptarían rápidamente. Y además resultaba reconfortante saber que Davison estaba cerca. Si bien no era una parte completa del continente, era al menos peninsular; podía marcar un número de teléfono.

Unos días más tarde, Davison se le acercó en el laboratorio. Hubo un carraspeo olímpico, los ojos azules pasaron por encima de la cabeza de Merriwether para alcanzar algún punto del horizonte davisoniano (que probablemente parecía un cinturón de ribosomas, así como el propio Merriwether un bloque de aminoácidos que había que incorporar al difícil proceso de construcción de la vida diaria de Davison). Tras un momento delicioso, algo cruel, Merriwether tiró del hilo.

—Sarah me ha contado que Mary le habló del apartamento. Os estoy muy agradecido, John.

Aquello liberó a Davison de su tensión.

—Sí, hemos oído que Sarah y tú estáis... cada uno por vuestro lado.

¿Podían brotar maldades de ese tipo de un buen corazón? Merriwether consintió, consintió a su propio alivio al hablar del asunto con alguien más.

—Sí, nos estamos divorciando.

—Debe de ser duro.

—Sí que lo es, John. Pero así están las cosas. Todavía no se lo hemos



dicho a nadie porque los niños más pequeños no lo saben.

—Lo comprendo. Lo mantendré en secreto.

¿A quién podía contárselo Davison? Era el hombre menos inclinado a los cotilleos que había en Cambridge.

—Te lo agradecería, John.

—Cuenta conmigo.

Davison se estaba inquietando. Ambos iban con bata blanca. Eso quería decir trabajo. Había mucho que hacer. Davison arqueó su cuello de jirafa, algo había llamado su atención. Pero no sabía cómo liberarse.

—¿Has encontrado apartamento?

—Todavía no —respondió Merriwether. Ahora era a él a quien le costaba hablar—. ¿Alguna idea?

Qué pregunta. Davison se quedó estupefacto. Aun así, una pregunta era una pregunta. Los ojos se desviaron de los gráficos nucleóticos al asunto del alojamiento. Por un momento recordó algo del apartamento de arriba, y luego recordó algo más. Se produjo una larga pausa. Merriwether dijo:

—Si Mary o tú oís hablar de algún sitio pequeño y bonito, decídmelo.

—Por supuesto, Bobbie. Esta misma noche se lo comentaré a Mary. —Entonces un maravilloso túnel se abrió para él. La inteligencia iluminó su largo rostro—. ¿Has visto el reportaje sobre proteína microtubular en *Science*?

—No, no lo he visto. ¿Interesante?

—De primera.

Y Davison se lanzó a una diatriba sobre unión de colquicina, axoplasma, precipitados de vinblastina y tampones de fosfato. Merriwether tuvo que intervenir, o, mejor dicho, retirarse.

—Lo buscaré, Johnny. Gracias por mencionarlo.

—Sí, ya me contarás qué te parece. —Se marchó, pero un vestigio del gusanillo social debió de picarlo. La larga espalda blanca se giró a la altura de la puerta—. Lo siento muchísimo, Bobbie —dijo, y se largó pitando. Fue algo magnífico; Merriwether lo abrazó (mentalmente).

No todo el mundo salió tan bien parado. En su estado de alerta semiparanoide en carne viva, Merriwether volvió a evaluar a todo el mundo según su reacción a la noticia. Maxim Schneider fue la primera decepción.

Los Schneider tenían un garaje a unos nueve metros detrás de su casa. Su segunda planta era un apartamento precioso. Un alumno ayudante llevaba cinco años viviendo allí, y Merriwether se había enterado en una reunión de la facultad de que se marchaba a Chicago. Aquella misma noche llamó a Max.

—Tengo noticias, Max.

—Has ganado el premio Nobel.

A Max le encantaba gastar bromas por teléfono, pero debajo de la broma, el radar de Merriwether sintió miedo en él. Desde que se dedicó a la historia de la ciencia, Max se había vuelto excepcionalmente sensible y susceptible al tema de los logros científicos de sus amigos. Aquello no era extraño, por supuesto; pero casi todo el mundo conseguía entrenarse para no sentir resentimiento ante los triunfos de sus amigos. Sin embargo, Max seguía mostrando especial sensibilidad a la menuda lista de honores de Merriwether. (Quizá él formaba parte de las coordenadas de logros de Max).

—Todavía no, Max —dijo, con la suficiente seriedad como para perforar la broma.

—¿Pasa algo, Bobbie? —Ahí estaba la calidez de la amistad.

—Supongo que sí. Tiene que ver con Sarah y conmigo. Llevamos una temporada con problemas. Hemos decidido divorciarnos.

—Guau. —Una larga pausa. Cuántos ratos habían pasado juntos, casi siempre en familia—. Me quedo hecho polvo, Bobbie. Vale, sabíamos que vuestro estilo era, no sé, de Nueva Inglaterra, que no erais gente expresiva. Nosotros os considerábamos la medida de nuestra vulgaridad. Aún lo vemos así. Me quedo de piedra.

—Nunca se sabe cómo le va a la gente en su casa. No fingíamos. Siempre nos lo hemos pasado bien con vosotros y lo mostrábamos. Pero no estábamos como tú y Jeanne estáis. Como yo creo que estáis.

—Supongo que no. Lo siento muchísimo, Bobbie. No sé qué va a decir Jeannie. Haremos lo que podamos por vosotros.

Durante años, conforme su matrimonio se despegaba, Merriwether tuvo conciencia del plural marital. Lo consideraba un escudo estadounidense contra la sospecha (de soledad, de perversión, de homosexualidad, de excentricidad). «Fuimos», «vimos», «Josie y yo», «Jeanne y yo». ¿Era una orgullosa bandera de dependencia o la pareja connubial existía solo en tanto

que pareja, al igual que los animales de colonias existían solo en colonias? Quizá manifestaba una necesidad genuina del compañero ausente. Él lo había usado, con seguridad, quizá años después de que solo ocultase un resto de amor.

—Podemos quedarnos con los niños un tiempo, Bobbie. A lo mejor Sarah y tú queréis marcharos solos para pensaros las cosas.

—Eso es amabilísimo por tu parte, Max. Creo que lo nuestro ya no se puede reparar. Pero a lo mejor sí que hay algo con lo que podéis ayudarme. Bueno, los dos vamos a tener que alquilar sitios para vivir. Sarah ha encontrado un piso justo encima de los Davison, y yo había pensado que, si Mitchison se marcha a Chicago, a lo mejor vuestro apartamento del garaje quedaba libre. Es muy bonito e independiente (no tendríamos que estar todo el día pegados). Y habría sitio para que los niños se quedasen.

—Es verdad que Mitch se va. Pero no se marcha hasta septiembre. Va a terminar sus rollos bacteriológicos este verano. Tendrías que esperar bastante.

Merriwether sintió, o creyó sentir, que un vigor propio de comerciante se imponía a la compasión.

—Podría meterme en un motel de momento.

Ahora estaba forzando, en contra de su naturaleza, pues de repente le quedaba claro que para los Schneider sería embarazoso que el desangelado Merriwether se quedase allí a vivir, que sería como una especie de amenaza de muerte doméstica para sus hijos, o para ellos mismos.

—A lo mejor no es buena idea, Max.

—No lo sé, Bobbie. Creo que alguna gente se lo ha pedido ya a Jeanne. Parece ser que los estudiantes de posgrado lo consideran una especie de perita en dulce. Pero le preguntaré esta noche y te informaré. Ojalá pudiésemos hacer que este asunto resultase más fácil para vosotros. Para los dos.

Aunque era un comentario de lo más correcto, Merriwether lo sintió como un adorno, más como un muro entre «el Merriwether aceptable» y «el Merriwether paria». Un paria paranoico (lo reconocía). Se sintió enfadado, se sintió desanimado, se sintió traicionado, y todo aquello al tiempo que reconocía lo irrazonable de su postura. ¿Alcanzaría a sus hijos la brisa de la sutil condición de paria? Aquello no era Beverly Hills, donde casi todos los niños tenían padrastra y madrastra, y dobles padrastras y madrastras. De

acuerdo, quizá les ahorrara a sus hijos una comodidad irreflexiva. Aunque en la vida contemporánea se oía hablar más de «los hijos de los hogares rotos».

—Ya encontraré algo, Max. Gracias de todos modos.

—Bobbie, llámame si hay algo que podamos hacer.

—Adiós, Max.

Como un profeta agitado, Merriwether intentó leer su licenciamiento deshonoroso en los rostros de sus amigos. Sentía una terrible debilidad en Cambridge. Una solidaridad vacilante. Sin embargo, la moral colectiva de aquel lugar era seguramente más alta que la de la mayoría de sus miembros. Una moral que se aireaba en los grandes textos de la humanidad, que se enseñaba cada año y a la que se aludía con algo más que cortesía, una moral refinada por los usos mundanos (a veces más allá de su aplicación). Sin embargo, en muchos rostros de Cambridge se distinguía un automenosprecio irónico. Al igual que los católicos de boquilla, que no dejaban de pecar pero se mantenían en el rebaño gracias a la confesión constante de su indignidad, los ciudadanos de Cambridge podían profesar votos de heroísmo, sacrificio, nobleza, caridad, grandeza y humildad, y al mismo tiempo desertar de ellos con solo una oleada de autocrítica. El cantabrigense medio probablemente actuase y votase de modo correcto en las causas que exigiesen demasiado a sus conveniencias, pero, en numerosos aspectos, Cambridge era más depravada que muchas comunidades que profesaban menos votos, o votos menos añejos. Las comunidades más simples, más pobres, en el campo, en el gueto, mostraban una solidaridad con los que tenían problemas que dejaba a Cambridge a la altura del betún. El dicho de *noblesse oblige* era allí algo más público que personal. O eso pensaba Merriwether en aquellos días extraños y decisivos en su vida. Su visión era externa, en su interior reinaba el caos, y pocas veces se daba cuenta de que dicha visión era parte de lo que distinguía en el exterior.

Comenzó a escribirles cartas a amigos y parientes en relación con su divorcio. Exponiendo su caso. Las respuestas lo llenaron de alegría; sus amigos eran amigos; todos los que respondieron daban muestras de comprensión. Timmy Hellman y George Nyswunder respondieron con la calidez de quien conoce la cuestión desde dentro. Con la lealtad de un buen amigo. Pero incluso las cartas más difíciles de escribir generaron respuestas aceptables. La más difícil de todas fue la que escribió a su tía Emilia, la

hermana soltera de su madre, su último parentesco cercano con la que para Merriwether era la generación que juzgaba. Emilia se había endurecido a base de años de soltería excéntrica. Tras jubilarse —enseñaba lengua inglesa en las escuelas públicas Lawrence— había comenzado a leer a Marx, y ahora, a los ochenta y tantos, organizaba seminarios marxistas en su casa. Llevaba sombreros rojos con alfileres y plumas, y largos vestidos de la época de su madre. Tenía un rostro afilado y peludo, una mandíbula larga y plana, inexpresiva, y una nariz cubista. Su aspecto y sus hábitos hacían de ella una celebridad local. La fama la había confundido aún más: se permitía lo que había reprimido, se levantaba las faldas para enseñar las piernas porque, según le habían dicho —hacía sesenta años—, las tenía bonitas. Las fotos de la tía Emilia enseñando los palos nudosos con los que caminaba junto a un jugador de béisbol de Boston arrancaron de Sarah la propuesta de internarla. Pero, tras aquel despliegue de colores, había una persona de hábitos más antiguos, más parroquiales, la guardiana familiar, la historiadora, la genealogista, la memoria y la conciencia de la familia. De vez en cuando la tía Emilia pasaba una noche o dos con los Merriwether. Contaba historias que llevaba meses ensayando, cocinaba su pudín indio y su estofado de cordero, famoso en toda la familia, visitaba a un antiguo profesor de inglés que había sido designado como su amor de juventud (cincuenta años atrás habían ido a algún concierto juntos) y recibía la risa de los niños como muestra de homenaje y amor (lo que, en parte, era). Su favorita era su sobrina política — que la despreciaba—. Escribió:

Querida tía Emilia:

Tengo una noticia difícil de contarte, una noticia que hasta a mí me cuesta pensar aún, pero debo hacerlo. No puede hacerse nada para solucionar la situación, ha estado latente durante mucho tiempo, quizá desde el principio, y, a pesar de que yo podía tolerar que continuase así por los niños, Sarah no puede.

La rasgó; se iba demasiado por las ramas. Incluso con los mayores, las almohadillas no dejaban de ser un cuchillo más.

Querida tía Emilia:

Tengo noticias tristes. Después de años y años de intentar seguir juntos, Sarah y yo hemos decidido divorciarnos. Es desgarrador en

muchos aspectos. El pensamiento de no vivir con los niños y la culpa por fallarles me resulta casi intolerable. Pero no hay alternativa. La situación entre Sarah y yo lleva años siendo imposible. Como siempre, hay gran cantidad de errores en todas las partes. Yo soy, sin duda, el que tiene más culpa. En su opinión, yo la he eclipsado y no le he dejado espacio para ser una persona. Ella reaccionó a su modo a esto hace algunos años. El resultado fue un infierno físico. Aquello condujo a otras cosas.

La respuesta llegó a los dos días. Era una Emilia nueva para Merriwether.

Querido Bobbie:

Así que, aunque hicisteis lo que pudisteis, no fue suficiente. Qué triste me resulta. Sin reproches. Yo no he tenido la experiencia del matrimonio. Siempre me han hablado de su armonía... y de sus problemas. Sarah y tú parecíais tener más armonía que problemas. Debo de haber estado ciega. Yo creo en los procesos que dominan la vida individual. Mi camino fue la soledad, la abstención; no lo elegí ni lo quise. He leído lo que Friedrich Engels dice sobre la familia, y gracias a él he comprendido algunas de las contradicciones que las familias presentan en sociedades como las nuestras. «La razón no es más que la sombra del sentimiento» —¿quién lo dijo?—, es cierto. Lo siento por ti, por Sarah y por vuestros maravillosos hijos. Tus padres se han librado de esta tristeza —eso es un soplo de aire cálido en medio de esta gélida noticia—. Si puedo ser de alguna ayuda, recuerda que soy tu querida, triste pero casi comprensiva

tía Emilia.

Merriwether le enseñó la carta a Sarah.

—¡Qué sorpresa! —exclamó ella—. Me asombra lo que la gente lleva en su interior.

Merriwether también le escribió a la hermana de Sarah a California.

Querida Pris:

Quiero escribirte yo mismo, porque cualquier dolor o dificultad que exista entre Sarah y yo se ve complicado por el afecto que profeso por algunas personas, como tú, que formaban parte de nuestra vida

común. Nadie podría haber sido mejor familia política que tú y James. Sois personas maravillosas. Perderos me produce una tristeza especial. La culpa de lo que ocurre en nuestro matrimonio es sobre todo mía, pero esa no es la cuestión. Sarah es una persona tan cercana a ti que sé que tu amor y tu apoyo serán una parte importante de su curación. Si alguna vez puedo ayudaros a vosotros o a vuestros hijos —muy queridos para mí—, sigo siendo, al menos de corazón, su querido tío. No sé si es costumbre escribir cartas así, pero yo deseaba hacerlo. No hace falta que respondas.

Robert

Pero sí que hubo respuesta.

Querido Bobbie:

Gracias por tu maravillosa carta. James y yo sospechábamos desde hacía algún tiempo que no todo era un lecho de rosas entre tú y Sag. Eso no significa que nos dé menos pena. Sois personas estupendas; ambos seréis más felices y llevaréis vidas más completas. Los niños también serán más felices cuando vean que vosotros lo sois. Si hay algo que podamos hacer, decídnoslo. Me imagino que te sentirás único, como si te alumbrase un foco en una especie de zona de desastre. Si te sirve de consuelo, que sepas que en clase de Peter hay más niños de «hogares rotos» que niños procedentes de los llamados «hogares completos».

Gracias por tu carta.

Abrazos de los dos para los dos,

Pris

## TRECE

Casi todo ahora estaba impregnado de la valencia de las últimas cosas: las últimas Navidades de su matrimonio, las últimas que pasaría en su casa.

Albie y Priscilla volvieron a casa. Aquella casa que había estado tan desprovista de compañía —la casa que Tom Fischer había bautizado como «el centro social de la biología estadounidense»— se llenó de amigos de los niños. Merriwether veía que George y Esmé (que habían traído a sus amigos a casa) florecían con sus vaivenes, las llamadas, los timbrazos, los paseos a pie y en coche, los juegos. Aquello sí que era vida civilizada, no la lobreguez de la televisión. No es que Merriwether no pudiese soportar el aislamiento —lo consideraba esencial—, pero la frialdad de la casa de Sarah —así lo veía él— asfixiaba a los niños.

Compró un gran árbol y lo decoraron todos juntos, con antiguos adornos; la casa resplandecía de color, muérdago, bolas de nieve, estrellas doradas, bayas escarlatas, agujas verdes, bastones de caramelo, túnicas color azul y zafiro para los Magos del nacimiento. Las ventanas de Acorn Street estaban llenas de guirnaldas y ángeles, y el *ginkgo* de los Melton estaba lleno de luces navideñas. Prepararon ponche de huevo y *glühwein*, con los paquetes apilados en los armarios de la planta baja. El día 24 de diciembre, Merriwether llenó los viejos calcetines familiares hechos a mano de naranjas, nueces, puzzles y cheques; el domingo bajaron en pijama a las siete. Merriwether encendió las luces del árbol: la moqueta estaba cubierta de paquetes que todo el mundo entregaba a todo el mundo. (El año anterior Albie no le había regalado nada a nadie, y la vergüenza le duró varios días, avivada por la frecuente proclamación de su bajeza por parte de George). Aquel año, Merriwether lo había apremiado a hacer regalos (aunque no hacía falta). Los regalos se abrieron lentamente para retrasar y redoblar la alegría,



todo el mundo se maravillaba ante los juegos de los demás, la ropa, los libros, los chismes. Sarah le regaló a Merriwether un jersey de un verde brillante — el año anterior no le había regalado nada—; él le regaló a ella la edición Pléiade de Mérimée y le dio un besito en la mejilla; ella sonrió y le dio las gracias. Merriwether iba por ahí con una cámara Instamatic, sacando fotos — Albie, con un atisbo del ingenio que lo había convertido en una estrella en el grupo de los Bowen, dijo: «¿Qué, conmemorando antiguos ritos?»—; recogió papeles de envolver y cajas y los echó al fuego. George estudió los planos de montaje de los cohetes —ningún fabricante montaba ya nada; la diversión estaba en montar las cosas—, Sarah preparó una montaña de huevos y beicon y calentó un bizcocho de café. Los niños apilaron sus botines, Albie contempló sus cheques con cierto desdén, señaló las virtudes de los regalos que él había hecho y sufrió las burlas de Priscilla, tras lo cual reconoció su exceso y se entregó a los prototipos de George. Esmé puso en marcha su nuevo radiocasete, Priscilla se probó la ropa nueva y comenzó a pensar en intercambiarla. El teléfono comenzó a sonar, se pusieron nuevos discos, y Merriwether realizó su lectura anual del cuaderno en que llevaba veinte años anotando las frases de los niños. «Mejor que fotografías». Para ello, los niños se sentaron alrededor de su silla de cuero. Él y Sarah tomaron café, y los demás, zumo de naranja. Los niños se sabían las historias, pero les encantaba aquel recordatorio anual de sus antiguas ingenuidades y ocurrencias.

—¿Qué había dicho Priscilla de la rueda, papá?

Encontró la página.

—Le pregunté a Priscilla (cuando ella tenía cinco años) cómo pensaba que se había inventado la rueda, y ella contestó: «Alguien intentó hacer un cuadrado y metió la pata».

—¿Y yo, papá? ¿Qué dije del hombre mono?

—Eso fue el día de Año Nuevo de 1968. Venía una historia en el periódico sobre otro hallazgo de primates por parte de los Leakey, y le pregunté a George: «Si encontrases una criatura y no pudieses determinar con seguridad si es un mono o un hombre, ¿lo meterías en una jaula o lo dejarías votar?». Y George respondió: «¿Por qué no dejarlo votar en una jaula?».

—Eso es lo que van a hacer con Albie —respondió George.

Albie levantó a George por encima de su cabeza.

—Una moneda por tus pensamientos, George.

—Una de Esmé en 1964, el 20 de junio. Estaba desilusionada porque no íbamos a ir a Marblehead. Le dije: «Lo siento, cariño, así es la vida». Y Esmé: «Todo lo malo es la vida».

Hubo risas.

—Lee la de las cartas de béisbol.

—Esa está muy atrás.

Hojeó el viejo cuaderno garabateado, un Royal Composition que había comprado hacía veinticinco años para tomar apuntes en la asignatura de Patología Humana (la primera página llevaba el encabezamiento «Fenómenos generales de la enfermedad»).

—Albie y Pris estaban intercambiando cartas de béisbol —prosiguió Merriwether—. Te daban un cuadradito de chicle con cada foto. Pris: «Le he cambiado a McDougall por el peor jugador». Albie: «Lo eligió ella». Mamá: «Se dice “lo eligió”». Pris: «Yo ni siquiera me sé los nombres». Albie: «Yo tampoco». Pris: «Pero a McDougall lo conocías». Aquí hay una: 16 de julio de 1958. Estábamos en Duck Isle. Albie (gritando desde la planta de abajo): «¿*De rien* significa “de nada”?». Papá: «Sí». Alb (a Pris): «¿Lo ves?». Pris: «¡Vale, pero no me pegues!».

—¿Qué tiene eso de divertido? —preguntó George.

—No sé. Todos esos momentos significan algo para mí.

—Son fantásticos, papá —dijo Esmé—. George no lo entiende todo.

—Entiendo exactamente lo mismo que tú. Sé lo que es divertido.

—No son siempre divertidos, George. Son como instantáneas. Solo te recuerdan distintos momentos.

—¿Lo ves? Tengo razón. Tú mismo acabas de decir que no tienen por qué tener gracia.

Por la tarde los visitó Fairleigh Bowen con Tim Frothingham. La Navidad de los Bowen era una cosita rápida; Fairleigh se pasaba la mayoría de sus Navidades en casa de los Merriwether. Era un muchacho robusto, rápido y abultado, lleno de saberes extraños, a la vez escéptico y abierto. «Hiponástico» era la palabra que su tipo físico le venía a Merriwether a la cabeza: el volumen de Fairleigh se concentraba en las piernas y en el trasero, su torso salía de él casi con delicadeza; su cabeza era un brote pequeño, oscuro, de ojos brillantes, una sorpresa digna de Beardsley en aquel tronco bajo. Era, de nuevo sorprendentemente, un gran atleta, de un desgardo veloz

y con gran instinto para la pelota. Dio el parte de las Navidades familiares.

—La mesa está llena de regalos, debe de haber como un centenar para los tres. Entramos después de desayunar, no decimos nada, cada uno abre lo suyo sin decir una palabra. De vez en cuando se oye un gruñido de papá. Cinco minutos más tarde, la habitación es un torrente de cintas y cajas. Damos las gracias al aire y cada uno se va por su lado, con su botín. Y el almuerzo igual. Somos de lo más salados.

—Solo os gustan las bromas.

—No, señor, es más maniaco de lo que le cuento. Tragamos, eructamos, nos largamos. Y se acabó el cumpleaños del señor Cristo.

Tim era otro invitado semipermanente de las vacaciones. Un muchacho largo, rubio y taciturno que solo volvía a la vida cuando tocaba la guitarra.

Llevaba nevando a base de bien desde el mediodía; las calles parecían Siberia. George quería una pelea de nieve. Todo el mundo menos Sarah salió a la calle con guantes y botas. A las cuatro, la luz que bañaba la nieve era la luz extraña, triste y medio brillante de los días nevados.

Mientras los demás cafreaban arriba y abajo, aplastando, lanzando, persiguiendo, Merriwether miraba desde las escaleras. Si retrocedía al rectángulo, parecían siluetas; sus voces tomaban la forma de las burbujas de cartón de su aliento. Las farolas, unos fluorescentes azulados bajo tapas de hierro, tomaron el relevo de la luz de la calle.

—Te quiero, Acorn Street —dijo Merriwether.

Lo llamaron. Corrió por la calle con su chaqueta a cuadros de leñador y sus botas altas, aplastó nieve, lanzó, y luego empezó a recibir proyectiles. Esmé corrió en su defensa, y luego Priscilla, formando un núcleo al estilo Custer dentro de los indios que se bamboleaban y lanzaban bolas de nieve. Priscilla arrojaba como Albie, Esmé con el codo pivotante y la cintura oscilante de la muchacha clásica. Merriwether, esquivando y recibiendo impactos, consideró la diferencia. (¿Estructura ósea? ¿Cantidad de estrógeno? ¿La tutela precoz de Albie?). Había mucho en sus hijas que venía señalado por aquel estilo al lanzar: Esmé, que despreciaba los juegos, soñadora, poeta, amante de los cuentos de hadas, y Priscilla, competidora, corredora y boxeadora (a juzgar por las jactancias de Albie y las quejas de George), con una feminidad más práctica, que apenas usaba maquillaje.

Fairleigh dio un salto —un tronco con alas—, cambió de chaqueta y se

lanzó sobre Albie; Tim convocó un ataque general. Albie y Fairleigh se convirtieron en hombres de nieve, Priscilla se lanzó sobre ambos. Un sálvese quien pueda. Merriwether se retiró y se dedicó a observar desde las escaleras. Cargaban como Panzer en miniatura, les salía el aliento en burbujas. Estaban agotados. Caminaron de vuelta desde el extremo de la calle cercano a Hawthorne, una fila nevada de teutones. Con los rostros iluminados como bolas de acebo. Se quitaron la nieve en el porche, golpeando los pies en el suelo, sacudiendo los gorros, mitones y bufandas contra las columnas.

—Acorn Street va a estar bastante tranquilo el año que viene —dijo Albie.

Bebieron sidra y *glühwein*. El fuego seguía encendido gracias a una mezcla de troncos y cajas de Navidad. Iluminó los ojos, las mejillas, los tubos plateados de los modelos de coches de George, los atizadores de metal y las palas; a Merriwether nunca le había parecido tan hermoso. Sarah, feliz en aquel momento como Merriwether no era capaz de serlo, llevaba una chilaba africana que le habían regalado Priscilla y Albie. Era blanca y festoneada de rojo, y la alargaba, aligeraba su robustez, resaltaba su color navideño, sus mejillas rojas, sus ojos negros, su piel clara. «Podrá encontrar a alguien», pensó de repente Merriwether, feliz ante el pensamiento, después intranquilo. Cuando es buena, pensó. Fue a buscar más *glühwein* para poder pasar junto a ella y darle una palmadita en el brazo. Ella sonrió con dulzura y tristeza, pero no lo miró.

Tim trajo la guitarra de Priscilla de su habitación —a Merriwether siempre le asombraba la facilidad con que los jóvenes entraban a los sitios sin preguntar— y se puso a aporrearla para tocar villancicos: unos franceses, que cantó solo, unos alemanes, que cantó con Fairleigh, unos ingleses con todo el mundo. Merriwether vigilaba el fuego, llenaba vasos, pasaba galletas de Navidad, *pfeffernüsse*, medias lunas de almendras, estrellas amarillas con corazón de mermelada. Esmé fue escaleras arriba para poner nuevos discos, George a leer *El hobbit*. Llegaron dos niños más —arcos en lo que Merriwether llamaba «el círculo de Fairleigh»—, hubo una discusión en voz alta que, felizmente, no discurría en contra de jugar a los bolos, sino sobre los errores de los poderosos. Tim habló de las décadas que habían malgastado Einstein y Newton, Fairleigh de los bajos coeficientes intelectuales de los pintores. Cada muchacho parecía gozar de una especialidad que él adivinaba.

«Hijos de profesores», pensó Merriwether. Evangélico y paternal, sugirió que habían adquirido demasiada familiaridad con hombres de éxito.

—Os metéis con su comportamiento social, que es normalito, en el mejor de los casos. Lo que cuenta de esas personas es la obra que hacen en privado, las cosas que puede que tengan que hacer una y otra vez hasta que quede bien. Por eso dicen que la tenacidad es tan importante.

—Entonces dices que en realidad no existe el talento especial.

—No. Solo que uno de sus ingredientes es el ansia de soluciones. Y cierto olfato para las soluciones a medias. Una falta de disposición a detenerse antes de que el resultado parezca, suene, o funcione bien.

Estaba hablando para Albie, recto y estrecho de miras.

—Ensayo y error es el método que usan los ratones para buscar el queso en las trampas de laboratorio.

—Eso habla bien de los ratones, no mal de los humanos. Pero los ratones viven solo en el presente. Los humanos se esfuerzan hasta que la pintura ha quedado bien, hasta que la política económica reduce la inflación, hasta que el tumor desaparece.

Sarah, haciendo una aplicación doméstica de su paciente tenacidad, dijo que aquello empezaba a parecer una clase.

—Voto por los villancicos.

—Madre —replicó Albie.

—Estoy de acuerdo —dijo Merriwether—. Menos palabras y más música.

Pero la «conciliación» connubial era condescendencia en ese momento. Hubo un pequeño enfriamiento en Sarah que al cabo de pocos minutos se dispersó por la habitación. Los muchachos se fueron arriba, Sarah y Merriwether se sentaron a solas, carne muerta entre el estruendo de arriba y los pequeños ruidos del fuego en el salón. Ambos estaban a punto de hablar. Pero ¿qué había que decir? Merriwether se levantó para mover los troncos. El movimiento puso en movimiento a Sarah. Subió a la planta de arriba. Él consiguió decir a voces: «Ha sido un día bonito». Ella consiguió decir: «Sí».

## CATORCE

Conforme se acercaba la fecha del juicio de Sarah, en febrero, Merriwether se iba sumergiendo en la nostalgia y la melancolía. «Este es el último lunes de mi vida de casado». Y el mismo día: «Así que ya está aquí. Se acabó todo». Aquella mañana su clase en la universidad versó sobre la prueba necesaria para pensar que el núcleo genético se había formado a partir de la simbiosis de dos organismos.

—Al igual, por ejemplo, que la palabra «cualquiera» es independiente de «cual» y «quiera», y sin embargo es claramente su producto, la capacidad de transmisión antigua y más bien inflexible del citoplasma ha dado paso a este método, que da fe de una organización soberbia.

La analogía que tenía anotada era el matrimonio, pero aquel día aún no podía hablar de la «unidad familiar de transmisión». Había una fuga en la analogía. El divorcio no era mitosis, dividir para reproducir, ni era muerte. Sería la separación de los elementos simbióticos en criaturas independientes.

Estaban a principios de invierno. Los minúsculos céspedes de Ash, Acacia y Acorn Street estaban salpicados de nieve sucia, los perros del vecindario soltaban sus excrementos en cilindros humeantes —¿por qué no adoptaba Cambridge el sistema de recolección de excrementos de Londres, y las multas para los infractores?—.

Mañana, una nueva vida. Estaba listo. Había experimentado las alegrías y las dificultades de la vida familiar, seguiría guardando unas cuantas, y siempre, siempre, vería a los niños crecer para intentar arreglar todo lo que se hubiese estropeado a causa de lo que él y Sarah habían hecho. Pero, de momento, un nuevo comienzo. La noche anterior había intentado «drogarse» viendo la televisión. Había durado hasta la mitad del *Late Late Show*, el programa de debate que empezaba tras la medianoche, y no recordaba nada

después del león de la MGM. Tenía solo una conciencia fantasmal de aquella noche, de su última noche como marido, de George y Esmé durmiendo a metros de distancia de la televisión. Estos seguían sin saber nada. Él y Sarah habían acordado contárselo durante las vacaciones de Pascua, en abril.

Se fue a dormir y se sumergió en un remolino de problemas inarticulados. Jugaba en el partido final de la National League, y él mismo era un héroe que embestía contra el mariscal de campo para bloquear sus pases, lanzaba de modo imparable y luego acudía a la zona de defensa, donde derribaba a los contrincantes y literalmente arrojaba al mariscal de campo, tras cogerlo con una mano, casi veintitrés metros más atrás. Después durmió un rato.

Sarah y él se sentaron en la rinconera. No dijeron nada pero lo sintieron: «El último desayuno de nuestra vida de casados». Veintidós años. Sarah llamó a George y a Esmé, se abrigaron, Merriwether les dio un beso de despedida y ya en la puerta le tocó el hombro a Sarah.

—Espero que todo vaya bien, Sarah.

—Ya era hora.

Su cita con el tribunal era a las dos. Él llegó temprano a casa.

—¿Qué tal fue?

—Rápido y horrible. Lo peor fue al principio. Sullivan leyó todo lo que tenía que decir sobre ti. No sabía si aguantaría. Tina igual. Dev solo tuvo que confirmar. Al tribunal le importaba un pimiento, era como una cadena de montaje. Supongo que el juez se portó bien.

—¿Cómo era?

—Apenas lo recuerdo. Ni lo miré. El juicio entero no duró más de diez minutos.

—Así que ya no estamos casados.

—La resolución final no sale hasta dentro de un tiempo.

—Supongo que será mejor que empiece a ponerme las pilas para buscar un piso.

—¿Qué pasa con el garaje de los Schneider?

—Me da la impresión de que no me quieren por allí. Sería una calavera doméstica para sus hijos.

—Espero que encuentres pronto un sitio donde vivir.

—Lo estoy intentando, Sarah. La oficina de alojamiento de la universidad

dice que los pisos suelen quedar libres como a principios de marzo, que es cuando empiezan a entrarles alquileres.

—Supongo que podremos arreglárnoslas hasta entonces.

—Había pensado que podríamos arreglárnoslas hasta que termine el colegio de los niños.

Ella negó con la cabeza y se fue a la cocina.

De no ser por el hecho asombroso de no estar ya casado, tras haberlo estado desde que nació Albie, no tenía más sensación de cambio.

A pesar de todo, al día siguiente, cuando volvió de trabajar, regresó a una casa que ya no sentía como suya. Ahora era —al menos hasta junio— de Sarah. El día anterior era suya. Y ahora él estaba allí porque Sarah lo toleraba; ella podía echarlo, legalmente, al igual que tres o cuatro veces lo había echado emocionalmente. Era una sensación extraña para él. «A lo mejor esto es lo que sienten las mujeres». Ni siquiera cuando estaba compitiendo por su contrato se había sentido así.

«Soy libre sin ser libre», pensó Sarah. «Otra vez se aprovecha de mí». Seguía cocinando (o saliendo a cenar con él y con los niños), echaba sus camisas y sus calzoncillos a la lavadora y luego los separaba; cada vez que los echaba a la lavadora, cada vez que los separaba sentía una humillación. Él pasaba en casa la mayor parte del tiempo, y nunca había sido tan dulce con los niños. George y Esmé se colgaban de él en cuanto entraba por la puerta. «Está intentando paralizarme con lo mucho que los quiere, como siempre». No podía soportarlo, no soportaba verlo leyendo en su sillón de cuero, no soportaba sentarse junto a él en el sofá cuando comían frente a la televisión. Mientras las tribulaciones domésticas de Dick Van Dyke apenas arrugaban el éxtasis de la domesticidad familiar, allí estaba él, sentado, riéndose y comiendo la comida de ella (un filete ruso recalentado de la marca Stouffer; Sarah no tenía fuerza para nada más). Día sí, día no, Merriwether sugería que comiesen abajo. «Estoy muy cansada», decía ella, o «Quiero ver el patinaje artístico de las Olimpiadas». No pensaba aguantar ni una clase más durante la cena.

No soportaba verlo bebiendo vino ni viendo las noticias. «Algunas personas no tienen tiempo para ver las noticias». (Mirando a los niños). «Ni siquiera para leer el periódico». Cuando los llevaba al colegio por la mañana,



él se quedaba terminando el *Times* con su albornoz azul desgarrado; ella sabía que se lo ponía para subrayar la falta de cuidado de su esposa —que ya no era su esposa—. (Eran los símbolos que se echaban en cara uno a otro).

Aquellos días era como si hubiese diez mil esquirlas de cristal entre ellos. En lugar de aire, cristal. El cristal era dolor. Es decir, si se movían, si se decían algo uno a otro, el cristal se movía, y resultaba doloroso. Imposible; pero no imposible, porque allí estaba él; y cada día añadía más cristal al espacio que había entre ellos. No hacía tanto tiempo que no había nada, un espacio neutral, si no reconfortante, tampoco incómodo. Y antes de aquello, un espacio cálido; qué bien que el otro se encontrase al otro lado de la mesa giratoria, de la taza de café, la de él, la de ella, la misma que usaban ahora, la de él, azul con enredaderas grises; la de ella con rayas verdes, compradas en el mismo almacén al mismo tiempo. Compradas por ella. Con el dinero «de él». Aquella vieja división del trabajo o del amor se había convertido en cristal y clavos. Todo lo que los había unido ahora los separaba. Allí, en la rinconera que quedaba junto a la iluminada cocina, que quedaba junto al comedor con revestimiento de madera, que quedaba junto al vestíbulo, que quedaba junto al salón, que quedaba junto al salón acristalado, que quedaba junto a la planta baja de la vieja casa, allí, en aquel rincón seguro, frío y cristal.

El dolor encontraba su expresión en el dinero; el dinero era el vehículo del odio. Mucho de lo que se dice en los inicios de la pasión comienza con el dinero; y casi todas las conclusiones humanas poseen una superestructura económica.

Sarah nunca había sido avariciosa. Al contrario, pensaba que lo material estaba corrupto; al crecer había luchado contra las comodidades de su propia casa, y desde que trabajó en los centros para personas sin recursos tutelando a niños pobres, especialmente desde entonces, la vergüenza que le inspiraban las comodidades se revestía de una fuerza ascética. Ahora se enfrentaba al problema de tener que dar cuenta continuamente de su propio alojamiento y comida; sentía que el dinero era una amenaza, es decir, un arma, un arma que se usaba contra ella, un arma que ella podía usar en su defensa.

Cuando ella y Merriwether se sentaron a elaborar un acuerdo, lo principal para ella había sido una división rápida, sencilla y razonable. Ahora sentía el

peso de los bienes como cosas que solo podían sustituirse con dinero. El dinero era su —justa— parte de los ingresos de Merriwether (más lo que ella pudiese ganar como profesora de mediana edad en un mundo que no derrochaba el dinero en esas personas). Un día recibiría un dinerito de sus padres, ese tipo de dinero que uno podía permitirse despreciar, pero ahora tenía que luchar por su vida económica, por su capacidad de mantenerse, independientemente de él. Y él no era ningún Rockefeller, ni por la cantidad de dinero que tenía ni por generosidad.

En el acuerdo daba la impresión de que ella salía bien parada; pero nunca se sabía, el mobiliario podía romperse; el seguro del bloque de pisos cubría solo el espacio, no los bienes, ella tendría que asegurar los bienes del hogar, y luego estaba el seguro del coche, y el seguro de salud. ¿Y si se estropeaba el coche? ¿Y si se estropeaba ella?

Era una época de tremendas preocupaciones para ella, y mientras tanto tenía que seguir adelante. Tenía el título al alcance de la mano, y después de él llegaría un trabajo, uno u otro. Tendría los exámenes el mes antes de la mudanza de la casa; no sabía si podría con todo.

Merriwether vio solo el áspero exterior: que Sarah se endurecía, maldecía.

—Qué mierda más grande —le contestó una vez ella cuando él le dijo que no pasaría apuros económicos.

Nunca había usado esas palabras. Eructaba y soltaba gases sin disculparse. Una vez que él, enfadado, le frunció el ceño a George por hacer lo mismo, ella soltó:

—¿Cómo te atreves? Son cosas que no se pueden evitar.

—No creo que un niño de once años carezca de control sobre los músculos de su esfínter —respondió él—. Si se produce un lapso, la lengua puede responder de él.

—Lo que crea incomodidad es la atención que le prestas al asunto.

Dolorida en todos sus orificios, Sarah siguió soltando palabrotas, pedos y eructos. Merriwether lo relacionó con lo que él consideraba su nueva avaricia. «Quizá es que, conforme aprieta por un lado, tiene que dejar salir por otro». (No había leído la literatura psicoanalítica sobre el dinero y los excrementos). Lo peor era el desayuno. La baja presión arterial dificultaba los movimientos de Sarah. Merriwether suponía que él era como su café matinal. Iba tras él preguntándole sobre el dinero en la casa —él le había preguntado

por un cheque, y añadió que ya era hora de que separasen las cuentas bancarias—, sobre su racanería, sobre las vidas depauperadas que les había obligado a llevar todos aquellos años.

—¿No podríamos pasar las últimas semanas en paz?

—Para ti es fácil decirlo. Pero me persigues hasta por el último penique.

—Solo de vez en cuando, por doscientos dólares.

—Necesitábamos una secadora nueva desde hacía un año.

—Y ¿no habría sido más sencillo esperar a que te mudases?

—He advertido que sigues poniendo las camisas en la cesta.

—Es injusto, lo sé. Haremos la colada por turnos.

—Pues será mejor que te acostumbres.

—¿Tan difícil es?

—Nada es difícil para ti cuando soy yo quien lo hace.

—Hasta ahora, no. Te estoy agradecido.

—Conque estás agradecido. Vete a la mierda.

Esa noche, cuando llegó a casa, se encontró una nota suya en la cama. (No llevaba ni saludo ni firma). «Tendrás que marcharte, encuentres piso o no. Tienes hasta el 20 de marzo. Puedes llevarte: tus libros, la cama de tu abuela» (era en la que él dormía ahora), «la consola oriental de tu madre, los regalos de los niños, tu escritorio y la lámpara, etc., los babuinos de Brueghel» (una reproducción de los dos monos encadenados a una ventana con barrotes que había comprado de broma en la Albertina como regalo de aniversario en un momento en el que aquello hacía gracia), «el vaso azul...» (una costrosa taza azul de Sicilia en la que guardaba los lápices; se lo había regalado ella por su trigésimo quinto cumpleaños y se le había caído en el momento de dárselo; él había intentado pegarlo de nuevo, pero no había quedado bien).

Había como siete cosas más, incluyendo «la vajilla de porcelana de la boda». (¿Aquello significaba que no organizaría cenas?). Él rechazaría ese recuerdo, aunque había habido un centenar de cenas maravillosas —en su opinión—, tras las cuales él y ella habían lavado los platos en la cocina, felicitándose uno a otro por el éxito de la cena y recordando los momentos elegidos, los mejores comentarios.

«Algunas ollas sobrantes». Eso sí se lo llevaría. Otro mundo. Se

compraría un libro de cocina. ¿Le daba ella las ollas como recordatorio de que se había librado de aquello durante veinte años? ¿Demasiado? Nada era demasiado. Quizá fuera un estallido de consideración. Una forma de quitárselo de la mente y de la conciencia.

Bajó las escaleras; Sarah estaba tocando el piano. Él se detuvo al lado y esperó a que ella levantase la mirada.

—¿Sí?

—Hay unas cuantas cosas más que significan mucho para mí. Si quieres vivir en medio de mis fantasmas familiares, de acuerdo, pero si no me gustaría llevarme el escritorio de mi abuelo y la vitrina de la cristalería que está en el vestíbulo de arriba.

—Llévatelos. De todos modos, no los quiero.

—Y quiero que tú (o los niños, en cualquier caso) tengáis al menos la mitad de los libros. Quiero que estén rodeados de libros.

—Tienen un montón de libros. Ya solucionaremos los detalles después. Lo principal es que te marches.

—¿Te resulta tan insoportable?

Ella levantó la vista del piano, cogió el cigarrillo del cenicero que reposaba sobre el borde de caoba (había comenzado a fumar constantemente) y le dio una profunda calada; la vio sacar fuerza y paz del repulsivo (para él) cilindro. Después respondió, con calma:

—Es insoportable, sí.

Las noches, con su hinchazón insomne y su latido cardiaco, eran lo que peor llevaba. Las combatía con Sominex, música en el transistor que había junto a la cama, libros. Durante el día, estaba su rutina, acerca de la cual él ahora acarreaba la noción de que era pasajera. La casa le parecía lujosa, el café y los periódicos en la rinconera eran para él un pequeño paraíso. Bajaba las escaleras, subía Acorn y Ash Street, cruzaba Brattle Street hasta Agassiz, atravesaba el Cambridge Common, rodeaba el laboratorio de física y entraba en el cuadrángulo de sus propios laboratorios. Gran parte de su vida se hallaba en ese paseo.

Veía poco a Cynthia aquellos días. La ansiedad había consumido la energía del amor, la energía sexual, el exceso que provocaba ternura y generosidad; sus sentimientos cercaban a George y a Esmé. Por suerte Cynthia tenía una cantidad de trabajo impresionante. Estudiaba japonés siete

u ocho horas al día. Sin embargo, la soledad se le colaba por los huecos. Notaba que Merriwether necesitaba permanecer cerca de lo que iba a abandonar, pero ese mismo sentimiento evocaba un contrasentimiento de rencor: que ella era secundaria. Aquello le abría la mente a la oscuridad. No podía pensar; solo sentía la náusea del vacío. Cuando se sumergía en aquel pozo, lo llamaba, y él acudía para reconfortarla, abrazarla, yacer junto a ella. La mayor parte del tiempo ella contenía sus deseos de que él fuese más demostrativo, pero de vez en cuando no soportaba el rencor que notaba que a él le inspiraba su debilidad. Cuando se hallaba en ese estado de ánimo, veía la sonrisa de Merriwether como músculos estirados y dientes desnudos, y su ternura le parecía solo una cuestión de presión y gestos. Insoportable. «Es solo una transición, cariño, son solo estas semanas horribles». Pero el tiempo carecía de sentido para ella. El tiempo no eran semanas ni minutos. Estaba fuera del terrible vacío que era todo lo que ella era. «Las semanas no significan nada para una persona muerta». Él no lo comprendía, o fingía no comprender.

Sin embargo, normalmente las cosas eran más fáciles. Él iba, bebían vino, jugaban a las cartas, repasaban los acontecimientos del día, los chicos que intentaban ligar con ella en clase, los rollos de los profesores, los de ella, los de él. Casi nunca salían. Él traía vino y *delicatessen*, comían y bebían, veían las noticias, y a veces montaban fantasías alrededor de ellas.

—Kissinger tiene una aventura con la señora Mao.

Kissinger había sido hacía mucho un antiguo compañero de Harvard, un hombre achaparrado que dirigía las clases de verano para los estudiantes extranjeros. Merriwether había comido con él una vez en una reunión de comité que hizo poco más que decidir disolverse.

—Ya sé lo que hay detrás de tanta visita a China —prosiguió—. Se la está preparando a Nixon. Cuando los veamos revolcándose juntos, sabremos que las relaciones se han normalizado. Todo este rollo diplomático es solo una tapadera.

Cynthia estaba sentada con el trasero desnudo, vestida con su camisa vaquera, y el pelo sujeto con una cinta. Lo abrazó y se revolcaron por el sofá cama.

—«Nixon y la esposa de Mao retozan amorosamente ante miles de millones de personas hambrientas de amor». Ese es el objetivo de tanto

intercambio este-oeste.

Ella seguía elaborando redes de orgías mundiales, con el difunto De Gaulle y Jackie Onassis, Martha Mitchell y Jomo Kenyatta, Spiro Agnew «atado desnudo, cara a cara, con Pat Nixon», de quienes se toman fotos que se mandan al *Life* y al *Paris Match* «a no ser que Nixon detenga los bombardeos».

Dos o tres veces a la semana, Sarah le escribía notas. Se las encontraba en la cama, escritas a lápiz en su propio papel de cartas. (Estaba demasiado agitada para mostrar delicadeza). En su mayor parte eran defensas de su conducta y de las acusaciones que él había formulado contra ella. Se veía incapaz de decirle aquellas cosas, no confiaba en su voz en presencia de él; sentía que él siempre quedaba por encima de ella.

Una nota era una defensa de sus años de rechazo sexual. En ella decía que era una mujer cálida por naturaleza, pero que le había quedado claro que él no la quería como persona, sino solo por ser la mujer más cercana disponible. Él escribió en la parte inferior de la nota: «Lo comprendo. Es natural que no quisieras mantener relaciones íntimas con alguien que sentías que no te respetaba». Bajó la nota y se la tendió. Tras la cena —él se preparó una hamburguesa, pero comió con ella y con los niños delante de la televisión—, ella le tendió otra nota: «A lo mejor tenía que haberte dicho lo que me ocurría. Pero no está en mi carácter abrirme de esa manera». Él escribió en tinta sobre la frase a lápiz: «Ojalá lo hubiese estado». La nota de Sarah continuaba: «Si el sexo es la base de la relación con tu novia, no me parece suficiente». Merriwether tachó con tinta «es la base» y escribió «fue el origen». Merriwether le entregó la nota corregida y dijo:

—Cada vez que dices «tu novia», haces que parezca una maldición.

—La compadezco.

En otra nota le pedía que pagase los impuestos sobre la casa. Él contestó que ahora la casa era suya, y que ella tenía más dinero que él. Ella dijo que llamaría al abogado.

—¿Qué ha dicho Sullivan? —le preguntó él después.

—Ha dicho que yo era legalmente responsable de los impuestos. Pero que mientras estés aquí deberías pagar un alquiler. Así que mejor que no quedés mucho.

—Hasta ahora he pagado las facturas; pero pagaré la mitad de los impuestos.

Ella se lo tomó bien durante unos cuantos días, y de repente, tras seguirlo hasta la televisión, le dijo un día:

—Qué listo has sido al pasarme la propiedad. Así me pones a mí como responsable.

Él distinguió el ritmo químico que subyacía bajo su furia acallada, pero murmuró algo así como que estaba legalmente obligado a transferírsela.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —le preguntó Sarah.

Ella llevaba una bata de franela hasta el suelo, atuendo que la hacía parecer especialmente vulnerable y casi podía recordarle la pena que le inspiraba su infelicidad. El agotado rostro que se alzaba sobre el cuello de encaje de la bata estaba veteado de rojo, los ojos brillaban a causa de la batalla que buscaba, del dolor que sentía, del odio que le inspiraba él; Merriwether sintió algo cercano al miedo. ¿Quién sabe de lo que sería capaz Sarah en ese estado?

—¿Qué haces aquí? Lárgate —añadió ella.

—Ni siquiera se lo he contado a los niños.

—Pues cuéntaselo.

—Pensé que habíamos acordado hacerlo dentro de dos semanas.

—Tú has asumido que yo estaba de acuerdo. Como haces siempre que te conviene. Cuéntaselo a los niños el domingo. Diles lo que quieras. Yo les diré que estaba al borde del colapso y que lo habría sufrido si te quedabas. Todo el mundo dice que es inaudito que estés aquí.

—Es poco frecuente. Yo solo pensaba que habíamos decidido apañarnos para que los niños siguiesen estando tan bien como han estado hasta ahora.

—No puedes seguir usando a los niños para hacerme daño a MÍ.

—Sea lo que sea lo que te ha convertido en un monstruo, lo odio. Le ruego a Dios que si hay un infierno tú y yo ardamos en él por lo que nuestra monstruosidad está haciendo.

—¿Haciendo? ¿A quién?

—A George y a Esmé. Por no hablar de los demás.

—No son ellos los implicados. Somos...

Y consiguió pronunciar un «NOSOTROS», a pesar de que incluirse con

él en un pronombre le daba temblores, a pesar de que realizaba esta última afirmación sobre él bajo el techo donde habían vivido los últimos días de su vida común, aunque desde hacía largo tiempo sin armonía y con camas separadas, y, desde hacía seis semanas, ya sin matrimonio.

El domingo por la mañana que Merriwether había esperado con ansiedad durante meses, para el que llevaba tanto tiempo ensayando por la noche, era un domingo templado y hermoso. Habían decidido que hablarían con los niños al mismo tiempo, pero Esmé había salido después del desayuno, así que Merriwether pensó que sería mejor contárselo por separado.

—George, ¿quieres venir aquí un momento? —El «aquí» se refería a la antigua habitación de sus padres. Sarah estaba tumbada en la cama, y Merriwether sentado en el borde; George entró y saltó entre ellos—. Mamá y yo queremos decirte algo importante.

Del rostro del niño brotó una tensa sonrisa. Aquello no era lo de siempre. Se puso a hacer flexiones en la cama, pero Merriwether le plantó la mano en el hombro mientras empezaba a hablar y George prestó atención.

—A lo mejor lo que voy a decirte te suena mal durante un tiempo, pero mamá y yo lo hemos hablado y estamos seguros de que es lo mejor para todos nosotros. —George levantó la vista; la sonrisa seguía allí, aunque comenzaba a desvanecerse—. Ya sabes que mamá y yo tenemos nuestras peleas y nuestros conflictos. Bueno, pues hemos decidido que podemos ser mejores amigos y mejores padres si no tenemos que vivir juntos como marido y mujer. Eso provoca una tensión tremenda en la gente, especialmente cuando se trata de gente tan distinta como mamá y yo. —George había agachado la cabeza—. Así que dentro de un tiempo viviremos en lugares separados. Pero, y eso es lo que cuenta, ambos os queremos a ti, a Esmé, a Albie y a Priscilla completamente. Siempre seremos vuestros padres, trabajaremos juntos para vosotros.

George se puso a llorar. Sarah y Merriwether le pusieron las manos en la espalda y la cabeza.

La puerta de abajo se abrió.

—Esmé —llamó Merriwether—. ¿Puedes subir un momento? Mamá y yo queremos hablar contigo.

George se escurrió cama abajo y corrió con la cabeza gacha a su



habitación.

Sarah y Merriwether cruzaron una mirada, olvidando su guerra. Sarah tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Ahora es difícil —dijo—. Pronto se les pasará.

Esmé subió.

—¿Qué pasa? —Su rostro delicado parecía confuso, pero había control en él, la dignidad de la preparación.

—Acabamos de hablar con George, cariño —respondió Merriwether—. Tú ves aún con más claridad que él que a tu madre y a mí nos está costando un montón llevarnos bien últimamente...

—¿Os vais a divorciar? ¿Eso es?

—Vamos a vivir separados, sí. Porque es mejor para las personas que más queremos en el mundo, para ti, para George y...

—No pasa nada —dijo—. Ya me imaginaba que ibais a hacer algo así. Lo comprendo. —Estaba pálida y con los labios apretados; le brillaban los ojos y tenía los músculos de las mejillas tensos.

—Queríamos hablar de...

—No tenéis que decir nada. Por mi parte no hay problema.

Se dio media vuelta, bajó las escaleras y salió por la puerta.

Merriwether entró en la habitación de George. Estaba en la cama, debajo del submarino amarillo, con la cabeza en la almohada, llorando. Merriwether lo estrechó entre sus brazos, con la espalda de George contra su pecho. El muchacho miró a su alrededor y vio a su padre llorando —cosa que nunca había visto—; se dio la vuelta y lo abrazó.

Sarah, con su chilaba, se acercó a la puerta, los vio, se quedó un momento mirando, entró, le tocó la cabeza a George, y regresó a su habitación.

—Voy a ver qué pasa con Esmé, George. Ahora vuelvo.

Esmé estaba sentada al sol en el escalón del porche, con los brazos alrededor del torso y el rostro denso a fuerza de pensar.

Merriwether, sintiendo su dignidad, no se sentó junto a ella.

—Todo irá bien, cariño.

Ella apartó la cara.

—No es tan difícil para mí, a mi edad, papá. Es peor para George. Esas cosas me resultan familiares.

—Te quiero mucho, Esmé, cariño. Siempre estaré contigo. Me alegro mucho de que no sea tan duro para ti. Pero a lo mejor pasas por momentos difíciles. Mamá y yo haremos lo que podamos para ayudarte.

—Gracias. Creo que prefiero estar sola.

La voz llegó hasta el borde de las lágrimas, que ella no quería que su padre viese. Sintiendo un amor de una profundidad absolutamente nueva en su vida, Merriwether se resistió a cogerla en sus brazos.

—Te quiero, cariño —dijo, y volvió a entrar en casa, para ir a ver a George.

Se quedaron juntos, sin hablar, unos minutos. George lloraba y dejaba de llorar. Luego, agotado, sonrió. Merriwether dijo que era hora de pasar un buen rato ahora que había pasado lo malo. Sacaron los guantes de béisbol y se pusieron a jugar en la calle.

Una semana más tarde, a Merriwether se le ocurrió que los momentos que habían pasado abrazados en la cama eran seguramente los mejores que George y él pasarían juntos; era el amor más fuerte que dos seres humanos podían sentir uno por otro sin sexualidad (su ausencia lo hacía más fuerte). «Tú, que estás hecho de mí, formado de —y contra— mí, tú, a quien he visto crecer desde que eras un bultito, tú, George Merriwether, a quien puse nombre y que —si Dios quiere— me llevarás en tu mente años después de que muera, tú, mi querido hijo...». Nada en la vida de Merriwether se había acercado siquiera al amor que escondía aquella declaración silenciosa.

# **CUARTA PARTE**

## QUINCE

El felpudo estaba a un lado, no colocado ante la puerta de entrada. No era la única señal de una hospitalidad retirada. Las listas de goma que formaban el «BIENVENIDOS» se habían desgastado: quedaba un ENV manchado, que recordaba a las siglas de alguna estación espacial, o eso le parecía al doctor Merriwether, el presente inquilino, al menos durante el verano.

Tras cinco o seis días apareció el primer y único visitante. El doctor Merriwether estaba sentado con aire lúgubre en la cómoda silla tras la ventana fija, con los ojos más o menos puestos en dos colibríes que libaban el néctar color ámbar que colgaba de un pino. «Las cosas más pequeñas de la naturaleza son los mayores espectáculos». (Aquello venía de los días de su clase de latín). De entre los pinos salió un hombre joven con barba de Moisés y botas hasta las rodillas. Él y Merriwether se echaron una ojeada a través del cristal. Merriwether llegó antes que él a la puerta, y el joven Moisés gruñó una frase social:

—Soy Bill Bender.

—Mejor que Bill Vendedor. —Un amistoso Merriwether extendió la mano.

Pero ninguna sonrisa encendió la barba.

—Tengo que coger algo de dentro.

Merriwether le había alquilado aquella casa a un antiguo estudiante de posgrado, Henry Bender, así que se hizo a un lado, quizá medio segundo antes de que el joven Bender entrase, y luego se movió con rapidez para alcanzarlo antes de que pasase al dormitorio. Tanto para ejercer sus derechos en tanto que inquilino como para proteger a Cynthia, dijo:

—Hay alguien dentro.

Bender miró con cara de «¿Y qué vamos a hacer al respecto?», aunque no lo llegó a decir.

—Déjame ver si puedes entrar.

Cynthia estaba dormida. No se había adaptado al aire de más de tres kilómetros de altitud allí en las montañas Rocosas. Lo que más hacía, y con mayor felicidad, era dormir. Su pelo caía como un montón de fibras de oro sobre la almohada, tenía las mejillas rojas del calor del sueño y la boca abierta. ¿Era Moisés lo bastante equilibrado como para no lanzarse sobre ella?

—Vale —dijo Merriwether.

Bender posó una vez la mirada sobre la cama y la chica, pero tenía asuntos importantes que atender en el armario. Metió la mano tras un cofre de cedro y sacó una escopeta. (Merriwether no sabía que estaba allí). Abrió la recámara, la cerró con un chasquido y comprobó el gatillo; con el chas-chas, Cynthia abrió los ojos. Merriwether se acercó a su campo de visión para infundirle confianza.

—Unos chavales me destrozaron la casa ayer por la noche. No se puede vivir sin un arma.

Se plantó la escopeta bajo el brazo y salió. Moisés Nimrod, el Castigador.

¿Qué iba a hacer aquel tipo, disparar a los gamberros? Merriwether se vio entrevistado por la policía. Otra columna en el *Newsweek*: «Sí, vino a buscar la pistola. Sabía dónde estaba». Los melodramas de las alturas. A lo mejor la altitud generaba ese tipo de aberraciones. A lo mejor cuando el paisaje dominaba, los seres humanos menos estables se volvían extravagantes, para dejar su huella. El escenario de Cambridge estaba tan humanizado, tan manido y desarrollado, que era tanto actor como escenario. En las montañas, los actores humanos estaban sometidos. La soledad era el modo humano en las montañas. Cynthia y Merriwether no tenían compañía allí arriba; lo cual generaba comodidad.

La mayor parte de las noches, Merriwether y Cynthia caminaban por las carreteras que había tras la cabaña, en medio de bosques de chopos y píceas de Colorado. El ruido más fuerte era el que hacía un torrente que se derretía del glaciar Arapaho al transitar por su lecho de roca. Las truchas arcoíris bullían en él, aunque no las suficientes para los pescadores que se alineaban en el lago Barker, un kilómetro y medio carretera abajo. En el camino de

vuelta a Eldora, Merriwether y Cynthia casi nunca se cruzaban con nadie. Al principio los paseos eran cansados, aunque hermosos. Unas tremendas puestas de sol le arrebatában los colores al cielo y a los bosques para colocarlos sobre el agua, volviendo a dar color a lo que la noche se lo quitaba. Las nubes eran doradas, rúnicas. Había flores por todas partes. Merriwether se compró una guía de Colorado y aprendió a reconocer quince o veinte especies: campanillas azules, con sus cabezas inclinadas como lámparas de tocador, *Acomastylis rossii*, *Sphaeralcea coccinea*, clemátides, lupinos, lirios cervatillo con sus pistilos dorados que hacen «bla». Él y Cynthia hablaban poco. En ocasiones señalaban alguna vista bonita, o un caballo que bebía en el riachuelo, o los picos a la luz del anochecer, con su íntimo resplandor y sus altas entrepiernas cubiertas de nieve. Las montañas eran parte de la divisoria continental. (Estaban en la costa Atlántica).

De vez en cuando pasaban junto a ellos coches, con las luces largas. Juzgaban el carácter de los conductores: algunos les dejaban un amplio margen, otros los sorteaban salvajemente.

—Gilipollas —chillaba Cynthia a sus traseros asesinos.

Mientras caminaban de vuelta, de las colinas se desprendían los últimos colores, corrientes de rosa y oro frágil, violeta, naranja.

—Qué paleta —comentaba Merriwether.

—Ojalá me echases a mí algún cumplido.

—Tu paleta es estupenda.

—Me refiero a la comida. —Desorientada por la falta de tareas de la universidad, a Cynthia le había dado por cocinar—. No has dicho ni media palabra del pescado.

—¿Con mi paladar? Sí que he dicho. ¿No me has oído gruñir de alegría?

—No eres chino. Eso no sirve.

Bender tenía una estantería llena de libros de cocina. Cynthia los estudiaba al igual que estudiaba los líderes militares japoneses: subrayando, analizando. Luego bajaba a Boulder a comprar en el supermercado King Soopers. Modificaba las recetas según su régimen: leche desnatada en lugar de entera, margarina en lugar de mantequilla, sucedáneo de margarina en lugar de margarina. Su cuerpo era hermoso, pero estaba en dieta permanente y decía que le daba envidia el cuerpo casi inengordable de Merriwether.

—Estás como por encima de la linde del bosque. Qué metabolismo.

—Mi madre pensaba que estaba extremadamente delgado.

—En su época las enfermedades mataban a la gente. Estás perfecto. Daría cualquier cosa por ser como tú.

—No seguiré mucho tiempo así, si conviertes este lugar en el Lutèce. Mira esto.

Se levantó la camisa y agarró una lorza estomacal. Había poquísimo que agarrar. Fuera, al sol, cortando madera, recorriendo kilómetros, haciendo dominadas colgado del pino, bajo la botella de los colibríes, Merriwether se mantenía en buena forma. Parecía cubrir sus huesos. Hasta que empezase la conferencia, a mediados de julio, se dejaba crecer la barba tres o cuatro días, que griseaba con un dorado oscuro y plateado contra su piel bronceada. Tenía buen aspecto y se sentía bien; la tos que le había durado un año en Cambridge había desaparecido.

Habían ido allí por la conferencia. Al menos en parte. La conferencia era un Programa de Estudios Intensivos en Neurociencia patrocinado por el Instituto de Tecnología de Massachusetts y la Universidad de Colorado. Merriwether apenas tenía cualificación como neurocientífico, pero el libro semidivulgativo que estaba escribiendo para Timmy Hellman trataba sobre el cambio de conceptos en las investigaciones sobre motivación, y quería estar informado de todo. En mayo le había escrito a Bender para que le encontrase una casa en las montañas. Bender enseñaba Fisiología en Boulder. También era rancharo, y resultó que iba a pasar el verano comprando ganado en Inglaterra. Su cabaña quedaba libre desde mediados de junio, así que, cuando terminó el semestre de primavera en Cambridge, Merriwether se marchó con Cynthia en un Mustang de segunda mano que se había comprado un día después de que George dijese que el Dodge, con sus seis años, tenía peor aspecto «que su peor pesadilla».

—Si me hubiese quejado yo no lo habrías comprado —le reprochó Cynthia.

En las semanas que precedieron a la conferencia, Merriwether estuvo trabajando en el libro. Había una laguna en su concepción; no sabía qué era. Le contó a Cynthia que estaba haciendo tiempo hasta que alguno de los trabajos de la conferencia le diese la clave. Aun así, cada mañana, escribía en la mesa de la cocina, y de vez en cuando tenía una buena sesión; sin embargo, la mayor parte de las veces era puro alivio terminar la tarea del día. Conforme

se acercaba el mediodía, se encontraba levantando la vista cada pocos minutos hacia el reloj de cuco suizo de Bender. (El cuco salía, pero no piaba). Se detuvo en la falta de piado de mediodía. Después de comer, caminaba, leía o escuchaba música y noticias en la emisora pública educativa de Greeley; una o dos veces se fue con Cynthia a montar un caballo de marcha apráxica por los caminos de la montaña.

Sobre todo leía cosas de la biblioteca de Bender, antologías de poesía, libros sobre el sector inmobiliario —al parecer, Bender era un tiburón de tierra—, una novela llamada *Pobres plutócratas* «del Balzac húngaro, Jókai», una novela holandesa que llevaba el hermoso título de *Gente mayor y otras cosas pasajeras*. La biblioteca constaba de dos partes: la primera consistía en estanterías construidas bajo las escaleras, y la segunda en torres de encuadernaciones blandas apiladas en el ático como una miniatura de San Gimignano. La biblioteca de estanterías estaba llena de monografías médicas, diccionarios, libros de cocina y libros sobre el Oeste de los Estados Unidos: geomorfología de las montañas Rocosas, las plantas de montaña y los minerales, historias de Denver y Leadville, tratados sobre la minería de plata y del tungsteno. Si subías al ático con una linterna y el pecho lleno de aliento, te dabas de bruces contra una torre y bajabas con un puñado de... cualquier cosa: seis misterios de Margery Allingham, una antología de místicos occidentales (Juliana de Norwich, el maestro Eckhart, Tomás de Kempis), historias de la patata y de Venezuela. Para agosto, las torres habían caído; habían saqueado la pequeña ciudad toscana. El día antes de marcharse, Merriwether las reconstruyó.

Hasta que George y Esmé acudieron a Colorado a visitarlo diez días cada uno, su único visitante humano —había un montón de perros, ratas, conejos, bichos, pájaros— era el joven Bender. Cada pocos días aparecía a coger algo o a preguntar. La segunda vez fue a coger cartuchos («Me voy de caza»), la tercera a buscar su cheque de la Asociación de Veteranos. (Merriwether recogía el correo de Bender).

—No he visto nada para ti.

Al parecer el joven Bender había resultado herido en Vietnam y vivía de una prestación por minusvalía. Ed, el propietario de la gasolinera Fina Station que abastecía al Mustang de Merriwether, le dijo que Bender tenía una chapa en la cabeza.



—Es un tipo raro. Se ha cargado tres coches en el Cañón. Viene pitando de Boulder y se come la curva. —Cuando Merriwether le contó a Ed lo de los vándalos, este respondió que no le sorprendía en absoluto—. Deja que se acoplen en su casa los *hippies* esos del STP, que tienen niebla de un mes entre ceja y ceja. Cuando se quedan fríos no pueden ni cortar madera, así que rompen las sillas.

Desde la primera visita de Bender, Merriwether empezó a cerrar con llave la cabaña, y así se quedaba más tranquilo: los vándalos no iban a aparecer así sin más.

—Aunque quién sabe —le decía a Cynthia, tocando la pila de páginas por las que cerraba la puerta—, a lo mejor esto está destinado al vandalismo.

Cynthia, con bragas de flores y una camisa vaquera, engullía yogur (hecho en casa).

—¿Sabes que tienes mucho que decir? —A veces él le leía fragmentos de su manuscrito—. La parte sobre el conato es como un poema. Eres el mejor escritor científico del mundo.

Aquella extravagancia le restaba a la alabanza. Merriwether apreciaba cada vez más la precisión. ¿Hasta qué punto su sorpresa en un principio, después su asombro cómico, su desilusión y luego su ira ante la falta de precisión de Sarah, había deformado su matrimonio? Priscilla le había regalado para su cumpleaños *Una habitación propia* y *Tres guineas*. De otro modo corría el riesgo de que lo apartase con un gesto de la mano: «Mujeres». Aunque quizá las cadenas proteínicas sí que registraban la esclavización milenaria. No. «Y tontas, más por educación que por naturaleza», como decía Anne Finch, la condesa de Winchelsea, en su poema satírico. Radcliffe estaba lleno de chicas cuidadosas, avisadas y de temperamento ardiente; y en su propio trabajo, Sarah era precisa y minuciosa, sensible a numerosas distinciones interesantes. Innato contra adquirido, qué va, aquello estaba superado. En cualquier caso, él no apreciaba aquella extravagancia de Cynthia, por muy cargada de amor que estuviese.

Era el primer verano desde hacía años en que no tenía empleo oficial de ningún tipo. La mayoría de sus compañeros esperaba aquellos meses de liberación, pero él siempre se había sentido más cómodo con algún tipo de arnés. Escribir un libro era un compromiso muy elástico. Iba a tener que disciplinarse de modo distinto.

Todo en aquel verano era remoto. Apenas tenía noticias de los niños. Priscilla trabajaba por la campaña de Edmund Muskie en los barrios de habla hispana e italiana de Boston. Albie, como una especie de fusión entre Hércules y Cándido, trabajaba en los establos y jardines de una finca de Long Island. George estaba en un «campamento de supervivencia» en los Ozarks, y Esmé, con Sarah en casa de la hermana de Sarah, en California. George iría a Colorado en julio. Se quedaría diez días y luego se intercambiaría con Esmé en el aeropuerto de Denver. La logística venía organizada en notas procedentes de Sarah, que, tras veintidós años de matrimonio y cinco meses de divorcio, aún no conseguía encabezarlas con un saludo ni concluir las con su firma. Como si dijese: «Conoces mi letra, conozco la tuya. Lo único que nos queda es ese mínimo reconocimiento». A Merriwether lo había criado gente refinada, y, a pesar de entender el punto de vista revolucionario de que la cortesía equivalía a un rechazo enmascarado, ¿por qué debía terminarse entre él y Sarah? ¿No habían sufrido ya bastante rudeza? Y ¿qué era aquello? ¿Es que la proximidad era como la gravedad o la altitud? Cada trescientos metros de altura implicaban casi dieciséis grados menos de temperatura. Aquello podía traducirse en la presión aérea y la convección del viento. Pero ¿qué fuerzas eran las que hacían que el amor creciese y muriese?

Aquellas joyas suspendidas con colas de cristal color canela que perforaban con sus picos la botella color ámbar que colgaba de la rama del pino no eran capaces de experimentarlas. Pero ¿había relación entre su sentimiento por la botella y el que él experimentaba, digamos, por la casa de Acorn Street? La casa de los Merriwether. ¿Sentía alguien por ella lo mismo que él? Semanas atrás, Priscilla había pasado a recoger el correo y le escribió diciendo que ya estaban colocando cristales y espejos. La vieja concha de percebe guardaría tanta relación con el interior como ellos, los Merriwether, con los Devereaux. Los Devereaux colocarían nuevas sillas; quién sabe, quizá instalarían en el suelo nuevas zonas para sentarse, comer y tumbarse, darían cuchilladas de color en las viejas paredes, o las tirarían para poner ventanas que ayudasen a ganar la batalla contra la oscuridad de Cambridge. Y aquello estaba bien, perfecto, pero los millones de conexiones de aquella casa con los Merriwether y los Tipton quedaban cortadas.

Merriwether caminó sendero arriba en dirección al glaciar Arapaho.

Cynthia bajó hasta la linde del bosque y lo esperó en la hendidura de una roca, junto a una catarata, con una edición Penguin de Mencio y un envase de queso fresco bajo en grasas. Merriwether llevaba una bolsa de comida con una nectarina y un sándwich de gorgonzola. Para las pausas —que se volverían más frecuentes— llevaba un *Bhagavad-Gita* en cuya guarda había anotado observaciones sobre las montañas de un texto geomorfológico perteneciente a Bill Bender. Al parecer, Nimrod había estudiado las montañas —además de hacerse polvo en ellas—. Merriwether hizo varios bosquejos de regolito en las páginas vacías del *Gita*.

—Mejor conocer a nuestros vecinos —le dijo a Cynthia, que consideraba aquella «avaricia informativa» una disfunción masculina.

—Tantos nombres de rocas y pájaros limitan lo que sientes por ellos. Ves poco más que el nombre. ¿No me decías que la biología no avanzó hasta que se liberó de la nomenclatura?

—En realidad no —dijo él, besándola para anular aquella mínima tensión. (Cynthia no soportaba que la contradijera mucho)—. Estás reaccionando a dieciocho años de formación. Adán no les asignó nombres a los animales solo para dejarlos en los registros. Y, además, mira qué maravillosos nombres geológicos. —Leyó—: «Geoda, till, talud, kame, drumlin». Supongo que son palabras escandinavas o celtas. Suenan como dioses primitivos.

—A mí me suenan más como personajes de Henry James.

Montaña arriba, a unos ciento cincuenta metros por encima de la linde del bosque, no hay nada más que roca. Es un panorama menos relajado que los que han visto la mayoría de los Merriwether. Contrarresta su intranquilidad identificando lo que ve, intentando distinguir entre detritos glaciales y aluviales, comprobando las formas de las piedras y comparándolas con los garabatos de la guarda del libro. Un manto de materia gris sin consolidar, la montaña en la que él se siente poco más que una piedra más, mira a kilómetros de distancia, a través del aire gris, sus bultos hermanos.

—La parte más nueva de la tierra.

Caminar hacia la cumbre no es ninguna broma. Tiene que detenerse más o menos cada cincuenta metros a tomar aliento, aunque, consciente de la narcosis de oxígeno y sensible al vértigo que provoca, intenta no tragar aire con demasiada ansia. Cuanto menos, mejor. Echa un vistazo a la bolsa: el gorgonzola se descompone, y sus efluvios poseen poderes contranarcóticos.

—Cada nariz tiene su propio ecosistema.

La primera hora de camino había sido toda color: prados, espino negro con sus espinas púrpuras, aspen blanco, cerezo de Virginia, minúsculas cataratas, luego el césped comenzaba a ralearse, aparecía el espinazo de las rocas, las placas de nieve. Más allá estaban los cien matices de piedra gris, hendida, cuarteada, fracturada, rota, molida, reducida a polvo, el abrigo de basura del mundo, sus cimientos vomitados.

Cuando el sol acabó por salir de una diarrea de nubes grises, se convirtió en un sistema de escritura, un lineal B celestial. La luz se reflejaba en los cristales de fluorita hundidos en las geodas. Cuarzo, amazonita, corindón, berilo. El mismo Merriwether es de lo más colorido que hay por allí: vaqueros azules, camiseta Lacoste roja con el caimán verde, zapatillas blancas manchadas de tierra. Colorido, aunque no sea el atuendo del montañero oficial.

De vez en cuando, algunos montañeros con botas llegaban pisando con fuerza y lo dejaban atrás, algunos claramente molestos ante las pintas de aquel individuo. Es julio, pero allí arriba puede haber una borrasca o nevar; le estaría bien empleado al individuo ese de barba dorada y plateada acabar congelado entre las rocas.

Merriwether distinguió a una montañera que bajaba, una chica, y luego, de cerca, vio sus largas piernas y su rostro de bronce. Está sonrojada, tiene los dientes superiores prominentes, y el rostro abierto y los ojos bizcos del montañero.

—Hola —le dijo ella.

—¿Qué tal?

—Estoy hecha polvo —respondió—. Aunque mejor me doy la vuelta. Mi amigo ha seguido.

—¿Has llegado al glaciar?

—Lo he visto. ¿Y tú?

—Todavía no. Me lo estoy pensando.

La chica se apoyó en una roca frente a la cornisa sobre la que se hallaba Merriwether. Adaptó la respuesta que le dio J. P. Morgan al hombre que se preguntaba si comprarse un yate:

—Si te lo estás pensando, mejor no lo hagas.

—¿Está muy lejos?

Hizo un gesto de asentimiento en dirección a la cumbre.

—Cuando subes, hay una cuesta; la bajas, luego subes, luego vuelves a bajar y a subir, y desde allí a lo mejor ves el lago y el glaciar. Tardarás como mínimo una hora. Está lleno de mosquitos. Pero es bonito.

—¿A qué distancia está?

—A un kilómetro y medio; a lo mejor un poco más.

—Subir un kilómetro y medio con estas cuestas es como caminar unos dieciséis abajo.

—Pues ya lo sabes. Bueno, pues que lo pases bien, bajas o subas.

—Tú también. Que tengas un buen día.

Tras perder de vista la espalda de la escaladora, buscó a tientas una moneda para tomar su decisión. No tenía ninguna. Encontraría la decisión en el *Gita*.

«Y ahora, Krishna, quiero saber de Prakriti y Brahman...». De ahí no se sacaba nada. Lo intentó de nuevo y encontró: «No se consigue nunca liberarse de la actividad absteniéndose de ejercitar una actividad». Eso es. Se puso en pie, con las manos apoyadas sobre los muslos; cinco pasos fáciles, diez difíciles, una parada, dos pasos más, uno más. Se sentía como si le estuviesen aporreando el pecho, como si sus pulmones fuesen inexpertos. Llegó hasta una cornisa, dejó que la cabeza le cayese sobre el pecho, se dejó caer con todo el peso de su cuerpo. Uf. Lo ha conseguido. Se enjugó el sudor que le corría por los párpados, se masajeó el cuello, se frotó el pecho. Bien, está casi bien. Volvió a apoyarse en la cornisa, tomó el sol y se recobró poco a poco. Se comió la nectarina. «La vida». Fruta, Merriwether y el *Gita* contra la basura molecular. Leyó: «No me ata ningún tipo de obligación, pero no dejo de trabajar. Los ignorantes trabajan para recoger los frutos de su acción; los sabios deben trabajar sin deseo». Pura Nueva Inglaterra. No era sorprendente que a Emerson y a Thoreau les encantase. De los objetos sensoriales a los sentidos, de los sentidos a la mente, de la mente a la voluntad inteligente y de ahí a Atman, «la divinidad que hay en todo ser», decía el glosario. Como el cristal en la geoda, no, como la vida en las rocas, un grano en el grano del universo. Allí arriba, en aquel detrito alto, gris, sin mensajes, resultaba fácil de creer.

Cada mañana desde hacía un mes escribía sobre tropismos, instintos,

pruebas, estímulos, reacciones en vacío. Aquella misma mañana, había escrito sobre las hormonas gonadales que la luz de la estación liberaba en las golondrinas para llevarlas al norte. Ni tarea ni deseo. Ni elección.

Sin embargo, él tenía elección. No tenía que terminar la escalada.

Es el día de julio más frío en la historia de Colorado. Para cuando él y George atraviesan en coche el cañón de Boulder de regreso del aeropuerto de Denver, hay granizo en el parabrisas. Aun así, George se queda conmovido por la belleza de las montañas, por los tremendos acantilados —«Son rocosos de verdad»—, por las cataratas. Su carita resplandece rosada bajo el largo marco de pelo.

Dos horas antes de que llegase su avión, Merriwether se había despedido de Cynthia en su casa. Se iba a visitar a Weej a San Francisco.

—Te sentará bien estar con gente de menos de noventa años.

Sin embargo, Merriwether tiene que mantener a raya un escalofrío de intranquilidad sobre lo que puede que se encuentre allí.

—Puedes acostarte con quien quieras. No más de dos veces con el mismo hombre —añade.

—No quiero ni mirar a nadie que no seas tú. Pero si te da un calentón...

—Me compraré un ejemplar de *Playboy*...

—Puedes acostarte con alguna *hippie*. Eso sí, no me contagies después.

Ella está a punto de llorar en la puerta.

—No sé si aguantaré tres semanas lejos de ti.

Se quita el sombrero de flores, su pelo forma una bola de nube dorada; qué hermosa es. Se besan mientras los pasajeros los sortean para entrar en el túnel.

Esa noche, George duerme en el lugar de Cynthia. (Hace años que Merriwether no duerme tan cerca de su hijo). Duerme con la boca abierta, hace ruidos, a veces habla —una vez incluso cuenta hasta dieciséis—, vieja costumbre de la familia Wainwright. ¿Será genético o por ansiedad? Cuando George se pone a musitar algo sobre fuegos, Merriwether extiende el brazo para tocarle el pelo, pero George gruñe y se da la vuelta. Tiene una sensibilidad de preadolescente a que lo toquen, quizá intensificada por una decisión interna de funcionar por sí solo.

Al día siguiente, cuando Bender va a buscar su correo, Merriwether le pregunta por cañas de pescar para George. El lenguaje de Bender es la acción. Sube al ático y baja con una caña y los aparejos.

—Puedes conseguir cebo en Sargee. —(La tienda de mercancía general).

—Muchas gracias.

—Tiene menos de quince años, no necesita licencia —dice Bender, y se marcha caminando con dificultad entre los pinos. Había devuelto la escopeta —. Demasiados chavales alelados por los bosques. No vaya a matar a alguno.

Merriwether va con George al riachuelo que hay detrás de la cabaña; no hay nadie a la vista. George pesca justo más allá de una presa de madera que convierte el curso de agua glacial en un pequeño torrente. Merriwether nunca ha pescado, pero recuerda las instrucciones de su padre sobre cómo lanzar el sedal. A George se le da bien. Cuando Merriwether vuelve a la cabaña, su sedal ha llegado a la mitad del torrente.

Merriwether pone su disco de trabajo —las mazurcas y baladas de Chopin — y realiza su tarea matinal (la entrada conductual de los trasplantes de memoria realizados por el grupo de investigación de planarias).

Alrededor de mediodía mira por la ventana para ver a George con su chaqueta azul y su sombrero negro de vaquero —que había cogido prestado de una estantería de Bender— recorriendo el sendero rocoso caña en mano y, maravilla de maravillas, también un pez. Su rostro resplandece, triunfal.

—Eres magnífico. No me lo puedo creer.

—Acabo de pescarlo. Justo encima de la presa. No ha sido muy difícil. A lo mejor no quería vivir.

—Quizá. Pero ahora está luchando. —El pez saltaba alrededor de la caña, boqueando, agitando las branquias. Una trucha arcoíris con pintas negras en los flancos dorados y rayas naranjas—. Se parece a la tía Emilia.

—Resbala. No consigo sacarlo.

Merriwether coge una servilleta de papel, sostiene a la trucha y le quita el anzuelo. La trucha arquea la cabeza, se contorsiona, boquea. No es bonito de ver.

—¿Lo matas, papá?

—No soy ese tipo de doctor, George. Y sí que se parece a la tía Emilia. Tendrás que rematarlo tú. Dale un golpe contra el fregadero. Yo lo limpiaré.

George coge el pez con la servilleta de papel y le golpea la cabeza contra el fregadero. Eso basta.

Merriwether encuentra un cuchillo de trinchar y un tenedor de servir, coloca el pescado y lo raja. Hace mucho tiempo que no secciona tanta carne. Están las gónadas, el corazón, la espina dorsal. Lo repasa lo mejor posible para George, le abre la cabeza, le señala los puntos interesantes, saca las branquias, describe el sistema circulatorio.

—¿No deberíamos comérmolo, papá?

Merriwether lo fríe. Hay suficiente para que cada uno dé cuatro o cinco bocados.

—Más tierno de lo que estaría la tía Emilia.

—Y no tan salado.

George está haciéndose mayor de modo casi visible. Le está adelgazando el rostro, lleno de expresión. Priscilla le ha dicho que George y sus amigos buscan en manuales de sexo, hacen gestos referentes a la fornicación (meten el índice en el círculo hecho con el pulgar y el índice). Merriwether no sabía ni cómo era una mujer hasta el tercer año del instituto.

—¿Te gustaría vivir de lo que coges o cultivas, George?

George responde que no le importaría, siempre que hubiese semillas de barritas Mars.

Merriwether disfruta los diez días. De vez en cuando echa de menos a Cynthia, pero está ocupado y George es buena compañía. Se adentran en las montañas o bajan a Boulder. Cada pocos días pasean en coche por los caminos.

—¿Qué toca hoy, George?

—¿Qué quieres hacer, papá?

George nota la nueva sensibilidad de su padre a sus necesidades. Sabe que es un signo de amor, pero es un poco excesivo. Tener que elegir constantemente significa estar constantemente obligado a disfrutar lo que uno ha elegido. Merriwether sabe que George siente eso, pero sigue ofreciendo cheques en blanco. Es otra forma de su deseo de comodidad. Aun en medio de una vida tan simple —sin preocupaciones indumentarias, sin afeitados apenas, sin obligaciones, siguiendo poco más que el horario terrestre más la vieja costumbre de comer tres veces al día y una cierta cantidad de sueño—, se ve sobrecargado por lo complejo de la voluntad. Nunca será capaz de



satisfacer a nadie; nadie podrá satisfacerlo nunca. El prurito es innato en la carne humana. Cynthia y él no se pondrán nunca de acuerdo en cómo complacerse el uno al otro, Sarah y él duraron tanto a causa del propio silencio que acabó por separarlos. Quizá los seres humanos que se aman solo deberían presentarle la mejor cara al otro, y ahorrarse sus miserias para el silencio, la oscuridad y la almohada. Solo los masoquistas pueden tolerar vidas llenas de quejas. Ver a George leyendo ciencia ficción mientras suena música rock de Greeley o jugar a las cartas con él hasta que se dan el paseo nocturno hasta el río es lo más cercano a la interdependencia humana que desea. (Al menos hasta que siente otras necesidades). En cualquier caso, George es permanente; siempre será su hijo, al igual que los triángulos siempre tendrán tres ángulos. Cuando toca intercambiar a George por Esmé en el aeropuerto de Denver, toma conciencia, a pesar de comprender que lo echará tremendamente de menos (y de ver cómo lo echará de menos George a él), del sentido profundo de esa geometría permanente, y ve que George también es consciente de ella.

Los diez minutos que pasa con Sarah son de un civismo tirante. Sarah no es capaz de dedicarle una sonrisa, apenas es capaz de asentir. Está bronceada, rechoncha, y tiene los ojos brillantes, aunque tensos. Muestra una completa naturalidad al besar a George, al hablar con él y con Esmé. Pero no con Merriwether. (¿Qué querrá este?). Permite que él le lleve la maleta a la puerta, pero apenas consigue escuchar lo que le cuenta sobre George y sus preguntas sobre los demás. Le tiende el sobre con el cheque mensual y le da un beso de despedida a George.

—¿Vendrás a Duck Isle, papá?

(George aún no ha captado los límites geográficos del divorcio). Merriwether dice que si consigue terminar el libro quizá vaya, y que en cualquier caso lo verá pronto en Cambridge y hablará con él por teléfono antes. Esmé le da a George un poco frecuente beso de despedida, abraza a Sarah y después le coge el brazo a Merriwether.

—Adiós. Pasadlo bien. Nos vemos pronto.

Esmé duerme en la planta de arriba. Merriwether ha quitado el cristal de las ventanas y ha colocado tela, ha barrido, colocado los libros en un rincón y preparado la cama plegable.

—Pensé que te gustaría tener un poco de intimidad, cariño. Si hace

demasiado calor o demasiado frío, baja conmigo a la planta de abajo.

Sale bien. Esmé es autosuficiente. Lee, escribe cartas de cinco páginas, pone los discos de Bender, va a pasear, dibuja. Por la tarde nadan, montan a caballo, escalan. De vez en cuando van al cine a Boulder, ven *Las bodas de Fígaro* en la ópera de Central City. La escena del perdón final —el conde abyecto, la condesa benevolente— los hace sentir incómodos a los dos, pero por lo demás es un gustazo estar juntos.

Esmé está dando el estirón; tiene un aspecto desgarrado pero dulce, y un paso firme; es reservada, divertida, evasiva y contenida.

—¿Te parece que la cosa va bien? —le pregunta él una tarde.

Están tomando el sol en toallas contiguas tras un chapuzón gélido en el estanque Rainbow Pond. Están solos con colimbo que se sumergen, toman el sol y tiemblan.

—¿Qué cosa, papá?

—Lo de mamá y yo. ¿Te has acostumbrado?

Esmé está tumbada boca abajo, envuelta en una toalla de playa roja. Arquea la alargada cabeza, la deja colgando. Tiene el pelo mojado, un enredo tropical y claro.

—Creo que sí. Estoy un poco preocupada. Quizá un poco más por mamá, que no tiene a nadie. —Merriwether traga saliva—. Y creo que tú tienes novia.

—Sí —dice—. Tengo novia. Si quieres, podrás conocerla.

—Ya veremos. Me alegro por ti. Creo que está funcionando.

Merriwether se seca con la toalla.

—Eres magnífica. Soy un *père* de lo más afortunado.

Esa noche, Esmé oye un ruidito cerca del cobertizo del garaje, en la parte trasera de la casa. Entra y se encuentra un gatito de dos o tres días asomando de una caja de cereales que hay encima de la basura. Corre al encuentro de Merriwether con la montañita casi inerte de pelo en su palma, no demasiado grande.

—¿Puedes salvarlo, papá? —Está a punto de llorar.

El gatito tiene una carita minúscula, arrugada, como simiesca.

—Normalmente no sobreviven si su madre no los cuida durante seis u ocho semanas. Pero podemos intentarlo. ¿Traes el cuentagotas del baño?

Calientan leche desnatada, la mezclan con agua, luego se las apañan para echar un poco alrededor de la boquita reticente.

—No ha aprendido a chupar de nada, seguramente ni siquiera de su madre.

—¿Quién lo habrá tirado ahí?

—Alguien que no se veía capaz de matarlo de una vez.

Por la tarde, el gatito se acurrucó contra la camisa de Esmé y aceptó unos cuantos chorritos de leche del cuentagotas. Por la noche, fue capaz de dar unos débiles pasitos frente a la ventana del salón. Su grito fue como si raspasen un cristal con un alfiler. Al día siguiente era como un pequeño motor.

—Papá, ha aprendido a ronronear.

Esmé lo llamó Fígaro.

—¿Es un chico?

—Creo que sí —dijo—. Por cómo me ha meado.

La cabecita simiesca del gatito chocaba contra los botones de la camisa de Esmé.

—Está buscándome el pecho.

Pero el gatito murió. Fueron a Boulder a ver *Cabaret* y, cuando regresaron, el gatito respiraba con dificultad y vomitó la leche que le dio Esmé. A Esmé se le quedó una cara larga de la tristeza; lo mantuvo abrazado.

—Probablemente tenga neumonía, cariño. Me temo que no sobrevivirá. Mantenlo al calor. Su temperatura es mayor que la nuestra.

Esmé lo envolvió en su jersey y lo puso en el suelo, junto a su cama. Por la mañana, a Merriwether lo despertó el sonido de un llanto; subió las escaleras en pijama y se encontró a Esmé sujetando los diez centímetros de gatito muerto en sus brazos.

—Se ha muerto mientras yo dormía.

Merriwether cavó unos treinta centímetros de tierra bajo un pino, Esmé colocó al gatito, y lo cubrieron con tierra; después colocaron una piedra que rodearon de piñas y espuelas de caballero.

Lo último que le dijo Esmé en el aeropuerto fue:

—Si te acuerdas de poner flores en la tumba de Fígaro de vez en cuando, me sentiré mejor, papá.

Relegó dicha tarea en Cynthia, a quien recogió una hora después de haberle dado un beso de despedida a Esmé.

El superviviente azaroso. Aquella era la idea antidarwiniana que el profesor Eigen rechazó en la charla más importante de la conferencia de Boulder. Los electrones ganaban a los positrones, y este universo estaba hecho de materia, no de antimateria. Así que la conexión entre los nucleótidos y ciclos proteínicos se aceleraba hasta formar cadenas nucleicas que sobrevivían a la descomposición de otras «unidades de información». Un paraíso para los bacteriófagos, pero los propios «errores» de las enzimas proporcionaban la nueva información que llevaba del estado estacionario —y la descomposición inevitable— a la nueva información: la evolución.

Delgado, con una hermosa forma de hablar inglés, moviéndose rápidamente desde la pizarra hasta la tarima, gesticulando, señalando, atusándose el pelo plateado, el poder modesto pero acelerado de Eigen, como la cadena de vida triunfante que exponía, elevó la conferencia desde una especie de sopa fáctica hasta la viveza del ser que marca el triunfo individual.

La charla había comenzado con un homenaje a Katchalsky, amigo de Eigen y neurobiólogo israelí que había muerto un mes antes, en la masacre del aeropuerto de Tel Aviv. Eigen usó como punto de partida el trabajo de Katchalsky sobre la analogía entre sistemas eléctricos y químicos; y concluyó con una comparación entre la trascendencia nuclear y la trascendencia del sistema de retroalimentación sináptica, que prometía lo que su compatriota del siglo XIX habría llamado un *übermensch*.

Aquellas maravillosas dos horas mandaron a Merriwether a lo alto de la montaña, en una especie de éxtasis. Sintió, sin detalle, sin abstracción, que las ideas de Eigen rellenarían el hueco de su propio libro. Dejó a Cynthia en la cabaña y caminó hasta el riachuelo. El olor a pino saturaba el aire. Supervivientes, ADN, Eigen, la estructura de la verdad, y sí, Merriwether lo sintió: él, sus hijos. Tras ellos, los muertos que habían contribuido, Katchalsky, los estados de descomposición, la casa, la familia. Los estados caen, los supervivientes sobreviven. La miseria, el despilfarro, la basura de los últimos años conducía de algún modo allí, al agua lavada por la luna de la que brotaban los árboles con una claridad que se veía oscurecida por el mismo color de la luz diurna. Para la claridad hace falta oscuridad (oscuridad

iluminada por la luna). Un chorro de luz se desplazó sobre las montañas, seguido, segundos más tarde, por un tren nupcial de sonido. Sobrecargado de todo, Merriwether siente algo allí. Sí, comprendía el acontecimiento que quedaba pendiente. La luz y el sonido salen juntos, pero se registran por separado. La profundidad del amor tras la pérdida. Lo que hacen los seres humanos. Formas autocatalíticas, alimentadas por errores y perpetuadas de ese modo. Amor, familia, Cambridge, mentalidad. Conexión. Transmisión. Evolución.

—¿Estás bien?

Fuera de la oscuridad. Levanta la vista, Cynthia lo llama desde la carretera. Merriwether distingue su pelo, que apresa la luz.

—Fenomenal —dijo—. Ahora mismo subo.

# NOTAS

<sup>1</sup> Esta, como la mayoría de las versiones de citas que aparecen en el volumen, es de la traductora del libro. Cuando no sea así, aparecerá indicado lo contrario. (*Todas las notas son de la traductora.*)

<sup>2</sup> Versión de Reina-Valera, 1960, Salmos 22, 15.

<sup>3</sup> The Youngbloods significa «los de sangre joven».

<sup>4</sup> El apellido Merriwether suena como *merry weather*, es decir, «tiempo alegre».